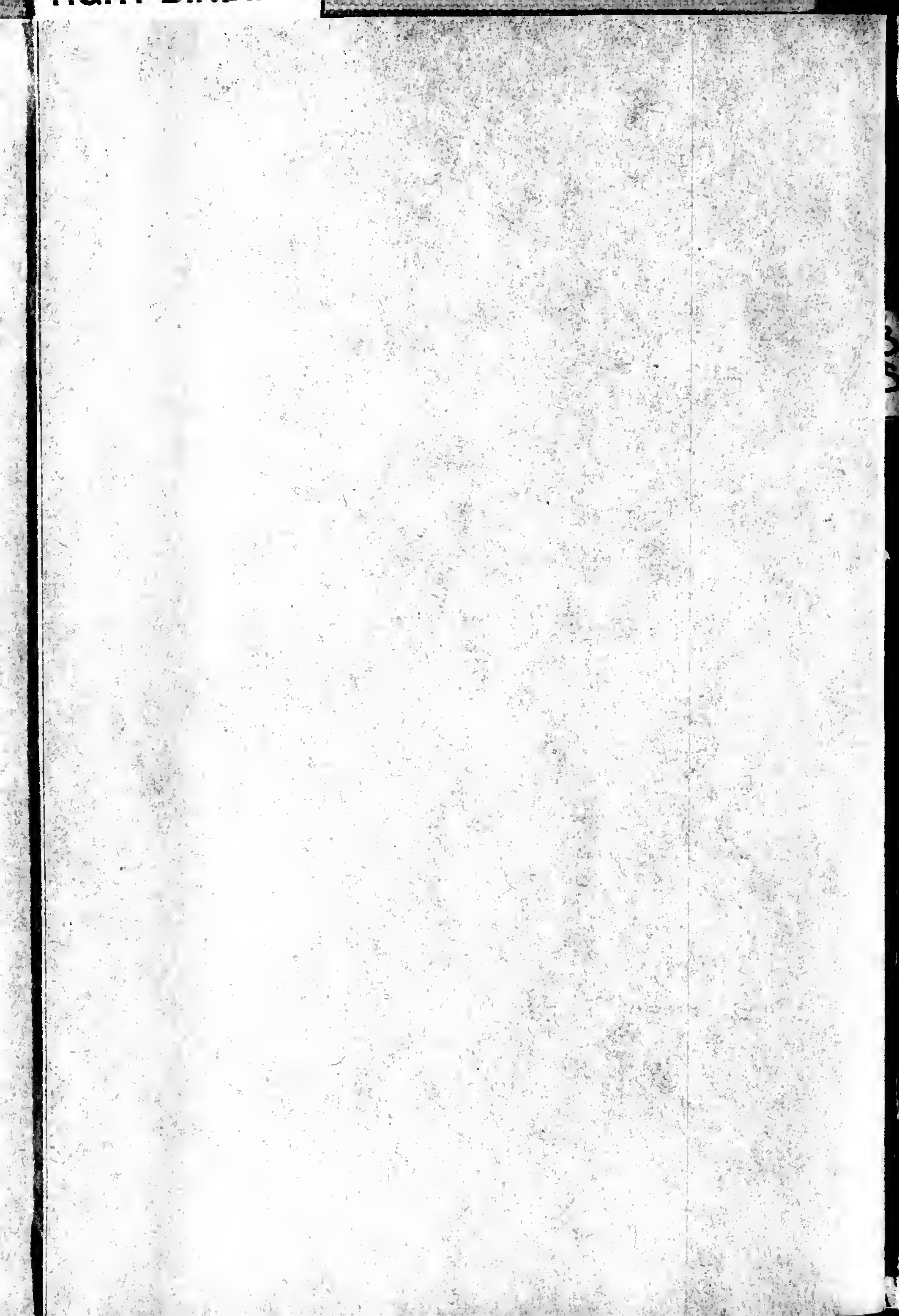


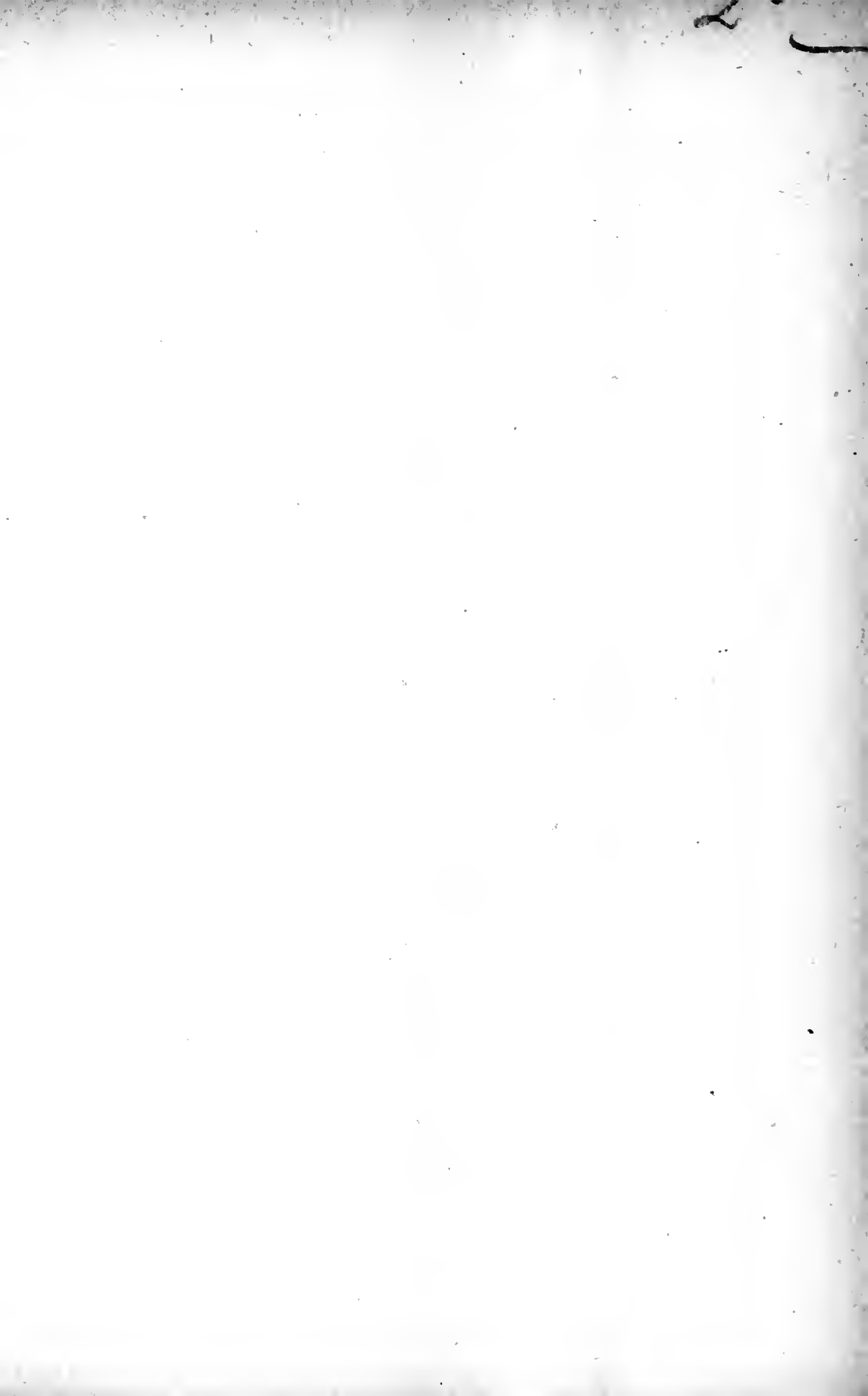
JULIO SESTO

LA TÓRTOLA DEL AJUSCO

NOVELA MEXICANA



Tercera Edición



LA TÓRTOLA DEL AJUSCO

JULIO SESTO

LA TÓRTOLA DEL AJUSCO

NOVELA MEXICANA

Ilustraciones de CESAR NEVE

TERCERA EDICION

CASAS EDITORIALES

Maucci Hermanos y C.ª
4.ª Calle de Tacuba, 40
México, D. F.

Maucci Hermanos e Hijos.
664, Independencia, 672
Buenos Aires, (Argentina)

Santa Teresa, 4 y 6, Barcelona (España).
Talleres Gráficos de JUAN DE GASSO

Dedicatoria

Sentimental:

A todos los mexicanos que en el destierro sufren con el recuerdo de su patria.

INDICE



LOS PROTAGONISTAS.—(Alegoría)

I

LAS FUENTES BROTANTES

La vida es una fuente de alegría; pero dondequiera que la canalla va a beber, todas las fuentes están envenenadas.

Nietzsche. (Zaratustra. Pág. 16)

L QUE la hubiera visto del otro lado del cadoso remanso, no habría creído que se trataba de una mujer degollada, sino de una mujer dormida que tenía al cuello unos cuantos hilos de corales.

Su cuerpo álfico yacía en abscóndito sitio de Las Fuentes Brotantes, bajo un copudo sauce llorón cubierto de nieve. Con aquel sauce se encadenaban otros a la margen de la presa, todos blancos por la nevada. Las ramas del sauce que cubrían el extraño conglomerado de sedas y de carnes, cayendo como grímpolas, dijérase que descendían a amortajar la trágica aparición. Las ramas de aquel sauce, al fundirse en ellas la nieve con los primeros rayos solares de aquella mañana hiemal, lloraban lágrimas frías que rodaban por la seráfica faz y por el túrgido seno de la diosa yacente.

Tirada, a un lado, veíase una daga con sangre en la hoja y en la empuñadura. Sobre el cuerpo, y en derredor de él, habían caído, impelidas por el ábrego en dirección transversal, algunas hojas de eucalipto, que aparecían plateadas por la nieve, y que asemejaban, sobre el vestido negro de la víctima, curvas hojas de recién afilado acero que hubieran servido para sajar aquel mórbido cuello en torno del cual se veían los collares de la sangre aglutinada.

Había césped y musgo en el lugar en que ella descansaba boca arriba. Estaba algo despeinada. Los cadejos posteriores de su cabeza, estaban unidos al musgo, que había absorbido el líquido rojo que manara abundante del tajo feral. En los rizos castaños de la frente se había depositado una mezcla de escarcha y rocío, prestándola un nimbo de martirio y santidad. Tenía los ojos abiertos, con esa imprecisa y doliente expresión que tienen los ojos abiertos de las cabezas cortadas. Tenía el pecho desabrochado, viéndose arrancados de la tela dos corchetes hembras, cual si no hubiesen querido ceder a que se descubriese el dermatófido y límpido seno del ama para consumar una profanación. En el lado izquierdo del pecho, sobre el corazón, más abajo del nacimiento de la frígida protuberancia, había un sello de lujuria brutal, una dentellada indeleble, violácea. Tenía roto de un tirón violento el canesú de finísimo encaje que guarnecía la alba camisa. Tenía de fuera los capullos de rosas de los pechos, en los que había prendido delicadamente la nieve.

Y los sauces llorones lloraban...

... ...

Un rayo de sol que se filtró por el ramaje, besó el rostro de la impasible, fundiendo el hielo que había sobrevidriado sus ojos: entonces, la divina muerta lloraba. El rayo de sol fué descendiendo por el plástico despojo: acarició el cuello, dando más relieve a la gola bermeja

que simulaba una opulenta superposición de collares de coral: detúvose un instante en el seno, arrancando prismas a la nieve que se había posado en los capullos de rosa: resbaló por el vientre: le besó las manos: inundó de luz y calor los flancos estatuarios de aquel cuerpo exánime, como si pretendiera reanimarlo—el sol es bueno—: pasó sus lenguas de fuego por las medias de riquísima seda, hasta desvanecer la humedad y hacerlas lucir, y, engreído (pensárase) en las aristocráticas hebillas de los zapatos, el rayo de sol se puso a jugar con las piedras irídeas de las hebillas, arrancándoles destellos que subían a la arboleda, que se refractaban en los níveos ampos y que reverberaban en el espacio húmedo. Largo tiempo se detuvo aquel rayo de sol en las facetas de los falsos diamantes que exornaban los abultados empeines de aquellos graciosos pies, que quietos estaban a la vera del transparente remanso, hacia el que venía, del esotérico manantial, un regato de agua que se había pasado la fúnebre y desolada noche murmurando un rezo!... El rayo de sol jugaba con las hebillas atrayentes. El rayo de sol besaba los empeines tentadores que los zapatos finamente escotados hacían resaltar. El sol ponía cálidos ósculos en aquellos pies porque eran pequeños, porque eran bonitos, y porque eran de una dama.

El sol es masculino.

Fué el brillo deslumbrante de las hebillas el que dió en los ojos a un rapaz zahareño que atravesaba por Las Fuentes Brotantes a llevar el almuerzo a su padre, que trabajaba en una fábrica cercana. El muchacho, siguiendo la dirección del reflejo prismático, dió con los zapatos en seguida. Se detuvo un poco, reconociendo un cuerpo de mujer. Creyó que sería alguna "niña" acomodada de Tlalpan, de las que allí iban a respirar oxígeno y poesía cotidianamente. El chico posó la pequeña ca-

nasta de la comida y requirió su flecha de gomas para disparar una chinita a un pájaro que aleteaba arriba. Mas como no hallara piedrecitas inmediatas, bajó a buscarlas a la ribera del remanso. Desde allí vió el muchacho, bien cerca, a la señora tumbada en el pasto. Estaría meditando—pensó— y no hizo gran caso de ella. Puso el chiquillo una piedrecita en la flecha y disparó a un ave que fuera a posarse en el sauce que cubría a la señora. Del árbol cayeron unas hojas sobre la mujer: el chico esperó un regaño de la señora; pero ésta no se movió. ¿Estaría muerta? El pilluelo tuvo miedo. Pero ensayó tirar otra chinita, porque oyó piar lastimero en la fronda, precisamente en el mismo sauce. Al apuntar, se percató el chiquillo de que la nieve del sauce se derretía a chorros y caía sobre la señora, empapándola, sin que ella se diera cuenta ni se sacudiera. Entonces se fijó más el cazador de pájaros, acercándose receloso. Y vió los collares de corales de la albícola dama; pudo desengañarse, a pocos pasos, de que los collares eran siniestros, de que aquella "niña" estaba degollada. El pobre zagal dió un grito de espanto frente al terrífico hallazgo y, soltando la flecha, olvidando el almuerzo del padre, que en la cesta quedaba, echó a correr a su casa con la noticia.

Y los sauces llorones lloraban a torrentes bajo el calor progresivo del sol. Lloraba todo el bosque.

*
* *

En las estribaciones del Ajusco, al Suroeste de la señorial y odorífica villa de Tlalpan, cuyas casas sonríen por las ventanas encuadradas por geráneos que miran al florido valle de México, hay un plácido lugar denominado Las Fuentes Brotantes.

Es una hondonada que afecta la forma aproximada

de tres ochos eslabonados. Se va a las Fuentes Brotantes por angostas callejas coloniales que limitan antiguas tapias cubiertas a trechos de rosales trepadores que penden para el camino, brindando al que pasa por allí, rosas dignas de ser cantadas por su prodigalidad, rosas que las mujeres sensitivas cortan al pasar y que los hombres desdeñosos desgranan con los bastones.

Al llegar a Las Fuentes Brotantes, los ojos se extravían por el concurso de esplendideces acumuladas en aquel sitio por la mano de Dios y por la mano del hombre. No se sabe allí para dónde mirar, y sobrecógese el ánimo frente a la pomposa naturaleza y en medio de la soledad augusta y la paz eclógica de aquel hierático paraíso.

Lo primero que se ve: una explanada circuída de álamos plateados, sauces, encinas, membrillos y manzanos: bajo los árboles, unos bancos que saben de románticos secretos: al frente, jardines, represas escalonadas de azulosa y apacible linfa: islotes con surtidores: de una a otra represa, por los retenes hechos de piedra gris volcánica y poblados de estrelladas plantas parásitas y de cactos multiformes, salta el agua en cascadas alternas, yendo a perderse canturreando por una cuneta rústica socavada a la derecha: a la izquierda, en una rampa que lleva al collado, una ermita en ruinas, con hierbas y con nidos de hirundínidas en los muros: subiendo por la rampa y avanzando, hay un sendero que bordea el abismo, siguiendo las sinuosidades de los ochos por el lado Poniente: en el sendero hay peñas para descansar, peñas como grandes cabezas de clavos fantásticos hundidos en la falda del monte para sujetarlo: hay mieses a la izquierda del sendero, que va a perderse entre las encinas del alcor: pasada la ermita, hay un riego profundo escondido entre los breñales del barranco: después, unos gigantes contienen el talud: del abismo nacieron y allí

crecen a porfía con el altísimo tajo a plomo, unos alcanforados eucaliptos rectos, delgados, de policromas y restallantes crústulas: las copas de los eucaliptos pueden tocarse con la mano desde la abrupta cornisa del precipicio, asomándose a él: donde acaban los ocho kilómetros, hay una cuesta empedrada y estrecha que, por entre peñascales, conduce al encantado y misterioso recinto que guarda la acroamática fuente, madre moduladora de aquellos murmullos, madre generadora de aquellas claridades que saltan y que bullen.

Aquella fuente es única. Arroja su caudal de agua a través de una reja que hay a la entrada de una presa anchurosa, profunda, quieta, azul, en la que mojan sus verdes cabelleras los sauces llorones que la circundan.

Curiosa es la vegetación fantástica del fondo de la presa; líquenes, limos exóticos que representan procesiones de frailes carmelitas y jerónimos, caminando bajo el agua, agitando sus hábitos, moviéndose a impulso de la corriente suave, bajando las cabezas sumisos, como para recibir el bautismo del agua pura que de la fuente mana...

¡Oh, la fuente! ¡El manantial recóndito y puro! Digna es aquella fuente de que hubiera sido consagrada a las Musas Aganípedes.

¿Cómo es aquella fuente? ¿Acaso puede describirse? Será descriptible el contorno; pero el encanto queda allí: no es transmisible.

Es una gruta en la entraña del Ajusco, formada como por dólmenes que al acaso configuran arcos conopiales y caprichosos, cuyas claves festonan verdinegras matas de helecho. La cueva grisácea se pierde en resquebrajados ángulos inexplicables, por los que corretean los múridos. De las lajas, del arenisco lecho de la caverna, brota el agua muda. La fuente es una puñalada de

cíclope en el vientre duro de la montaña; la fuente es el lagrimal rocalloso por donde el monte llora en silencio...

¡Oh el encanto de aquella fuente, santificado por la quietud y la sombra!

El agua, al salir de la madre montaña, no chista; pero al despeñarse en la primera catarata, a pocos metros del manantial, ya en contacto con el aire de la vida, pone el grito en el cielo como los niños recién nacidos.

Hay unos animalillos alados en la linfa de la gruta, que se entrecruzan incansables, trazando en la superficie de cristal efímeros dibujos: aquellos insectos inquietos son los guardianes del misterio arrobador.

En la frente de la fuente tiemblan unas bucólicas guirnaldas de helechos y de prímulas, sólo sacudidas por alguna bugalla que cae de la enramada bóveda para ser llevada a flote por la corriente charlatana...

Hemos seguido, de principio a fin, el contorno izquierdo de los tres ochos que afecta la forma de Las Fuentes Brotantes, ochos que tienen por el otro lado un perfil parecido, bordeado por un canal de agua clarísima y por un sendero que bajo la fronda se antoja la ruta de Apolo. Bajemos ahora, de la fuente beatífica, al centro de los ochos, a la cuenca sombría. Está su suelo poblado de abrótamos, y entre los álabes tirados por el viento, se ven huellas de diclápodos, cual si allí hubiéranse entregado los faunos a sus correrías, al son de órficos cantos.

En la parte más honda de la cañada, hay un molino en ruinas. Allí están aún, medio enterradas, las ruedas del molino, que hacen pensar en que no muelen el grano, pero muelen el tiempo que silenciosamente pasa por ellas...

Frente al molino hay casucas que tienen hundidos los tejados, y del lado del Ajusco se ve una fila de conejeras que desde la altura parecen casas de juguete en-

clavadas en el prado de color de esmeralda, circundado de riachos y rosales silvestres.

Era allí donde antaño, cuando aquel paraíso no estaba vedado, se congregaban livianas Evas y displicentes Adanes en torno del ágape suculento, comiendo, bebiendo y cantando al compás de las guitarras y las orquestas criollas, en los típicos días de campo... Aún se ven por allí platos rotos, bordos de escudillas con flores esmaltadas y botellas vacías, redomas que contuvieron licores que bajo aquella arboleda despertaron el atrevimiento que hizo estallar los besos, cuyo onomatopéyico chis-chis se confundía en los sonidos de la fronda con el piar de los pájaros nuevos...

¡Qué pocos paisajes habrá en el mundo tan bellos como el de Las Fuentes Brotantes y sus alrededores, en la señorial y odorífica villa de Tlalpan, cuyas casas sonríen por las ventanas encuadradas de geráneos que miran al siempre florido valle de México!...

*
* *

Nadie conoció a la muerta. Con el muchacho vino la madre y bajaron otros vecinos a Las Fuentes Brotantes; mas ninguno de los que rodearon el cadáver supo decir quién era la degollada.

Advirtieron que en la camisa había una marca bordada en seda de colores, en forma de calograma; pero ninguno de los allí presentes sabía leer.

—A ver, tú—ordenó la madre del rapaz a éste, en vernáculo decir—ve a avisarle a Petrita, que ella sabe "léir," y quién quita que la conozca.

—Yo no... yo no voy... yo ni sé quién es Petrita—rezongó el chico.

—Petrita Morales... la que vive allá arriba, junto al pino... ¡Anda!...

Después de vacilar, partió el roncero muchacho, que vino a los pocos minutos acompañado de Petrita Morales.

—¡Qué le parece, Petrita, qué desgracia! ¡Quién será la pobre! "Naiden" la conocemos...

—¡Jesús me valga!... — clamó Petrita Morales al acercarse a la degollada y reconocerla—, si es la "niña"...

—¿Qué niña?—preguntó un tercero.

—La que vivía en "la casa de los espantos"; la que dió la tarjeta para el Gobernador cuando se llevaron a mi hijo de leva. Por ella se salvó mi hijo de "yir" de soldado.

—¡Ah!—recordó la madre del cazador de pájaros— ¿Es la del automovilote?

—Ella es... ¡Tan buena que era con los pobres de Tlalpan! ¡Virgen pura! ¡El señor nos acompañe! ¡ Si es ella! ¡Quién la mataría!...

Petrita Morales alzó la vista, compungida, clamando al cielo, y se le arrasaron los ojos de lágrimas. Después compuso los vestidos de la difunta e intentó juntarle las manos.

—¿Y no sabe usted cómo se llamaba? — Interrogó un vecino.

—¡Ay!... no... "no me recuerdo"... tenía un nombre muy raro... de esos nombres "visionudos" que se ponen las ricas... Pero ella; la conozco; si ella nos dió la tarjeta para el Gobernador del Distrito "pa" que echaran libre a mi hijo, "ora" un año... ¡Pobrecita!... ¡Con razón anoche aullaban "tan feo" sus perros!... "Toditita" la santa noche aullaron... ¿no los oyeron?

—¿Dónde?—preguntó el muchacho.

—En "la casa de los espantos", en la huerta.

—Bueno—insinuó el más viejo de los de allí congregados—hay que dar parte de esto a la Prefectura.

—Pero si está cerrada, y no hay ni gendarmes—observó la madre del chiquillo.

—No "l'ihace"—respondió Petrita—, hay que hacer una diligencia... ¡Pobrecita! Yo tengo que agradecerle. ¡Ay, nomás pienso ahora que la vea mi hijo...!

—¡Zas!... vamos a avisar.

—Vamos.

—Le cortaremos la marca de la camisa "pa" llevárnosla a la "autoridá" —discurrió Petra Morales.

—No: nos podemos comprometer—objetó un desconocido.

—¡Qué!... —musitó con desdén la Morales.

Y, diciendo, tomó la daga ensangrentada y cortó el calograma, con un pedazo de encaje maculado de sangre.

Unos se quedaron cuidando el cuerpo, y otros se fueron a la Prefectura de Tlalpan, Petrita Morales a la cabeza.

El cazador de pájaros tomó la cesta y llevó a su padre el almuerzo, que ya estaba frío.

*

* *

Sus Majestades los conductores de tranvías se havían declarado en huelga. La urbe mexicana estaba sin comunicación con las poblaciones del Distrito Federal. La gente que tenía que venir de Tlalpan, Mixcoac, San Angel y otros puntos algo lejanos, renegaba de la insólita huelga y viajaba en camiones y en incómodas y tardas carretas.

Tlalpan estaba completamente abandonada a su suerte. Por un lado la dominaba una facción rebelde, que se había parapetado en el cementerio; por otro lado,

mandaba un destacamento del Gobierno. La plaza estaba en disputa, y había tiros en ella precisamente el día en que la degollada fuera descubierta.

Además, ni en la ciudad de México ni en las poblaciones del Distrito había autoridades judiciales. Los tribunales habían quedado disueltos desde hacía algunos días, por haberse destituído a los funcionarios de Justicia.

Así las cosas, Petrita Morales anduvo la Ceca y la Meca para dar con la autoridad y revelar el suceso, siendo vanas sus gestiones. No había Prefecto. No había Juez. No había siquiera enterrador: el camposantero se había visto precisado a huir, que en el cementerio había "cocolazos".

Petrita Morales, deseosa de saber el nombre de la infeliz degollada, enseñaba el calograma a todo el mundo; pero, ¡claro! era lo que la gente le decía: aquellas letras, enredadas, podían decir muchas cosas; podían decir un nombre; podían decir otro... según...

Y era verdad: las letras del círculo no eran fácilmente descifrables: eran, como todas las letras de los calogramas y los monogramas complicados, descifrables para el dueño, para los que supieran de antemano lo que decían; pero para la generalidad... ¡adivina!... como decían todos los que veían la marca de la camisa de la muerta.

El calograma era muy bonito; era artístico; pero convencional. Unos leían que decía esto; otros, que decía aquello. Total: nada. Dijera lo que dijera, resultaba lo mismo, si no se conocía previamente el nombre de la víctima.

¿Esclarecer el crimen? No hubo quién se ocupara de eso. Efectivamente, no se encontraba ni un policía. El crimen quedaba sin descubrir. Sólo lo había descubier-

to el sol, el descubridor de todos los crímenes. Y el cazador de pájaros.

Pues... siquiera enterrarla—decía Petrita, que no descansaba en su labor generosa.

Consiguió la buena lugareña que la dejaran pasar al cementerio. Allí le dieron permiso para la inhumación, pero que fuera pronto, porque en la tarde iba a haber combate.

Se apresuró la fatigada mujer a regresar a Las Fuentes Brotantes, donde quedaban ya pocas personas en torno de la yacente beldad. Petrita, su hijo — que tampoco supo leer el calograma ni se acordó del nombre de su bienhechora—y cuatro gentes más, trasladaron los restos a "la casa de los espantos". Empujaron el pesado portón, que estaba cerrado sin llave. Detrás del portón estaban los dos perrazos de Terranova, macho y hembra. Allí había pasado algo. La perra estaba herida; cojeaba lastimosamente. Olfatearon en seguida los animales el cadáver de su dueña. Lo siguieron hasta el corredor. Allí contemplaron los perros, tristes, a la decapitada. Lamieron la sangre del cuello un poco, a lo que nadie se opuso, porque, si bien era una profanación, era también una altísima y conmovedora muestra de amor.

Petrita Morales, seguida de testigos, para que no se dijera que se robaba alguna cosa, recorrió las habitaciones en busca de algo con que envolver a la muerta. Tomó de una cama una colchoneta morada, una vánova, una almohada y unas sábanas, con lo que se improvisó un mullido ataúd.

Mientras se hacía esta operación en el corredor, la gente veía allí cerca el "automovilote", el automovilote rugidor y soberbio, que estaba callado... callado... callado...

En las sábanas y en la funda de la almohada, vió

Petrita Morales, vieron todos, el mismo calograma de la camisa. La muerta estaba identificada: era la "niña" de "la casa de los espantos". ¿Cómo se llamaba? No había tiempo de investigarlo; lo primero era dar sepultura al cuerpo; pronto, porque en la tarde iba a haber "cocolazos" por el rumbo del panteón.

Ya vendrían después de México a averiguar lo ocurrido. Petrita había obrado rodeada de testigos, que eran hombres buenos que podrían dar fe. A ella no se le culparía de nada. Ella hacía lo que hacía por gratitud. ¿Cómo iba a dejar a aquella buena señora allí tirada en Las Fuentes Brotantes, comiéndosela las moscas?

¿Pero dónde estaban el *chauffeur* del automovilote, y su mujer? ¿Por qué no estaban en la casa? ¿Los habrían matado también? Se perdió el tiempo en buscarlos por todas las piezas y por los rincones y jardines de la quinta; no estaban.

¿Habrían sido ellos los que habían matado a la "niña"? ¿A qué familia se le podría preguntar algo? También esto era punto menos que imposible: todas las principales familias de Tlalpan se habían trasladado a México, huyendo del peligro, cansadas de tiros y sobresaltos.

De todo esto se habló en el corredor de "la casa de los espantos". También se habló de buscar en la casa cartas o retratos que tuvieran el nombre de la víctima en claro. Iban a hacerlo, cuando sonó la una de la tarde.

—Vamos... que el tiempo se va... y más tarde no vamos a poder enterrarla...—dijo uno.

Y, sin detenerse en más averiguaciones, Petrita, su hijo y las otras cuatro personas, cargaron el cuerpo y salieron con él de la magnífica residencia, yendo los dos perros detrás. Hacía brisa. Al pasar el cortejo por junto a la barda de la quinta, de un rosal que asomaba a la calle cayó una rosa-té que se deshojó sobre la muerta.

Y ahí van rumbo al camposanto; los seis enterradores, contristados; los perros, detrás, más contristados todavía. La perra herida, cojeando penosamente, solía detenerse de trecho en trecho en el camino: el perro se detenía a su lado: la veía: la alentaba con la mirada a que siguiera: la perra herida seguía.

Eran el único cortejo de aquellos funerales: los dos Terranovas, los dos perros negros, negros, enlutados, tremolando los crespones de sus lanas...

En una cárcava por casualidad abierta, y seca, fué depositado precipitadamente el cuerpo de la degollada. Los perros, asomados a la fosa, miraban para el fondo, miraban para abajo, a medida que el hijo de Petrita Morales iba echando paletadas de tierra.

Cuando la sepultura quedó tapada, los perros se sentaron uno a cada lado de ella, en guardia, y no se querían ir. Tenían los ojos húmedos. En los ojos de aquellos perros había algo de espantoso: resplandor de ira: amenaza de venganza: sello de dolor: humedad de ternura.

Por coincidencia, a la cabeza de la tumba había también un pequeño sauce llorón, al que los perros daban la espalda.

Petrita Morales y sus acompañantes no pudieron menos de gemir al ver aquello. Y a todos les infundían miedo los perros, que asumían una trágica gravedad.

Petrita insistió en llamar a los perros con halagos. En esto estaba, cuando un soldado gritó:

—¿A qué hora se van? ¡A ver si les toca un balazo!...

—Ya nos vamos... ya nos vamos...—dijeron todos casi a un mismo tiempo.

Se oyeron unos disparos, cerca. Empezaba el anunciado combate.

Salieron Petrita y sus acompañantes. En la puerta

del panteón volvieron a llamar a los Terranovas. Estos bajaron el hocico y husmearon la tierra. Después levantaron las hermosas cabezas. Luego, las volvieron a bajar, con melancolía.

Los perros se quedaron.



II

EN EL MOLDE

En la calle del Cuadrante de Santa Catarina, en una de esas viejas casas de vecindad de México, que producen irritabilidad al pasar por ellas, porque traen a la mente la usura, el abandono y la falta de conciencia de sus propietarios y la inconsciencia de los gobiernos miopes, que no aprietan las cuñas a los tales propietarios, que trafican con la miseria, que son vampiros que chupan a los pobres la sangre y hasta el aire que debieran respirar, que los privan de las brisas y del sol, dones a que todos tenemos opción por naturaleza; en una abominable vecindad de esas, ocupando una vivienda baja, de una sola habitación, con *su azotehuela y su cocina,* pasaba los postrimeros y monótonos años de su vida una resignada señora que tenía una hijita de doce primaveras, bonita como un capullo, con esa gracia de amanecer y esa belleza progresiva y melancólica de las muchachas predestinadas que están en el molde.

Llamábase la señora Josefa Bustillos, viuda de Ponce. Su esposo había sido un escritor de mérito nunca propalado, que pasara sus mejores tiempos en la redacción de un periódico anodino que se tiraba en una imprenta de la calle del Relox. La señora viuda de Ponce se mantenía a medias de dar clases de solfeo y piano,

recurso en que la habían anulado los nuevos métodos, viéndose obligada a recurrir, de vez en cuando, a la pía Conferencia de San Vicente de Paúl, para que la donasen algunas "semillas" con que poder pasar los días aciagos. Había formulado Josefina Bustillos un método de solfeo para las escuelas primarias, método que no era malo, pero que, como las novelas del marido de Josefita, se empolvaba en la obscura vivienda, por falta de editor.

La chiquilla se llamaba Herminia, Herminia Ponce. La aurora de su belleza era clara. Todos observaban que estaba en el molde de la pubertad. Estaba en el molde, porque, a medida que los días pasaban, la niña obedecía dócilmente a una mano escondida que la alisaba, que la pulía, que la plasmaba. Tal parecía que un misterioso masajista la sorprendía de noche, dormida, y la aplicaba un sabio y continuo masaje que corregía las líneas de la dúctil criatura. Había, evidentemente, una *manicure* que se encargaba de afilar aquellos dedos sonrosados y de marcar los hoyuelos de aquellas manecitas suaves, en las horas de crecimiento silencioso. Era la *manicure* de la Vida; era el masajista del Destino; eran esos mágicos modeladores los que, espontáneamente, cuidaban del armónico desarrollo de aquel cuerpecito blanco, hecho de alabastro de Toscana.

La abnegada Josefita se entregaba con desilusión a estos o aquellos quehaceres de las mujeres que ya no esperan nada, y la muñeca mal vestida, saltaba la cuerda en el patio, bajo los oscilantes tendederos, mostrando los zapatos raspados, la indumentaria casi vergonzante.

Poco quedaba que ver en la vivienda desmantelada, de donde había extraído toda la mano implacablemente arrebatadora del empeñero, mano que cuando se nos mete en casa, empieza a sacar, sin nuestra voluntad, cuanto poeemos, y está saca... y saca... y saca... hasta que

no queda qué...; hasta que sólo queda lo que esa funesta mano desprecia...

Poco había que ver en la misérrima vivienda, poco. A la entrada, para limpiar los pies, un deshilachado fragmento de tapete; a la izquierda, en el rincón, un despegado estípite que sostenía un busto roto, bajo el que había una cubierta de hilo, tejida de gancho por la señora; faltaba a la cuadrada rinconera uno de los pies torneados de la base, y en lugar del pie mutilado por el tiempo, había un pedacito de ladrillo; junto al muro, del lado izquierdo, un arcaico sofá de tallado respaldo, sostenido por la pared, porque los tornillos y las espigas que armaban el mueble, ya no tenían fuerzas para sostener el respaldo, que se quejaba de viejo cuando se recostaban en él; en torno del sofá, dando vuelta al ángulo, hasta la mitad de la pared del frente, los sillones y las sillas compañeras de aquel sofá, todo desvencijado, todo ello clavado y vuelto a clavar cada cinco años, para ir tirando, como los fláccidos músculos de la consumida dueña. ¡Ah, cómo estaría aquella alma vieja, cómo estaría aquel organismo cansado, cuando el ajuar estaba así!...

Había tenido muchos forros el ajuar, en tantos años. El último que tenía era de manta colorada. En algunos sitios del sofá había bultos salientes, igual que si estuviera una persona flaca sirviendo de relleno.

A la derecha, enfrente, junto a las sillas que daban vuelta, se veía una como mesa chapeada de raíz de nogal. Era un piano primitivo, un destemplado clavicordio que tenía, a pesar de su vejez, la virtud de sonar con "artística tristeza" cuando algunas manos bohemias se posaban en el amarillento marfil de las teclas que llamaban a las voces naturales y en el gastado ébano de los bemoles y los sostenidos.

Dividía la pieza, de frente a fondo, una grande cor-

tina azul, pendiente de un alambre. Detrás de la cortina, dos camas pobretonas, en cuyas colchas y fundas bien planchadas, se veían los servicios prestados por aquellas prendas, cansadas de ir tantas veces al lavadero, cansadas de azotes y de sol y cocidas ya materialmente por el calor de las planchas, que venían el sábado como de visita y volvían el lunes al empeño cercano, de donde nunca las dejaban libres, porque todavía al salir las planchas a la venta, las tenían en el mostrador amarradas con una cadena...

Un solo "buró", con la puerta desenvisagrada. Una palmatoria de hojalata estampada, con el anuncio de una droguería. Una vela de a dos centavos en la palmatoria, y, abajo, la caja de cerillas de "ochenta luces" por un centavo.

En medio, una mesita para comer en ella, con hule negro arriba.

En el último rincón, entrando a mano derecha, bajo una sobrecama dada de baja, algunas zurcidas ropas de mujer. Seguía una cómoda "de la Canoa", con las patas algo pintadas por el congo amarillo del suelo: en aquella cómoda estaba guardado el original del inédito método de solfeo, y en aquella cómoda estaban las amarilladas cuartillas de las novelas escritas por Ponce, novelas de las que habrá tantas por ahí, por esas viejas cómodas del mundo de la pobreza, que es el mundo del ensueño...

Pobre y fría la cocina: unas cuantas ollas, unos cuantos platos veteranos, raspados por los cubiertos, cual si éstos tuvieran hambre también. Tres tazas, dos vasos. El brasero muy limpio, gastados los porosos ladrillos por la escobeta que, gastada también, tenía su lugar en un clavito de un rincón. Junto a la pared, a la orilla del brasero, un jabón y un zacate, húmedos.

Tal era la vivienda que ocupaban Josefita Bustillos

y su hija en una repudiable vecindad del Cuadrante de Santa Catarina. Poco nos queda de ella por describir, si descontamos unos cuantos cuadros sin mérito, tapando lo descascarado de las paredes; unas cuantas postales y alguna estampa religiosa colocada con desdén, ya que los santos poco o nada hacían por aliviar aquella pobreza...

El cuadro que más se destacaba era una amplificación de esas malas que tanto abundan en México; era el retrato de Ponce, que se iba empolvando y amarillando como sus escritos, no obstante que un velo de tul azuloso cubría la amplificación, para que las moscas no profanaran la efigie del buen Ponce, que a través del velo de tul veía aquella indigencia, sin poder hacer nada, porque el velo era el velo de la muerte, el velo del pasado, el velo que se interponía entre esta vida y la otra...

Mal la pasaría Josefita Bustillos si no tuviera amigos, y buenos, y sin uno de esos amigos, empleado desde hacía muchos años en la Biblioteca Nacional, no les trajera, a ella y a la chica, libros y más libros, que volvían a la Biblioteca después de ser leídos.

Iban muchos inteligentes muchachos a casa de Josefita. Muchachos inteligentes y buenos, todos pobres, todos afines, todos esperanzados. Zavala, el empleado de la Biblioteca, era el que mejor se portaba, porque se sacaba los libros de la institución, exponiéndose a que le riñeran, todo para que Josefita se solazara y para que la niña leyera con provecho, con método. El, Zavala, se había encargado de la educación de la chamaca, graduándola en la lectura, dirigiéndola, formándole un espíritu no vulgar, llevándola de la mano por el vòrtice de la vida, a donde la sonriente y grácil nenita asomaba con la jocunda hechicería de sus encantos aurorales...

¡Qué buen chico era Zavala! ¡Y qué inteligente, qué culto, qué sereno!

También los otros muchachos eran buenos. Cuando venían, tocaban, cantaban, recitaban, discutían con entretenedor ahinco, alentaban a Josefita, perfeccionaban a la rapaza con observaciones, con ejemplos de modales, con gestos objetivos, con modulaciones, con revelaciones; y ella, que era tan viva...

Josefita Bustillos, así que llegaban los animadores muchachos, requería su caja de puros, vacía de éstos, en la que tenía picadura y papel, y torcía cigarrillos para obsequiar a los gárrulos visitantes, que rara vez andaban provistos de tabaco.

Bonito grupo de muchachos. Interesante pléyade aquella. Todos iban a realizar algo; todos tenían un proyecto que les parecía accesible; algunos tenían fibra; podían. ¡Si se lograran!

Josefita, al verlos, recordaba a su hijo, muerto a los cinco años cuando su precocidad apuntaba; y al recordarlo, su pensamiento iba a la cómoda de ocote de la Canoa, donde, en una cajita de cedro guarnecida de conchas de Veracruz, conservaba el retrato del niño, retrato que no sacaba para que la luz no lo desvaneciera. ¡Si a ella le viviera su hijo, otra sería la cosa: habría en aquella casa un hombre!

—¡Dios no lo quiso!—suspiraba la apacible señora cuando hablaba de su ídolo perdido.

Así que la veían entristecerse, los muchachos promovían la alegría anestésica:

—Toca, Arturo—decía uno.

Y Arturo Martínez, el músico intuitivo de la mirada vagorosa y la énea faz indígena, daba la última chupada al cigarro, lo tiraba al patio y, temblándole el híspido mechón de la frente, sentábase a tocar, renovando con las espontáneas exhalaciones sonadoras de su espíritu el alma gastada del manoseado pseudopiano.

¡Qué escuela aquella de Arturo! Era detestable. No se cuidaba ni del modo de sentarse. ¡¡Pero qué manera de tocar, y, sobre todo, de componer! Contraído, retorcido, encabritado, su cuerpo luchaba con el mundo de los sonidos. Sus manos, crispadas en un pasaje, laxas en otro, iban y venían por las caducas teclas, arrancando de los limbos del silencio percusiones carcajeantes o doloridas, pero siempre halagadoras, siempre comprensibles y asimilables; aquellas manos, a veces, tomaban la forma de garras que arrebataban la canción nacional de la entraña del sentimiento mexicano, palpitante, ávido de estallar en tresillos y octavas felices, expresivas y despertadoras; aquellos dedos, cuando dilataban sus falanjes para alcanzar una vibración, o cuando se articulaban horriblemente para hacer perdurar un "fortíssimo", eran dedos que sufrían, haciendo pensar que temblaban angulosos, porque el flúido musical se detenía en los nervios de las coyunturas para torturarlos y salir de ellos, bajar de ellos al teclado con expresión más anímica y honda.

¡Pobre Arturo Martínez! ¡Tan bien que componía y tan poco que le pagaban por sus piezas en los repertorios!

No hacía más que tocar, y ya estaban a la puerta de Josefita las muchachas de la vecindad. Aquella música nacional era un grito que llamaba a las almas.

Los muchachos se iban. Josefita se quedaba con su nena, a la que mandaba a la cocina para que vigilara la cocción de aquellos cotidianos frijoles rebeldes que saltaban en el puchero roncón, aquel puchero que a las once protestaba de que nunca cociera otro manjar. Los muchachos se iban. Y en la casa no quedaba más que el roncar de aquel puchero, el humo de los cigarros, que en volutas se iba saliendo hacia las sábanas pendientes de los tendederos, desvaneciéndose en el ambiente del patio,

saturado de emanaciones enéticas producidas por las enquélidas aguas de los caños rotos.

A las doce llegaba Carlitos. Carlitos era un muchacho de la vecindad que enamoraba a la chiquilla. Estaba empleado en una droguería, y él era quien dotaba a la adorable adolescente de pasta para limpiar los dientes, cepillitos, polvo para las uñas, cosméticos, polvo para la tez, lociones, perfumes, pastillas...

Eran unos amores así... Carlitos Manzanares se conquistaba a la ingenua mocosa con chucherías. Ya la madre de la traviesilla había regañado a los novios, porque aquello podía acarrearles un disgusto a todos, el día "que le cayeran" a Carlos. Pero él decía que no había cuidado: que todo abundaba en el almacén de la droguería, y que él le pedía al prusiano de la Profesa aquellas naderías.

El cuento es que Herminia tenía buena provisión de frasquitos y paquetes. Y todo el día chupaba pastillas de menta y otras mil golosinas y se aplicaba al cabello y a la piel olorosas substancias, que no le hacían falta, pero, por no dejar...

Ella quería bien a Carlitos. Allí habían crecido juntos saltando a la reata, la cuerda que cogían del tendero de la vecina del cuatro, que protestaba porque se la bajaban de noche los condenados muchachos...

Pero Carlitos ya trabajaba; ya ayudaba a su mamá. A ver cuándo trabajaba Herminia. Ya lo podía hacer, que estaba creciendo mucho, y no se veía bien de zancarrona en la vecindad.

El día que la monísima cumplió los trece años, vinieron todos los muchachos a casa de Josefina. Era domingo. La señora los convidó a tomar una copita de anís con catalán—no había para más—y los invitó a comer. Había cobrado Josefita aquella semana una clase que daba.

La mimada estaba encantadora: había estrenado

unos choclitos que, aunque "de a tres cincuenta", le estaban admirablemente. Y tenía medias caladas, por las que se transparentaba el alabastro de Toscana de las pantorrillas, prodigiosamente "formándose". Habíase peinado bien, y tenía un vestidito de *nansú* azul-verdoso, de color "bajito", que le sentaba muy bien. La madre bajábale en esta vez un poco la saya, y eran así más llamativas sus pantorrillas indicadoras...

Cuando llegaron los primeros muchachos de la carpanta, estaba Herminia precisamente brincando a la cuerda en la puerta de su casa: le echaban "mole" las que movían la reata, y los visitantes vieron, fijándose un rato, que el corpiño, comprimiendo el epigastrio, marcaba más que nunca el par de bultitos "en gerundio" de la tierna saltadora, y al brincar ella, las primorosas carnosidades del pecho le temblaban, le temblaban...

—Ya está hecha una hembra esta pícara—dijo uno.

—Para allá va... para allá va a gran prisa—remachó otro.

—Su belleza progresa por días, por noches: parece que de noche se hace afeites—dijo Pedro Ramos—o que desciende a ella algún escultor fantástico que la cincela y la bruñe.

—Eso—asintió Zavala.—Parece que la noche entinta sus cabellos y les pone resplandores de luz de luna, parece que la noche sombrea sus ojos... Yo me imagino que cuando esta pícara duerme indolentemente, en la alta noche, vienen del Oriente del Misterio unos modeladores hábiles, unas brujas *manicuristas* encargadas de preparar esta belleza para la tentación...

—Es la Vida que modela—reflexionó Ramos el dibujante.

—No—volvió a hablar Zavala.—Es cosa de hechicería, cosa de tentación y de pecado. El diablo tiene

legiones de escultores, de masajistas y de *manicures* que se encargan de perfeccionar a estas nenas por la noche, presentándonoslas cada mañana más bonitas, más bonitas, más bonitas...

—No me estén choteando—salió ella a recibirlos, entrándolos a la casa.

Llegaron seguidamente todos los demás. Dió cada uno de ellos un abrazo a la belleza en creciente, felicitándola, e inefable fué para todos el oprimir contra el pecho varonil y conflátil—al fin hombres—el tesoro surgidor que aquella perfección en ciernes representaba.

—Estás hecha una mujer, Herminia; ya no vamos a poder tutearte.

—¿Por qué no? Soy la misma.

—Oye, Mina (la madre), ve a ver si ya está el arroz.

—¡No la llame usted Mina!... Es un nombre muy feo...—dijo Benjamín Osorio, uno que hacía versos.

—¿Pues cómo?—respondió Josefita.

—Vamos a buscarle un nombre bonito; un nombre casero que tenga gracia—terció Pedro Ramos, uno que dibujaba.

En esto regresó ella de la cocina, viéndola todos de frente y de flanco, abundosa "en gerundio", *siendo,* empezando a ser, insinuando su feminismo plástico, amenazador de la induménta apenas bastante para contener a la hembra que brotaba.

—Ha de ser un nombre muy femenino, muy gráfico—volvió a hablar el dibujante.

—A ver—dijo otro—hagan derivados del nombre: Herminia: de Herminia, *Hemina,* He... Me...

No: no sale.

Haremos un anagrama. A ver un papel—propuso Pedro Ramos sacando un lápiz. Y se puso a trazar letras.



LOS MODELADORES NOCTURNOS.—(Fantasía)

—Que sea muy femenino, ¿eh?—intervino Zavala—que sea representativo.

—Sí... sí—Pedro el dibujante, que seguía discurriendo...

—Porque es una mujercita... (otro).

—Tiene que ser un nombre que empiece en *fe... her...* Herma...

—¡Ya lo tengo!...—gritó el dibujante tremolando el papel y poniéndose en pie.

—¿Cómo?

—*¡Fémina!*

—¡Muy bien! Fémina. Fémina Ponce...

—Te felicitamos, Pedro.

—¿Te gusta, Fémina?

—¡Cómo no!—ella.—Está muy bonito...

—¡Que viva Fémina!

—¡Que viva!

—Pedro—dijo uno,—ahora dibújale un calograma de esos muy "chic" que tú sabes hacer.

Pedro Ramos dibujó el calograma, que a todos gustó. Era un círculo doble, con las letras del simbólico nombre, graciosamente dispuestas, resultando el conjunto de un agradable modernismo.

—Es un nombre sintético.

—Y raro.

—Y nuevo en una hembra.

—¡A tu salud, *Fémina!*—brindó Zavala alzando la copita de vidrio de Texcoco, en la que la flamante Fémina escanciara el modesto catalán con anís.

Pasaron después a comer (y por cierto que el arroz estaba crudo).

—¿No te da vergüenza, hija?—decía Josefita.

—Di que no, Fémina; que el ser cocinera no ofrece porvenir.

—Pero una *fémina,* o *femina*—aseveró la madre—, debe saber hacer sopa de arroz.

—Una mujer—la disculpó Zavala—debe saber hacer cosas extraordinarias, sin preocuparse por vulgaridades. Los mismo que un hombre.

—Pero yo no sé hacer nada extraordinario—respondió la seráfica.

—¡Cómo que no: crecer!

Y cantar. ¿Sigues estudiando?

—Poco.

—¿Nos cantarás ahora que acabemos de comer?

Así fué. En la tarde cantó la ufana polluela, que tenía una linda voz. Tocó Arturo Martínez, que estrenó un vals, al que se bautizó con el nombre de "Fémina". Vinieron algunas chicas de visita, bailándose un poco, sintiéndose todos dulcemente estar en aquella casita pobretona, en la que, a falta de aire y luz, entraban y salían las ilusiones.

En el baile casero, precisamente en el baile, notaron mejor los muchachos la prematura palpitación de las carnes subversivas de aquella espléndida consentida que, al moverse danzando, denunciaba un tremor en el que aparecía la sumisión instintiva al ritmo eterno, invitando a todos a ratificar el bien puesto nombre de *Fémina.*

Aquella noche vendrían el masajista pródigo y la experta *manicure* que salían del incognoscible emporio de las cosas bellas, a retocar la figura, a endurecer y abultar el seno y ahormar las caderas y a pulir el rostro y las manos del humano boceto, para justificar el nombre puesto por antonomasia: *Fémina.*

III

"EL CABALLO DEL DIABLO"

Al día siguiente de la fiesta, llegaron los muchachos a casa de Josefina, acompañados del escritor festivo Agustín Pomar, y dieron a la señora esta buena nueva:

—Josefita—habló uno—, le traemos una grata noticia.

—¿Cuál?

—Que ha sido premiado "El Caballo del Diablo".

—¿El cuento de Pomar?

—Sí. Con cien pesos.

—¡Ay, cómo me alegro!... Y lo felicito, Pomar.

Pomar iba medio borracho. Apenas dió las gracias a la señora, que lo felicitaba. Se tumbó con indiferencia en el sofá claudicante.

—¿Por qué no vino usted ayer, Pomar?

—Porque... porque me fuí de copas y no dí con la casa.

—No tome tanto, hombre. O, si toma, procure comer.

—Yo nunca he tenido qué comer—respondió el autor laureado.

—¿Y cómo tiene qué beber?

—Qué beber, sí; qué comer, no. Si comiera lo que bebo, entonces resultaría que no tendría qué beber.

—¿Ya cobraron los cien pesos del premio?

—No—contestó Pedro Ramos—; los vamos a cobrar esta tarde.

—No hagan tonterías con ese dinero—recomendó Josefita.

—Vamos a hacer una juerga—respondió Pomar.

—No—dijo la señora con tono maternal—, cómprese ropa; guarde algo; vístase...

—¿Ropa? Yo nací encuerado.

—¡Ah, qué Pomar!...

Agustín Pomar tenía cuarenta años. Alto. Flaco. Rasurado. Mal vestido. Su gesticulación era celebrada por sus amigos. Sus gestos eran terriblemente gráficos. Su boca era una mueca de perenne desprecio a la vida bribiática. Pomar había tenido una época brillante debida a sus talentos literarios. Ahora perdía lastimosamente el tiempo en las redacciones pobres, durando ocho días en cada una. Tenía una mujer bonita y distinguida, y estaba divorciado de ella desde hacía seis años. Decían que por eso se embriagaba, porque no podía soportar el divorcio ni podía soportar a su mujer.

Allí, en casa de Josefita, había escrito Pomar "El Caballo del Diablo", el cuento que mandó al concurso de "El Mundo Ilustrado", alcanzando el galardón del premio.

—Tiene buena sombra su casa, Josefita — decía Pomar.

—No es eso, Agustín: es que usted tiene mucho talento... Si no tomara...

Pomar rehuyó la observación y preguntó a la señora Bustillos:

—¿Y la chamaca?

—No ha de dilatar—le respondió Josefita—, fué al estanquillo por unos botones.

Cierto. Fémina había ido al estanquillo, y al pasar por una tienda de ropa que había enfrente a la plaza de Santa Catarina, se embobó ante los aparadores, viendo las novedades, y diciendo mentalmente:

—Esas medias de ramitos calados me vienen; yo ya las lleno...

¡Qué bonito sombrero ese de la pluma blanca! ¿Cuánto costará?...

Con ese género lila, ¡qué vestido que me prendería yo!...

¡Qué lindas blusas! Es una desgracia estar pobre. Hay que trabajar. Tiene razón mamá.

Después se vió la carita en el cristal sombreado del aparador, y, bajando la vista, se vió el cuerpo, volviéndose, para "enterarse" bien, girando sobre los tacones, poniéndose el dorso de la mano derecha en la cintura.

De pronto hizo un mohín y dió una patada en el suelo, cayéndosele los botones que había comprado, teniendo que agacharse a recogerlos. Era que había visto un juego de ropa blanca bordado. Se enojó de pensar que la ropa blanca que ella traía no era así. Ya se iba. Volvió a dar un vistazo al escaparate, llevándose en la imaginación un género de polímita seda. ¡Ah!; ¡qué falda gris más bien hecha, con botoncitos, a la moda!... Sus ojos sacaban la falda del aparador, a través del vidrio alófano.

Se marchó disgustada. ¿Para qué ponían allí aquellas cosas si ella no podía comprarlas?

... ...

Cuando llegó a su casa, ya la madre había contado a Pomar lo del cambio de nombre.

Y el borracho genial, viéndola venir con amblar fastuoso, aprobó el mote de *Fémina.*

—Sólo que *Fémina*—observó Pomar—, es galicismo. Lo que se quiso expresar etimológicamente, se llama, en castellano, *femineidad.*

—No importa—dijo uno—, hay que afrancesarse un poco.

—Está bien, Fémina: que sea ese nombre para brillar: te felicito.

—Y yo a usted, Pomar; ya me dijo mamá lo del cuento.

—¿Lo del "Caballo del Diablo?" Ese es el que te ha de llevar a ti...—aseveró Pomar.

—A usted...—contestó la chica.

—Bueno: vamos a cobrar el premio — insinuó un compañero.

Llegó Zavala de la Biblioteca.

—A ver, Zavala—habló Josefita—¿qué le parece a usted que debe hacer Pomar con los cien pesos del premio?

—Ya sé... ya sé que lo premiaron, Pomar. Mis parabienes.

En cuanto al dinero... allá Pomar.

—El quiere hacer una juerga—informó Josefita.

—Claro—habló Pomar—. Todo el año pobre; todos los años pobres; ¿no hemos de tener alguna vez un día de alegría?

—Tiene razón—asintió Zavala—, todo el año pobre; todos los años pobres...

—Haremos un día de campo...—empezó diciendo Pedro Ramos.

—¡Horror!...—protestó Zavala—. Los días de campo están muy desprestigiados. No hay nada más cursi ni más vulgar.

—Mire, Zavala — dijo con aplomo Josefita—, los

días de campo, como todas nuestras dulces y pintorescas costumbres nacionales, están desprestigiados; pero, haciendo las cosas con orden, con gusto, resultan.

—Que hable Fémina. Lo que diga Fémina—propuso Pomar.

—Yo... lo que diga mamá.

—Bueno: yo propongo una cosa: que se me dé el dinero para administrarlo, y que se haga un día de campo en Las Fuentes Brotantes, un paraje delicioso de Tlalpan, que ustedes no conocen. Antes de hacer el día de campo, que se compre Pomar un traje y una o dos mudas.

—¿Mudas?—habló Pomar—. Yo no necesito más que una, para que me entierren.

—Pues esa, hombre, esa. Porque usted tiene derecho a la Gloria, y en la Gloria hay que presentarse correctamente—, dijo la señora bromeando.

—Está bien, Josefita—asintió el autor premiado—. Se hará lo que usted disponga.

La señora:

—Vayan a cobrar el premio.

*
* *

Josefita Bustillos, que fungía de madre y de hermana de los entusiastas, guardó cincuenta pesos del premio; empleó veinticinco en comprar alguna ropa a Pomar y destinó los otros veinticinco al día de campo (los otros veinticuatro, porque los muchachos cambiaron los cien pesos para comprar un paquete de dulces a la nena, gastando en tal compra un peso).

Eran pocos los veinticuatro pesos; pero la señora no quería que bebieran mucho, y la comida se preparaba con cinco o seis pesos. Lo más caro era la música, y esa

la contrató por poco dinero Arturo Martínez, que vió a unos amigos suyos de la calle del Puente Blanco.

El domingo de Corpus, a buena hora, estaban los invitados en Las Fuentes Brotantes.

La gente mañanera iba de buen humor. El drolático día de campo prometía horas agradables. Los estudiantes que habían sido invitados por Josefita, empezaron a "echar raspa" así que llegaron. Los dos que cargaban la cazuela de mole de guajolote, se morían de risa, y el manjar estaba en peligro de ser derramado. Hacían chistes con la molleja, de la que decía un estudiante que les debían explicar el funcionamiento en la clase de física, porque la molleja era el reloj de arena.

—¡Pobres guajolotes!—decían—, en vez de echarles el ajonjolí en vida, se lo echan de muertos. ¡Figúrate tú si este totole hubiera visto, cuando estaba vivo, el ajonjolí que lleva ahora por encima!

—Míralo... míralo cómo saca la cabeza a flote... se quiere comer el ajonjolí...

—Ese de los macarrones... que se adelante... viene muy "piano"... que camine "acelerato", "molto presto" con la "minestra".

—Los macarrones debía traerlos un músico, porque son un platillo de "diletante".

—Los músicos llevan sus instrumentos; pero nosotros también somos músicos, porque llevamos los "platillos".

—Oye, Pedro: tú debías vivir en la calle de los Parados, porque llevas los frijoles.

—¡Qué pulque más bueno va a ser el del cuero que trae Arturo Martínez!

—¿Por qué, tú?

—Porque, como él es compositor, va a resultar el pulque "compuesto".

—Y Carlos Manzanares, el de la droguería, ¿qué lleva?

—Carbonato para la digestión.

Así caminaban bromeando, cuando uno dió en tierra con la cesta que cargaba, produciendo un ruido alarmante

—"Ya mero te caibas"...

—Este ya hizo una "trastada": tiró la canasta de los "trastes".

—¿No te lastimaste? ¿No te habrás roto algún homoplato?

—Homo, no; pero plato, sí.

—Tienes sangre. ¡Ya saliste tú con más mole! A ver: que reconozca a este hombre un estudiante de medicina.

Un estudiante:

—Tiene un vaso roto.

—¿Un vaso sanguíneo?

—No, hombre: un vaso de cristal.

—Bueno: el caso no es de pronóstico reservado.

—¡Levántate y anda!

—Que tome los trastos uno que sea más torero.

—Ya vamos a llegar... Corran, muchachas...

—No pueden correr por la falda... del monte...

... ...

Josefita distendió en el suelo un mantel prestado. Fémina y las demás muchachas invitadas dispusieron los cubiertos. Se fueron sentando o tumbando todos alrededor de la "mesa", bajo la enramada lucífera. La jovialidad iba en creciente.

De pronto (Josefita):

—¡¡Se nos olvidaron las tortillas!!...

—Ya me parecía a mí que esto iba demasiado bien... —musitó Zavala—tenía que resultar defectuosa la organización... como cosa nacional.

—¿Y dónde conseguimos ahora tortillas?—preguntó Fémina.

(Un estudiante):

—Oye, Pomar: ¿no tienes ahí "El Caballo del Diablo"? En él podrías volar por las tortillas.

(Risas.)

(Una señorita):

—Comeremos con pan. Ahí hay bolillos.

(Pomar):

—Bolillos... si no sabemos hacer encaje...

(Josefita, contrariada):

—Ya no estén choteando, ¡caray!...

Apareció un muchacho lugareño en la barranca. Le preguntaron dónde habría tortillas. El muchacho contestó:

—Mi mamá está moliendo...

(Zavala):

—¡Claro! Las mamás siempre están "moliendo"...

—Vamos con ese muchacho a buscar las tortillas—dijo Josefita a las muchachas, que la acompañaron, regresando todas con sendos bultos de las indispensables "cucharas" de Moctezuma para comer el mole.

—¿Son de piano o de pianola, Josefita?

—¿Las tortillas?... No entiendo.

—Que si son de metate o de molino.

—¡Ah!... Son de metate; de piano.

El yantar dió principio, después de tomarse una copita, la consabida copita.

(Fémina):

—¡Que toque la música!...

(El de la flauta):

—Falta el del bajo, señorita... lo tenemos que esperar.

(Zavala):

—¡Empiecen... hombre!... ¿Para qué quieren el bajo?

(El del cornetín):

—Necesitamos el bajo, señor, porque es el que nos marca el tiempo.

(Pomar):

—Y para marcarles el tiempo, ¿no les serviría mejor un Calendario del Más Antiguo Galván?

(Arturo Martínez):

—Dicen los músicos que a ver qué pieza quieren que les toquen.

(Uno, mirando para la cazuela del mole):

—A mí, la pechuga.

(Otro, ídem):

—A mí... el muslo...

(Arturo):

—Se trata de piezas de música, no de las piezas del guajolote.

(Josefita, al del violín):

—¿A usted qué pieza le gusta más, maestro?

(El del violín):

—A mí... la "Traviata".

—Le pregunto qué pieza del guajolote, maestro, para apartársela.

(El del violín):

—¡Ah!... Cualquiera... señora, cualquiera...

La música rompió a tocar. La alegría iba en creciente. La Juventud y la Primavera retozaban en Las Fuentes Brotantes. Pomar no comía. Prefería beber.

(Fémina):

—Y el huacal, ¿a quién le toca?

(Zavala):

—El huacal le sienta bien a Arturo, que es indio.

(Otro):

—Oiga, Josefita: ¿no trajo usted las tripas del guajolote?

—No. ¿Por qué?

—Para que se las diera al "máistro" del contrabajo, por si se le rompe una cuerda. El es un "rascatripas".

La música dejó de tocar. Sonaron aplausos estrepitosos.

Siguió la broma.

—Oiga, maestro: ¿Cuántas llaves tiene su flauta?

(El de la flauta):

—Trece llaves, señor.

—¡Caray!... pues esa parece la flauta de una ama de llaves.

(Otro):

—¿Cuánto cuesta un violín, eh?

(El del violín):

—Si es italiano... según... los hay desde veinte pesos.

—¿Y si es "hecho" en el país?

—En el país se hacen de balde, señor.

Llegó el del bajo quinto. Lo recibieron con aplausos y con una copa.

(Pedro Ramos):

—¿Qué le había pasado, maestro?

(El del bajo):

—Nada. Que no encontraba una prima en los estanquillos.

—¿Tiene usted alguna prima estanquillera?

—No, señor: una prima de guitarra: tuve que ir al repertorio: allí hay unas primas alemanas muy buenas.

—Sí: las primas alemanas deben ser buenas. Son "güeras", ¿verdad?

La orquesta volvió a tocar. Los comensales volvieron a sonar palmas. Continuó la jácara bajo el almo sol

del mediodía. Josefita Bustillos ministraba de beber con cautela, para que los chicos no se propasaran.

Iban a servirse frijoles de la cazuela, cuando cayó en ella, de la arboleda, la deyección de un pájaro. El incidente fué celebrado con risas. Todos veían la mancha blanca en medio de la cazuela de los frijoles.

—Para que no se quejen por falta de postre... —dijo Fémina ahogándose de risa.

—¡Diantre de pájaro! "Anularnos" los frijoles...—musitó una señorita que estaba enchilada.

—Que toquen "Fémina"; el vals "Fémina,"—gritó uno.

La orquesta obedeció. El vals "Fémina," instrumentado por Arturo, que lo había compuesto, se dejó oír cadencioso, y Arturo, soñador, oía que completaba la armonización de la pieza el polifónico ruido del arroyo de Las Fuentes Brotantes.

Fémina, la rebosante niña-mujer, tumbada boca arriba, con la artística nuca descansando en el regazo de su mamá, escuchaba con arrobamiento el *vals-ella,* que decía agradar a los pájaros de la arboleda, que escuchaban silenciosos...

—¿Ya ven cómo los días de campo resultan?—dijo, satisfecha, la señora Bustillos.

—Resultan por "la raspa"—dijo un estudiante disparando una baya de eucalipto a la barriga de un músico.

Y entonces, hartos, alegres, medio atontados por la digestión, todos se pusieron a contemplar a los músicos, que tocaban impasibles.

¿Cómo eran los músicos? Esto era lo que absorbía la atención de los estudiantes.

El del tololoche apenas alcanzaba el extremo del mástil para dar las notas graves. Chaparrito, panzón, gor-

do de los cuadriles, se abrazaba al instrumento, a aquel contrabajo abultado, que parecía su mujer. Y sudaba el contrabajista gordito de bajar y subir su brazo corto por el brazo del instrumento, dejando ver el tocador, cuando detenía la mano izquierda para prolongar el rum-rum, el puño ajado y sucio de la camisa, sin mancuerna; y al mantener el brazo en alto, mostraba la manga del saco raspada del codo.

Bajo el puente del tololoche había una costra de mugre, negra, y sobre la costra, un montoncito de brea pulverizada, del rascar del arco, pareciendo aquello la flor de harina de un pequeño molino.

El contrabajista rascaba con indiferencia, con displicencia, mirando para arriba, como si tuviera bien sabida la pieza que tocaba.

Interesante el de la flauta, tuerto, con un bigote con orzuela que se metía en la abertura por donde entraba el viento al cálamo. Los dedos del flautista, con las uñas negras, subían unos y bajaban otros, ágiles, sabios, cerrando los agujeros, en torno de los cuales había unos círculos opacos de grasa.

La flauta tenía montoncitos como de betún bajo las llaves, que estaban oprimidas, algunas, con ligas de goma, para suplir los muelles de acero, cansados.

Ya cuando llevaba mucho tocado, la saliba asomaba a los labios del flautista que, en los "pizzicatos", escupía a la flauta por entre el bigote con orzuela, sosteniendo el hombre y el pífano un idilio baboso.

Picado de viruelas el del bajo de cuerda, con un mostacho de cabo de rurales. Llevaba un sombrero viejo, muy viejo, y tenía el chaleco luído entre los botones, del movimiento del guitarrón. Cruzaba la pierna para tocar, y dejaba ver un calcetín dibujado a ruedas, calcetín que no alcanzaba el sitio en que se anudaba el calzon-

cillo de manta, cuyas cintas colgaban un poco, teniendo una señal de haber sido pisada y arrastrada por el lodo.

El tocador de bajo se daba pisto. Marcaba el tiempo con pretensión, moviendo la cabeza apilonada, sosteniendo en los dedos callosos de la diestra la "pluma" de carey con que hería la encordadura, que producía un sonido ríspido...

Caído de hombros el del cornetín. Alto, muy alto. Huesudo. Jiboso. Con cara de caballo. El remataba las frases musicales con una "blanca", con una "redonda", para "empastar" el sonido y prolongar los finales.

Tocaba a veces con una mano sola, recurriendo a la izquierda sólo cuando tenía que dar un agudo y había que apretar el cornetín contra los labios y los dientes, en los que se notaba, al reírse el maestro, la masa de las tortillas pegada a las encías, formando el sarro, en cada diente, un arquito.

Las manos del cornetinista estaban negras por el latón: sólo al mover los émbolos limpiaban aquellas manos la corneta, porque, después de las tocadas, el pistón era colgado en la peluquería y "Música para Bailes" del Puente Blanco.

El del violín pegaba el maxilar izquierdo con fruición al instrumento. Parecía que sentía algo al tocar, y se creía ya en camino del éxito, desde que había pasado de peseta la hora, a treinta y siete centavos que ganaba a la sazón.

Pero era un violinista razonable: se limpiaba las uñas. Se ponía serio para tocar. No le faltaban botones en el traje ni en la camisa, como a los demás.

Así eran los músicos de la calle del Puente Blanco, que Arturo contrató para el día campestre, pagándoles a tres reales la hora, su tren, su almuerzo, su "curado" y su cerveza.

En las últimas libaciones, alguien propuso un brindis. Dicho que fué el brindis, se invitó a Pomar a que dijera unos versos de chispa; de los que él hacía.

Pomar, haciendo un irónico gesto, sacó del bolsillo interior de la americana un recorte de periódico y leyó unos versos humorísticos suyos, intitulados *La Mandolina*:

El domingo es triste.
(la que, su torpeza
la mandolinista,
y no ha terminado
como ha comenzado
de oír tanta pieza
Duele la cabeza

¡Qué barbaridad!
¡Cómo desafina!
¡Cómo desentona!
con serenidad.
de la mandolina
que oiga a la vecina
de la vecindad
No hay una persona

con la mandolina.
está muele y muele
que salir no suele,
donde una vecina
vecindad cochina,
y se aburre en esta
o duerme la siesta
para ir de fiesta,
La gente se viste

musical a un lado,
es buena modista).

Nos da la gran broma
la joven vecina
con la mandolina:
toca "La Paloma"
(que no se la sabe);
se pasa al "Jarabe";
va "La Golondrina";
siguen "La Perjura"
y "Sobre las Olas,"
(aquí *se hace bolas*
la pobre criatura);
luego nos receta
alguna opereta
y "Aires Españoles,"
que tiene bemoles,
la Rumba Cubana...
¡el Himno!... ¡la Diana!...

Y no se fatiga
nunca de tocar;
como se le diga
que debe callar,
coge el instrumento
y "en tono violento"
vuelve a comenzar
con "La Serenata"
de Schubert, "Traviata"...
¡Qué bien da la lata!
La gente se queja;
pero ella no ceja:
moteja y moteja

la música, y deja
toda pieza trunca,
y la muy ingrata
no se cansa nunca.

Y toda la tarde
lleva la vecina
haciendo infinito
"melodioso" alarde
con su mandolina,
sentada en la esquina
de un taburetito,
en un rinconcito,
tras de la cortina.
Y, ¡claro! la gente,
aunque es muy prudente,
toda está que trina,
cansada de oír,
sin poder dormir...

Mientras la vecina
toca... Y toca... y toca...
y no se sofoca,
la madre, que es fea
y que es media loca,
está en la cocina
lavando los platos
en una batea,
o expulga a los gatos,
o está en el sofá,
donde cabecea
abriendo la boca...

Y ¡qué tal será
la lata que da

la "incómoda" hija,
que cuando se fija
la buena señora
en la tocadora,
le dice: ¡Alabado
sea Dios, Leopoldina!
qué: ¿no te has cansado
de la mandolina?

Quejarse no vale
contra Leopoldina
por la mandolina.
Y no hay un vecino
que no la señale,
que no esté que trine:
veo a un inquilino
que mejor se sale
¡mejor se va al cine!

Empieza a llover.
La gente se aburre;
no sabe qué hacer.
Mi hermana discurre
ponerse a coser.
Yo, que en mi vivienda
me estoy como preso,
tomo la merienda:
pambazos y quezo.
(Oigo a la vecina
de la mandolina:
como que la afina...)
Se aburre la gente.
La lluvia es muy fina,
pero es suficiente

para que bien moje
y para que cale...
Mi madre recoge
la ropa del "Chale."
(Ya está dale y dale
a una "cavatina"
esta Leopoldina
con la mandolina...)

¡Qué triste domingo!
Llega mi cuñado,
que viene mojado...
¡mojado... hecho un pingo!
En un tendedero
se "atoró" el sombrero
y se le cayó
a una coladera
que ya se tapó...
Viene la portera
con medio paraguas
ya se alzó las "naguas"...
y destapa el caño...
¡Zas!... ya se cayó
y se ha dado un baño
de asiento la pobre...
¡Fuchi!... que mal huele...
huele como a cobre...
Es el caño roto.
Todavía noto
que está Leopoldina
muele y muele y muele
con la mandolina...

Los pobres catrines
entran al zaguán

para guarecerse:
de aquí puede verse
cómo los bombines
sacudiendo están.
Uno hay que echa rayos
porque se mojó
y se estropeó
los zapatos bayos
y los calcetines
que "hoy día" estrenó.
La lluvia les causa
a todos mohina.
(Se nota una pausa
en la mandolina...)
Me huele a epasote.
Bajo aquella higuera
veo un guajolote
que lanza un suspiro...
Es de la portera.
¡Qué triste lo miro!
El pobre debiera
de pegarse un tiro.

Llueve sin parar.
Y, como la lluvia,
esta joven rubia
de la mandolina
ya va a reanudar...
¡Mal rayo la parta!
¿Pero no se harta
esta güera "indina"
de tanto tocar?
Si tuviera novio,
un novio modesto,

él sería en obvio,
en obvio de esto...
esta solterona
¡Cómo desentona
de la mandolina
con su sonsonete,
en el taburete
tras de la cortina
Catorce vecinos
correctos y finos,
van en comisión
derechos a casa
de la Leopoldina.
Puede que esta sea...

Tocan al portón...
una buen idea:
Veremos que pasa...
Ya le están pidiendo
que no esté moliendo
con la mandolina,
que no los provoque,
y que ya no toque,
porque los molesta
con lo que repite
y no les permite
que duerman la siesta.
....

Oyeron su boca:
¡Les ha dicho horrores!
Se puso violenta
y gritó: *Señores,*
yo pago mi renta...

Y ahora es peor,
por nuestra desdicha,
pues si se encapricha,
toca con furor:
Ya empieza... ¡Qué horror!...
¡Oigan "La Matchicha"...!

Todos festejaron a Pomar por sus versos, dichos en ocasión tan alegre. Pomar tomó un trago, hizo una mueca y se puso a mirar para una rama de la que pendía un coyol. En este momento, una libélula de las llamadas "caballitos del diablo", pasó zumbando por encima de la cabeza del humorista. Con una servilleta, Fémina dió muerte al "caballo del diablo", que cayó entre los rizos de Pomar, de donde lo tomó Fémina con superstición, atravesándolo con un alfiler. Pomar se preocupó un poco. Pero procuró distraerse. Sonrió. Bebió más. Después bajó los ojos y púsose a mirar para Fémina, que seguía con la cabeza en el regazo materno, jugando con un limpiadientes que tenía en la boca y viendo como oscilaban las hojas de un álamo, verdinegras por un lado y plateadas por el otro. Entornaba Fémina, de pronto, los párpados, como para filtrar su mirada a través de las pestañas, algo curvadas hacia arriba y hacia abajo. Pomar, en su habitual indiferencia, se fijó en aquellas pestañas; antes no eran tan bonitas; le gustaron ahora las rizadas abéñolas.

—¡Vamos a lavarnos la "trompa"—propuso un estudiante—, que la tenemos llena de mole!

Sonriendo, casi todos se dirigieron a la fuente y al regato hialino, lavándose allí los dedos olientes al ajo de las enchiladas, y la boca pintada por el chile ancho del mole. Josefita se quedó dándoles de comer a los músicos.

Los camaradas bromistas se pusieron serios frente

a la capilla abierta en el granito de la sierra: la fuente. Se apoderó de ellos el encanto de la fuente y los dominó.

Callaron. Dejaron de reír. La fuente era la que hablaba. El riego era el que reía. Intelectuales todos, no pudieron substraerse a la seducción de aquella gruta.

Fémina quiso beber de aquella agua. Pensó que pudiera ser aquel un líquido detersivo. Reverente, la niña-moza se arrodilló; apoyó las manos en dos piedras que había en el álveo y hundió los labios—que todavía no habían besado a nadie—en la corriente diamantina. Mas no humedeció sólo sus labios: incauta, como toda mujer que brota, se olvidó de los pechos, y, así, cuando tocó el agua con los labios vírgenes, la tocó también con los pezones despertadores y con la aréola rosácea que los circundaba.

¡Qué frío aquel contacto de las dos vírgenes, la fuente del agua y la fuente de los besos! Aquel agua era la primera cosa viva, cantante y móvil, que se llevaba la ambrosía de la carmínea boca de aquella núbil promisión.

Ella dijo: Yo quisiera meterme ahí. Y señaló el interior de la gruta, el fondo, el sitio en que el agua surgía jugando con las arenillas del álveo, que saltaban y caían.

Y a Fémina se le quedó la idea de "meterse allí".

... ...

Cuando todos se hubieron lavado, dieron una vuelta por Las Fuentes Brotantes, reconociendo las bellezas del sitio, ponderadas por Josefita.

Después fueron a tomar el pelo a los músicos, que comían.

(Un estudiante):

—Métanle recio, maestros, que mañana quién sabe si toquen... una cazuela como esa...

(El del contrabajo):

—¡Como que está bueno el molito!... No más que pica...

—Coma queso de Holanda. Así pondrá usted una pica en Flandes...

(Otro estudiante):

—Este mole parece sevillano, por lo *picaor*.

(Otro):

—Oiga, maestro: ya sus zapatos están muy gastados: necesita mandarles echar medias "chuelas".

(Otro, a Pomar, al oído):

—Tendrá gracia el maestro del contrabajo, cuando está acostado con su mujer y la abraza y ella ronca: soñará el pobre hombre que está tocando el tololoche...

—Toda la noche—remachó Tovar.

(Otro):

—Y dígame, maestro: ¿Por qué ustedes cuando se trata de una "tocada", siempre llegan *rittardando?*

(Otro):

—¡Ah!... pero tratándose de comer, siempre llegan a *tempo*.

(Otro):

—Ya llegaron a la *coda*: los frijoles.

Las señoritas se columpiaban en una encina, a la que habían atado una cuerda. Fueron los varones a empujarlas. Zavala, a quien le tocó en suerte empujar a Fémina, tuvo una sensación voluptuosa cuando, asiendo el cuerpecito donairoso, sintió que sus dedos pecadores resbalaban por las ingles hundidas a causa de la doblez del cuerpo. Y ella, al acomodarse en el columpio cuando él la daba vuelo, aprisionaba entre el vientre estirado y la dureza de los muslos, aquellos dedos largos de Zavala, tan acostumbrados a introducirse en las páginas nuevas...

¡Oh!...—pensaba Zavala en el fugaz deliquio— para quién sería aquella página blanca!...

Y la dejó de mecer.

Cuando empezaba a soplar el favonio de la tarde, iniciado el orquestal preludio de la égloga rumorosa; cansados de reír y de bailar, volvieron a México los de la alegre camaradería.

En la estación esperaron a que las chicas subieran al tren, sirviéndoles esta cortesía para ver una gama de medias, de tobillos... La pierna de Fémina, aristocráticamente configurada, tremante y bailadora, con ritmo de privilegio, fué la revelación para todos: aquella pierna fina; aquellas pantorrillas opulentas, con aquel modelado, con aquel movimiento único, iban a alguna parte; marchaban hacia alguna ventura insólita de la vida...

La señora Bustillos, al despedir en su morada del Cuadrante de Santa Catarina a los convidados, recomendó mucho a Pomar que no bebiera más aquella noche. Vió la bonachona Josefita un poco turbia la mirada aquilina del ironista. ¡Claro! Pomar no había comido casi nada.



IV

EL HOSPITAL JUAREZ

Los muchachos llegaron sofocados a casa de la señora Bustillos. Uno de ellos habló:

—Josefita: ¿ya sabe usted lo que pasa?

La señora:

—No. ¿Qué?

—Que Pomar se ha congestionado.

—¿Cómo?

—Pues ... que ha muerto de congestión alcohólica.

—Pero dónde... a ver... ¿cómo estuvo eso? ¡Jesús!... (al tiempo que echaba mano de su chal apresuradamente).

—En un hotelucho de la calle de Tenexpa.

—Pero ¿de veras se murió? ¡Cómo no lo auxiliaron...!

Pedro Ramos:

—Verá usted, Josefita. Pomar andaba anoche con su inseparable amigo "El Pato". A las dos de la mañana tomaron la última copa en un cafetín que hay frente al teatro "María Guerrero". "El Pato" y Pomar dormían siempre en el mismo cuarto; pero anoche, como los dos tenían dinero, tomaron un cuarto cada uno, y a esto se debe que "El Pato" no haya podido auxiliar a Agustín

cuando se congestionaba; no lo vió, no lo sintió... La que primero lo vió fué una "mujercilla" de las que pululan por aquellas posadas. Iba la mujercilla a llevar unas hojas de naranjo a Pomar, cuando, retrocedió espantada al verlo en la cama hecho un ovillo, con un zapato puesto y el otro no. Se conoce que Pomar se inclinó para descalzarse y que al inclinarse le vino la congestión, no habiéndole dado tiempo a quitarse más que un zapato.

—¿Y está allí todavía?

—Sí, Josefita; allí está.

—¿Vamos allá? A ver qué hacemos...

—¿Voy, mamá?—preguntó Fémina.

—No, mi hijita; no quiero que veas tú esas cosas.

... ...

Hablaban por el camino:

—¡Bien le decía yo anoche que no bebiera más!... —empezó diciendo Josefita.

—Y nosotros: Si hasta nos dijo, a la hora en que lo dejamos, las nueve, que ya se iba a retirar, y que le iba a encargar a una de las de "tacón de hueso" que le llevara sus hojas con catalán, porque creía amanecer crudo.

—¿Qué dijo usted, de "tacón de hueso"?

—Así les dicen a esas perdidillas que andan por los hoteluchos, Josefita.

*

* *

Una casa colonial en la esquina de las calles de Santa Catarina y Tenexpa. Arriba, en un ángulo de la casa, una como acrotera con azulejos. En la acrotera, un nicho. En el nicho, un santo de piedra, mutilado.

Por el lado de la calle de Tenexpa, una puerta angosta y baja. En la madera de la puerta, agujeros abo-

quillados por el uso de una cuerda que tirara muchos años de una campanilla para llamar a las buenas gentes que habitaran la casa cuando el pecado y el vicio no trasponían aún aquellos muros espesos, que después cedieron a la corrupción.

En medio del estrecho zaguán, un cancel con vidrios opacos, en los que se leía, con letras rojas: *Cuartos a toda hora.* Escalera de piedra. En el descanso de la escalera, al frente, una cruz de azulejos incrustada en la pared.

Las habitaciones de la casa divididas por canceles formados con bastidores de madera y de manta encalada. Los pisos de ladrillo.

A la izquierda veíase un cuarto entapizado con papel en que había estampadas golondrinas volando. Aquel cuarto había sido oratorio en los buenos tiempos de la piedad antigua. Allí estaba enroscado en la cama, en forma de C, el humorista Pomar, con las manos en los cordones de un zapato, descalzándose para emprender el viaje a la otra vida.

¡Qué dolor tuvo Josefita Bustillos al ver así al borracho genial, al ironista que cogía los chistes al vuelo, y que, no perdonándose a sí mismo, había hecho un chiste irónico con su propia muerte, porque Pomar, el congestionado, sonreía... y en su boca habíase enfriado la última mueca.

—Sería bueno que lo vistiéramos— insinuó Josefita viéndolo en mangas de camisa, con el pantalón desabrochado.

—No—dijo un gendarme que lo cuidaba mientras venía la camilla.

Vino la camilla. Y vino el comisario. El comisario se alegró cuando vió el cadáver. Era el de un ene-

migo suyo. Pomar le había dirigido ataques en los periódicos.

Los camilleros cogieron el cadáver, lo pusieron en la camilla con lecho de zinc y la flagelaron, lo "torturaron", para que se estirara, porque así no podía ir. El pobre de Pomar obedeció. Empezó a crujir cediendo a la flagelación y se estiró. ¡Con la gente de la Comisaría no se juega!...

*
* *

Eran las tres de la tarde y los muchachos no lograban que les fuera entregado el cuerpo. El comisario, que tenía alma satánica y vengativa, quería enviar a Pomar al Hospital Juárez, para que le hicieran la autopsia, para que lo destrozaran. Así le pagaría los ataques escritos en "Los Sucesos", en el "Diario del Hogar"...

"El Pato", que andaba con los muchachos, estaba asustado. Decía que no volvería él a tomar "fosforitos" (café con aguardiente), que eso era lo que había matado a Pomar. "El Pato" estaba asustado. Veía a su amigo y camarada de libaciones nocturnas en la camilla, semidesnudo, amoratado, sonriente, pero horrible, con una etiqueta amarrada a un tobillo, una etiqueta que decía:

"Agustín Pomar. Congestión alcohólica."

Vista la intransigencia del comisario, los muchachos, acompañados de periodistas de influencia, ocurrieron al director del Hospital Juárez, para que les entregara el cadáver. Tardaron mucho en encontrar al director del Hospital, como se tarda siempre en hallar a los funcionarios públicos cuando se les necesita. Pero, una vez que lo encontraron, el buen señor les dijo que, si encon-



EL CABALLO DEL DIABLO.—(Superstición).

traban un médico que diera un certificado de defunción, podían llevarse al compañero. Les dió una orden para el Hospital, mandando que "no prepararan" el cadáver para la autopsia.

Llegaron tarde con el médico. El cadáver ya estaba "preparado". El "muertero", un "pelado" impasible que trabajaba como auxiliar en el anfiteatro, ya había abierto el cráneo de Pomar, de tres cincelazos: uno en el parietal izquierdo; otro en el derecho; otro en el frontal. Los cráneos debieran aserrarse, pero el "muertero" encontraba más práctico el cincel y los médicos permitían aquellos tres golpes en la frente de los muertos, creyendo que los muertos no sufrían ...

La caja del cuerpo aún no había sido abierta.

La tapa del cráneo de Pomar colgaba de una tira de piel del cerebelo, que le servía de visagra. En el suelo había un "cajete" en que goteaba la cabeza del humorista.

El médico que fué con los amigos examinó el cerebro: vió las meninges congestionadas, rotas. Las meninges, hechas una madeja enredada, se habían achatado contra la bóveda craneana, con la fuerza de la congestión. "El Pato", cada vez más asustado, veía aquello, y juraba nunca más beber.

Y los amigos, los que tanto conocían al alegre Pomar, veían el encéfalo, se fijaban en la masa gris: allí estaba el talento: allí estaba el buen humor: allí estaba la chispa...

Mandó el doctor volver el cadáver, que estaba boca arriba. Vió las equimosis que tenía en la espalda, señal inequívoca de la extravasación de la sangre; ratificó la congestión y dió el certificado para que se llevaran el cuerpo.

Mientras el impasible "muertero" hacía una sutura

en la cabeza de Pomar, los muchachos pasearon la mirada por el Hospital Juárez.

Hórrido aquel necrocomio. ¡Qué abandonado estaba aquello entonces! Era anacrónico, era insultante, era una contraposición que aquel hospital estuviera en la Plaza de San Pablo, del Apóstol San Pablo, al lado del templo de San Pablo! En aquel anfiteatro no había planchas, ni instrumentos, ni aparatos, ni aseo. Un sucio piso de cemento, gris, como los encéfalos de los cadáveres que en aquel piso goteaban. Una alacena en que el "muertero" guardaba su pita para las suturas, sus agujas de arria, su cuchillo, su martillo y su cincel.

Al lado estaba el depósito de cadáveres, restos de gente destrozada por los tranvías, que entonces sembraban la muerte por las calles; ciclistas arrollados; carne apuñalada en la taberna; dolor; desdicha; hiel. ¡La hiel de la raza!

Y en aquel rincón de la plaza de San Pablo; entre aquellas paredes manchadas de sesos y de sangre; en aquel antro donde los muertos apretujados mostraban sus rostros sellados por el dolor postrero, parecía que flotaba, como una consolación, la parábola del Apóstol, la bíblica frase del buen San Pablo:

"No entristeceros, porque algún día nos reuniremos al lado del Señor."

Zavala, que era erudito, que tenía imaginación, y que se sentía petrificado ante aquella exposición del dolor humano, pensaba en San Pablo, por el sitio en que estaba; pensaba en las epístolas del profundo Apóstol, que él había leído en los textos sagrados de la Biblioteca, y se le venían a la cabeza máximas y más máximas, parábolas y más parábolas:

"La caridad es sufrida, es benigna; la caridad no tiene envidia, la caridad no hace sinrazón..."

... ...

"Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta."

... ...

Veía Zavala aquella carne triturada, y... vuelta a pensar en San Pablo.

"Toda carne no es la misma carne: mas una carne, ciertamente, es la de los hombres, y otra carne la de los animales."

... ...

"Mas nosotros tuvimos en nosotros mismos respuesta de muerte, para que no confiemos en nosotros mismos, sino en Dios que levanta los muertos."

... ...

"Porque el dolor, que es según Dios, obra arrepentimiento saludable, de que no hay que arrepentirse; mas el dolor del siglo obra muerte."

... ...

"Porque muertos sois, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios."

... ...

"No apaguéis el espíritu."

... ...

Quiso Zavala mirar para arriba, cediendo al impulso que sienten los hombres generosos cuando ven abajo la miseria; y, recortándose en el celaje líbico, vió el bibliotecario, finítimo, el templo de San Pablo, la vetusta iglesia abandonada, al lado del Hospital Juárez, la iglesia sin santos, sin campanas...; pero en la desolación del templo, percibió Zavala el espíritu de Pablo, porque el gris exterior de las torres y de los muros, era el gris apacible de las barbas del Apóstol.

¿Por qué estaría cerrada y abandonada aquella iglesia de San Pablo en la Plaza de San Pablo, al lado izquierdo de la fachada del Hospital Juárez, tan cerca del almacén de muertos? ¿¡Por qué estaría aquella iglesia desierta y ruinosa, ¡Dios mío!, cuando allí hacían falta santos y oraciones?

¡Qué triste es, en verdad, la noble iglesia de San Pablo, con las cúpulas faltas de azulejos, con las cornisas pobladas de yerbas que detienen las piedras con las raíces; con la puerta rayada por un aldabón, oscilante cuando no lo detiene un candado, con las bóvedas mudas, con los cimborrios truncos, con las torres sin sonidos!... ¡Qué triste es, en verdad, la arcaica iglesia de San Pablo, donde nunca huele a incienso, donde nunca resuenan las voces de los sacerdotes, donde nunca se detienen las almas, más que las almas de las golondrinas, que llegan a la oración!...

... ...

Sacó a Zavala de su ensimismamiento la voz del "muertero", que dijo, frotándose las manos en la blusa:

—Ya está listo...

Zavala vió con usgo la porquería del "muertero", fijándose en aquel tipo, y para que no se extrañara de aquel asco, un empleado del hospital dió algunas explica-



EL HOSPITAL JUAREZ.—(Ironía).

ciones a los muchachos sobre el "preparador" de cadáveres.

—Es un tipo digno de estudio—dijo el empleado—. Este "muertero" lleva aquí muchos años. En fuerza de bregar con los muertos, les ha perdido el miedo y ha perdido todo escrúpulo. Su misión es abrirles el cráneo y la caja toráxica a los cadáveres. Eso que ustedes ven, que se limpia las manos en los vestidos, es cosa corriente en él. Y a veces, cuando llega su mujer con el almuerzo, él se limpia así las manos y se pone a comer enchiladas "con ellas", sin más requisitos.

—Pero, ¿es posible?—dijo Zavala asombrado.

—Rigurosamente histórico— aseveró el empleado.

Y continuó:

Tiene este "muertero" otra obligación: conducir los cadáveres del zaguán del hospital a este sitio. Es digno de verse en esta operación. Tiene un "burro" de planchar (esa tabla que ustedes ven ahí), para el acarreo. Coge la tabla. La mete debajo al muerto. Se acomoda después debajo de la tabla. Coge al muerto de las manos. Echa a andar con él y, al llegar aquí, suelta las manos al muerto, saca la tabla rápidamente y el muerto da el batacazo en el suelo (1).

De noche es cuando la conducción de los muertos resulta más fantástica. Apenas oye el "muertero" el grito avisándole que llegó algún cadáver de las comisarías, va a recibirlo, y, acompañado de un muchachito huérfano que anda por ahí, y que el "muertero" recogió no sé dónde, allá viene con el muerto a la espalda, en el "burro" de planchar. El muchachito viene delante, alumbrándole con una linterna, y el "muertero" viene detrás

(1) Histórico. Hay testigos (1908).

con su eterna carga. El cortejo feérico hiere vivamente la imaginación.

Algunos estudiantes vienen a ver esto de noche, y espían al "muertero" y a su acompañante cuando pasan bajo los arcos de estos corredores sombríos, el "muertero" con el cadáver a cuestas, y el chiquillo, delante, con la luz, que parece el ánima del muerto...

*
* *

Los muchachos salieron, ya anocheciendo, con el cadáver de Pomar, que habían acomodado en un féretro. Zavala volvió el rostro y se detuvo para socorrer a unos tifosos que había en unas barracas de madera, en un llano, frente al anfiteatro, y se fijó en que, al lado del necrocomio, junto a la pared, había un pirú, en torno del cual empezaban a revolotear los agrótidos.

Por los ánditos del patio principal correteaban y charlaban algunos convalecientes, personas del pueblo, que habían sido llevadas allí heridas.

—¿Esos son los que "no se rajan"?—preguntó Zavala al empleado del hospital, mientras se esperaba la "boleta de salida".

—Algunos hay de esos.

—¿Y aquella mujer bonita?

—Se llama Rosa. Es una pecadora que vino con dos puñaladas en el vientre. Ya está buena. Hace veinte días que la operaron. Aquí, los médicos, operan hasta en los intestinos, con buen éxito. Y eso que el gabinete de cirugía es malo; está mal provisto de instrumentos; pero tenemos aquí un doctor Amador, recién recibido, que es una verdadera notabilidad como cirujano.

Aquí se ven muchas cosas, amigo...—dijo el empleado dando una palmada en el hombro al atónito Zavala.

Luego, el empleado aseguró:

—Y conste que tienen ustedes suerte con llevarse a su amigo: aquí hay muertos que llevan quince días y que no salen, hasta que venga la orden del juez.

—El juez... la Ley...—pensó Zavala—y al poner



el pie en la Plaza de San Pablo, se acordó de otra parábola del Apóstol, contenida en la primera Epístola a los Corintios:

"Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y la potencia del pecado, la ley."

Atravesaron los muchachos el fusco jardín que hay frente al hospital; corrieron con el féretro por las calles de la ciudad, en las que se prendían las luces alternativamente; se detuvieron un poco en Santo Domingo, para eludir el líquido que goteaba del ataúd, a causa de lo mal suturado y mal vendado que estaba el cráneo del amigo flébil; llegaron a casa de Josefita, y allí dispusieron la capilla ardiente para velar al payaso dionisíaco.

Ya había en la pobre casa de Josefita flores para el humorista. Fémina se había encargado de eso. Ella vió a los amigos secundarios del escritor festivo para que enviaran el obligado tributo floral, y ella, además, gastó dos pesos que tenía ahorrados para las flores de un sombrero con que soñaba, en una corona de flores para Pomar.

—Lo mismo da—decía la tierna belleza—que las flores sean para mi sombrero que para la frente de Agustín.

¡Oh, México, donde siempre se cubre de flores naturales a los muertos, con abundancia, con profusión, con exceso, como en ningún país de la Tierra!



V

LA DIVORCIADA

Hablábase en el velorio:

—¡Pobre Pomar! Se lo llevó "El Caballo del Diablo" (Zavala).

—El, que decía que me iba a llevar a mí... (Fémina).

—Bien puede llevarte también a ti (Carlitos).

—A mí, como dicen, *si me ha de llevar el Diablo, que sea en buen caballo* (Fémina).

—¿Te callas, Fémina? ¡Qué es eso! (Josefita).

Se hizo un rato de silencio. Olía fastidiosamente a gardenias. La cabecera del ataúd goteaba en una palangana puesta debajo. Las gotas, produciendo al caer un ruido isócrono, diríase que eran palabras que, no pudiendo salir por los frígidos labios del humorista convertidas en sonidos, salían por el cráneo roto convertidas en sangre, para conversar con los dolientes por medio del ruido de la palangana: tanc... tanc... tanc...

Se reanudó el diálogo:

—¿Ya ilustraste el cuento, Pedro (Osorio).

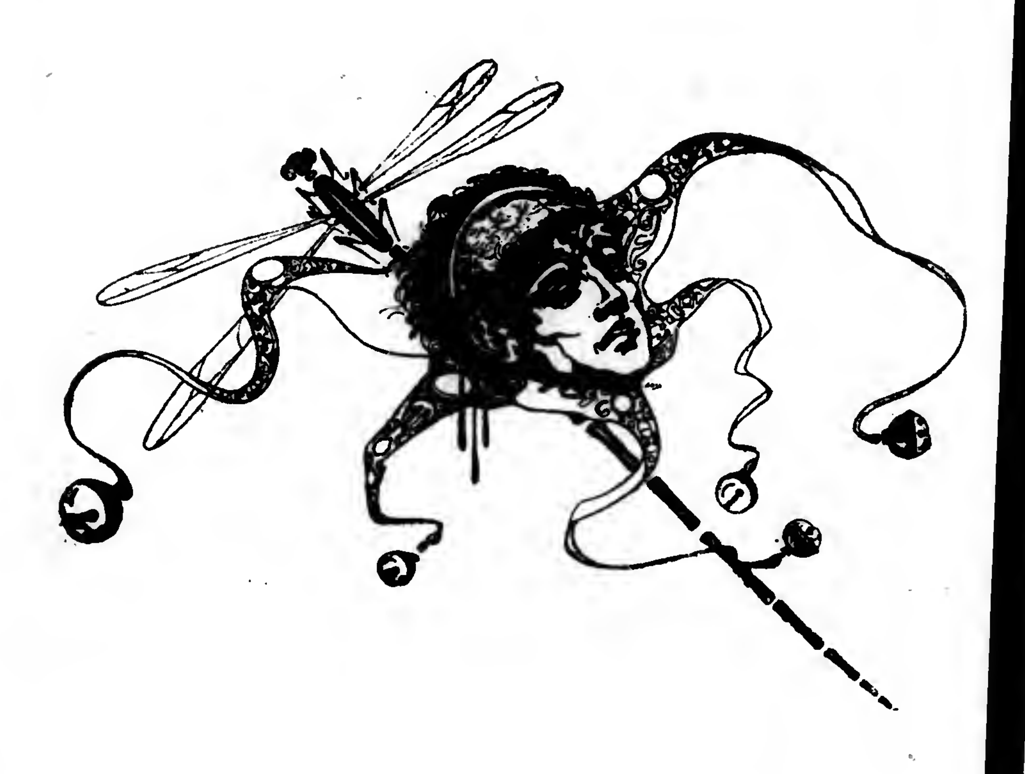
—Ya (Pedro Ramos).

—¿Qué tal quedó? (Zavala).

—Bien. Vi una prueba de los grabados y la encontré admirable (Pedro).

—¿Cuándo sale? (Fémina).

—Mañana (Pedro).



—Por un día no vió Pomar publicado "El caballo del Diablo". (Un estudiante.)

—No esperó "El Caballo". (Otro estudiante.)

—Se fué a pie... (Otro estudiante.)

—Muchachos... ¡No es ocasión de hacer chistes!... (Josefita).

Reprimieron todos la risa con dificultad.

¿Por qué dará risa en los velorios?

... ...

—Dichoso cuento... Si no lo hubieran premiado, no habría muerto Pomar (Arturo Martínez).

—¡Qué tal si no le aparto los cincuenta pesos... no tendríamos con qué enterrarlo!... (Josefita).

—Y anduvo usted acertada en comprarle ropa (Carlitos).

—Le sirvió para amortajarlo... ¡Pobre! (Josefita).

—¿A qué hora llegará esa señora? Son las once de la noche (Zavala, viendo el reloj).

Habían puesto un telegrama muy temprano a la señora de Pomar, a la divorciada, y ella había contestado desde Morelia, que tomaba el tren y que procuraría estar en México cuanto antes.

Eran las once y minutos cuando sonó en el zaguán una serie de aldabonazos.

—Ahí está...—dijo Fémina.

Mientras la portera, perezosa, iba a abrir, se oyeron más toques, dados, al parecer, con el regatón de un paraguas.

—¡Es ella!...—aseguró Zavala.

La portera abrió. Oyóse que alguien hablaba con ella, percibiéndose este resto de frase: *...¿el señor Pomar?*

Hacía luna. Por el patio se vió cruzar a una señora enlutada, con un niño de la mano, con un ramo de rosas y un paragüitas en la otra. Era la divorciada de Pomar. Era la viuda. El niño era su hijo.

Saludó, y, sin hablar más, se abrazó del féretro, llorando, estrujando las rosas contra la caja. Después se arrodilló y rezó un momento. El niño, arrodillado también, asiendo a la madre del chal, parecía que oraba.

Cuando la divorciado se levantó, fué llorosa al viejo sofá, que le señalaron, y dijo a Josefita y a los circunstanes:

—¡Muchas gracias, señora!... ¡Señores, muchas gracias!...

—Voy a entregarle a usted unos papeles que dejó— dijo la señora Bustillos, y fué por ellos a la cómoda.

La divorciada vió los papeles que había en la cartera pringosa recogida con las ropas de Pomar en la comisaría. Entre los papeles había un sobre cerrado que tenía escrito: *Para mi divorciada, cuando yo muera.*

Rompió la divorciada el sobre y leyó, en medio de la consternación de todos, lo que el sobre contenía. Eran estos versos:

Sufro sin tregua por ti, divorciada.
No me acostumbro sin ti todavía...
¡Si a mis recuerdos estás desposada,
mi divorciada, tú aún eres mía!

Como a buscarte otra vez no me atrevo
para amenguar tus desdenes y agravios,
en una copa bribiática bebo
lo que debiera beber en tus labios.

Bebo un brebaje que el pecho me escuece,
como me escuece perder tu cariño:
y lo que más al beber me entristece
es que mañana también beba el niño.

Porque me dicen que es esta una herencia
que yo a tu vientre llevé sin saber:
mi divorciada: si tienes clemencia,
¡cuida que el niño no vaya a beber!

Mi divorciada, yo no lo sabía,
pero mi padre también se embriagó,
y todo aquel que a papá conocía,
dice que el triste heredero soy yo.

Que nunca el niño mi morbo entristezca;
tú no le des de beber, aunque llore,
y como estés tú con él cuando crezca,
cuida también que jamás se enamore.

Y del dolor que nos tiene dispersos,
que ignore el niño la amarga verdad;
esta verdad que te digo en mis versos,
que son un mundo de sinceridad.

Yo me arrepiento de aquello que hicimos
cuando reñimos la última vez:
¡tan ofuscados, que ambos pusimos
los corazones en manos del juez!

De lo que entonces dispuso aquel hombre,
nada en mi ánimo prevaleció:
ha separado del tuyo mi nombre,
¡mas de tu alma la mía, eso no!

Vamos fingiendo los dos por el mundo
una comedia de amores dolientes:
tú hablas de mí con desprecio profundo,
aunque bien sabes que finges, que mientes.

Cuando tocándome el punto algún necio
me hace preguntas acerca de ti,
y me interroga si yo te desprecio,
yo le respondo que es cierto... que sí...

Pero al sentir que he mentido a sabiendas,
luchan las contradicciones que oculto.
Esto es bien fácil que tú lo comprendas:
por ocultar que te amo, te insulto.

Digo que no es tu recuerdo en mi daño;
hablo de ti con indiferentismo...
pero, ya a solas, te invoco, te extraño...
(Creo que a ti te suceda lo mismo.)

Mi divorciada: yo sufro si miento.
Mi divorciada: ¡qué duro es mentir!
Mi divorciada: ¡qué gran sufrimiento
el que tenemos los dos al fingir!

Porque no es cierto que tú me aborreces,
porque no es cierto que yo te maldiga,
aunque a la gente lo digas mil veces
y yo lo diga y lo diga y lo diga...

Es vana empresa que en nuestro consorcio
abra la mano del juez un abismo:
Si hay corazón, no es posible el divorcio
(¡Cuántos habrá que se digan lo mismo!)

¿Sabes lo que es el divorcio que mata?
Es en el pecho una úlcera abrir.
Y es el recuerdo nitrato de plata
que cauteriza y nos hace sufrir.

Mi divorciada: si tú me quisiste,
¿por qué es que somos yo terco y tú terca?
¿por qué vivimos yo triste y tú triste?
¿por qué estoy lejos y tú no estás cerca?

Cuando las lenguas te atacan rabiosas
y entran sus puntas en mi corazón,
yo hablo a las gentes de miles de cosas,
para que cambien de conversación.

Cuando las pérfidas lenguas entablan
conversación que te pueda ofender,
al escuchar a las lenguas que hablan,
yo las quisiera cortar y morder!

Cuando las lenguas tus dones bendicen,
como queriéndome así consolar,
yo oigo a las lenguas lo dulce que dicen,
...pero lo tengo que disimular.

Y me entristezco al notar que no hay quien,
cuando las lenguas afectan mutismo,
me hable de ti, sea mal, sea bien...
(¡Cuántos habrá que les pase lo mismo!...)

Bálsamo santo que cura el olvido
fué dondequiera tu nombre que oí:
deja a las lenguas que halaguen mi oído:
mi divorciada: ¡que me hablen de ti!

Es imposible que estés a mi lado
porque lo impide la mano del juez,
mas, donde muera, si me has perdonado,
¡ve a darme un beso por última vez!

*
* *

La divorciada, con esa generosidad, con esa abnegación, con esa ternura, con ese desprendimiento del rencor y esa conciliación amorosa que tanto caracteriza a

las mexicanas, fuese al ataúd, que le abrieron, y, abrazando al sereno suicida, vertiendo lágrimas sobre su faz amoratada, que parecía salpicada de violetas, por las equimosis, besó larga y dolorosamente al beodo genial, que ya no sonreía, como si le doliera mucho la cabeza vendada, la frente abierta por el "muertero" de tres cincelazos; pero, a través de los párpados entreabiertos, el ironista veía a su amada, la veía con los ojos vidriados, y algún consuelo debió sentir en los besos de la divorciada, porque los presentes, que se pusieron en pie para no perder aquella escena insólita, notaron que en la boca del muerto lamentable, como que se dulcificaba un tanto la última mueca de altivo desprecio a la vida y al amor...

Ya que se sació de besarlo entre interjecciones de tribulación, tomó la divorciada al niño en brazos y, levantándolo, mostrándole la faz del congestionado, le dijo, señalando la venda de la frente:

—Es papá, mi hijito; es tu papá, que murió, porque tenía *coco* en la frente: mira... ¡dale un beso!...

—*¿Tene coco?*—preguntó el niño.

—Sí, mi hijito: tiene *coco* en su frente.

... ...

Acostaron al niño a la una, faena de paloma a que se prestó Fémina cariñosamente; y luego pusiéronse todos a comentar la vida y milagros del escritor festivo.

—Yo no sabía que hubiera escrito versos serios—dijo Zavala—. ¡Parece increíble! En el día de campo todavía nos leyó un trabajo humorístico: "La Mandolina".

—Estos versos tienen fecha de ayer—objetó la viuda, mostrando a todos las cuartillas.

—Los escribió la víspera de su muerte—observó Pedro Ramos—. Son *el canto del cisne.*

Se acordó sacar una copia de los versos, a lo que no se opuso la divorciada. Pusiéronle por título así: *La divorciada.*

—¿Hace mucho tiempo que se habían separado?—preguntó Josefita.

—Seis años, señora. El tiempo que tiene el niño.

—¿Por qué no se reconciliaron?

—Era imposible, señora; él había dado en beber mucho; hacíamos una vida insoportable. Figúrese usted que una noche, que llegó muy tomado, sufrió un ataque como de locura y quería matar al niño, dizque para que no bebiera...

—¡Qué desgracia!...

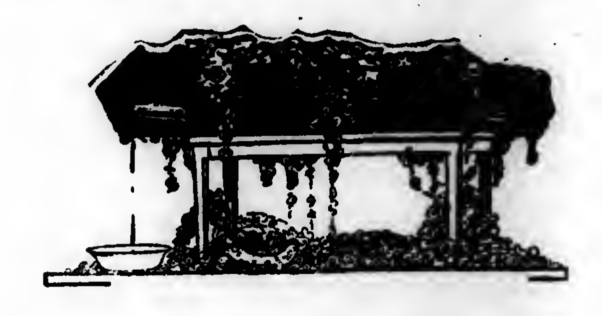
—Sí, señora, ¡qué desgracia!... porque el niño va a beber cuando sea grande...

La madre rompió a llorar...

La noche diuturna se prolongaba como el dolor. Se hacía sentir la mano pesada del sueño. La cabeza de Agustín dejaba de gotear con isócrono compás en la palangana. Las gotas ya eran lentas, con largos intervalos. Pomar ya no platicaba por medio del sonido de la palangana. Pomar se dormía definitivamente.

... ...

Un ruido persistente vino a despertar a la aurora a los que dormían: era el ruido crispador de la escoba de la portera, que barría el patio de la vecindad.



VI

FEMINISMO

Fémina dijo a Josefita después del entierro de Pomar:

—Mamacita: Yo quiero trabajar. Yo voy a buscar un empleo; "de lo que sea"...

—¡Pero, mi hijita!...

—¡Nada! ¡A trabajar! Yo sirvo para algo. Sé escribir en máquina, sé contar, "tengo ortografía"... Y, si no, en un teatro, aunque sea de corista. ¿No tengo buena voz? ¿No sé declamar?

—No; en teatro, no.

—Bueno, mamá; pues en otra cosa. En lo que sea... Yo quiero ganar algo. Yo quiero que salgamos de esta "brujez", porque reniego de lo que decía Pomar: *Todos los años pobres... todo el año pobre...*

Además, mamacita: le he cogido horror a esta vida, a este medio... Creo que se nos pega la pobreza de los muchachos... Ya no quisiera ni que vinieran aquí. La bohemia, la dulzona bohemia... Tiene razón Zavala: la bohemia, como se observa en México, es un engaño y un estigma: la bohemia es la pereza y la mugre: la bohemia es el pretexto de los holgazanes: el ala negra que encubre la borrachera de los fracasados, de los indolen-

tes, de los viciosos. Tiene razón Zavala: no debemos ser bohemios. Eso pasó a la historia. ¡A trabajar!

—Pero, ¿qué te pasa, hija?

—Nada, mamá, nada. Que ya voy pensando, que ya voy creciendo... Mira, anoche, viendo a esa pobre mujer, viendo a esta punta de flojos, que ninguno es capaz de nada; que si no fuera por ti no hubiéramos tenido para el entierro, pensé muchas cosas; pensé que todo es tristeza en esta casa, que parece haber sido escogida por la miseria para refugiarse aquí; y pensé que, si todos trabajáramos, y si no se bebiera, y si se hicieran menos versos y menos valses y en cambio se hicieran cosas más positivas, todos comeríamos, todos viviríamos, y habría menos lágrimas y menos luto. ¿Te parece a ti justo que yo ande de luto por Pomar? ¿Te parece a ti justo que nosotras tengamos que compartir dolores ajenos? Cualquier día se muere otro de los muchachos, y tendremos que velarlo, y tendremos que enterrarlo, y tendremos que llorarlo. ¿Por qué? ¡A ver! ¿Por qué?

No, madre, no: yo sólo quiero llorar por ti; sufrir por ti...

¡Dame un beso, mamacita!

La monísima se abrazó de la madre, la besó y se sentó con ella en el viejo sofá, colmándola de caricias, abrumándola de arrumacos y carantoñas.

Estaba ideal con su vestido de luto, paliducha por la desvelada, melancólica por el aletazo que la había dado el ave negra del sufrimiento al pasar.

—Bueno, mi hijita: veremos lo que se hace—exclamó reflexiva la señora Bustillos, que encontraba razonado lo dicho por la nena; que no creía equitativo que Fémina viviera aquellas angustias esquivables.

—Sí, madre: porque esta vida de ensueño nos va a salar... ya estamos saladas... Verás cómo yo encuen-

tro un empleo. Aunque "hablen" de mí, como "hablan" de muchas.

*

* *

Los deseos de Fémina se cumplieron. Con recomendaciones, con esfuerzos, y no sin dificultades, después de tres meses de porfía y de paciencia, logró entrar como mecanógrafa al despacho del licenciado Pereda, un abogado de prestigio, hombre de gran preponderancia entre los "científicos", a los que Pereda arreglaba cuantiosos negocios.

Fémina se sentía otra en aquel medio, en aquel despacho, donde sonaban los sacos de pesos que se vaciaban; donde se firmaban *cheques* por grandes sumas; donde se veía la gente de dinero, la gente que trabajaba.

¡Qué ufana se sentía ella frente a su máquina "Underwood", escribiendo cartas que hablaban de negocios, escribiendo recomendaciones para otros pobres, soñando que ella también intervenía en protegerlos... ¡qué ufana se sentía!

Por lo demás, el licenciado Pereda la trataba bien; la había puesto treinta pesos de sueldo al primer mes, y eso lo ganaban las que llevaban mucho tiempo en el despacho. Y luego, los ricos que venían allí, la echaban flores, porque se veía muy bonita frente a su escritorio, con su lápiz en el "chongo" formado en la nuca por los lucíferos cabellos castaños; con su goma de borrar con escobilla a la derecha; con un cuaderno de taquigrafía a la izquierda; con un mundo de papeles timbrados delante...

A los dos meses de trabajar, ya ella había mejorado sus "trapitos", y ya había salvado las planchas de la ca-

dena del empeño, de aquella cadena que no las quería dejar libres y las mantenía amarradas en ristra encima del mostrador...

Llegaba un día a su casa, a la hora de comer. Estaban allí los muchachos hablando con Josefita. Estaban todos, menos Zavala, que aún no salía de la Biblioteca.

—¡Hola, Fémina!—la saludó Pedro Ramos—. Estás embarneciendo una barbaridad...

—Es que—dijo ella—, desde que trabajo, como.

—Mejor, mujer; mucho mejor... Yo también ya trabajo.

—Me alegro. Haces bien. El que no trabaje, no tiene entrada en esta casa—díjoles sonriendo, entre chanza y veras.

—¡Qué petulantes se ponen las muchachas, apenas trabajan!... —exclamó Osorio.

—¡Haces bien, Fémina! ¡Ponte ancha!—salió a la defensa Zavala, que llegaba y oía.

—Si el trabajo de las señoritas es una farsa; una "pose"; una triquiñuela; un adorno; un estado pasivo de coquetería modernista, para enganchar un novio.

—¡Alto! joven vertebrado—habló Zavala, que tenía muy pegada la frase de "joven vertebrado", "jóvenes vertebrados"...—Eso es discutible.

Llegó de la droguería Carlitos Manzanares, que trajo a Fémina un estuche con fruslerías y polvo rosado para limpiar las uñas. Fémina sentóse tranquila a pulir las puntas amigdálicas de sus dedos.

La discusión arraigó:

—A mí no me convence el trabajo de la mujer en las esferas de actividad pertenecientes al hombre, excepto en el arte—aventuró Pedro Ramos.

—Tú eres un pintamonas que no sabes nada de eso, Pedro—contestóle Zavala.

—¡Claro!... como tú eres un ratón de la biblioteca, que has leído... sólo tú puedes hablar.

—Sí, señor; yo he leído; he leído de estudinte y he leído consecutivamente durante los quince años que llevo en la Biblioteca sin hacer nada, porque el público no va a molestarme, no va a leer; sí: yo he leído, desde "El Pentateuco" y "Los Vedas", hasta "La de los ojos color de uva", de Felipe Trigo, y con esos años de lectura—te diré lo que Gavilanes en "La Fiesta de San Antón—, con esos años de lectura, que son mis años *de pescante,* tomo chocolate y no mojo con el *deo.*

—Lo del *deo,* díselo a Fémina, que se está puliendo el meñique.

—Sin choteo, Pedro. Tú no sabes nada de feminismo.

—Pues tú, con todo y tu "Pentateuco", no me convencerás de que el trabajo de la mujer es positivo, perdurable... vamos...

Llegó Amadita, una viejecita de la vecindad, que venía a pedir una cabeza de ajo prestada, y que, interesada por la conversación, se detuvo.

—A ver—propuso Pedro—, que hable Amadita, que tiene la autoridad de las canas; que sea ella el árbitro: Oiga usted, Amadita: ¿Está bien que la mujer desempeñe las funciones del hombre en las oficinas? ¿Está bien que las señoritas nos usurpen los empleos y estén hechas unas machorras en medio de números y asuntos de Estado que se ventilan en los ministerios, que han invadido? ¿Está bien que olviden y abandonen su dulce misión, la misión del hogar? ¡Diga usted, Amadita!

Amadita:

—Yo creo que no está bien. En mi tiempo no se veía eso.

Zavala:

—Perdone usted, señora: En su tiempo había hombres. El sentimiento del deber no se encontraba tan relajado como ahora. La virilidad se mantenía a la altura del honor. La lucha no era tan activa como hoy, y la mujer, para vivir, no tenía que trasponer los límenes de su casa.

Pedro:

—La lucha. Tú lo dijiste. La lucha activa. ¿Y por qué es activa la lucha? Por las necesidades *creadas*. ¿Y quién crea las necesidades? *Ellas,* que son insaciables, que son presumidas, que tienen aspiraciones desproporcionadas, que son ostentosas. Las mujeres de hoy son esclavas de la moda; la moda es la que les extravía. Todas ellas giran en torno de un eje común: el lujo. Tienen una norma: el aparador de "El Paje". Eso, eso es lo que las hace soñar; eso es lo que las precipita, el aparador los escaparates; lo que en ellos pone con tentación la mano del hortera. La mano del hortera las maneja. La mano del hortera tiene una gran importancia social. La mano del hortera tiende los encajes y los galones y los filamentos dorados en el escaparate, y esa mano, que tiende los hilos, tira de ellos, los mueve y las hace bailar como autómatas. La mano del hortera es la araña que teje detrás del cristal la red en que ellas *van a caer*.

Amadita:

—Muy bien dicho, señor.

Zavala:

—No tan bien dicho, señora. Todo eso que acaba de decir Pedro, se llama evolución. La tela de araña de los aparadores se teje para que caiga en ella el capital, la riqueza.

Pedro:

—Pero cuando no hay capital, cuando no hay riqueza, cae en la tela de araña la honra.

Zavala:

—Aun así, la culpa no es de ellas, Pedro. La culpa no es de *la que peca por la paga, sino del que paga por pecar,* que dijera Sor Juana Inés de la Cruz. En nuestra degeneración está el placer de prostituirlas. Si nosotros quisiéramos, ellas se mantendrían todas puras. La seducción parte de nosotros.

Pedro:

—Parte de nosotros, porque ellas quieren. Porque ellas no nos piden amor: nos piden alhajas; nos piden vestidos; nos piden zapatos costosos; nos piden carruajes; nos piden palacios; nos piden todo lo que está en el bolsillo, que no nos piden nada de lo que está en el corazón. Por eso no podemos amarlas; por eso ellas no nos aman tampoco; por eso disminuye la estadística matrimonial, *por el miedo masculino a los aparadores;* por eso el amor huye de entre nosotros.

Zavala:

—En esto estoy de acuerdo. Has dicho una verdad: el amor entre nosotros, tiende a desaparecer.

Pedro (creciéndose):

—Pues ¡para que veas!...

Zavala:

—Solo que eso, también depende de nosotros. No sólo en ellas el amor mengua: también mengua en nosotros. Nuestro egoísmo nos hace huir del amor edificante y buscar el amor *comprable, pasajero, sin trascendencia, sin compromiso.* Y esto es más grave de lo que puedas pensar, porque falsea los cimientos de nuestra sociedad, de nuestra familia. Si, por ejemplo, mañana nos casáramos con todas las señoritas empleadas, el feminismo quedaría suprimido de raíz.

Pedro:

—¿Y quién se casa con ellas? ¿Quién? ¿Quién se atreve a hablar de amor a una señorita que tiene la cabeza llena de números, que tiene el espíritu habituado a *los cálculos;* que tiene el ánimo agriado por la lucha, que es una *mujer-guarismo,* una *mujer-aritmética?*

Zavala:

—El amor la redime; el amor la depura; el amor la quita todos esos resabios.

Pedro:

—Estás en un error, Zavala. Olvidas que, en los ejercicios intelectuales, en las funciones oficinescas de macho, los órganos de la mujer se transforman, toda ella se transforma, moral y físicamente; olvidas que en las labores mentales, el cerebro de la mujer se desarrolla en demasía, con menoscabo de los demás órganos, y esas mujeres así, se anulan para sentir y desear el amor, y se atrofian para ser fecundadas. Esto lo reconocen todos los fisiólogos. Esto es una verdad patológica. Si has leído, debes saberlo.

Zavala:

—He leído todo eso; y creo haber aprovechado con serena y justa hermenéutica todos los libros que por mi mano han pasado; pero, oye: los anatomistas han exagerado un poco. Yo tengo formado de todo eso un concepto subjetivo: el exceso de feminismo, no es más que una resultante de la restricción, de la disminución de masculinismo. Si nosotros fuéramos más hombres, ellas serían más mujeres. Ellas tienden a desempeñar las funciones *abastecedoras* del macho, porque el macho les falta, o porque el macho es deficiente. Cuando el pichón no atiende las necesidades del nido, las atiende la paloma. La gran verdad es esta: *Hay que buscar el grano.*

Pedro:

—No es eso lo que buscan, Zavala; no es el grano lo que buscan...

Zavala:

—¡Cómo no! Ahí tienes a Fémina.

Pedro:

—Fémina es una excepción. Y, con todo: ¿quién puede predecir el porvenir de Fémina? ¿Quién puede presentir lo que tras el grano le reserva el destino?

Fémina:

—¡Hombre... no me la sentencien!...

Pedro:

—El camino es único.

Zavala:

—Protesto. Los caminos son varios.

Pedro:

—La vida es una.

Zavala:

—La vida es varia..

Pedro:

—Todas toman por el mismo camino.

Zavala:

—Rectifica: a todas las empujamos por el mismo camino. Pero, si ellas quieren, pueden tomar el camino recto.

Pedro:

—Ellas no disciernen.

Zavala:

—Disciernen las madres.

Pedro:

—Las madres disciernen mal.

Josefita:

—No tiren con piedra, que yo discierno bien.

Zavala:

—Apruebo. Josefita tiene carácter; tiene cultura; tiene energía; tiene moralidad.

Pedro:

—Pero hay pocas madres así. Josefita Bustillos es una madre a la antigua.

Amadita:

—¡Ay, señor... las madres antiguas!... En mi tiempo no se veía esto... Las muchachas estaban en sus casas...

Zavala:

—Sí, señora; pero hoy, si se están en sus casas, se mueren de hambre...

Pedro:

—No; de hambre, no: se mueren de nostalgia por un vestido, por alternar; *por brillar*. He aquí la palabra: *brillar*.

Zavala:

—*Brillar* no es afrenta ni peligro.

Pedro:

Lo es, porque el brillo ascendente, el brillo de competencia, que es el que a ellas las aguijonea, no se adquiere *naturalmente,* sino con algún sacrificio extraordinario.

Zavala:

—Tú lo has dicho: *sacrificio*. Yo las compadezco.

Pedro:

—Yo no. Porque se sacrifican ellas, sacrifican su honor, sacrifican el honor de la familia, el honor de los padres, el honor de la sociedad.

Zavala:

—La sociedad no tiene honor.

Pedro:

—Sí lo tiene. ¡Y se funda en la familia.

Zavala:

—La familia tiene que subsistir.

Pedro:

—Ese es un axioma de Economía Política, que no disculpa la perdición moral.

Zavala:

—No hay perdición moral en la lucha, cuando se dispone del honor como única arma.

Pedro:

—Sí la hay. Y hay más; hay la responsabilidad de los tutores, de los padres o de las madres, que toleran y encubren.

Zavala:

—Una madre pobre, a la que Dios le da una hija bella o agraciada, no comete falta en emplearla como arma de lucha, porque, precisamente, la hija es eso: arma de defensa. La belleza es un arma como otra cualquiera. La belleza es dón, tesoro, manantíal de bienes, fuente de riqueza, *recurso*...

Pedro:

—Eso no es moral.

Zavala:

—No es moral, pero es cierto. Observa la vida. La vida no se rige por la moral. Se rige por causas. Las causas son verdad. El pan es una verdad. La belleza es otra verdad. La nutrición es una verdad ineludible, y, cuando a falta de otras condiciones explotables para vivir, existe la belleza, es ésta la que da el pan.

Pedro:

—¿¡Pero apruebas tú ese sistema de vida?

Zavala:

—Si no hay otro.

Pedro:

—Luego tú encuentras razonable y edificante lo que hacen las señoritas cuando ingresan por ahí de merito-

rias, no con la intención de pescar una plaza en la oficina, sino con la reserva de "pescar" un novio o un amante en la misma oficina?

Zavala:

—Yo, sí. Lo mismo es pescar el novio en casa, en los salones, que pescarlo en la oficina. Ellas salen a buscarlo. Es la lucha legal. Y ellas salen a buscarlos, porque ellos no las buscan a ellas. Lo necesitan; fuerza es que lo busquen. En la casa, manejando los bártulos domésticos, no es fácil que lo encuentren.

Pedro:

—Mira que yo sé de muchas señoritas que acabaron mal.

Zavala:

—Yo sé de muchas que acabaron bien.

Pedro:

—Yo persisto en rechazar el mal, el peligro.

Zavala:

—La abnoxia, el peligro, está en nosotros.

Pedro:

—Está en ellas: que van a la oficina con trapos seductores, con escotes que provocan; que se sientan frente a nosotros con la pierna cruzada; que se inclinan para que veamos, corsé abajo, el acurrucamiento de los pechos...; que adoptan posturas estudiadas para volvernos locos, para atraernos.

Zavala:

—A eso van, a atraernos.

Pedro:

—Es que se pierden... Es que...

Zavala:

—Más pronto se pierden en sus casas pobres; más pronto se pierden cosiendo munición, echando los bofes

para ganar cuartilla; muriendo honradas, pero tuberculosas. ¡Déjalas que vivan!

Pedro:

—No vas bien.

Zavala:

—Sí voy bien. Tienen derecho al trabajo menos operoso y más retribuido. Tenemos la obligación de frangir con ellas la alegría, la inteligencia y la luz. ¿Es un pecado el placer? ¡Tienen derecho al pecado!

Pedro:

—Al paso que vamos, pronto lo monopolizarán ellas todo. Ya no hay almacén, oficina ni institución en que no se vean las peripuestas señoritas. Yo, apenas voy a comprar algo y las veo, no entro. Me "repatea" tener que tratar con ellas. No puede uno regatear, por galantería; no puede uno... ¡Vamos... si yo creo que hasta son perjudiciales al comercio!

Zavala:

—Te equivocas. Nos suplen con ventaja. ¿Tú ves cuántas hay de cajeras? Pues es porque son más fieles que nosotros; nunca desfalcan, Pedro...

Pedro:

—No es verdad; no es por eso; es porque trabajan por menos sueldo. Eso es lo que ellas hacen: echar a perder los sueldos, por medio de una competencia que no sabemos a dónde llegará... Vale que, para consuelo nuestro, van a los empleos a madurar, y en cuanto están en sazón, se las birlan...

Zavala:

—Lo mismo se las birlan de sus casas.

Pedro:

—Pero sus casas son sus casas. ¿Verdad, Amadita? ¿Usted qué opina...?

Amadita:

—Yo, que la mujer... en su casa... en su casa...

Pedro:

—¡Claro!... Si ya lo dijo el poeta:

"Tú, como la paloma, para el nido,
y yo, como el león, para el combate".

Zavala:

—Sí... ¡tanto que combatimos nosotros!... Si realmente fuéramos leones... pero si somos unos cobardes... si nos damos a bébedos en cuanto nos faltan las fuerzas para la lucha... ¡Mira a Pomar!... Finalmente: a ver: de todos los que estamos aquí, ¿quién de ustedes ha ganado hoy un peso? (Me exceptúo yo, que tengo empleo.) Ninguno, ¿verdad? Bueno: pues ahí tienen ustedes a Fémina: ella ha ganado hoy un peso. Más todavía: ella ha encontrado un empleo en tres meses, y ustedes no lo han encontrado en tantos años...

Pedro:

—Porque Fémina es hermosa.

Zavala:

—Y porque ustedes son flojos.

Osorio:

—Eso ya es ofender. Hablemos de otra cosa.

Amadita:

—Ya me voy, que se me quema la sopa... (Se fué.)

Josefita:

—¿Vamos a comer, muchachos?

Carlitos (yéndose):

—Muchas gracias.

Osorio:

—Yo ya comí.

Zavala (en la mesa):

—Ya ven: estamos comiendo pan feminista, ¡y tan feminista!, el pan ganado por una mujer que se llama *Fémina*...



VII

"PRIVADO"

En el despacho del licenciado Pereda había una puerta forrada de paño verde y adornada de clavos amarillos, que tenía en el centro unas letras de porcelana que decían: *Privado.*

Era la puerta que comunicaba la extensa oficina con la pieza del jefe. Sólo el secretario del licenciado tenía autorización para empujar aquella puerta. Y eso, no podía hacerlo siempre el secretario, que había ciertas taxativas. Por ejemplo, si en el *Privado* había alguna dama, la puerta no se empujaba nunca. Se esperaba a que el jefe tocara el timbre, un timbre que producía el áspero sonido de una chicharra fenomenal.

Para eso había un muchacho uniformado de azul a la puerta, para que dijera quién estaba con el jefe.

Aquella era la puerta de la gloria. El que lograra abrirla, pasar por ella, ser recibido por aquel prócer, podía contar asegurado su porvenir, resuelto favorablemente su negocio, obtenida su recomendación infalible.

¡Cuánta gente perdía las mañanas mirando para aquella puerta, esperando que se abriera, sin que se abriera!...

Como que allí detrás, allí dentro, estaba el hombre

fuerte, el *factotum de la política,* el magnate de los negocios, el que arreglaba concesiones con los "científicos", el que asesoraba a los ministros, el invisible licenciado Pereda. Allí detrás estaba, en su despacho privado dispuesto con lujo, amueblado con opulencia austera, con escritorios y mesas de caoba obscura, con sillones y sofás forrados de cuero de búfalo, con alfombras silenciosas al pisarlas, con candiles y arbotantes de refinado gusto, con poltronas giratorias, con lambrines en cuyos retablos se realzaban artísticos almocárabes ricamente tallados, y, arriba de los lambrines, retratos de personajes pudientes, con extrañas dedicatorias. Allí estaba el abogado optímate, sentado frente a una gran mesa "ministro" sobre la que caían algunas hojas de un desinfoliado búcaro de rosas colocado en un florero suntuoso.

Moreno; más bien prieto. Panzón. Alto. Fuerte. Los pelos de punta, aquellos pelos que decían los empleados murmuradores que se los peinaba con martillo. Algo canoso. Dobles los espejuelos para trabajar. Achatada la nariz. Brillante la tez broncínea. Desbordante del cuello la papada, que daba a su rostro la apariencia de las cabezas de cerdo que se ven en los ganchos de las carnicerías, con los ojos pequeños. Las manos como sapos, fingiendo las piedras preciosas los granos, las pústulas que los sapos tienen. El traje a la *dernier.* Una gran perla en la corbata de seda floja. Pequeño el pie. Ajustado el brillante calzado de charol.

Así era el licenciado Pereda, el potentado que las señoritas y los estenógrafos oían toser detrás del cancel, del otro lado de la mampara, que era el lado de la fortuna; del otro lado de la puerta verde, que era la puerta de la gloria...

Fémina era la única señorita del despacho que había logrado la distinción de transponer la puerta verde a to-

da hora. Y esta distinción dió pábulo a chismes y enredos. a murmuraciones y andróminas. El licenciado llamaba a Fémina con frecuencia; la llamaba para todos los asuntos delicados; la llamaba por medio de una contraseña: tres toques de chicharra. El mismo secretario estaba celoso de ella. Porque le había usurpado sus funciones de confianza. En diez meses que llevaba en el despacho, Fémina les había "echado caballo" a todos y a todas.

¡Bah!... *Por algo sería...* recortaban los celosos y las celosas. Pero nadie se atrevía a hostilizar a la señorita Ponce, porque la colocación peligraba, y las colocaciones, entonces, sólo las daban aquel "científico" y otros "científicos".

Un día llegó Fémina llorando y empujó violenta la puerta del *Privado*. Y los demás empleados oyeron que dijo la señorita Ponce:

—Señor licenciado: ¡mi madre se muere!

—¿Necesita usted algo?

—Sí, señor: que me haga usted el favor de mandar prestarme otros cincuenta pesos...

—Vaya a la Caja que se los den.

Cuando Fémina venía hacia "la puerta de la gloria", los empleardos y las señoritas que escuchaban por fuera, se retiraron en desbandada.

Fémina fué a ver al cajero, y no vino a trabajar aquel día.

Josefita Bustillos estaba, realmente, muy grave. Su artritismo se había recrudecido, complicándose con la diabetes, sufriendo la buena señora agudos dolores en las articulaciones, dolores que la hacían gritar. Además, la señora sufría un agotamiento extremado, una astenia mortal.

Cuando Fémina llegó con el médico a la casa del Cuadrante de Santa Catarina, los muchachos rodeaban a

la enferma. Zavala se ocupaba en ayudar a Josefita a voltearse en la cama.

—¿Qué tiene mi mamá, doctor?... díganos usted la verdad... ¿está muy grave? ¡Con franqueza! No importa que ella lo oiga. ¡Mire usted qué demacrada está!... ¡Mamacita linda!... (Besándola).

—Lo que tiene su mamá es que la mata esta vivienda, este ambiente asfíctico... esta humedad... Ustedes no debieran pasar aquí el invierno.

—Pero si no gano más que treinta pesos, doctor... ¿cómo nos mudamos?

—Pues hay que salir de aquí—dijo terminantemente el médico.

Después reconoció las articulaciones de la señora; la auscultó los pulmones, notando que había enfisema. Se fué al sofá y púsose a recetar en la rodilla, sin apercibirse de que Fémina le acercaba una mesita recién comprada.

—¿Cuesta esto mucho, doctor?

—Sí... esa medicina de patente es un poco cara... unos diez pesos... Pero es muy buena para el reuma.

—¿Se aliviará con ella?

—Veremos, señorita.

—¡Ay... fíjese usted... por Dios!... ¿No tendrá mi madre alguna cosa?

—La edad, señorita... la edad ...

Eso, doctor—dijo la paciente—, yo creo que tengo el mismo mal que nuestro sofá: necesito unas piernas nuevas, tornillos nuevos, un forro nuevo, otro relleno...

—El sofá tiene compostura... pero tú, mamá...

El médico recibió los dos pesos de la visita, y diez de las visitas atrasadas y se fué.

—Este doctor—dijo Fémina—me parece que no da a la bola.

—Sí da, hija, sí da... pero me pasa lo que a nuestro ajuar: estoy "desconchinflada" por los años.

—Si no tienes más que cincuenta abriles, mamá...

—Cincuenta diciembres, hija, cincuenta diciembres...

Llegó el casero a cobrar la renta. Fémina le pagó. En seguida dió a Pedro Ramos las recetas, suplicándole que fuera por las medicinas.

—¡Y se acabó el dinero!—exclamó la torcaz, guardando el recibo de la casa en la cajita guarnecida con conchitas de Veracruz que estaba en la cómoda!

*

* *

Fémina ya había equilibrado sus "finanzas" en los diez meses que llevaba de trabajar; pero la enfermedad de Josefita, que llevaba cuarenta días, la había desequilibrado.

Todas aquellas prendas que la chica había redimido, tuvieron que volver a la casa de préstamos, no obstante que Fémina había pedido en el despacho algunas semanas adelantadas. Josefita ponía su fuerte voluntad en aliviarse; pero no era posible: cada día la aquejaba un nuevo mal, seguido de las malhadadas complicaciones.

Un sábado se puso la señora muy mala. Fémina no se había atrevido a empujar la puerta del *Privado* para pedir más dinero. El domingo amaneció la frágil luchadora sin un centavo. Zavala, que tenía un peso, lo prestó a Fémina para el carbonero. Tanto decayó aquel día la señora, que Fémina, alarmada, llamó al médico. Este recetó otra vez ingredientes costosos, y aparatos...

Los empeños se cerraban al medio día. La afligida muñeca se tronaba los dedos sin saber qué hacer. En vano

buscó dinero prestado en la vecindad. Le quedaba por empeñar el vestido de paño que traía puesto; pero; ¿cómo iba el lunes a trabajar?

—¡No importa!—se dijo resuelta, y metiéndose a la cocina, se quitó el vestido y fué con él al empeño más cercano. ¿Le abrirían? Había que probar.

Tocó Fémina persistentemente a la puerta lateral del empeño. Se oyó ladrar un perro ...

Luego, por dentro:

—¿Quién va?

—Yo soy, don Pablo.

—¿Qué quiere? (Con brusquedad).

—¡Haga el favor de abrir!...

—¡No se abre!... (Un dependiente).

—¡Por su mamá, don Pablo!

Vino uno a la puerta. Vió a Fémina con el lío en la mano. Por entre las piernas del empeñero asomaba la cabezota el perrazo. La hicieron pasar.

—¿Qué deseaba?

—¡Háblele a don Pablo!... Dígale que le suplico por lo que más quiera que me preste cinco pesos por este vestido, que mi madre se muere!... (Llorando).

—Don Pablo se está mudando para irse a los toros... pero... le diré... (Fuése a llamarlo).

El perro, con las manazas subidas al mostrador, miraba a Fémina con ojos píos, como diciéndola: ¡ No tengas cuidado!

Fémina esperó.

Allá adentro, sentado en el baúl, un dependiente tocaba el acordeón. Otro cantaba una copla dolorida. Fémina volvió el rostro, atraída por las pisadas de la gente que pasaba por la acera. Vió las grandes trancas que aseguraban las puertas. Después levantó la vista y púsose a ver las prendas colgadas: capotes, sayas, pantalones, cha-

quetines con espiguillas, cadenas, guitarras, muchas guitarras... Abajo, martillos, cinceles, serruchos, molinos de café, loza, cubetas, tornos, limas, garlopas, berbiquíes, todo en hacinamiento, en desaliño, en confusión.

El del acordeón seguía tocando. El otro, el que cantaba, tomó unas castañuelas y avivó el jaleo.

Don Pablo vino, anudándose la corbata.

—¡Don Pablo!... ¡Por su mamacita!... Présteme cinco pesos!...

Don Pablo, viendo el vestido:

Cuatro pesos.

—Necesito cinco. ¡Préstemelos!

El perro del empeñero, con las manazas en el mostrador, meneando la cola, veía a Fémina y veía a don Pablo, como diciéndole: *¡Préstaselos, hombre, préstaselos!...*

—Cuatro pesos, señorita; y dé gracias a que le abrimos.

El cartero, desde la calle, deslizó una carta de luto por debajo de la puerta: Ssséee... (se oyó la carta).

Fémina se inclinó llorosa a tomar el sobre de luto y lo entregó a don Pablo, con una lágrima que en la carta cayó de los bellos ojos de la atribulada.

El empeñero rasgó el sobre y leyó, palideciendo.

Fémina, viendo a un muchacho cabezón que se disponía a hacer el boleto en la carpeta, instó:

—¡Ande usted, don Pablo... cinco pesos, que mi madre se está muriendo!...

Don Pablo, arrasándosele los ojos de lágrimas y soltando la carta, dijo, querellándose:

—La mía también ha muerto, señorita... ¡Que le presten a usted lo que quiera!

... ...

—También en el empeño hay dolor—iba pensando

Fémina por la calle—; también los empeñeros tienen madre... también los empeñeros sufren... también los empeñeros lloran... ¡parece increíble!

Y en sus tímpanos, como que sentía aún el repiqueteo de las castañuelas y la voz quejumbrosa del acordeón. Y en su mente se le había quedado fija la cara del empeñero español, con los ojos húmedos, aquella cara de don Pablo, que se parecía a la de Hernán Cortés, y que también lloraba en México...

... ...

Sonó la chicharra.

El secretario del licenciado Pereda se presentó en el *Privado.*

—Hizo usted esas investigaciones que le encargué el sábado?

—Sí, señor.

—¿Quién es esa muchacha?

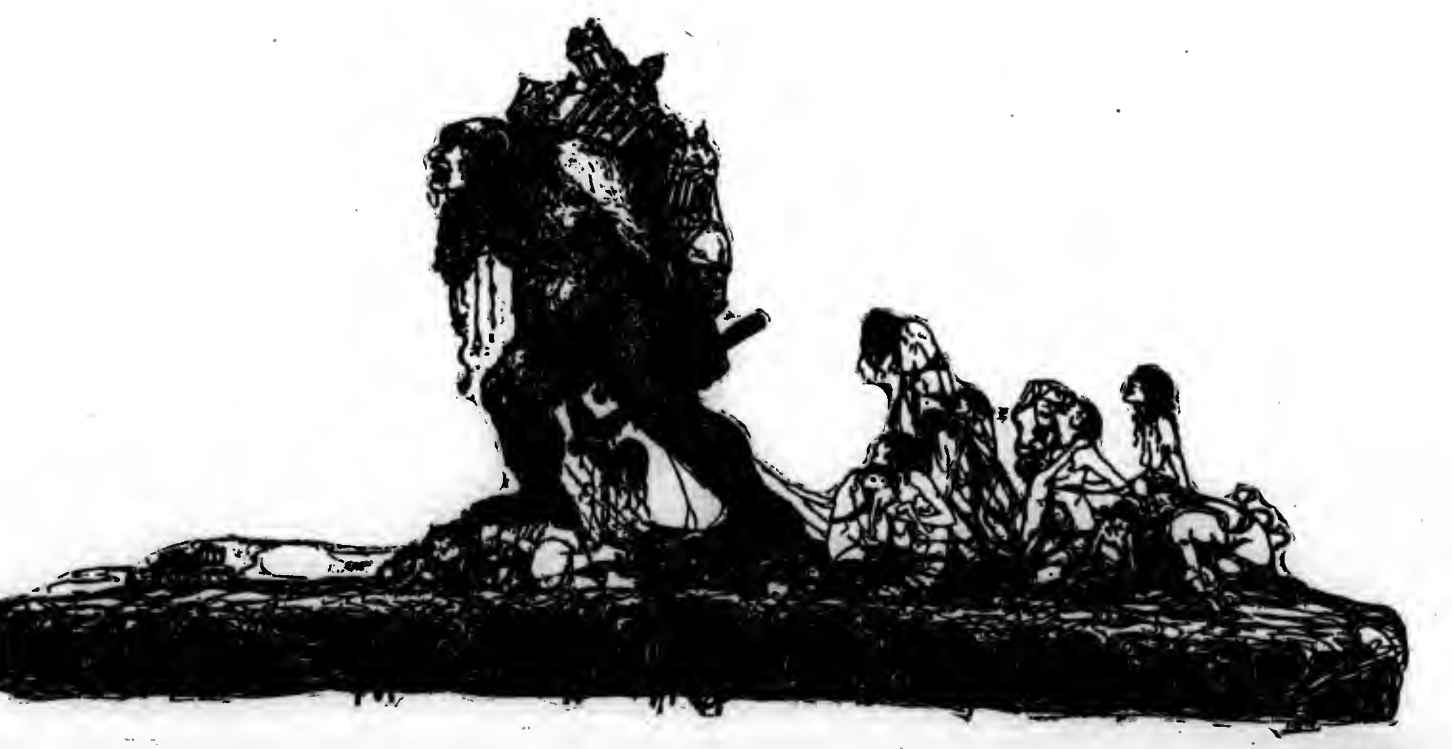
—Es honrada, señor. Y es señorita. Vive en el Cuadrante de Santa Catarina, en una vecindad pobre. La madre se llama Josefa Bustillos: es una profesora de piano venida a menos. Es verdad que está enferma y que la familia atraviesa por una situación angustiosa. Ayer empeñó la muchacha su vestido en cinco pesos, para atender a la madre, que se agravó.

—¿No le dieron aquí dinero a esa señorita el sábado?

—Sí, señor licenciado: cincuenta pesos; pero por las averiguaciones hechas, sé que esos cincuenta pesos se acabaron el sábado, porque la familia debía la renta, debía al médico y empleó lo demás en drogas costosas.

—Siga. ¿Qué más sabe?

—Que esta señorita tuvo como padre a un señor Ponce, literato mediocre que vivió hasta hace unos diez o doce años.



LA MISERIA

—¿Qué gente frecuenta la casa?

—Algunos estudiantes pobres y tres o cuatro mechuditos de esos que escriben y pintan y...

—¿No tiene novio la muchacha?

—¡Ah! Sí. Se me olvidaba: Es un mozalbete de la misma vecindad: se llama Carlos Manzanares: está empleado en la droguería Labadíe. El ha llevado a la señora algunas medicinas de regalo. También los demás han socorrido algo a la enferma en este sentido.

—¿Quién trajo aquí a esa señorita?

—Vino ella sola.

—¿Quién la recomendó?

—El diputado Martínez Alonso.

—Ajá... Bueno. Basta.

*
* *

Fémina se presentó el lunes en el despacho con un vestido viejo. Iba aseadita, oliendo a juventud y agua fresca. Se había peinado con habilidad para disimular lo viejo del vestido.

El licenciado Pereda, así que la vió vestida de aquella guisa, confirmó *in mente* la información de su secretario. ¡Qué adorable, qué sugestiva, qué bonita y zura la veía el licenciado Pereda así, mientras la dictaba unas cartas en el *Privado,* aquella mañana del lunes!

Pereda se fijaba en las bruñidas alméndolas de los afilados dedos de Fémina, que sujetaban el cuaderno de taquigrafía y oprimían graciosamente el lápiz. Pereda se fijaba en aquellas manos límpidas y perfectas, en las que con el movimiento palpitaban los hoyuelos, unos hoyuelos que estaban esperando besos... Pereda se fijaba en el busto impecable, que subía y bajaba con la respira-

ción, dejando ver apenas, a través de un encaje encuadrado en el seno, una sombra rosada de que partían las pomas oprimidas. Pereda observaba el movimiento en redondo de los brazos, descubiertos por la manga corta, los brazos de mármol veteado de azul, los brazos velluditos... Pereda, para ver mejor los tobillos de la incauta, que estaba enfrente muy atareada, se echó para atrás haciendo rechinar su gran sillón giratorio de resortes, y de esa manera apreció bien la perfección del maléolo, el surgimiento de la pierna fina y precoz. Pereda estaba así, contemplándola, recargado de espaldas en su sillón, cuando por el claro de uno de los transparentes del balcón entró una ráfaga de luz que fué a quebrarse en los cabellos castaños delanteros, iluminando la frente purísima de la criatura angélica.

—¿Cómo sigue su mamá, señorita?—preguntóla el licenciado al terminar el dictado.

—Muy mal, señor.

—¿Qué tiene?

—Postración general, y un reuma que la tiene inmóvil.

—¿Y el médico?

—No hace nada; dice que nos mudemos de casa; que en eso consiste todo; pero yo no puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque... (ruborizándose, mortificada) no me alcanza el sueldo.

—¿Cuánto gana usted?

—Treinta pesos, señor.

—Que le pongan sesenta desde hoy; y si necesita usted más dinero, que la anticipen un mes.

—¡Ay, señor!... ¡cómo se lo agradezco!

—Voy a darle a usted, además, una tarjeta para un médico bueno, amigo mío. Dígale que me cobre a mí.

—¡Como voy a pagarle a usted todo esto, señor!...

—No tenga cuidado, señorita. Y múdese, múdese, si es indispensable para la salud de su mamá.

—Voy a ver si es posible, señor... Voy a buscar una casa. ¡Gracias, señor licenciado!...

—Estoy pensando una cosa...

—¿Qué, señor?

—En Tlalpan, allá por un sitio que se llama "Las Fuentes Brotantes", tengo yo una casa desocupada que me hipotecaron el otro día... ¿Se acuerda?... Creo que usted hizo la copia de la escritura...

—Sí, señor: me acuerdo...

—Bueno. Pues ¿por qué no se mudan ustedes a aquella casa? Yo se la ofrezco, sin que tenga que pagar renta. Es un caserón antiguo, pero tiene una huerta muy bonita y muy grande. Si ha de estar vacía, aprovéchenla...

—Pero está muy lejos, señor, y para venir yo al despacho...

—Bien: no venga usted a trabajar mientras su mamá siga mala.

—Gracias, señor. Voy a hablarle a mamá de esto hoy mismo.

... ...

—¿Se puede, señor?—el secretario, asomando malavés la cabeza por la puerta verde.

—Un momentito—respondió el licenciado.

—Voy a escribir las cartas, señor. ¡Muchas gracias *por todo!...*

—Vaya usted tranquila.

Esto diciendo, el licenciado Pereda puso una mano

en el hombro de Fémina, ya para despedirla en "la puerta de la gloria".

Cada macrogloso, cada lengua larga, cada malsín comentaba a su sabor en el despacho la prolongada estancia de Fémina en el *Privado.* Y ella, inclinada sobre el teclado de su "Underwood", escribía presurosa, casi llorando de alegría.

A la una partió como una saeta para el Cuadrante de Santa Catarina, llevando los sesenta pesos anticipados. Era día de su santo. Cumplía en aquel lunes los catorce años. Cuando llegó a su casucha, la madre, rodeada de sus amigos, estaba echa un mar de lágrimas acerbas: lloraba porque no podía celebrar el onomástico de Fémina, como hacía un año. En la casa había algunos regalitos de poco valor: flores, flores pobres, baratas...

La gentil empleadita entró a su morada brincando. Fuése a la madre. Besóla con arrebato. Abrazóla contra el corazón, hasta hacerla quejarse, y díjola, transportada de gozo:

—¡No llores, madre mía... no llores!... ¡Ya sé por qué lloras!... ¡Mira mi *cuelga...* mira!...

Y sacó de la bolsa los sesenta pesos, contando luego lo acaecido.

Todos se alegraron.

Pedro Ramos hizo un gesto...

Fémina soñó aquella noche con el perro del empeñero; soñó que lo acariciaba, que le agradecía aquella como intercesión que el perro había demostrado, cuando, mirando a don Pablo, el perro le decía con los ojos: *préstaselos, hombre. préstaselos...*

También soñó Fémina muchas guitarras, las guitarras del empeño. Y al soñarlas, *al verlas,* pensaba, en

su sueño: ¿Por qué las guitarras están empeñadas? ¿Por qué ellas, que son la alegría, van allí? ¿Por qué hay en los empeños tantas guitarras, que hacen pensar que la alegría huye de nosotros y se va a los dominios del dolor?



VIII

"LA CASA DE LOS ESPANTOS"

Lo primero que se veía al acercarse a ella, eran los cuatro canalones de piedra que sobresalían de la cornisa. Remataban los canalones en testas de perros o lobos fantásticos, con la bocas abiertas, de las que sobresalían unos tubos de plomo.

Todo el que pasaba por aquella alta rua de Tlalpan, se detenía para ver los miraculosos canalones y otros sugestivos detalles de la arquitectura de aquella casa, cerca de Las Fuentes Brotantes.

Era musco el color de la fachada, de un musco secular en que se leía la historia de los soles, de las lluvias y de los vientos.

Las anchas hojas del portalón, con postigo, eran de cedro dioso, y estaban tachonadas de clavos de bronce, de a libra, con cabezas torneadas rematando en teta. De bronce era el aldabón, que figuraba la delicada mano de una dama teniendo una bola con los dedos pulgar, índice, cordial y anular. Las visagras, enormes, imitaban hojas cardinas, y se detenían de unos pivotes de hierro embutidos en la cantería, pivotes harto mohosos, sin embargo de lo cual, la puerta todavía giraba, magüer se quejaba.

Las cuatro ventanas, con los vidrios polvosos y opacos, que diríanse miopes de tanto ver pasar los años, protegidas estaban por rejas de hierro cuadrado, y en las barras veíanse los martillazos con que a forja fueran adelgazados los lingotes. Nadie asomaba nunca a aquellas hiniestras, en cuyas maderas habían tapado las junturas las arañas acomodaticias.

En los antepechos de las ventanas, en los ostentosos jambajes y en las airosas cornisas, había hojas secas que todo el año caían de unos altos fresnos que cabeceaban frente a la casa, del otro lado del camino.

Las pardas cornisas y las claves de las jambas del zaguán y de las ventanas, a manera de fantásticas cejas fruncidas, prestaban a la fachada una aspecto ceñudo, cuya severidad redoblaban las cabezas de perros lobunos de los canalones, tan bien esculpidas que, vistas atentamente, aquellas cabezas caninas de piedra, se antojaba que gruñían.

De cada lado de la señorial mansión hispánica, partía una tapia gris, a tramos desencalada, y por la tapia asomaban a la rua penachos de rosales y de jazmines, de plúmbagos y de enredaderas.

Tenía una particularidad aquella fachada: decían las gentes moradoras del lugar, que el que se detuviera a contemplarla, se le venía la casa encima. Esto debía tener su explicación en lo angosto de la calle, en la perspectiva del trazo y en algún espejismo determinado por el movimiento de las copas de los fresnos y el paso de las nubes. Pero lo dicho por más de un íncola era verdad: poniéndose a contemplar la fachada mucho tiempo, la vetusta casa "avanzaba" sobre el espectador, amenazando aplastarlo, oprimiendo el ánimo, sin que nadie hallara el secreto de aquella ilusión de óptica.

Por dentro, la casa nobiliaria era digna de verse, por lo que tenía de evocadora:

Amplio, muy amplio el zaguán, empedrado con firmeza de desconfiado, con las paredes enjalbegadas, contándose en las capas superpuestas de los jalbegues o jabelgues los colores de las generaciones. En el techo, descansando en soleras recortadas caprichosamente a sierra de vuelta, las toscas vigas de cedro blanco también dïoso, de color sepia.

Formaba el edificio un cuadrilátero, con la fachada al Norte, y era todo de planta baja.

Así que se ponía el pie en el patio silencioso, se veían las columnas románicas, con las basas y los fustes de pórfido lascado por el tiempo, y las volutas de los capiteles con posos de polvo.

Una ancha solana daba vuelta a la casa, y eran de admirarse en el techo de la solana los jabalcones y las gemas de viguería, de un arcaísmo encantador por la disposición ingenua de la construcción.

También en el patio había cuatro canalones colocados en los ángulos, roto uno de ellos a la mitad.

Las habitaciones, enjalbegadas como las paredes del zaguán, con los pisos de baldosas rojizas ahondadas por los pasos de sucesivos moradores de remotas edades, estaban llenas de maderos, de simientes, de haces de paja, de leña y de aperos de labranza, y estos hacinamientos de retamas y de béstolas, de arados y podaderas, habían rascado a trechos la ancha raya azul y la franja color café del sufrido guardapolvo.

En medio del patio había una fuente circular de granito, con el lecho de azulejos amarillos, estrellados algunos de ellos y remendados con cemento para que no se fuera el agua. Destacábanse en el centro de la fuente cinco delfines enroscados unos a otros, dispuestos de

manera que todos podían arrojar un chorro. Abajo de los delfines había unas porosas piedras de basalto colocadas a guisa de adición, para que sirvieran de refugio en que pudieran desovar los peces, cuando los hubiera, que, desde hacía muchos meses, la fuente estaba seca.

Extraordinaria y en demasía interesante era la serie de leyendas de aquella casa, de la que cada lugareño contaba cosas estupendas, fantasmagorías que crispaban.

Decían que allí viviera, en tiempo de los últimos virreyes, una dama española hija de un Oidor, llamada doña Ana, mujer de peregrina belleza, y que tenía tan fermosas manos, que una de ellas sirviera de modelo al fundidor para vaciar en bronce el aldabón del zaguán, cuando viniera de Yecla el artífice que herrara el portalón

Andaba doña Ana prendada de un criollo audaz, mientras su señor padre estaba encaprichado en que la donosa casara con el hijo del Alcalde, galán famoso por sus aventuras de espadachín de ronda y sus andanzas mujeriegas, amén de los díceres que le habían procurado sus vicios de bebedor empedernido y escandaloso tahur fullero.

Por una de esas ironías anacrónicas de las páginas antiguas, llamábase don Casto el libertino galán, que era hombre propicio a heredar hacienda cuando muriera el señor Alcalde de la próspera Tenochtitlán. Y era esto lo que llenaba el ojo al escueto y feróstico Oidor. Mas doña Ana repudiaba al hijo del Alcalde, así por su mala opinión como porque era rubio, mientras sentía dilección por el criollo, que tenía la color morena, y lo adornaba la cualidad de saber cantar ternísimas endechas compuestas por los mestizos, con arrobadora melancolía, acompañándose prodigiosamente con la vihuela.

Y sucedió que una noche, tratando del casamiento de doña Ana, suscitóse un altercado entre ella y su irri-

table padre, y ella, después de perjurar que no se casaría con don Casto, dijo: *Antes de ser esposa de don Casto, fuera yo esposa del diablo; antes de que me besaran los labios maculados de perdición del hijo del Alcalde, besáranme los labios de Lucifer.*

Desde entonces, contaban las gentes del lugar, todas las noches aparecía en la ventana la figura de la doncella rebelde, a las doce de la noche; y a esa hora se presentaba el demonio a besarla; y así que el beso resonaba, producíase un resplandor de fuego que surgía de las bocas de entrambos; y al tocar Satanás con sus manos los hierros de las ventanas, éstos se enrojecían; y los clavos de bronce que tachonaban el portal, y las visagras y la mano del llamador, se enrojecían también; y los ojos de los perros y de los lobos en que remataban los canalones, también tornábanse rojizos y despedían chispas en la penumbra de la fresneda; y al retirarse el demonio y doña Ana, producíase un ruido infernal como si sonaran cien platillos de música en desconcierto; y después del dísono estruendo, oíase un ¡ay!... desgarrador y prolongado que doña Ana exhalaba cuando se desprendía de los brazos de Satanás; y luego, al irse amortiguando la vívida luz de los hierros encendidos, arreciaban los ruidos desacordes de la casa; y ésta quedaba poblada de trasgos y fantasmas hasta el amanecer.

Las beatas del pueblo decían que el que estuviera en gracia de Dios, no vería nada de aquello. Los hombres modernos decían que jamás habían visto nada. Los viejos nativos contaban haber visto al Oidor, que muriera de pena, orando de rodillas frente a la fachada, cabe los fresnos. Quiénes describían otras visiones estrambóticas. Quiénes atisbaban desde la esquina en espera de la hora siniestra, y quiénes se burlaban de aquellas legendarias patrañerías.

El cuento era que, por mor de aquellos díceres y alucinaciones, la gente de Tlalpan había bautizado la impresionante morada colonial con el sobrenombre de "la casa de los espantos".

Tenía "la casa de las espantos" una inmensa huerta que se prolongaba hasta bien arriba del Ajusco, produciendo el auctífero suelo de la granja abundantes y variados frutos, cuando había diligencia en el cultivo.

Cerca de Las Fuentes Brotantes, donde acababa la tapia, el lindero se quebraba hacia dentro, y un seto formado de várganos vivos, marcaba, recto aquí y sinuoso allá, el linde de la almunia, que terminaba en un ventisquero.

Veíase en algunas partes de la empalizada un azagador para que pasaran los hatajos del ganado hacia el aprisco, cuando la granja estuviera en explotación, que desde hacía algunos años sólo la mano de Dios cultivaba aquel campo, hoscoso en sitios elevados y labrantío en la cuenca.

Al Poniente de la ducal posesión crecían altísimos oyameles y abedules. Abundaban por el linde los manzanos y los membrillos. Había en torno de la casona un jardín en que las varas de rosa-té y los amarantos se entrelazaban con la libertad del abandono. Veíanse tirados por los cobertizos bálagos de trigo y de cebada que no desgranara la haronía, la ignavia, la censurable pereza de los aburridos dueños de aquel lugar, que le infligían el vergonzoso castigo de la hipoteca.

Antes, los dueños, ya habían profanado la reliquia solariega construyendo en la parte interior del cuadrilátero una vivienda moderna, un piso alto agregado a la inconmovible mole de la antigua argamasa. Hiciéronlo los propietarios para vivir a pleno aire y a plena luz, y a fe que, en esto, asistíales razón.

Estaba rodeado el piso alto de un ándito con balconería de hierro, al que daba acceso una escalera de piedra que se ceñía por el exterior, arrancando de la arcada por donde se salía del patio antiguo para la huerta.

Tenían los altos espaciosas ventanas, y por las que daban al Oriente, se dominaba buena parte del valle, viéndose muy bien los volcanes perpetuamente nevados, el Ixtaccíhuatl y el Popocatépetl.

A aquellos altos fueron en la primavera Josefita Bustillos y Fémina, por la gracia del licenciado Pereda.

Los duendes y los fantasmas jamás asustaron a las dos moradoras de la casa. Buena gana tenían ellas de "ver algo"; pero no: nunca sus ojos dieron con los pavorosos espectros que los comarcanos veían.

Y la leyenda de la casa agradaba a Fémina y a Josefita, que ambas eran mujeres de inteligencia cultivada y de espíritu ensoñador. Por su parte, los muchachos, cuando iban a visitar a las protegidas del licenciado Pereda, se complacían en recorrer la casa y la huerta, y estaban acordes en que aquella era una residencia espléndida y en que las leyendas le daban prestigio.

Josefita Bustillos se alivió bastante en aquella casa. Sólo le quedaba el reuma en las piernas, que decía el nuevo médico que no se podía curar pronto, porque faltaba a la enferma la sinovia, el humor que lubrifica las articulaciones. En lo demás, el nuevo médico había atinado. Y Fémina decía:

—Mamá: ¡hasta los médicos de los pobres son malos!... ¡Qué cosa tan terrible es la pobreza!...

Cuando Fémina se cambió a "la casa de los espantos", iba un poco pálida y nerviosa. El médico la dijo que era ello por las fatigas y las aprensiones pasadas en los días aciagos del Cuadrante de Santa Catarina, y le recomendó que se diera baños de agua fría y que se fuera

temprano a la huerta y al monte; que hiciera bastante ejercicio y que comiera bien.

Hacíalo así la eugénica, que iba echando carnes y poniéndose como una cereza.

Malavés el sol asomaba, ya Fémina andaba por el Ajusco buscando nidos con los hijos de los indios, disparando flechazos, trepando a los árboles, montando a los burritos y haciendo otras travesuras propias de una zagala.

Y siempre se la oía cantar por el soto y por el collado. Cantaba como una tórtola. Su voz arrulladora era la cadencia persistente que animaba la poesía primaveral de aquellos rústicos parajes. Se entusiasmaban los vecinos de oirla cantar. La veían mecerse allá arriba en las ramas de un huizache o de un chaparro, canta que canta... La veían bajar por los alcores del Ajusco con una haldada de flores silvestres, saltando, cantando siempre, y era por esto por lo que los habitantes de las quintas contiguas abrían las ventanas para verla ir y venir y para oirla cantar; y fué por esto por lo que le pusieron "La tórtola", "La tórtola del Ajusco".

El licenciado Pereda fué a verlas una vez, recién mudadas; y enterado de la malandanza de la familia, le mandó unos muebles, un menaje de casa completo, que les dijo proceder de un embargo.

Algo se opuso Josefita a aceptar aquella opitulación, pretextando escrúpulos, invocando el honor de su hija; pero el licenciado Pereda logró convencer a la madre baldada, que acabó por aceptar.

Así, pues, el sofá desvencijado, las sillas, el estípite y todos los pobres muebles del Cuadrante de Santa Catarina, fueron a dar a una bodega: fueron arrumbados en una pieza húmeda de "la casa de los espantos", en la planta baja.

La buena Josefita quería conservar en la sala el sofá



LA CA SA DE LOS ESPANTOS

viejo; decía que le tenía cariño; que no quería "ser ingrata" con él; pero Fémina la persuadió de que eso era cursi, de que el sofá forrado de manta colorada, con la paja asomando por las roturas, desdecía de la casa, además de que desentonaba horriblemente en medio del ajuar nuevo.

Entre los muebles fué un magnífico piano de tres pedales, de marca alemana, en el que Fémina estudió bastante, aprovechando los primeros seis meses que pasó en Tlalpan. "Ponía" lecciones de canto, y muy de mañanita iba a ensayarlas al Ajusco, con gran regocijo de los comarcanos, que ya todos conocían a la doncella cantora por el sobrenombre de "La tórtola del Ajusco".

Unos ricos que habitaban el hito edificio, invitaron a Fémina a una fiesta que dieron. Ella cantó en la fiesta algunas cositas de la Chaminade, de Tosti, y de otros autores, y la voz de "La tórtola" agradó muchísimo, siendo lisonjeada la gacela por los concurrentes, que extendieron el mote, al extremo que, al día siguiente, el nombre de "La tórtola del Ajusco" andaba en boca de toda la gente acomodada.

Los que hablaban mal de Fémina eran los muchachos, excepto Zavala. Cuando iban a "la casa de los espantos", salían murmurando de aquel lujo inexplicable (si se descontaba la explicación de la belleza de Fémina).

También en el despacho del licenciado Pereda se hacía jirones la honra de la señorita Ponce: como si esa honra fuera un trapo, las lenguas de los empleados y de las empleadas, se clavaban en el trapo, a modo de navajas, y cortaban, rasgaban...

Y no: no había nada. Lo que había era que Fémina iba muy poco a trabajar; seguía entrando al *Privado* como Pedro por su casa; y había crecido un poco; y habíase formalizado su hermosura, alcanzando su cuerpo las

proporciones perfectas; y vestía mejor que antes; y todo esto hacía daño, mucho daño a los demás y a las otras, porque la belleza, para los hombres y las mujeres que no la poseen, es un insulto.

¿No la acariciaría siquiera el licenciado Pereda cuando se encerraba con ella en el *Privado?*— se preguntaban los compañeros de oficina—. ¿No la habría besado aún? ¿No la habría tocado haciéndola una caricia leve?

Sí. El licenciado había hecho una caricia a Fémina. Pero esa caricia podía ser una caricia paternal: Un día, en el *Privado,* el licenciado Pereda tomó a Fémina por la barbilla y la dijo:

—¡Qué guapa se está poniendo usted... picarilla!... Y su mamá: ¿cómo sigue?

Eso había sido todo. Y eso podía ser mucho y podía no ser nada. Sólo podría hablarse si se conociera la intención del licenciado. Y esa no la conocía nadie.

—Pero, ¿tú crees que ese *batracio* protege a Fémina desinteresadamente, nada más porque sí?—decía Pedro Ramos a Zavala, una noche en que salían los muchachos todos de "la casa de los espantos", a donde habían ido a pasar el domingo.

—Y si lo hiciera con interés: ¿qué?—respondió el cachazudo Zavala—. ¿No la merece él tanto como otro cualquiera?

—No; porque es casado, y no se podría casar con ella...

—¡Casarse!... Tú eres de los que creen que el casarse es la suprema felicidad.

—Tampoco es la suprema felicidad el ser querida de un *batracio,* barragana de un orangután.

—¡Quién sabe!... joven vertebrado.

—¡No digas badomías Zavala!

—Te veo venir. Tú quisieras que Fémina se casara

con uno de nosotros, con un "bruja"; que se instalara en una de esas vecindades *fecundas* que parecen fábricas de chamacos sucios, que tienen el *muestrario* en el zaguán...; tú quisieras que Fémina fundara uno de esos hogares que son un báratro, un infierno (con el piso rojo), donde todo es pobreza y desesperanza; donde la esposa, rodeada de chiquillos hambrientos, y en cinta, y pañosa, cabecea esperando al gandul que está en la cantina... ¿No es eso?

—Eso es más propio que lo otro: más social: más natural: más moral.

—Ya saliste con tu moral, Pedro. Eres el *Perico* de la moral. ¿Hasta cuándo te convencerás de que la moral no rige la marcha de la vida? La moral hace falta. Es una cualidad que todos *pretendemos* tener; que todos defendemos; que todos invocamos, como una necesidad de *sustentación colectiva*: pero todos la burlamos, Pedro: todos la hacemos a un lado cuando nuestro egoísmo o nuestro instinto pasan.

—Eso no debiera ser así.

—No debiera serlo, Pedro: pero *es así*. Por eso fracasó la filosofía moralista: porque pretendía hacernos ver la vida como *quería que fuera,* y no *como es*. Y la vida debe entenderse como es. El mejor modo de prevenirse de ella es conocerla en toda su desnudez, en toda su ruindad, en toda su *sarna moral.*

—Algo me convences... pero... tratándose de la mujer... la moralidad... la moralidad hace falta...

—La mujer... Tú no sabes lo que es la mujer.

—Sí, lo sé.

—¿Qué es?

—Es la base de la familia. El molde, un molde que debemos conservar puro. La madre. La Patria.

—Eso quisiéramos que fuera, Pedro.

—Eso es.

—¡Ya te olvidaste del aparador de "El Paje"!

No.

—Sí: porque el otro día, para ti, la mujer era la *marchantería* de "El Paje"; la aspirante a aquello que visten las muñecas del escaparate; la soñadora ambiciosa y coqueta que se detiene embobada ante los figurines y avasalla por todo por ponerse *aquello*...

—Algo dije de eso...

—¡Ah!... pues para que veas que te contradices...

—Hombre... hay sus excepciones.

—Las hay, Pedro. Pero, convéncete: la mujer, en general, es como el vaso artístico: dondequiera que lo pongas, está en peligro, y su finalidad es romperse al darnos el agua de la vida.

—¿Eso es lo que le puede pasar a Fémina?

—No me extrañaría que le pasara.

—Siguen sin convencerme tus teorías disolventes.

—No hay nada disolvente en esto: la disolvente es la vida, porque hay en ella el elemento corrosivo del mal y el vaho flotante de la muerte.

—¡Si te oyera Josefita!...

Josefita... Josefita se va. La hija se queda. Y será de ella lo que quiera el destino de las mujeres bonitas, que es un destino especial.

—Luego tú crees que Fémina...

Fémina tiene talento. Sabe lo que vale su belleza, y sacará de ella el mayor partido posible. Y hará bien. Empero, yo confío en su juicio, aunque tiene muy poca edad para pensar.

—A mí me parece—terció Osorio—que Josefita es una mujer enérgica y una buena madre, y que, por ende, sabrá defender a la muchacha de ciertos peligros.

—Te equivocas—habló Pedro— Los peligros siempre han podido más que todas las madres.

—No se rompan ustedes la cabeza—dijo Zavala finalmente—; todo lo que pase con Fémina, sea lo que fuere, *será natural.*

Los muchachos tomaron el tranvía.

*
* *

Salvador Zavala y Zubieta era un muchacho de Tamaulipas que había venido a la capital a estudiar Jurisprudencia.

Su padre tenía un rancho cerca de Tampico, y con el producto de ese rancho, se costeaba la carrera de Zavala. Pero un día, de una plumada, el Gobierno privó al padre de Zavala del rancho, so pretexto de que las escrituras dejadas por los ancestros no estaban en debida regla; y, como tanto pasaba entonces, la hacienda contigua, cuyo propietario tenía influencia en México, absorbió el rancho de los Zavala.

El pobre viejo, el padre de Zavala, tuvo que apurar la amargura de ser jornalero en el rancho que había sido suyo. No tenía otra manera de vivir. Y el hijo, privado de la "mesada", dejó trunca su carrera y entró como empleado a la Biblioteca Nacional de México, donde sumó la tristeza de su padre a la tristeza que le iba dando el saber que había bebido en los libros durante quince años de lectura.

De los sesenta pesos que percibía de sueldo, mandaba algo todos los meses al padre, y con el resto vivía él.

Por eso no le gustaba que le hablaran de moral. La inmoralidad cometida con su padre al arrebatarle aquel querido pedazo de tierra de la Huasteca, lo tenía desilusionado y había modificado su carácter en un sentido

despectivo para las pretendidas rectitudes de la existencia.

Doctílocuo, de un refinado aticismo, tenía su acervo adquirido en leer con justa hermenéutica, como él decía, y no encontraba en su vida un objeto definido, como no fuera ayudar al viejo a sobrellevar el peso casi afrentoso y asaz agobiante de su vejez.

Se entretenía Zavala, en sus ratos de ocio, en escribir un libro que él pensaba titular "Cartilla del Mexicano". Tenía fe en aquel trabajo, que él consideraba necesario y trascendental.

Su característica era la nariz corva y grande. Tenía la cabeza bellamente conformada. Los ojos de águila. Proporcionada la frente. Gruesos los labios. Un bigote negro, mediano. De color moreno el rostro. Deprimido el tórax. Regular de estatura. Delgadas y muy derechas las piernas. Vestía con pulcritud. Nunca se le veía una mancha en sus trajes, aunque los renovaba con bien poca frecuencia.

Generoso. Franco. Leal. Un tanto brusco. Salvador Zavala, *El vertebrado,* como le llamaban cariñosamente sus amigos, era amado de todos y consultado por todos, que siempre querían saber cómo veía él las cosas.

Fémina tenía especial afecto por Zavala, porque él la defendía de los conceptos subjetivos del vulgo, y la estimaba, diciéndola que era un bello ejemplar de *vertebrada* y que llevaba en sus dones la predestinación extraordinaria, cosa que halagaba a la chica, que era un poco megalómana.



IX

DRÍADA

Un día que llegó Fémina al despacho, al entrar al *Privado* halló al licenciado Pereda con un collar de corales en la mano, abrochándolo y desabrochándolo.

—¿Qué le parecen estos corales, señorita?

Los acabo de comprar para una de mis hijas; y no sé si me habrán engañado; como uno no entiende de esto...

—Son magníficos, señor. Yo también entiendo poco. Pero son de los pálidos, que es la mejor clase.

—A ver: póngaselos usted. Quiero ver el efecto...

Fémina se puso los cuatro hilos de corales, que se cerraban en la nuca con un broche de brillantes, y que sentaban admirablemente a su cuello anatídeo.

—Muy bien... Se ven muy bien... Y le están a usted... ¡Qué bien le están! Véase...

Fémina sacó un espejito de su bolsa de mano y se vió. Experimentó cierta voluptuosidad al verse el cuello así. Más voluptuosidad al advertir que sus labios eran un poquito más rojos que los corales.

—Son preciosos...—dijo.

—¿Le gustan a usted?

—¡Cómo no, señor!... Si son preciosos.

—Se los regalo.

Fémina se encendió. Su rubor opacó el brillo rosáceo de los corales. A pesar de su inocencia, procedió maquinalmente a quitarse el collar, y poniéndolo en el estuche que estaba en la mesa del licenciado, respondió:

—¡Ay!... no, señor: muchas gracias... Lléveselos a su hijita...

—Le compramos otros. Ahí está el mozo de la joyería esperando el *cheque*. En este momento le voy a firmar. Mire usted...

Fémina leyó en el *cheque* la cantidad: doscientos diez pesos.

Y volvió a decir:

—No, señor. Mi mamá se disgustaría...

—Póngaselos usted otra vez; hágame el favor; quiero observar una cosa: mi hija es *prietita,* y tal vez los necesite un poco más rojos...

—Eso sí. Si es morena, necesita usted comprárselos menos claros—dijo Fémina al tiempo que se ponía otra vez los corales.

—¿Ya ve usted? Entonces... si no se queda usted con ellos, los tendré que cambiar...

—¡Ay, señor...!

—Dígame si los quiere, antes de que firme yo el *cheque.*

—Mamá se va a disgustar...

—¿Por qué? Le dice usted lo que pasó. Que los compré muy claros; que no me los quisieron cambiar; que mi hija escogió unos más rojos y que, no teniendo qué hacer con éstos, se los regalé a usted.

—La gente *hablará,* señor...

—Vamos. No sea usted tonta—dijo el licenciado alar-

gándole el estuche, viendo a Fémina con cierta energía de sugestionador.

La señorita Ponce tomó el estuche y lo guardó en la bolsa de mano.

—Lléveselos usted puestos.

Ella obedeció; pero al salir del *Privado* se tapó el cuello subiéndose la boa de nutria, y al llegar a "la casa de los espantos", escondió el collar en uno de los agujeros que había en la pared para meter la tranca del zaguán, y con una piedra que había allí mismo, y que servía de cuya a la tranca, tapó el collar.

¡Para qué le iba a dar aquel disgusto a Josefita! Seguro que *no se la tragaría...*

Enseñó a su mamá solamente el estuche vacío. Eso no tenía nada de particular, si le contaba que era de un collar que el licenciado le había comprado a su hija *prietita*.

La muchacha andaba pensativa por la huerta. No sabía qué hacer. ¿Qué pensaría el licenciado hacia ella? Si se tendría que ir de allí y abandonar la colocación...

Pero Josefita se volvería a agravar. La penuria, la laceria, volverían.

—Veremos—se dijo.

Y subió cantando por los apriscos.

Nadie lo sabía. El licenciado Pereda había destacado un policía secreto en Las Fuentes Brotantes. El vigilante no perdía de vista a Fémina en sus excursiones. Por allí andaba siempre el policía, que se disfrazaba de indio de calzón, de charro, de carbonero, de fotógrafo, de turista...

Un batallón hubiera podido poner el licenciado Pereda allí. "La tórtola", sin saberlo, estaba presa.

¿La vigilancia sería por ella? ¿Sería por los muebles? ¿Sería por la casa o por los frutos de la finca?

Sólo se podría saber eso si fuera dable leer en las intenciones del licenciado Pereda.

Fémina no se había dado aquella mañana el baño de agua fría. Sentía el cuerpo un poco raro. Fué a la casa. No estaba la criada para que la dispusiera el baño. Indiferente, dió una vuelta por el patio antiguo. Se acordó del collar de corales que estaba en el agujero del zaguán. Fué a verlo. Habíalo soñado. Lo sacó del escondrijo. Con el collar en la mano, echó a andar por la calle, rumbo a Las Fuentes Brotantes. Subió por la rampa de la ermita ruinosa. Bordeó el hondón. Llegó hasta cerca del manantial. Empezó a llover con sol. ¿Dónde se refugiaría? La casa estaba lejos. Pensó en la cueva de la fuente. Vió venir un indito.

—Oye, chamaco: ¿tú de dónde eres?

—Soy de Tizapán.

—¿Llevas mucha prisa?

—No, niña.

—Bueno: mira: si te estás aquí un ratito, te doy veinte centavos. (Se los enseñó.)

—Bueno.

—Mira: fíjate: *Me echas agua,* ¿entiendes? Yo voy allí abajo a bañarme en la fuente. Si ves venir a alguno que baja para allí, me chiflas recio.

—Sí, niña.

El indito se quedó junto a una milpa *echando agua* (y recibiéndola, pues que seguía lloviendo con sol).

Fémina bajó por la cuestecilla empedrada. Colóse por el alambrado de puas que protegía el riatillo. Cobijóse de la lluvia bajo las peñas del monumento megalítico que representaba la fuente. Levantó los ojos para ver cómo se mezclaban los átomos de la lluvia fina con la luz polínica del sol. Aquella luz mañanera entraba a la fuente y la iluminaba. En el fondo de la fuente saltaban y



DRIADA

brillaban los cristales lavados de las arenillas con que jugaba el agua surgidora. La fronda era alegrada por los rayos del sol tamizados y por las lúteas gotas de la llovizna, que se pulverizaban de ramaje en ramaje, como chispas de diamantes.

Fémina vió alrededor, para convencerse de que estaba allí sola. Púsose luego a contemplar el collar de corales. Levantólo en alto. Fijóse en que los brillantes del broche eran como la lluvia menuda mezclada con sol. Se puso el collar a sus anchas. Haciendo sombra con el cuerpo, se inclinó a verse en el cristal de la fuente apacible. El agua la atrajo. ¡Qué pura estaba! Ella que tenía antojo de meterse allí desde aquel día de campo...

Se metería. Sin el agua fría no sentía bien el cuerpo. ¿Quién había de venir, lloviendo como estaba? ¡Manos a la obra! Paróse en una llábana como lavadero que había allí y empezó a desnudarse. ¡Cosas de chiquilla! Apresuró la denudación. Dejóse el collar, y, a paso vacilante, como una dríada, entró a la fuente apocalíptica.

Entonces, precisamente entonces, un ruiseñor desgranó un trino en la enramada. Era un ruiseñor en celo.

Los múscidos que poblaban la superficie de la fuente manantía, se hicieron a un lado. Los círculos concéntricos empezaron a temblar en torno de la beldad, llevando el beso de la carne impoluta a las peñas y a los helechos de la cueva iluminada.

La oréada sentía bajo sus pies el retozo de las areniscas partículas que el agua empujaba al brotar. Pensaba que era ella la pureza que pisaba la pureza. Puras eran ella y el agua. Puro aquel bautismo del líquido abstergente que manaba de la montaña.

Fémina se sumergió. La imponderable caricia del

agua pasada por mil filtros, hizo estremecer de indecible voluptuosidad su carne virginal.

Sentóse en el manantial más hondo, sumergiéndose hasta los hombros. Sentía los borbotones que la besaban con impulso en el abdomen, produciéndole un cosquilleo de amor refinado que ella presentía. Levantóse goteando. Una cascada de pedrería rodaba por las claridades y las sombras de su cuerpo de ninfa. Levantó los brazos. Púsose las manos en la nuca. Retratóla así el objetivo del sol en dos segundos. Volvióse a sumergir. Chapuzó. Alborotó las arenas. Enturbió el agua que se iba. Aquietóse. Hizo cuencas las manos y se echó con ellas agua en la cabeza. Salió del baño. Con la espalda al sol, que la daba lumbares lamidas de luz; púsose a verse desnuda en el espejo primitivo de la fuente ya clara. Vióse el collar de corales otra vez, complaciéndose de ver qué bien le estaba desnuda. Sentóse en la laja a secarse al sol. Había dejado de llover. La hamadríada estaba sonriente y fresca. Su rostro estaba animado de alegría. Su boca, láride. Sus ojos, letíficos. Semejaba, junto al lóculo del manantial, una figura pagana, una ménade remota de las Léneas en honor de Baco; una bacante exótica, si las bacantes fueran vírgenes como lo era la dríada de Las Fuentes Brotantes.

El chiquillo destacado de centinela lanzó un silbido prolongado y agudo. "La tórtola" procedió a vestirse impígera, haldeando, atropelladamente. De pronto, sin que tuviera tiempo de ponerse la primera prenda, oyó el trotar de un caballo. Instintivamente se encogió pudorosa, tapándose el seno con los antebrazos y haciendo saltar los pechos con la presión, como las figuras desnudas de Rubens.

El trote del caballo se oyó más lejos...

Vistióse la caprichosa náyade con más calma. Miró cariñosamente al manantial amigo y se alejó cantando.

El policía secreto que se había guarecido de la lluvia bajo un zarzal que nacía de una roca en la hondonada de Las Fuentes Brotantes, había visto en el baño a la dríada. Había atisbado como un sátiro detrás de la zarza.



X

LÍNEAS

Fémina Ponce era el prototipo de la gentilícea y delicada mujer mexicana que ha tenido abuelos españoles.

Fémina Ponce tenía bien poco o nada de genízara. Descendiente de una familia gaditana por la línea materna, y nieta de abuelo valenciano, reproducía a maravilla los tipos de sus ancestros, y llevaba involucrado en su espíritu el sentir de aquellas razas sonrientes de la España levantina.

Como sucede siempre con las mujeres nacidas en América, de estirpe hispana, el tipo de Herminia Ponce y Bustillos era más fino que el mismo tipo al parecer insuperable de la mujer española, fenómeno que es como la compensación de la degeneración climatológica.

Fémina era una española grácil, de líneas suaves, de amblar clásicamente rítmico. En su rostro había la tersura y el color de vida de las valencianas, la palidez de las gaditanas y la melancolía auroral de las hijas de México.

Cuando se acercaba a los quince años, Fémina no estaba cabalmente conformada; era un boceto; pero la precocidad de su naturaleza, el brío de su desarrollo, que obedecían a la precipitación con que se forman los tejidos

en América, la daban ya un aspecto de mujer que, hecha como estaba, aún prometía *ser más*.

Era ebúrnea; pero no con el color del marfil manoseado y amarilloso, sino con el color del marfil nuevo recién torneado. Su cuello anatídeo era precisamente la más opulenta y artística muestra del color y de la turgencia moderada de su cuerpo. Había en la redondez alargada de aquel cuello lacticinoso y marmóreo porosidades que denunciaban la perfección estatuaria, porque, por delante, el plástico pescuezo ostentaba una imperceptible aspereza ligeramente granulada que parecía la huella de un cincel movido a barrisco para que la figura no tuviera un brillo trivial, sino un tono académico, ático, de irreprochable clasicismo. Atrás, el cuello era más terso, y aparecía depilado hasta la nuca, cual si un escultor valenciano que fuera su abuelo, hubiese corrido suavemente el cincel hacia arriba.

En los lados, subiendo hasta los sonrosados lóbulos de las orejas pequeñas, el cuello tenía el secreto activo de la piel estirada por los movimientos de la cabeza llena de gracia.

La línea que, partiendo de la nuca, venía a morir en el hombro, era de una majestad y de una perfección helénicas. Prolongábase hasta distinguirse de lo común, y vertíase ampulosa hacia la espalda y se extendía sin torcerse y sin hundimientos hasta las extremidades de los pechos núbiles.

Ni un hueso en la garganta. Ni un asomo escueto de las clavículas. Ni una depresión en el frente troncal de la garganta. La redondez palpitante de la amalgama de leche, marfil y mármol que cubría el esternón, manteníase enhiesta y dura hasta el centro en que apenas se barruntaba la sombra inductora que acusaba el nacimiento firme y abundoso de las tacitas de porcelana invertidas.

Era aquel, sin duda, el singularísimo y principal encanto de la privilegiada mexicanita. Aquel boceto parecía modelado a drede, de un tirón, de una sola vez, como lo hacen los maestros en el yeso. Adivinábase en los contornos de aquel busto la mano dominadora del artista confiado que ha visto muchos modelos y los sublima; advertíase el rastro de la mano modeladora que, al acabar de heñir la masa, diera con el canto de la mano un golpe por la frente del pecho, para dividir la turgencia en dos partes.

La cabeza arrancaba airosa y menuda, cual si fuera el fruto de aquel tronco exúbero. Asalía impecable la trémula barbilla, en una horizontal perfecta por debajo, línea que doblaba sinuosa en el extremo de la misma barba y se metía un poco bajo el labio inferior, para quebrarse en el perfil de la boca de niño arcangélico y reanudarse bajo la nariz, señalando en el perfil del labio superior una uñada, subiendo un poco transversal por el arranque de la nariz un tanto arregazada, y ascendiendo a los ojos ligeramente diagonal, recorriendo de un trazo la nariz, en cuyo delgado término se hundía un tercio de centímetro para formar la cornisa nerviosa de las cejas, siguiendo en una recta de claridad en medio de la frente inmaculada, y curvándose allí sin brusquedad hacia adentro, hasta perderse bajo la desparramada mata de los cabellos castaños.

Así era Fémina Ponce de perfil. Si en el entrecejo no tuviera el dispensable hundimiento apenas perceptible que interrumpía la línea de la nariz a la frente, con la gracia del decadentismo, su perfil, como la plasticidad olímpica de su pecho, y como la vibración serena de su torso, y como la redondez plasmada de sus muslos, podría llevar la firma de Praxíteles, de un Praxíteles más espiritual que el que existió.

¡Qué sabiamente se anudaba ella los cabellos castaños en la nuca, cuando el peinado griego empezó a ponerse de moda! Y los crespos cabellos castaños se prestaban, que eran sedosos y luengos, tupidos y ricos en lozanía; castaños, verdaderamente castaños en el nacimiento y en el medio; un poco más claros en la segunda mitad abrillantada, y en las puntas, tirando a color de campanas machacadas por el tocar, brocíneos, lucíferos, rutilantes.

La luz arrancaba a aquellos cabellos castaños toda la gama de reflejos que a la luz despiden los bronces bruñidos de la orfebrería y las castañas de los erizos que se abren por primera vez.

Las cejas eran dos pinceladas de sepia obscura dadas por Murillo. Toda la ceja seguía obediente la dirección dada por el pincel en un segundo, hacia las sienes. Ella no se las cuidaba gran cosa. Sus cejas eran así.

Delgados los párpados, que tenían pestañas de santa, rizadas.

No eran muy grandes los ojos, de color más obscuro que el cabello. No eran muy grandes los ojos. Y era ese el pequeño defecto que los inteligentes le encontraban. ¡Ah! Si aquellos ojos fueran más grandes...

Pero eran unos ojos de dulce mirar, de tímido mirar, de mirar de gacela acorralada. Eran unos ojos bellos, porque tenían, porque brillaban y porque, al mover los párpados, llamaban, atraían, dejaban una aterciopelada caricia en el alma.

Adelgazábase tanto la nariz en la parte de arriba, que parecía que su contracción era para dejar a los ojos que vieran. Y así, casi así, iba a morir la nariz en el labio anchándose un poquito, lo indispensable para afianzarse al respirar.

La boca daba envidia y codicia. La boca de niño

sugería toda la infantilidad del alma de Fémina. La boca de la señorita Ponce invitaba a comprarla un juguete. :

¡Qué temblor inocente había en aquellos labios inverosímiles, a los que costaba trabajo reír, para mostrar de mala gana el tesoro dentífico incrustado en unas encías sanas, de un rosa diluído como el del coral lavado!

Era invisible el vello de melocotón que formaba el bozo sombreador de aquella boca de querub. El bozo tentador apenas empezaba a salir, y sólo se podía ver si ella reía, si el labio se movía al sol, poniéndose uno cerca de "La tórtola".

¡Cómo era bonita!

Medioeval era el armonioso óvalo de su cara. Fruto en sazón eran sus mejillas matizadas por el céfiro de las gándaras y por las abluciones del agua fría. De los lacrimales a los pómulos carnosos y lisos, iba el casi invisible rasgo del lapizlázuli de las ojeras virgíneas.

Largos los brazos, que la Primavera de la vida no había acabado de abultar y pulir. Las manos liliales hacían temblar los labios de quienes las vieran, porque hechas estaban de nata cuajada, y eran reclamo del beso los hoyuelos del centro. Finalizaban los aguzados dedos en las cuidadas uñas nacáreas, que al sol tenían reflejos de ámbar color de cárabe.

Cintura abajo, era el vaivén de una mimbralera. Turgente, con la escatimada distribución de la nubilidad, la región glútea. Duro el vientre comprimido. Largas y flexibles las piernas afinadas y de músculos perdidos, que terminaban en unos tobillos anunciadores que movían ágiles los pies pequeños sin ridiculez, con un empeine en que se arqueaba el donaire de un dibujo feliz.

¡Y toda ella, hecha de alabastro de Toscana! En su cuerpo no había más huellas que la cinta color de rosa que daba fe de la presión de los vestidos en la cintura, y un lunar en la espalda, que era a modo de un broche de cobre oxidado prendiendo las dérnicas cortinas de los omoplatos.

Cuando el amor soplase; cuando el ósculo hominal hiciera ampliarse naturalmente las caderas castamente contenidas, Fémina sería por mil títulos acreedora a la plenitud del nombre que llevaba.

Bien lo comprendía el licenciado Pereda, hombre cultísimo y vivido, señor de refinado gusto, que adivinaba toda la riqueza de aquellas líneas. Tan bien lo comprendía, que, como un pretexto para tener un retrato de Fémina, el licenciado Pereda mandó a todos sus empleados y empleadas que se retrataran, diciéndoles que quería verlos a todos en el *Privado,* en un marco.

Fueron a retratarse a la fotografía de Pach, en el Cinco de Mayo. El licenciado ordenó al fotógrafo que hiciera más grande que los otros el retrato de la señorita Ponce, y que *le sacara partido.*

El fotógrafo se lució. Hizo a Fémina un retrato de los llamados de "Gran Salón", en placa de 11 por 14. La habilidad del fotógrafo fué alabada y gratificada por el ricohome, que halló espléndida la fotografía de la señorita Ponce. Fémina estaba retratada de medio perfil en el busto, moviendo la cabeza a la izquierda, quedando el rostro de perfil pleno. En la cabeza, vertiéndose por la frente, tenía un "toque" de luz magistralmente aplicado. La luz se esparcía por los brilladores cabellos castaños, atados al descuido con una angosta cinta de terciopelo negro que venía de bajo la nuca, en la que se anudaba un macizo griego formado por las trenzas exuberantes, tramadas con flojedad.

Todo el perfil de la cara, que se recortaba en un fondo obscuro, estaba alumbrado por un contorno de luz que bajaba del "toque". En el cuello había una "media tinta" suave que daba a la garganta el movimiento ilusorio de la palpitación.

La niña había consentido en escotarse un poco los hombros y el pecho, hasta donde lo permitía su recato. De aquí que se viera el busto níveo surgiendo de un cáliz formado por una gasa blanca inconsútil, cerrada al frente por una fíbula en forma de flor y de mariposa. Y de aquí que se viera, de la nuca al hombro derecho caído, aquella línea milagrosa de Fémina; aquella línea del cuello al muñón, delicadamente tirada, y cruzada por aquellas otras líneas sostenidas que venían de la espalda fidiana a morir en el nacimiento firme y abundoso de las tacitas de porcelana invertidas.

En el centro del busto, donde el artista había dado un golpe con el canto de la mano para dividir la masa, había una media tinta insinuante, una sombra progresiva hacia abajo, que se refugiaba obscura en el misterio del seno.

Sin zarcillos, sin nada las medias guindas de las orejas que asomaban un sí no bajo los laterales cayentes del peinado displicente. Todo era verdad de belleza en aquel retrato. Los atavíos no intervenían allí para nada. La mano de Dios solamente había expuesto aquella figura frente al objetivo.

Cuando ella vió su retrato en el *Privado,* mayor que los demás, se sorprendió y púsose encarnada. Pero sintió una profunda vanidad de mujer, y se dijo, ufana: *Esa, soy yo.*

XI

LA RUBIA

Había entrado a trabajar al despacho del licenciado Pereda una señorita rubia que trajera recomendaciones ineludibles, y que era tratada con bastante atención por el ínclito abogado.

Se llamaba Marta. Era de porte marcial y de modales distinguidos, Tenía el pelo de un color rubio igual al del oro viejo. Era aquel un rubio puro, un rubio apreciado por su entonación razonable. Por lo demás, la rubia no tenía nada de particular, si se exceptuaba su pecho exageradamente abultado, y su estatura, un poco mayor que Fémina.

Había ingresado la rubia en una semana en que la señorita Ponce faltara al despacho, y Fémina fué a encontrarse un martes con la sorpresa, nada agradable para ella.

Porque la función de la señorita rubia era substituir a Fémina; y esto, al ser sabido por la consentida, la sacó de quisio. Ocupaba la señorita rubia la máquina de escribir de la señorita Ponce; usaba su escritorio; tajaba sus lápices; hojeaba su mismo cuaderno de taquigrafía; sentábase en su sillón giratorio de encino, que Fé-

mina halló caliente aquel martes, cosa que la dió asco y la causó ira, porque un sillón caliente del asiento...

¡No faltaba más! ¡Una substituta!...

La señorita Ponce se propuso asistir al despacho todos los días y trabajar, ya que había pasado la hipercrisis de Josefita. Tuvo celos; celos de profesión; celos de niña mimada. Lloró un poquito a solas, después de contar a la madre lo de la *güerita*.

La rubia escribía a máquina con una velocidad vertiginosa. Fémina también. Y sucedía que, a veces, poníanse a escribir en disimulada competencia, procurando no incurrir en faltas ortográficas.

El incidente de la *güera* vino a agriar un tantico el carácter de Fémina, aunque estaba convencida de que la rubia no era tan bonita como ella. Era, sin embargo, una mujer hermosa, que tenía los atractivos peculiares de su color.

Lo que más le dolía a Fémina era que el licenciado también llamaba a Marta para los asuntos de confianza, y permanecía encerrado con ella en el *Privado* hasta media hora.

Fémina se contrariaba tanto por esto, que llegó a pensar en su separación.

*
* *

Josefita, en las tardes, iba a sentarse un rato en su viejo sofá arrumbado entre el ñaque; iba a hacer un poco de compañía a sus viejos muebles, junto a los que salían los recuerdos por los ojos de la buena señora, convertidos en lágrimas. Pedía al portero que la bajara a la bodega, a la pieza antigua, encargándole que no se lo dijera a Fémina. Y allí, departían ella y el rudo portero;



LA ATRACCION DE LAS JOYAS.—(Capricho).

allí hablaban de los espantos, de los duendes, de los fantasmas, de miles de cosas de la vida y de la muerte. Josefita tejía *su gancho,* y el viejo portero se entretenía en grabar Guadalupanas en anillos de coyol.

Cuando la señora Bustillos comenzaba a lacrimear, el portero la dejaba sola.

Un anochecer, al ir a atrancar el portero el zaguán, encontró el collar de corales en el escondrijo y se lo fué a llevar a Josefita.

Cuando vino Fémina de la oficina se produjo una escena violenta entre madre e hija. Fémina confesó la verdad y pidió a su madre perdón de rodillas, y estando así hincada, Josefita le dió un par de cachetadas soberbias, que pusieron bermejos los carrillos de la inocente.

Después, Josefita dijo a su hija con enérgico tono:

—Esta semana nos mudamos de aquí; y si me has de afrentar, te separarás mañana mismo de la colocación.

—¡Mamacita!... ¿y qué vamos a hacer? ¡Si todavía estás muy mala!...

Lo decía con dolor de hija buena: la arredraba verse otra vez con la mamá enferma y en la miseria: se acordaba con terror de la casa del Cuadrante de Santa Catarina: la espantaba la idea de tener que volver al empeño...

... ...

Fémina tomó el collar al otro día, lo metió en el estuche con que pretendiera engañar a la madre y le devolvió el estuche al licenciado Pereda.

—Está bien — dijo él, e hizo sonar la chicharra, ordenando al chico que acudió que llamara a la señorita Marta.

Una vez que la rubia estuvo presente, el licenciado

la regaló el collar. La rubia no titubeó. Aceptó de plano el regalo y lo agradeció con zalemas.

Al día siguiente, al llegar la señorita Ponce al despacho, vió a la rubia con el collar puesto. ¡Qué bien le quedaba! Mejor le sentaba que a Fémina. La mimosa hizo un berrinche de todos los demonios. Haldeaba furiosa por su departamento. Bufaba. Se ponía fea de coraje ¡Aquello era insoportable! ¡Picones a ella!... ¡Vaya!...

Gimoteó. Pateó. Caviló mucho, llorando lágrimas ustorias que la abrasaban; y, en un arranque de dignidad, fué al *Privado* y dijo a su jefe:

—Señor... yo... he resuelto... separarme.

El licenciado Pereda, hombre ducho, que veía el esperado efecto de sus maquinaciones nequicias, dijo a Fémina, con todo aplomo:

—Siéntese, señorita. ¿Qué le pasa?...

—Nada, señor licenciado: que mamá se disgustó por el collar y que... y que... además... ya tiene usted a la señorita Marta que me substituye...

—¡Ah, tonta!... ¡Ah, tonta! — exclamó el nabab, que veía cómo Fémina no podía disimular el despecho.

—Usted no se va—díjola después el licenciado, poniéndola una mano en la cabecita, en actitud paternal.

La irritada preciosidad sintió algún consuelo en aquella caricia cordial, y el licenciado observó cómo lenificaba el sufrimiento de la nerviosilla.

Con disimulo, el licenciado empezó a leer unas cartas que tomó de su escritorio con la diestra, en tanto que mantenía la mano izquierda en la cabeza de Fémina, como quien no hace nada...

Un momento estuvieron ambos en aquella situación difícil hasta que "La tórtola" se puso en pie.

El buen psicólogo, el sutil abogado y hombre sutil,

dijo a la desconcertada doncella, acariciándola los cabellos castaños flotantes:

—Usted es una ingrata con *abandonarnos* (pluralizaba). Aquí la hemos tratado a usted bien, y usted no puede aspirar a más porvenir que el que yo la puedo ofrecer...

—Es que mi mamá...

—No: no es eso: es que usted se emperró porque le *dimos* el collar a la señorita Marta; y yo no tengo la culpa de eso: la tiene usted... ¿Se ha fijado qué bien le queda el collar... a ella?

—Bueno, señor, me voy.

—Piénselo bien, Fémina.

—Ya lo he pensado mucho.

—Piénselo más.

—Mi madre me obliga.

—Su mamá de usted se va a morir, y usted quedará en la vida desamparada y sola. Yo puedo ser para usted un padre. Usted se va a perder por ahí como muchas pobrecillas casquivanas.

Reflexione: ¿qué puedo yo hacer para que usted no se vaya?

Fémina no contestó pronto. Se mordía los labios. Miraba al suelo pensativa, moviendo un pie con pertinacia. Pensaba que la rubia se quedaría riendo de ella. Pensaba en la ruina. Pensaba que aquel hombre era pudiente y podría hacerla daño. Pensaba en su porvenir. Se agolpaban a su cabeza multitud de ideas confusas, contrarias. Sufría.

—¿Qué me dice usted?—la interrogó el licenciado, que estaba de pie frente a ella, con las manos en los bolsillos del pantalón.

Fémina contestó, resuelta:

—Sólo que "corra" usted a *esa* güera...

—Ajajáaaa...

Sonrió un poco la enternecida, enjugándose una lágrima.

—Mire usted, Fémina: mejor vamos a hacer una cosa: usted se encarga de la Caja. A esa señorita no la puedo despedir porque me la acaban de recomendar; y usted comprenderá que eso sería una ignominia. En último caso, mejor no venga usted a trabajar. Y si viene, trate usted a la señorita Marta; es una buena muchacha; serán ustedes buenas compañeras...

Fémina meneó la cabecita escultórica, en señal de negación.

—Bueno; mire usted; serénese...; mañana iré por allá...: ya hablaremos...

Y la despidió con palmaditas en el hombro, dándole un beso en la mano, que ella retiró presurosa, sin que se viera el rubor de su cara, porque anochecía.

*
* *

El ósculo en la mano la decidió a separarse. Aquella osadía revelaba las intenciones del protector. Pero, por otro lado, la tirria a la güera la decidía a quedarse. Finalmente, en fuerza de pensar en una cosa y en la otra, pensaba en las dos. Y en aquel tren de Tlalpan, que corría por entre las arboledas, la afligida, la indecisa Fémina, batallaba con un mundo de zozobras y de dudas, de escrúpulos y de temores.

¡Qué mala noche pasó la pobrecilla!

XII

EL SENO DE LA VIRGEN

Sábado. Fémina se dió en la noche un baño caliente, por vía de aseo, y se metió en cama.

A los pocos minutos llegó el licenciado Pereda. Cumplía su palabra. Venía a visitar a Josefita, que se había agravado un poco a causa del disgusto del día anterior. Fémina tuvo que levantarse a abrir al licenciado, porque la escalera daba al cuarto de la zalamera. Después, la turgente se durmió, mientras el licenciado hablaba con Josefita en su pieza. ¿De qué hablarían? Eran las once de la noche y el licenciado no se iba. Fémina trató de dormir, bajando un poco la mecha a su lámpara de petróleo, que tenía una pantalla roja hecha de papel encarrujado, con armadura de alambre, cual era la moda de entonces en las casas sin luz eléctrica.

Después de achicar la mecha, la virgen se echó los cabellos húmedos para detrás de la cabecera de la cama, y, sintiendo que mojaba la funda de la almohada, se puso las manos bajo la nuca, mostrando los dos murciélagos aliabiertos que parecían pegados a sus axilas.

Así meditó un poco, viendo vagamente al techo, donde percibía los aletazos de penumbra que daba la lám-

para que luchaba en la agonía de la luz. Se durmió Fémina así. La luz rojiza, filtrada por la pantalla de papel de seda, la bañaba en un misterioso color mortecino. Con los parpadeos de la lámpara, los murciélagos alojados bajo las axilas como que aleteaban, como que se encogían y se dilataban en la sombra. Entre sueños oía Fémina la charla del licenciado y Josefita. Entre sueños se acordó de la *güera indina*. Suspiró con hipo. Cansóse de tener las manos bajo el cerebelo. Las sentía acalambradas. Cambió de postura. Arrebozóse con las ropas de la cama. Volvióse para fuera. Durmió, aunque con el sobresalto de que tendría que abrirle al licenciado cuando se fuese.

La lámpara roja disminuía en intensidad lumínica. Los guiños bermejos daban un matiz fantástico a los cabellos sedosos, que ella había levantado, extendiéndolos por la funda, de donde se vertían por los extremos de la tira bordada.

Dormida, volvió a ponerse las manos bajo la cabeza, pero, en esta vez, volvióse de un lado, dejando ver aliabierto uno de los murciélagos, mostrando el otro un poco recogido bajo la axila sobre que se recostaba, cual si lo protegiera para que el murciélago pasara la noche bajo su brazo. Sintió calor. Era la trasporación del baño tibio. Instintivamente, sin despertar, rechazó el rebozo de las sábanas, volviendo las manos al occipucio. Tenía una camisa bordada a mano, con ojillos de sacabocado, por donde corría un listoncito color de rosa, que se enlazaba rematando en el seno con coquetonas asas repetidas. Lanzó la lámpara un reflejo accidentado, gorgoreando, iluminando plenamente el pecho descubierto con abandono. Siguieron otros reflejos intermitentes, en descendiente parpadeo. Fémina volvió a suspirar. Dormía profundamente. Cuando el suspiro, el pecho de la virgen se hinchó, y la luz de la lámpara entró a las turgencias recónditas,

besándolas furtivamente. Seguidas, la pupila encerrada en la pantalla roja lanzaba miradas besadoras a la nítida blancura erecta. El pausado respirar de la purísima hacía subir y bajar la masa modelada, y la luz de la lámpara, al subir la carne, entraba al canal del seno que el lazo del listón defendía, y al bajar el animado contorno, la luz salía del hundido secreto, coqueteando, jugueteando, lamiendo...

¡Qué bello, qué puro, qué inductivo era el seno de la virgen, que coqueteaba con la luz! Si alguna araña del techo lo entendiera, estaría mirando aquel divino milagro.

Seguía durmiendo la tórtola tranquila. Seguía durmiendo el lozano capullo, como las flores en la noche. Quieta y respirando estaba, como los botones róseos de la huerta, que habían de abrirse al otro día. Odorífico era el pimpollo, al igual que los oxigenados ramilletes de la quintana. Viva y matizada estaba su cara en la almohada: matizada y viva como una rosa-reina que allí reposara, saliendo del rosal rico de savia que encubría la colcha.

Grata se entretenía la luz en jugar con la eucarística amalgama de hostias y de botones de rosa del seno. Besaba, besaba la luz, que antojábase consciente, los ladeados botones de la planta. Ponía el parpadeo de la lámpara su tinte rosáceo del lado de afuera del pezón brotante y ponía una sombra de rojo ladrillo del lado de adentro. Y en torno de los minúsculos volcanes encendidos, vertida se veía la lava de rosa diluída que formaba un círculo alrededor. Era el sello de lacre de la virginidad, puesto allí por la mano cuidadosa de Dios.

¡Qué empeño el de la luz en penetrar por la canalita del seno! ¡Qué lujuria la de la pantalla roja, que metía sus rayos por los calados de la camisa, cual si la luz rosada que se rompía fuera el espíritu de una lengua

disuelta en fuego que pasara por los claros de la batista a tocar la carne impoluta y trémula...

El seno de una virgen, a través de los encajes y las hojas hechas por el sacabocados en las camisas bordadas, es una cosa que sólo las lámparas ven de noche con su luz de inocencia y de castidad. El ojo del hombre no ha visto eso nunca, porque las lámparas se encelan y se apagan...

El seno de la virgen no lo ve la virgen misma. Se oculta a ojos humanos. La naturaleza tiene tesoros creados para que sólo la luz los vea. El seno de una virgen, el bello seno de una virgen, sólo se muestra franco a los espejos y a las incandescencias, porque aun las lámparan candescentes, de ver los senos de las vírgenes, se consumen.

La lámpara de Fémina, cansada de enviar besos perdidos al seno de la virgen, sin poderlo alcanzar, vacilaba, extinguía su luz, recogía sus lenguas bermejas fatigadas.

Pero una estrella, a travéz de un cristal de la ventana, veía el seno de la virgen. Y la estrella, ávida, dilataba sus rayos. La estrella, que era la luz del cielo, iba a revelar a la lámpara, que era la luz de la Tierra, porque la luz de la Tierra es demasiado profana para iluminar el seno de una virgen.

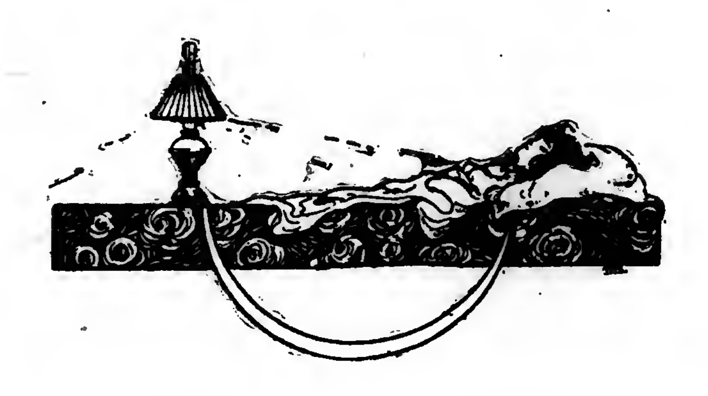
∴

El licenciado Pereda, al salir de la pieza de Josefita, vió a Fémina en la postura en que estaba. Hubo un descuido en el Angel de la Guarda de la Belleza. El licenciado Pereda vió el seno de la virgen. Y, como quien aprovecha un ocasión única, el señor de Pereda, interponiéndose entre la luz de la estrella, la luz claudicante de

la lámpara y la negligente pureza dormida, besó el seno de la virgen.

Fémina despertó asustada. Iba a gritar. El señor de Pereda le hizo una seña, poniéndose verticalmente el índice en la boca: ¡chito!... Hizo ademán de marcharse y se fué, cerrando él mismo la puerta, sin que Fémina se levantara.

Y la lámpara, avergonzada de que una boca sombría se posara en el eucarístico modelado que la luz reverenciara, se apagó en són de protesta, quedando solamente dentro de la bombilla el carbúnculo de la favila, el gusano enroscado de la mecha carbonizada, que era, en la obscuridad, algo así como el alma de la pena...



XIII

AGUAFUERTE

—Fémina. Será conveniente que te des otro baño tibio. Ya sabes que uno solo hace daño. Dátelo menos caliente que el de ayer. Verás cómo se te quita el dolor de cabeza.

—Sí, mamá.

La virgen láctea, después del baño para contrarrestar el efecto del anterior, arrebujóse en el lecho, envuelta en linos de tejidos albeantes.

Bajó la luz de su lámpara roja y se durmió tranquila, estirada, marcando la colcha el nicle de su cuerpo yacente, aforrado de muelles colchonetas y protegido en los flancos por los flecos remetidos, que servían de calzas, como si se tratase de una estatua que viajara.

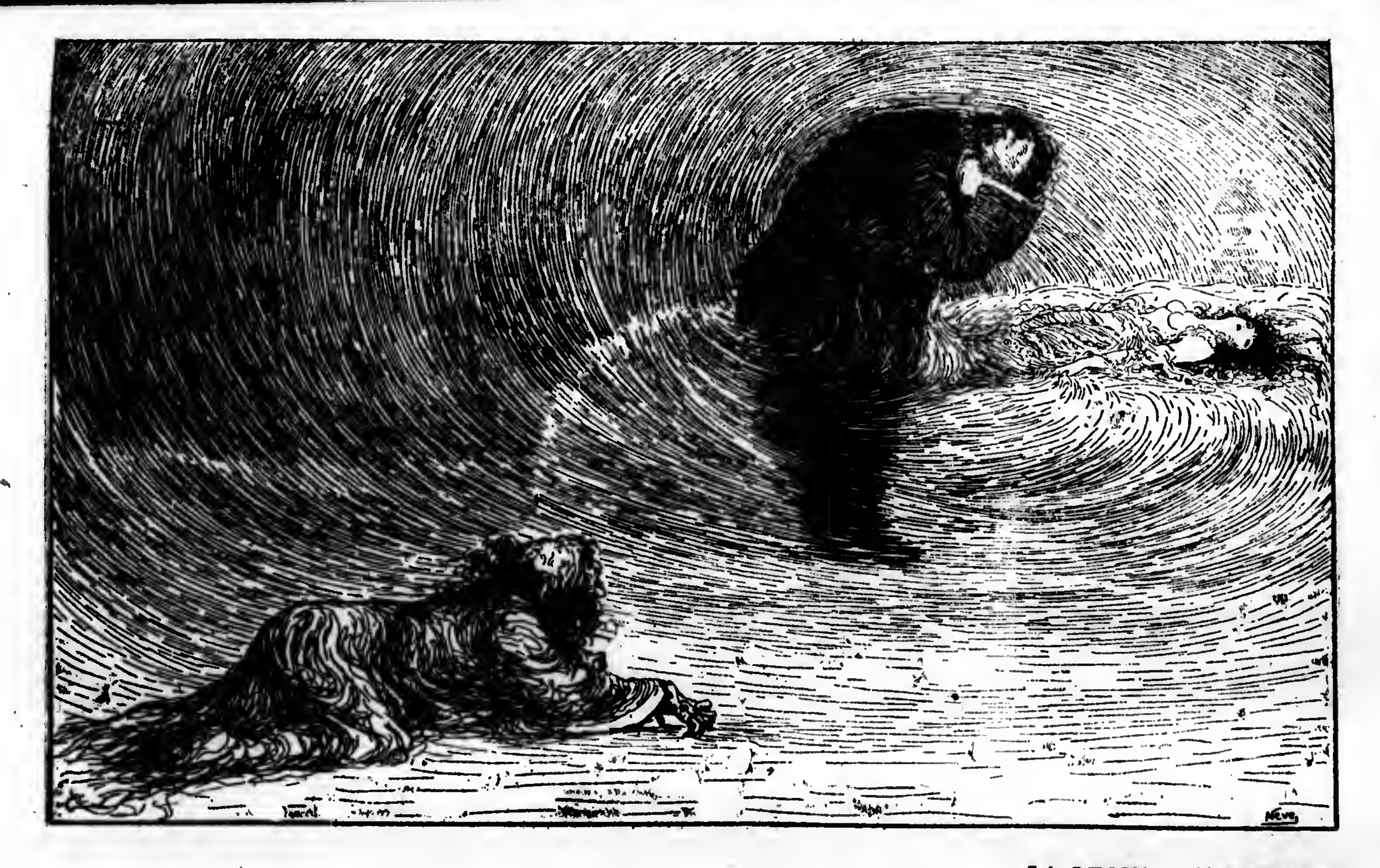
De tal guisa la encontró el licenciado Pereda, a quien ella oyó, entre la somnolencia, hablar con Josefita, sin que supiera cómo había entrado el nocturno visitante, que andaba al husmo.

Y fué así, entre sueños, como ella sintió una mano que temblorosa recorría su pecho térete y blanco. No distinguió en la modorra del sueño la ensoñación de la realidad. Soñando estaba, y soñaba que el tacto que sen-

tía heñir la envoltura de su corazón, era la caricia atrevida de la noche anterior. No abrió los ojos a tiempo. Los abrió tarde...

Josefita Bustillos, que escuchó un leve quejido de Fémina, y que servando estaba al tesoro desde hacía una semana, tiróse del lecho como pudo, imposibilitada como estaba para andar; vistióse una bata blanca que halló a mano y, a rastras, con grandes trabajos, se dirigió a la cámara de Fémina, alzando el pasador de abajo de la puerta, lo que bastó para que la abriera sin alcanzar al picaporte.

Lo que vieron de pronto los ojos estupefactos de la madre tullida no se precisó en sus pupilas: era un borrón de tragedia: una sombra shakespeareana: un jirón de una escena de Othello, que sobaba a Desdémona a la luz de la lámpara con pantalla roja. Congestionóse la visual de la madre ante el inesperado cuadro: vió una masa informe y obscura que se cernía sobre el cordero blanco: un buitre bajo el que se debatía la presa: percibió el movimiento libidinoso de unas garras negras y rugosas que se clavaban inquietas en el rosicler con Páros del pecho desbordante: empezó a ver completa, a la luz rojiza de la lámpara trémula, la silueta del sapo, la figura del onusto y tábido viejo; la sofocada pesadez del licenciado Pereda; sus uñas ruelescas, que se hincaban en el miracro pectoral; su boca símica, maculando con avilantez las líneas de la estatua derribada, bajo cuyos brazos se refugiaran los dos murciélagos brunos, para pasar la noche... No se fijaban los contornos de las figuras confundidas, que la luz cambiante, a través de la pantalla roja desvanecía con temblores; no eran aquellas imágenes humanas; tenían la inconsistencia, la imprecisión de los bocetos sin color; movíanse en un fondo entrecruzado de líneas al aguafuerte: era aquello, eran Fé-



LA LEONA.—(Aguafuerte).

mina, el viejo sátiro y la lámpara, algo así como un "Capricho" de Goya.

Cuando Josefita vió claro, más por el instinto que por la luz, soltó el bramido, holgaba como una leona que contuviera el frémito. Y así la vió venir el viejo *batracio,* que la miró en la puerta, en cuatro patas, con la melena alborotada como una leona que tuviera canas, iluminada por la lámpara roja, que daba a la leona un aspecto doblemente feroz, terrible, amedrentador. La leona, no pudiendo incorporarse, no pudiendo saltar, no pudiendo asumir una agresiva actitud, clavaba las garras en la madera del piso, rugiendo, y, con la faz desencajada, con los ojos rutilantes en la penumbra infernal; desesperada de no poder moverse, apostrofaba a la cachorra deshonrada y denostaba con fauce babeante al profanador:

¡Ladrón!

¡Asqueroso!

¡Salteador!

¡Viejo pícaro!

¡Orangután!

¡Mal hombre!

¡Lépero!

¡Criminal!

¡Maldito de Dios y del Demonio!

¡Cobarde!

¡Batracio!

¡Canalla!

¡Granuja!

¡Lobo de honras!

¡Repugnante!

¡Sucio!

¡............!

Y el sapo, dejando de pasar sus patas rugosas por el armiño acobardado, sentóse en una silla en que esta-

ban las ropas de Fémina, al lado de la cama, de espaldas al espejo del ropero, que reproducía el morrillo de toro zaino del violador, viéndolo así la leona por detrás y por delante, hobachón, ledro, icástico, en toda su desnudez moral: mientras que el lirio tronchado temblaba de pavor; mientras que la víctima propiciatoria, después del holocausto, se cubría el rostro con las sábanas y gemía bajo ellas, marcando sus gemidos, con la agitación, las curvas que la colcha blanca se complacía en reproducir.

La denostación no cesó de oirse:

¡Bandido!

¡Vampiro de sangre inocente!

¡Engañador de almas nuevas!

¡Ratero!

¡Hombre sin honor!

¡Bribón!

¡Cómo no puedo siquiera incorporarme para sacarle los ojos!

¡Cómo no tengo una arma para acribillarlo!

¡Ese era el objeto de su visita!

¡Tunante! ¡Así pisotea usted la honra de dos mujeres indefensas!

¡Simio repudiable!

¡Feo! ¡Fealdad abortada por Satán!

¿Cómo se atreve a poner sus manos de ogro en la pureza de esa... de esa... No: ella no es inocente: ella no es hija mía: ella es hija de usted. ¡Maldecidos sean los dos! ¡Que el beso negro los confunda!

(El pudiente señor, resignado, soportaba silente y cabizbajo los venablos de la admonición.)

Josefita siguió desahogando:

—¡Cara pagará usted esta felonía! ¡Dios, que me oye y me ve arrastrarme para maldecirlo, ha de pedirle cuenta de su acción cochina!

¡Permita el cielo que caiga sobre usted el castigo crudelísimo que merece por su afrentoso pecado!

¡Señor (levantando los ojos), apunta en el libro sagrado de las protestas maternas, esta maldición! ¡Castígalo, Señor, si quieres que siga creyendo en ti!

La leona ya no solamente rugía: lloraba: caían sus lágrimas en las duelas del piso, fijando un rastro de dolor.

(Y el *batracio,* un tanto asustado por la sublime actitud de la trágica maldiciente, bajaba la cabeza y pensaba, aunque con azoramiento, que el *bocado* bien valía la pena de sufrir un poco.)

—Y es usted—prosiguió la leona parlante—uno de los hombres que gobiernan; uno de los mentores de esta pobre raza: ¡Maldito sea usted y todo su partido! ¡Prívelos el Eterno de la riqueza y del poderío y mueran en el destierro, odiados y perseguidos! ¡Gandules, que así emplean el poder! ¡Ruja el pueblo alguna vez en torno de sus palacios! ¡Paguen con sus haciendas y con sus hijas el oro y las honras de que su rapiña se apodera! ¡Truhán! Hijas tiene usted en que vengará la justicia inmanente esta audacia de cerdo nocturno.

¡Esa es la *ciencia!* ¡Así alardea usted de ser un prohombre del partido *científico!...* ¡Ah!... Dios ha de querer que caiga usted con los suyos... ¡Algún día serán allanadas sus casas como usted allana hoy la mía! ¡Dios ha de permitir que con sangre se laven las afrentas causadas a los humildes! ¡Dios ha de quererlo! ¡Dios ha de quererlo!

¡De algún sitio vendrá el arma vengadora!

¡Caerán ustedes... caerán!... ¡Caerá usted, mono malvado y ladrón!

(Y el político de poder oculto, el acusado, seguía inmóvil en la silla, soportando el punzar agudo de las

maldiciones, que lo herían como si llevaran un dardo jacerino.)

Eran raucas las últimas palabras de la madre justiciera. Ahogábanla el cansancio y la rabia. Hizo ademán de arrastrarse hacia el abogado para herirlo, para poderlo arañar siquiera en el vientre que le colgaba. El licenciado Pereda, entonces, se levantó y empezó a dar pasos por la habitación, esquivando fácilmente el rastrear agresivo de aquella leona sin pies para acometer.

Eran las tres de la mañana y todavía estaban así: la señora llorando, regando las lágrimas por el piso, que aparecía humedecido aquí y allá; el abogado paseando con artificial tranquilidad; el lirio estrujado, escondido bajo las ropas del lecho, pensando en la vergüenza de la aurora...

Cansada de perseguir en vano al licenciado Pereda, la señora Bustillos se acercó a la cama; levantó la cabeza descompuesta y se quedó viendo a la encubierta ánfora de carne. Josefita tiró un zarpazo al rebozo de las ropas y descubrió la carne compungida de Fémina, que no se atrevía a ver a la leona. La furiosa madre vió con mirada hipnótica de selva a la caída: iba a atacarla; vaciló viendo los ojos atónitos de la cervatilla inconsciente, que se disculpaban con un brillo de inocencia y de estupor; y así, la madre cansina, se conformó con pronunciar estas palabras de recordación y de reproche:

—Tú, hija mía, ya estarás tranquila: *¡Ya te llevó el diablo en buen caballo!...*

... ...

No tardaba en amanecer. La luz rojiza de la lámpara se debilitaba. La leona vió alguna claridad en el Oriente. Se acordó del auxilio de la luz. Corrió a la ventana del corredor. Levantó el pasador de abajo. Dijo:

—Ya va a ser de día... ¡A ver si hay por ahí un gendarme que se lleve a este ladrón!...

Vióla de soslayo el viejo. Salió ella al corredor y gritó con ronca e imponente voz:

¡Socorro!...

¡Auxilio!...

¡Aquí!...

¡Este raptor!...

¡Este!...

¡Mi hija!...

¡Las Fuentes Brotantes y las hondonadas de las huertas reprodujeron en la noche apacible el eco de la querella doliente.

Agotada, volvióse Josefita contra el abogado, que no la temía, y que, a los pies de la cama de Fémina, sobrellevaba el bochorno, el hormigueante vulturno de aquella madrugada memorable para él, para todos. Pasó la leona tremolando la melena y arrastrando la bata; no tocó al atrevido; avanzó de rodillas y de codos a la mesa de noche; iba a esforzarse para alzar la cabeza y lamer, o besar, o rasguñar, a la cachorra, cuando dobló las manos agotada y cayó dando un golpe en el tapete de junto a la cama, al mismo tiempo que rozaba la puerta del buró con la cabeza que se doblaba.

—¡Madre!...—exclamó angustiosamente Fémina, y sacando sus brazos mordidos de bajo las ropas, tendiólos a la leona desfalleciente; y aprestando el almohadón de dioses de su seno tibio, recibió en él la cabeza despeinada de la madre, reanimándola con besos, vivificándola con latidos de corazón, ungiéndola con lágrimas de piedad infinita y de arrepentimiento indefinido; mezclándose las dos carnes, la vieja y la joven, en un nexo de vinculación dolorosa, ante el licenciado, que veía aquello perplejo; pareciendo aquel grupo, por la indeci-

ble intensidad de su composición, no ya una aguafuerte de Goya; no ya un capricho del acuafortistas aragonés, sino un lienzo de relevantes pinceladas, que fuera emborronado por una pesadilla de Rembrandt.

La aurora ruborosa, que se avergonzó de aquel ledro lapso, puso los tonos de su pudor mortificado sobre las tres caras del grupo y alumbró los pasos pecadores del licenciado Pereda por el camino que recorría de regreso de la meta del Deseo. Y, en su cerebro, el abogado llevaba la luz rojiza de la lámpara, y veía en la pinacoteca de su espíritu, destacándose entre todas las visiones del pasado de su vida, con líneas de relieve ferozmente artístico, la leona acorralada, la leona rampante, grabada al aguafuerte.



XIV

LA TORTOLA MUDA

¿Qué tendría "La tórtola del Ajusco" que no cantaba? Hacía algunos días que los vecinos del Poniente de Tlalpan no veían subir por el collado a la gárrula animadora. Y el monte estaba triste sin canciones.

¿Habría enfermado "La tórtola" en su nido? ¿Qué dolor la postraría en la sáxea residencia colonial? ¿Por qué estaba "La tórtola" muda?

Fémina se pasó el lunes llorando en un quiosco ruinoso con techo de paja que había en medio de la huerta. Su madre le había dicho que no la quería ver delante. Y fué vana su húmil actitud, como vano fué que pidiera perdón a la leona, tratando de que hubiera una explicación entre ellas acerca del tártago, del malaventurado desliz.

En el quiosco, espantada, con el pañuelo húmedo entre la mano derecha y la barba; con los ojos pasmados fijos en una oruga que se arrastraba por un palo viejo, cavilaba ensimismada. Trataba de explicarse cómo había sido aquel instante de confusión y de duda, tan fugaz, que apenas la dió tiempo a despertar, que no la dió tiempo a defenderse, a gritar a tiempo. Pensaba también en

que ella, en el momento del concúbito, llegó como a entender que habría un tácito acuerdo entre la madre y el licenciado Pereda, que acababan de conferenciar. Había calumniado con este pensamiento a la buena madre. Y pensaba en que aquel hombre la cloroformizaba moralmente, la dominaba, la sometía, imperaba en el espíritu de ella con toda la fuerza de su riqueza y de sus prestigios y con todo el peso de sus bondades conquistadoras. Sin embargo, ella hubiera podido librarse de alguna manera del atentado; mas no estaba preparada; nunca había pasado *por eso;* no creía que con tal sorpresa la saliera nadie, no sabía lo que podría hacer... ni sabía lo que había hecho.

En la casa oía el trajín de los cargadores disponiendo la mudanza que la madre ordenaba. Vano empeño: unos policías secretos que vigilaban la casa detuvieron al primer cargador que salía con un bulto: de allí no salía nada ni nadie. La leona y "La tórtola" estaban enjauladas. La leona, al enterarse de la infamia, rugió más hondo, en el paroxismo de su desesperación. "La tórtola", en el volcado nido de paja del quiosco, siguió llorando, sintiendo un gran deseo de morir.

Volvieron los cargadores el viejo sofá y los cachivaches de Josefita a la bodega, y se fueron.

La gente que pasaba por "la casa de los espantos" y veía aquel movimiento, lo atribuía a los gritos y a las visiones de la noche anterior: alguien había visto en el corredor de los altos a una mujer vestida de blanco que gritaba; que gateaba con una bata, con una túnica; que ululaba espantosamente: era el alma en pena de doña Ana, era doña Ana, que se quejaba: los gritos agudos serían del Oidor que defendía a su hija que se llevaba el diablo: bien claro se había oído aquel grito al amanecer:

—*¡Mi hija!...*

¡Y luego decían que no había fantasmas en "la casa de los espantos!" Que lo negaran ahora los incrédulos... los incrédulos que, muy a su pesar, se detenían vacilantes frente a la fachada antigua, mirando para las gárgolas de los canalones, siendo alejados de allí por los policías secretos y por los gendarmes.

Algo pasaba en "la casa de los espantos". No cabía duda. Algo pasaba.

... ...

La criada fué a ver a Fémina al quiosco, rogándola que comiera, porque aquel día nadie probó bocado en aquella casa.

Cariñosa, familiar, la criada instó mucho a la señorita a que tomara algo; pero Fémina rechazó secamente las instancias de la fámula.

La criada no dormía en la casa, y a esto se debía que no estuviera enterada del sucedido y que preguntara insistentemente a Fémina:

—¿Qué ha pasado, señorita? ¿Qué tiene usted, señorita?

La palabra *señorita* hería el tímpano de "La tórtola". Sufría de que la llamaran señorita y de pensar que ya no lo era, que era una de aquellas *vírgenes a medias* de un libro francés que le prestara Zavala en una ocasión.

La criada, que era de las poquísimas buenas que hay en México, todavía porfió a la *señorita* para que comiera, y, diligente, invitadora, llevó algunos platos de comida al quiosco, llegando su afable instancia a dar bocados en el pico a "La tórtola", sin que los pasara.

—¿Por qué no come nada, niña? ¡Ande usted! ¡*Tantito*... aunque sea! ¡Abra su boquita!...

—¿Quieres dejarme en paz?—dijo feróstica la señorita. Y, dicho que hubo, se quedó mirando otra vez

como una alienada para la oruga que se arrastraba por un palo seco...

La criada se tuvo que ir. Dejó allí los platillos, en los que se cuajó la grasa con el austro de la tarde.

A solas, Fémina volvió a llorar, siéndole ya inútil el pañuelo empapado. Cuando vertió la última lágrima, miró para el monte, en el que se veían los blancos penachos de humo de los hornos de los carboneros. La distrajo un poco la contemplación de la serranía. Cambió de postura. Tumbóse boca arriba, mirando para el techo de paja del quiosquito. Así, con los ojos escocidos, con la faz desencajada, pensó largamente, haciendo evocaciones:

La güera del despacho fué la primera que pasó por el calidoscopio calenturiento de su imaginación.

—¡Tiene gracia!...—pensó—: la güera con mi collar de corales, y yo, deshonrada y sin collar.

Se mordió los labios. Estuvo así un minuto.

—La güera—volvió a pensar—, esa es la que a ti te perdió... La güera—la decía algo que estaba dentro de ella—, la güera... Tú—la seguía reprochando aquel algo que se le metió en los sentidos—quisiste derrotar a la güera, y la güera te derrotó a ti...

Fémina se incomodó. Dió un paseo por el quiosco para alejar aquellos pensamientos. Y entonces, al fijarse en un girasol cercano que movía la brisa, parecióle que el girasol le hablaba y continuaba el reproche. Quiso apartar los ojos del girasol, pero no pudo. Quieta, recostada en uno de los postes de eucalipto que sostenían el quiosco, oyó por la fuerza la voz del girasol, la voz del céfiro, que decía algo allí en medio de las plantas. Y no podía apartar los ojos del girasol, que la obsesionaba, que se iba volviendo paulatinamente a ella; aquel girasol que veía con ojos flavo a sus recuerdos; aquel ojo amarillo del gi-

rasol que la miraba a la cara, mientras las hojas del girasol, dispuestas en forma de lenguas en rueda, le decían:

—¡Cochina! Tú debiste avisar a tu madre que el licenciado te había dado un beso en la mano, aquella tarde, en el despacho; y otro beso en el seno, la otra noche. Tú eres algo inocente... mas no tanto... A ti te perdió tu arrufadía, tu engreimiento en el despacho. A ti te perdió tu megalomanía. Vamos; confiésalo; tú quieres ser algo; tú amas los collares. ¿Verdad que quisieras quitarle a la güera el suyo, o ahorcarla con él?

¡Niña... tú no eres buena!

Y cuando Pomar te decía que habría de llevarte el caballo del diablo, decías que no... Ya te llevó; ya te llevó el caballo del diablo, el mismo que se llevó a Pomar... ¡Qué quieres! Las relaciones que existen entre los destinos...

Mira el caballo del diablo... míralo...

Así habló el girasol de lenguas múltiples, y cuando acabó de hablar, apareció zumbando una libélula de las que la gente llama caballos del diablo. Fémina se asustó. El neuróptero dió una vuelta al quiosco. Luego pasó zumbando por sobre la cabeza de Fémina, tocándola, rozándole los cabellos. La obsesa cogió una varita para pegar a la libélula. Iba a dar un golpe con la vírgula al impertinente visitante alado, cuando el caballo del diablo se alejó, rumbo a Las Fuentes Brotantes.

—¡Habráse visto brujería!—pensó la cuitada. Y se volvió a sentar, más preocupada que antes, y también más triste.

... ...

Penosa fué la tarde que Fémina pasó en el quiosco escondido de la huerta. Y, no atreviéndose a acercarse a la madre, pasó allí también la noche. ¡Con qué tristeza

vió ella hundirse el sol, que tuvo el capricho de pintar un pedazo de cielo de color plomizo y violeta. Ella, que amaba el crepúsculo, ni siquiera tuvo el consuelo de que el crepúsculo fuera bello ese día. Y el ojo amarillo del sol también la había visto con fijeza, con la fijeza del ojo amarillo del girasol. ¿El sol sabría algo?

No: la mancha había caído de noche.

... ...

La criada trajo algunas ropas y almohadas a Fémina y se propuso hacerla compañía. ¡Pobrecilla! ¡Cómo la iba a dejar sola allí! ¡Tan feo que estaba el monte!

A la media noche, pasado el primer sueño, las dos tuvieron miedo, y resolvieron ir para la casa, a escondidas de Josefita, que estaba en vela, pero en eso llegó al quiosco el licenciado Pereda.

Para el ilustre y aventurero abogado fué una dicha insólita pasar la noche en el quiosco con la muchacha, arrullando con halagos y promesas a "La tórtola".



XV

LOS APARADORES

—Ya no machaques más, mamacita; ya no tiene remedio; ya...

—Sí, hija, ya... Eso es lo que siento, que la gente te señalará con el dedo, y señalándote, dirá que "ya". ¡Ay, Fémina... tú no sabes lo que duele ese gráfico "ya"...!

—¡Oh, mamá! ¡Por Dios: no me atormentes!...

Fémina se paró de la mesa; hízose el tocado y marchó al despacho, donde se presentó con un collar de perlas.

Naturalmente, los empleados clavaron sus lenguas como navajas, no en el trapo que representaba la honra de Fémina, sino en su carne, en su piel, de la que, en sentido figurado, arrancaban túrdigas, jirones, y, naturalmente, también dijeron: *ya*.

La rozagante *señorita* Ponce se metió al *Privado* con hucia, con la confianza de una ama. Y en el *Privado* pidió al licenciado Pereda la satisfacción de un capricho rencoroso: que le quitara el collar de corales a la güera.

—Pero si tú tienes uno de perlas...

—No le hace. Quiero ese de corales.

—Te compraré otro.

—No: quiero que me dé usted ese.

—¿No te he dicho ya que me hables de tú?

—Más adelante. Ahora no puedo todavía. Se me hace muy cuesta arriba.

—Vamos a ver: y ¿por qué quieres ese collar?

—Primero, por quitárselo a ella, que *me lo quitó a mí;* y después, porque yo me bañé con ese collar en Las Fuentes Brotantes, cuando era virgen, y lo bauticé.

—Por lo segundo, te voy a complacer. Compraremos otro collar a la señorita Marta.

El licenciado pidió el collar a la rubia y lo entregó a Fémina, que salió del despacho orgullosa de su triunfo.

Había derrotado a la güera.

De allí, Fémina se fué a ver los aparadores. Y a pedir en las tiendas lo que se le antojara.

Cuando regresó a Tlalpan, a las dos de la tarde, se encontró a Zavala de visita.

—¿Qué hay, joven *vertebrada?* Tienes un poco marcado el lapizlázuli de las ojeras: ¿qué te ha pasado?

—Nada, Zavaleta. Que mamá estuvo muy mala... ¿Qué milagro que vemos por aquí al joven vertebrado?

—Pthts...

—¿Vamos a comer, Zavala?

—Vamos.

Josefita se excusó de asistir a la mesa. No podía sostener la máscara, que le quemaba el rostro. Y en los ocho días no la habían dejado de irritar los resquemores...

Tampoco Fémina estaba tranquila; pero había que fingir. Aunque, a un hombre como Zavala, era difícil engañarlo.

—Zavala notó algo.

Tenía Fémina buen cuidado de esconder de Josefita los collares, sobre todo el de perlas, no fuera a suceder lo que la vez anterior. Maldito portero... siempre me-

tía la tranca del zaguán en el agujero de abajo (había dos) y aquella vez se le había ocurrido atrancar valiéndose del boquete de arriba, sacando la piedra.

Ahora escondía Fémina los collares en el quiosco rústico, en el nido de pesares de "La tórtola".

Una vez, que se iba al teatro, Fémina se puso el lindo collar de perlas y, tapándoselo bien con la boa, fué a dar un beso de despedida a la madre, con tan mala suerte, que al agacharse dejó ver el último hilo de perlas de los cinco del collar. La señora Bustillos echó la mano al cuello de Fémina, y afianzándola bien del collar, la dió tres fuertes tirones, como si tratase de ahorcarla. El collar se rompió, y las irisadas perlas rodaron por los hombros alabastrinos, por el pecho selenitoso de la túrgida y por su espina dorsal, yendo a esconderse algunas junto al lunar de los omoplatos y en el ombligo, y, las más, rodaron por el suelo escandalosamente.

Al grito que lanzó la contrariada Fémina, acudió la criada, que estaba barriendo el corredor; acudió con la escoba en la mano.

—Barre eso, muchacha... barre eso—dijo la señora mostrando las perlas regadas.

—¡No!—gritó Fémina.

—¡Bárrelas!—volvió a mandar Josefita—. Echalas a la basura, que de la basura vienen.

Y delante de mí (a Fémina) no te vuelvas a poner *eso*.

Fémina, con el cuello enrojecido por la presión del collar y por el zarpazo de la leona, se dedicó a recoger las perlas, ayudada por la "gata", sintiendo cómo le rodaban por el cuerpo las que tenía dentro, a medida que su busto oscilaba entre el justillo. Tuvo que quitarse el vestido. Al aflojarse el corsé, las perlas fluyeron de su cuerpo de color de concha, cual si se hubieran criado en él.

Josefita, tullida como seguía, no pudo impedir que las perlas fueran recogidas y llevadas por Fémina al joyero, para que las enhebrara.

Aquella leona no se amansaba. Ya habían pasado cuarenta días desde que la captación acaeciera, y la señora Bustillos no se resignaba. La leona parecía que no había pasado por la cuarentena.

Pero había pasado el peligro activo, el furor de los álgidos días, y el licenciado Pereda mandó retirar a los policías de la reservada, inclusive al que, manido, viera a la dríada bañarse en el hontanar.

El señor de Pereda, sitibundo como estaba del amor de "La tórtola", iba a verla a roso y velloso, sin reparar en las protestas de la señora, pero también esquivando un encuentro con ella.

Cuando con el frío del invierno se presentó la metaflogosis en las articulaciones de Josefita, el licenciado, además de enviarle al buen médico, que ella rechazaba, encargó a los Estados Unidos un sillón especial para Josefita. Era una silla gestatoria con agarraderas para ser trasladada; con manivelas para que la moviera la enferma si quería andar; con una tabla al frente, que se alzaba y servía de mesa; con un neceser a la derecha; con muchos útiles a la izquierda y bajo el asiento; con timbre; con calefactor; toda llena de hierros niquelados; cómoda; ideal para un reumático.

Pero ¡ca!, Josefita no quería la silla; no se sentaba en ella; la odiaba. No sólo no aceptó el cómodo sillón: tampoco aceptó el vino quinado con hemoglobina y fierro que le recetó el atingente doctor. Decía que todo aquello venía de la basura, como las perlas. Cuando la pusieron delante la primera botella de vino, la arrojó por la ventana.

El licenciado Pereda veía que aquella leona no se dominaba con carne.

—Es una tontería tu obstinación, mamá—solía decirla Fémina.

—Prefiero morir tullida y tísica a curarme con tu colaboración y con la del *jabalí* ese...

—Bueno.

Y la chica, siempre que emergían estos incidentes, volvía a pensar en su debilidad pasada, y como que quería volverse atrás...

Pero, al engolfarse en nuevas cavilaciones trilladas, al recordar las ilécebras y regalías del viejo solerte, comprendía que quizá hubiera sido peor escabullirse, porque el abogado, hombre de influencia omnímoda, no la habría dejado escapar. Era demasiado fuerte para que lo burlaran.

Ahora bien: ¿no era un hombre bueno, caballeroso, galante, espléndido, paternalmente cariñoso, munífico, pulcro, pudiente, discretísimo? ¿No estaba, además, pérdidamente enamorado de Fémina? ¿No le había dicho, como le había dicho a Josefita, que se casaría con ella cuando muriera su esposa caduca, la señora de Pereda, que padecía achaques irremisibles?

Finalmente, Fémina sentía algún orgullo en ser la amada del licenciado Pereda, de aquel encumbrado personaje que no se dejaba ver detrás de la "puerta de la gloria". Ella, Fémina, había visto en la sala de espera del despacho a algunos ministros que, *hechos unos infelices,* esperaban que sonara la chicharra para que los llamase el prominente "científico".

Y lo particular en Pereda era su modestia, su reserva: él no presumía de nada; él no hacía ostentación política; otros eran los pavos reales del partido "científico"; pero él era el alma de la máquina gubernamental; él era

el que presidía prácticamente los consejos de ministros, *por teléfono,* y a él era a quien se llamaba de Palacio para consultar asuntos graves y trascendentes.

Había otros que aparecían como jefes disimulados, como primates seglares del grupo; pero todo el mundo los conocía; eran imitadores del licenciado Pereda; eran sus biombos: el auténtico, el oculto, el formidable, el talentoso, el *mero petatero,* era él, era aquel hombre que se enamoró de Fémina con toda la aplastante grandeza de su talento, de su poderío y de sus millones.

Bien lo sabía Fémina, que era quizá la única que conocía al licenciado maquiavélico, porque ella poseía secretos de Estado, y tal vez fuera la única persona *bien enterada* de la política en México.

Sólo Josefita Bustillos, aferrada a su honra, no conocía más grandeza que la de su honor. Y tenía razón.

La hija, el capullo deshojado, el ángel caído, redargüía sus disculpas, según su sindéresis.

Ella *había sido* inocente. ¡Sí lo era todavía en sus quince años! ¿Por qué Dios no le había dejado las piernas a la leona para que la defendiera? La leona era la leona. Ella era una tórtola, que había sido sorprendida en el nido por el gavilán.

Empero, no la acababan de disculpar ante sí misma *sus disculpas.* Porque el martilleo de la conciencia la increpaba: ¿Por qué no desdeñaste las socaliñas de Pereda al principio? ¿Por qué no volaste piando del nido, tórtola?

¿Por qué? ¿Por qué no?

¡Ah! Ella no sabía contestar. Porque siempre sabemos por qué hacemos las cosas, pero nunca sabemos por qué las dejamos de hacer.

*
* *

Fémina estaba triste. La lucha con la conciencia y con la leona, la habían hecho caer en una melancolía progresiva. No la divertían los escaparates, ni la consolaban los vestidos nuevos, que se ponía una sola vez, y que veía ajados al día siguiente, como su alma. No la consolaban los perfumes finos, que se iban, que se volatilizaban, dejándola sola. No la tonificaban los vinos, porque no sabía beber como los hombres. No la divertía Plateros, porque ella podía disponer de cuanto se exhibía en los aparadores, y este poder de posesión restaba encanto a las cosas.

Por lo demás, el pecado no había dejado maca en el rostro salutífero de la diosa, y su cuerpo, todavía en gerundio, se acercaba a la plenitud y se desbordaba en explosión de líneas.

Sólo aquella melancolía empezaba a tornar nubífero su espíritu.

El licenciado Pereda, que amaba la felicidad de su tórtola mimada, y que se preocupaba por su reposo, por su ataraxia completa, sugirió a Fémina que diera algunas fiestas, que organizara reuniones, y que invitara a sus amigos y amigas; que bailara; que se divirtiera; que riera; que carcajeara...

Y Fémina dispuso en "la casa de los espantos" algunos saragüetes, invitando al primero de ellos a los muchachos coetáneos, a Zavala, a Martínez, a Ramos, a Osorio, a Carlitos, a los estudiantes y a las muchachas que asistido habían al lueñe día de campo.

Aprovisionó el licenciado de manjares y de vinos, de champaña y de fruslerías la casa meditabunda; y Fémina y Josefita hicieron discreto uso de todo, incluso de los candiles con luz eléctrica recién instalada, para que la gente no hablara... pero la gente *habló*... ¡vaya si habló!...

Los muchachos, al salir de la fiesta, comentaban, Tlalpan abajo:

Pedro:

—¿Cómo ven ustedes a Fémina?

Osorio:

—Yo la veo mal.

Pedro:

—A mí se me hace que "ya".

(Carlos Manzanares, que amaba a "La tórtola", sufría. Sufría y callaba.)

Osorio:

—¿Tú qué opinas, Martínez?

Pedro (por Martínez):

—Este nunca opina nada. ¡Míralo!... Va pensando en un *chotis*.

Osorio:

—Los aparadores, Pedro...

Pedro:

—¡Los aparadores!...

Zavala:

—Apostaría a que hablan ustedes de envidia.

Pedro:

—¡Ya salió el defensor *de oficio!...*

Zavala:

—*Oficio* muy noble, joven vertebrado: Defender a las mujeres. Yo siempre defenderé a Fémina. Es una bella y magnífica criatura.

Pedro:

—O como tú sueles decir: *un bello ejemplar de vertebrada.*

Zavala:

—Eso.

Pedro:

—Pues, con todas sus cualidades, ha caído en la red vulgar de los aparadores.

Osorio:

—¡Oh, los aparadores!

Zavala (parándose):

—¿Son ustedes amigos de Fémina?

Todos:

—Sí...

Zavala:

—Pues discúlpenla.

Pedro:

—Luego tú crees...

Zavala:

—Yo no creo nada y lo creo todo. Yo no soy gnómico al igual que tú, que siempre andas con sentencias morales. Yo veo las cosas *como son* y... me someto a la vida real, porque soy heterodoxo en cuestión de *moralejas*...

Fémina no tenía qué comer. Nosotros no la dábamos qué.

Pedro:

—Pero, de que comiera, a que se la comiera a ella... un rico...

Zavala:

—Ven acá, Pedro: ¿Quiénes se beben los mejores vinos?

Pedro:

—Los ricos.

Zavala:

—¿Quiénes se fuman los mejores tabacos?

Pedro:

—Los ricos. Ahora vas a preguntarme que quiénes quiero que se fumen las mejores bellezas. ¡Claro: los ricos!... Mas cuando se acabe este orden de cosas, ve-

rás tú cómo un "científico" tan repugnante como el licenciado Pereda, que no merece por su fealdad a una Fémina, no *se fuma* nada...

Zavala:

—*Fumarán* otros, Pedrito.

Pedro:

—Bueno. Tú lo has dicho: *otros*. ¡Pero no éstos, que llevan treinta años de estar fumando.

Zavala:

—Y dándonos de fumar a todos.

Pedro:

—¿Los "científicos"?

Zavala:

—Sí.

Osorio:

—Pero si no le dan ni agua al gallo de la pasión...

Carlitos:

—Son egoístas y miserables.

Arturo:

—Yo sé de un "científico" que es ministro, que cuando va el Cuarteto Saloma a su casa, le da tequila.

Zavala:

—Ya veremos qué le dan los demás.

Pedro:

—Le darán, nos darán a todos lo que hemos menester: pan y libertad. Manumitirán a este pueblo de ilotas...

Carlitos:

—¡Claro!

Pedro:

—¿Eres revolucionario, Carlos?

Manzanares:

—De corazón. Y empuñaré un rifle en cuanto pueda.

Pedro:

—Chócala, hermano.

—Dos estudiantes:

—¡Chócala, Carlitos!...

Zavala:

—Ustedes no saben lo que es una revolución. Por eso hablan.

Pedro:

—La revolución es el derecho del pueblo, transformado en gritos y estampidos...

Zavala:

—¡El pueblo!...

Pedro:

—Sí, el pueblo. Y no me niegues que nuestro pueblo necesita reconquistar sus fueros, armarse, luchar... normalizar la marcha legal de las instituciones del país...

Zavala:

—¡Ay de un país el día que se armen y se suelten los atridas!

Pedro:

—Bueno: no es de eso de lo que íbamos hablando, sino de Fémina.

Zavala:

—Por mí, hágase la conversación ductiva.

Pedro:

—Bueno. Vamos a ver (con sorna): Tú que leíste *El Pentateuco*: ¿Qué piensas de Fémina?

Zavala:

—*Que el Destino es así.*

Mentado que fué el Destino, nadie habló más.

XVI

LOS CUATRO VOLCANES

Carlos Manzanares, que notó a Fémina un poco versátil relativamente a él; y que estaba indignado por lo que oído había a los demás muchachos cuando iban Tlalpan abajo, hizo una visita a Fémina al siguiente día de la fiesta y trató de tener una explicación con la que fuera su novia desde la adolescencia.

Paseaba Fémina por el corredor antiguo de la casa de abajo, leyendo un libro de Pereda, de Pereda el Otro. Vestía la venusta una bata amarilla con cíngulo de seda.

—Fémina. Es preciso que tengamos una explicación—dijo Carlos.

—¿Sobre qué?

—...Sobre lo que ha habido entre nosotros...

—Lo que *ha habido*... pasó.

—¿Quiere decir que *ya no hay nada?*

—Nada.

—Está muy bien, Fémina. ¿Así te portas?

—Vaya: ¡cómo quieres que tome yo en serio nuestras niñerías!... Tú eras mi novio cuando éramos niños... Ese amor... yo creo que no es serio...

—Ese es el más serio, Fémina: el amor que trae sus raíces desde la niñez.

—¡Bah!...

Fémina, teniendo enfrente a Carlitos, se recostó en una columna porfírica del corredor, leyendo, con las bordas del cíngulo oscilando al compás de la inercia de sus caderas. Parecía una cariátide agregada a la columna.

—Bueno—reanudó Carlitos, amostazado—. ¿Tienes la bondad de devolverme *mis cosas?*

—¿Y tú las mías?

—Aquí las traigo, porque yo esperaba la "tanteada" que me ibas a hacer.

Fémina subió por unos legajos y cajitas, y al pie de la escalera, se canjearon los novios *sus cosas,* trance dolorosamente romántico que conmovió a los dos.

—Adiós, Fémina.

—Adiós, Carlos.

El muchacho se fué "enchilado". Fémina supo después que se había marchado a la revolución, que acababa de estallar.

⁂

La móvil cariátide se puso a acomodar las cosas de su guardarropa, que había revuelto para buscar los objetos de Carlos. Y en la labor de acomodación, pasó revista a sus vestidos del Centenario.

Gran colección suntuaria era aquella de vestidos holosérícos, de alhajas, de calzado, de sombreros, de listones, de sombrillas.

Famosas y deslumbradoras fiestas del Centenario, en las que ella se había divertido a más no poder, y en las que ella había *hecho raya.*

Se entristeció un poco al revisar todo aquello y al barajar los recuerdos. Mucho había fruído de la riqueza; que le llevaba costado a Pereda, en el año, cerca de cien mil pesos; pero todo aquello ¿valdría lo que el amor de Carlos?

Suspiró con pena. Porque se acordó de que, lo que a ella le hacía falta, era precisamente amor, amor de juventud, caricias cálidas de vehemencia primaveral, porque el amor del viejo, aquel amor de patriarca indígena, no la llenaba; no llevaba a sus sentidos, ya despiertos, la vibración múltiple y enloquecedora, ni echaba a vuelo las campanas silenciosas de su alma.

"La tórtola del Ajusco", para conjurar penillas, plantóse un aliancho sombrero de Panamá con listón escocés, y echóse por entre jaras y matorrales, monte arriba, cantando.

Pero notaron los vecinos la disfonía de su voz y la melancolía del dejo. "La tórtola del Ajusco" volvía a cantar, pero había un tono quejumbroso en su cantiga.

... ...

Por la noche, el señor de Pereda fué a verla. Apurado y caviloso andaba el hombre con la situación política. Había encanecido sensiblemente en los últimos meses, y en aquel año ya se le cayera la mitad del pelo, sobre todo al frente de la cabeza, que ya se veía calva.

Iba el poderoso y abatido señor a buscar consuelo en su querida balsámica. Catábala con la fruición del que cata un consuelo material único. Material, porque moral no lo era. En aquella alma de mujer-estatua no había calor para él. Un cátodo, un polo negativo, impedía que fuera hacia el viejo todo el flúido de la carúncula femineidad.

... ...

Ambos en la cámara perfumada. El, sentado en una poltrona a los pies de la cama, tálamo digno de la reina de Saba. Ella, desnuda y displicente, a flor del lecho, a modo de fruto recién mordido que él se complacía en contemplar. La luna mexicana, con claridad invernal, bañando con su luz de acetileno primitivo el valle de México y metiéndose por las ventanas, quebrándose en la rucia cabeza del viejo y en la blancura de nieve de la temprana Citerea.

El viejo se quejó:

—Eres de amianto—dijo a la friática desnuda—. Eres atérmana. No das paso al calor, no lo sientes... Es natural.

Este "es natural" lo dijo con el dolor de su convicción de viejo *insuficiente;* con el dolor de su amor senil.

Ella dormitaba.

El viejo echó una mirada al valle, a través de la ventana. Y vió, allá lejos, la mujer de nieve del Ixtaccíhuatl, blanca como la que estaba en la cama, fría como la que estaba en la cama.

—Eres—prosiguió el viejo—como aquella...—y señaló a Fémina la mujer de nieve del volcán.

La diosa se incorporó. Vió hacia los volcanes y tuvo una idea terrible al fijarse en la cumbre del Popocatépetl y comparararla con la cabeza del viejo. Le dijo, sonriendo:

—Y tú eres como aquel. Como el Popo.

El viejo, zaherido, observó:

—Tu símil no es muy exacto. El mío sí.

La audaz agregó:

—Tú no te ves. Vete la cabeza al espejo, en la postura en que estás, así en mangas de camisa, y dime si no te pareces al Popo.

El viejo se vió en el espejo, a la reflexión de la luna. Miró en seguida para los volcanes...

Era cierto. Su cabeza calva y canosa reproducía la cabeza de viejo que representa el Popocatépetl. Tan cierto como Fémina representaba el Ixtaccíhuatl. Hasta guardaba él, con relación a Fémina, la misma relación que el Popocatépetl con relación a la mujer de nieve. Era cierto. Eran los cuatro volcanes sin fuego, que alumbraba la luna en el valle de México. Eran los cuatro volcanes.



XVII

ESLABONES DE ORO

Un hombre rompió de un cañonazo los primeros eslabones de oro de la cadena que sujetaba en la paz a un pueblo nacido quizá para vivir atado.

El primer cañonazo de la revolución mexicana de 1910 causó estupefacción, no tanto por su estruendo, sino por la audacia, rayana en locura, de quienes disparaban aquel cañonazo.

La eterna simpatía por la rebelión nimbó a los súbitos héroes, y la idea de la revolución, *condensada,* convertida en algodón pólvora de los cerebros, estalló, irradió en propaganda incontenible, e hizo más daño (o más bien, la Historia lo dirá) que los cañonazos mismos; porque los dioses de la paz cayeron del Olimpo mexicano por la falta de fe de sus adoradores, por desengaño, por desilusión, que no por impotencia, porque tenían en las manos haces de rayos para seguir dominando a los iconoclastas.

La gente, aturdida, no sabía qué pensar. Quiénes estaban con los dioses que caían; quiénes estaban con los nuevos dioses que los fogonazos de la revolución

iluminaban; quiénes veían una nueva aurora para México; quiénes veían la proximidad de una noche eterna.

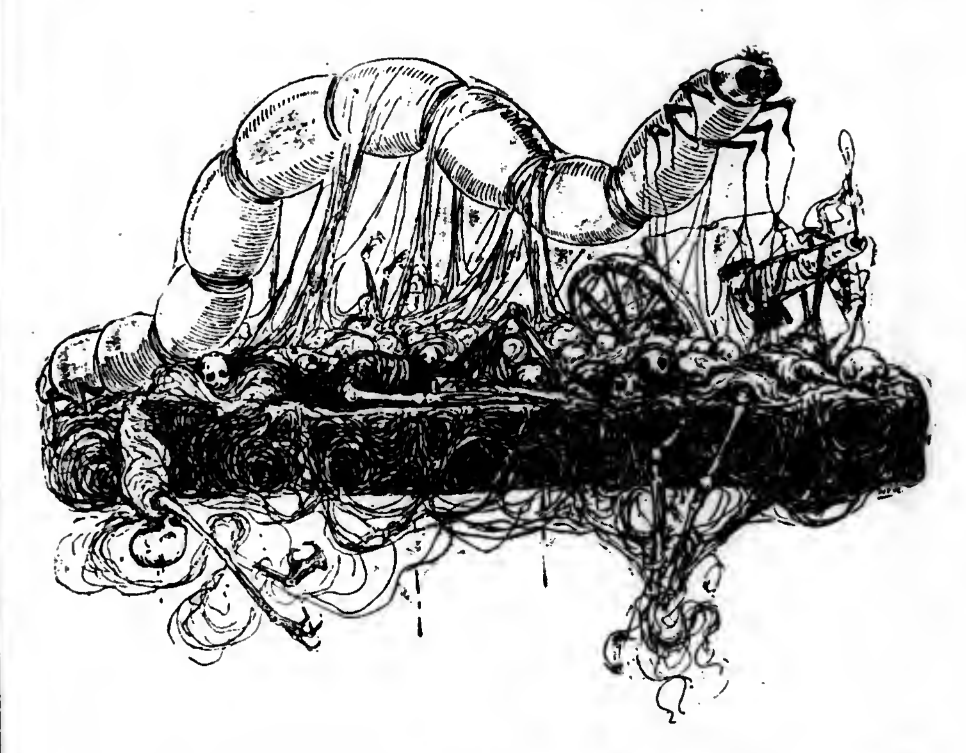
Los más, iban con la moda. Era de buen tono ser revolucionario. Había que ir con lo nuevo y que contrair hacia lo que se derrumbaba.

Nadie quería reconocer a los hombres aptos que tomaban el fragoso camino del destierro. Aquí todos somos aptos — se gritaba, y la esperanza, todavía no cristalizada, animaba a los renovadores de un país en que no hay nada que renovar, porque todo acaba de nacer.

El licenciado Pereda, que había contribuído a forjar la cadena de oro, y que veía rodar los eslabones rotos a la puerta de su despacho, al ver que los dioses de la paz huían, tuvo también que confuir. Huyó porque lo buscaban, y los propósitos de la búsqueda eran siniestros.

Josefita Bustillos estaba vengada. Sus maldiciones ejercían la acción misteriosa para la que habían tomado, al parecer, fuerza en las vibraciones etéreas, tal vez por asociación de vibraciones. Los del grupo maldecido por la madre escarnecida venían abajo. Pereda, el poder oculto, huía precipitadamente, y en su fuga ni siquiera tenía tiempo de hablar con su querida, de llevársela; apenas pudo el hombre cargar con sus hijos y con su esposa; la querida blanca y dura se quedaba; ¡con qué dolor la dejaba el poderoso señor, como se deja lo más valioso, lo más dulce, lo más inefable!...

Pereda huyó al último. No fué de los que, encargados como estaban de mantener vivo el fuego de los dioses, huyeron antes de que los dioses cayeran, en aquella época vergonzosa para muchos; Pereda huyó con los propios dioses.



Fémina Ponce no se explicaba aquello. La entristecía, sin embargo, la huída de su padre, que como tal quería al abogado, y la entristecía el ver cómo lo befaban los rabiosos periódicos de entonces, en los que la demagogía deponía toda su justa o injusta emanación de rabia, en artículos *viscosos*.

Sólo la señora Bustillos se gababa, lanzando a su hija cuchufletas hirientes. Tanto se alegró la buena mujer, tanto se alegró, que hasta experimentó cierta mejoría, llegando a poder andar. ¡Ah! ¡Cómo no había podido andar cuando tenía a Pereda delante, para escupirlo y rascarlo! ¡Cómo no había podido moverse entonces! ¿Por qué Dios le daba tan tarde el movimiento de las piernas?

¡Cómo es Dios!

Y mientras Josefita se alegraba viendo a los após-

tatas romper, esparcir y pisotear los eslabones de oro, Fémina, aletargada por los acontecimientos, leía el último libro de "Azorín", que le trajera Zavala. Y en este libro de "Azorín", coincidiendo con la *novedosa* agitación pública, encontraba Fémina, señaladas por Zavala, estas páginas:

"Lo doloroso es que esta danza durará millares de siglos, millones de siglos, millones de millones de siglos. ¡Será eterna!... Federico Nietzsche, estando allá por 1881 retirado en una aldea, entregado a sus fecundas meditaciones, se quedó un día estupefacto, aterrorizado. ¡Había encarnado de pronto en su cerebro la hipótesis de la *Vuelta eterna!* La vuelta eterna no es más que la continuación indefinida, *repetida,* de la danza humana... Los átomos, en sus continuas asociaciones, forman mundos y mundos; sus combinaciones son innumerables; pero como los átomos son unos mismos—puestos que nada se crea ni nada se pierde—, y como es una misma, uniforme, constante, la fuerza que los mueve, lógicamente ha de llegar—habrá llegado quizás—el momento en que las combinaciones se repitan. Entonces se dará el caso—como ya el maestro Yuste lo sospechaba—de que este mismo mundo en que vivimos ahora, por ejemplo, vuelva a surgir de nuevo, y con él todos los seres, idénticos, que al presente lo habitan. "Todos los estados que este mundo puede alcanzar—dice Nietzsche—, los ha alcanzado ya, y no solamente una vez, sino un número infinito de veces. Lo mismo sucede con este momento: *ha sido* ya una vez, muchas veces"...

... ...

"La igualdad no es necesario llevarla al absurdo para comprender que es una idea sin base ninguna...

Respecto a la fraternidad, es un sueño hermoso, pero irrealizable, al menos por ahora."

"Consecuencia de estos tres dogmas ("Azorín" habla más arriba del otro, la libertad) es la Democracia, la santa, la intangible Democracia, que es el medio de realizar esos ideales... Hablo, al decir Democracia, del docma político-social así llamado, no de esa piedad y benevolencia por las clases menesterosas, producto de la cultura de la humanidad y que no tienen nada que ver con el dogma... Me refiero a la Democracia que tiende al dominio de la masa, al absolutismo del número, y que ya no tiene tantos partidarios como antes entre los hombres libres que piensan sin prejuicios... El número no podrá nunca ser una razón; podría serlo si la masa estuviera educada; pero para educarla, alguno tiene que ser el educador, y ese educador tiene que estar alto, para imponer una enseñanza que quizá la misma masa rehusara... Hoy todos los que no tenemos intereses ni aspiraciones políticas, estamos convencidos de que la Democracia y el sufragio son absurdos, y que un gran número de ineptos no han de pensar y resolver mejor que un corto número de inteligentes. Estamos viendo la masa siempre agitada por malas pasiones; vemos los clamores de la multitud ahogando la voz de los hombres grandes y heroicos. Desde la que condena a Cristo hasta la que grita a Zola, casi siempre la masa es de instintos protervos... A pesar de la cultura adquirida, con haber triunfado la Democracia no se puede decir que haya abierto el campo a las energías de los fuertes; actualmente, al menos, no se ve que la Democracia sea comadrona de genios o de hombres virtuosos."

... ...

Fémina no entendía bien lo que decía el libro de

"Azorín; necesitaba que Zavala se lo explicara; sin duda que aquello se refería a lo que pasaba, a lo que pasaría en México.

Y Zavala, un día que fué a visitar a "La tórtola", se lo explicó, la aleccionó en aquello, como la aleccionaba en la censura de los versos, en la estructura de los yámbicos y de los hexámetros, en la desinencia de las palabras y en otros tesoros cognitivos que el ático bibliotecario poseía.

"La tórtola del Ajusco", para no aburrirse y para no apesadumbrarse por la ausencia asaz vergonzosa de su viejo expatriado, se entregó a estudiar; leía y cantaba; "ponía" las lecciones de piano, y luego, como antes, se echaba monte arriba, canta que canta, y al bajar, paseaba su alma de viuda *sui géneris* por Las Fuentes Brotantes, acabando todos los días por ponerse a oír el undísono ruido de las cascadas y por acariciar con sus ojos los triglifos de la fachada vetusta de "la casa de los espantos".

Tristona andaba "La tórtola". Y vino a aumentar su tristeza la muerte de su portero. El portero de "la casa de los espantos" murió de susto. El hombre, por vergüenza, no lo había querido confesar; pero a la muerte lo dijo: él moría espantado: él moría porque había visto a Josefita en el corredor aquella noche memorable, vestida de blanco, arrastrándose, gritando con voz "hueca"; y para él, aquella figura, había sido doña Ana. No hubo manera de convencerlo de lo contrario; sobraron las explicaciones: cuando se las dieron, ya el portero estaba hético.

Para que no tuvieran miedo, Zavala acompañó algunas noches a Josefita y a Fémina. También Pedro Ramos iba por allí, entreteniéndose en hacer algunos bocetos de paisajes de Las Fuentes Brotantes; bocetos na-

da más; porque a Pedro Ramos le pasaba lo que a todos o a casi todos los pintores de México: tenía más verbosidad y más cultura general que voluntad y disposiciones pictóricas.

Los otros muchachos no volvieron; se fueron retirando poco a poco, heridos, al parecer, por la prosperidad y la belleza "no para ellos" de Fémina. Molesta una belleza que no es para nosotros.

Una tarde en que andaban "La tórtola" y Zavala de giróvagos por Las Fuentes Brotantes, ella contó a Zavala, avergonzándose un poco, que se había bañado en la hontana. Parecíale a ella mentira que hubiese cometido tal chiquillería.

El la tranquilizó, diciéndola: Hiciste bien. Las mujeres hermosas deben mostrarse desnudas a los astros.

*
* *

Recién muerto el portero, Josefita indujo a Fémina a ir a misa y a que se confesara. Obedeció "La tórtola", y fué con ella la madre, que podía andar un poco. ¡Qué bella que salía de la iglesia de Tlalpan "La tórtola" pecadora, vestida de negro, con un velo como un teristro cubriéndole el rostro de blanca hija de Palestina!

Cuando la criada supo por qué había muerto el portero, se marchó de la casa. Ella no quería morir espantada.

Zavala catequizó en México a un *chauffeur* de un "científico" prófugo, que estaba cesante, y a su mujer, para que fueran a servir a Fémina y a su mamá, que ya pensaban en mudarse a México antes que vivir solas en "la casa de los espantos".

Garantida la tranquilidad de la señora Bustillos, su hija podía venir a la capital con frecuencia, y así, convidando a alguien, disfrutar de aquel abono a un palco intercolumnio del Teatro Principal, abono por seis meses que le había regalado el viejo pocos días antes de marcharse.

No influyó poco en su alma española aquel abono al palco. Fémina faltaba a pocas funciones. La golfería de las zarzuelas le gustaba. No cabía duda que ella llevaba en sí algo de golfa. Se aprendía los "golpes" de los cómicos; reía los chistes; se le pegaban las palabritas madrileñas y los números de la música jacarandosa; llegó hasta a impresionarse de un barítono chulapón que tenía "la mar de gracia"... según ella.

La majeza de Fémina hacía volver las cabezas de los espectadores. Y más de un actor perdió los papeles, de clavar los ojos en "La tórtola".

Naturalmente, no faltó quien pretendiera averiguar quién era aquella hembra; cómo vivía; cuál era su situación y cuáles sus antecedentes; pero eso lo sabían muy pocos, que los amores con el viejo habían sido discretos, y el único que podía hablar, el "científico" prominente, estaba lejos, y mudo, bien mudo...

Fémina sólo oía los oprobios que contra su viejo se vertían, sólo oía el ruido de las cadenas rotas, que algunos arrastraban todavía atadas a los pies; sólo oía el rodar de los eslabones de oro de la cadena de la paz, que se fundían en monedas que eran dilapidadas en fandangos democráticos.

XVIII

EL "DEBUT"

La hacienda de Fémina andaba mal. Como mala administradora, "La tórtola" había gastado en seis meses cinco mil pesos que el licenciado Pereda la dejara, y la presumida solía tener algunos apuros cuando quería satisfacer un capricho.

Parecía que el viejo, enterado de que ella no se decidía a seguirlo en el exilio, no la giraba dinero, si bien la había nombrado usufructuaria de la granja del Ajusco. Pero la finca producía poco; había que cultivarla mucho para que diera lo bastante a las necesidades de Fémina. La escasez preocupaba a la belleza glacial, que andaba de mal talante.

Una noche en que fué a cantar a una casa semiaristocrática de Tlalpan, invitada por los dueños, se encontró en aquella casa al que entonces era empresario del "Salón Rojo", un español con quien la presentaron.

Entre charla y copitas; entre piezas de canto y piezas de baile; entre broma y veras, el empresario del "Salón Rojo", que era hombre sagaz, y que vió un tesoro reunido en la belleza "teatral" y la voz de Fémina Ponce, la propuso que fuera a trabajar al "Salón Rojo"... que

probara cantar ante el público de paga... que ella podría ganar algo... algo... unos diez pesos diarios... por ejemplo.

Fémina Ponce, al pronto, casi se ofendió. Púsose encarnada al oir las proposiciones del audaz empresario. Sintió como un rasguño en su amor propio. Estuvo para contestar una majadería. Y no contestó al empresario hasta que éste ratificó sus proposiciones, al retirarse de la fiesta. Entonces dijo Fémina al empresario, que ya ella hablaría con su mamá, y que, en fin... vería...

Estaban entonces de moda las "variedades" teatrales. Cualquier "número" que fuera una variante, gustaba. El público empezaba a ceder a la prostitución del gusto teatral, que hoy ha llegado al colmo del asco. El "Salón Rojo", negocio "visto" y montado por aquel ibero perspicaz, estaba en auge. El "Salón Rojo" era un local lleno de parches en la fachada, que tenía adicionados en el interior diferentes locales destinados a especulaciones diferentes, todas ellas dentro del negocio de las diversiones. El cinematógrafo era el espectáculo favorito. Arriba había un salón de conciertos, con mesas para servir refrescos, dulces, licores. Aquel salón de los altos se veía henchido de contertulios que mataban el tedio viendo a la gente, a su vez tediosa, que desfilaba a pie y en carruajes por la calle de Plateros. El "Salón Rojo", en conjunto, era una especie de quitapesares de la metrópoli mexicana. Allí se congregaban los viejos verdes y los petimetres hijos de los ricos, que obstruían el paso en la acera angular; allí, contra los entrepaños pintarrajeados de rojo, se recostaban los *dandys,* unos niños zangolotinos que llevaban el sombrero hundido hasta las orejas, hacia atrás, con la cinta del sombrero acabando en un lazo también atrás, todos, todos, todos igual...

El "Salón Rojo" era un quitapesares: en él se jun-

taban las elegantes *demimondaines,* que iban en busca de una noche de cincuenta pesos; en él iban a aburrirse muchas polluelas que no deseaban respirar; al "Salón Rojo" llevaban los maridos celosos a sus mujeres, sentándose con ellas en un rincón discreto, agarrándolas, sujetándolas en la obscuridad, seguros de que nadie ejercitaba con ellas el *flirt,* hasta que la luz se encendía; al "Salón Rojo" eran metidas, como cabras, como vacas a un aprisco, las damas peligrosas que los maridos, o los amantes, o los padres, llevaban del brazo, em-



pujándolas por delante, empujándolas al corral decorado...; el "Salón Rojo" era un *refugium peccatorum* y un *consolatrix aflictorum* de la detestable burguesía vulgarona.

¡Ah, el "Salón Rojo"!...

No era feo el aspecto de la fachada por la noche. Sobre todo el golpe de vista del balcón que rodea la sala de arriba. Yendo por Plateros, se veía la baranda llena de pechos femeniles que colgaban reclinados, ya blandos, ya duros, cual si de una exposición de pomas se tratara, y las caritas de las mujeres formaban una guirnalda de rosas humanas, cuya armonía encantadora solía romper alguna rosa ajada, alguna cara de vieja que se asomaba de metro en metro...

Las caritas bonitas miraban para abajo; los pollos de la acera miraban para arriba. Los de arriba, mirando el desfile vespertino de Plateros, quizá pensaban: ¡Cómo se aburren los de abajo!, y los de abajo, mirando para el balcón muestrario, quizá pensaban: ¡Cómo se aburren los de arriba!...

La banda de la policía, en los altos, tocaba piezas y más piezas; la gente subía y bajaba las escaleras; el manipulador del aparato cinematográfico, incansable, le daba y le daba vueltas a la manivela, *intoxicando* el espíritu, el gusto estragado de aquella gente amante de la sombra y de las escenas rocambolescas de las películas; los besos furtivos estallaban quedamente en la penumbra; las esposas, descontentas con su suerte, se prendaban de los héroes de la película temblorosa; las niñas cursis se enamoraban de un príncipe con paletot de astracán que pasaba por la pantalla; los necios se hacían ilusiones viendo las formas que ceñían las sayas estrechas de las actrices francesas que prestaran sus cuerpos para impresionar la *film;* unos pies que se movían trillaban un bombón caído; los niños, llevados anticipadamente a aquel limbo, reían y chupaban dulces; algún hidrópico respiraba con trabajo y con ruido; de un palco venía una emanación de perfume de *cocotte;* aquí olía a doncella con capital; allí olía a sudor de vieja deforme; la gente fantaseaba dejándose llevar de *viaje* por la película; aquel mundo soñaba... y el empresario, despierto, ganaba dinero.

¡Oh, el "Salón Rojo"!

... ...

Fémina fué a ver bien aquello antes de resolver al empresario.

No lo encontró del todo mal. Había elegancia en la concurrencia. Había orden. Por su parte, el empresario hizo una visita a Fémina, para saber qué había resuelto, instándola a que aceptara los diez pesos diarios. "La tórtola" vaciló mucho; pensó; dijo que no; dió las gracias; pero, a la última instancia del empresario, que la convenció de que aquello era una cosa decente, Fémina aceptó.

—¡Qué caray!—pensaba ella—, diez pesos diarios son diez pesos... Con eso se puede ir viviendo.

Y, sin que Fémina tuviera precisamente conocimiento previo de ello, un día amaneció en la fachada del "Salón Rojo" un cartel redactado y formado así:

SALON ROJO

CINE Y VARIEDADES

Hoy, Jueves 15, a las 8 P. M.

DEBUT DE LA SEÑORITA

Fémina Ponce

LA TORTOLA DEL AJUSCO

Hermosa y notable
cantante mexicana

Entrada general, 50 centavos

El cartelito chocó a Fémina, porque se usaba su segundo, es decir, su tercer nombre, sin el consenti-

miento de ella. Pero ya no tenía remedio; ella había firmado un contrato; ahora había que cantar.

... ...

Ruidosa, alentadora, grande, fué la salva de aplausos con que el público recibió a "La tórtola del Ajusco", que estaba realmente hermosa; que aparecía positivamente deslumbradora.

Escotada, bien escotada; con un vestido morado que llevaba adornos de galón de oro, entonces de moda, primorosamente calzados sus pies, que semejaban dos pichones que la daban movimiento; peinada con descuido ateniense; con un par de rosas a flor de corazón; tímida y angelical aquella cara suya; llena de carne amorosamente jugosa la región subclavia, que palpitaba; destellante el collar de perlas en el cuello albo; soberbia, maja, con toda su gracia gaditana y toda su sangre de Valencia, "La tórtola del Ajusco" fué una revelación para el público, como mujer y como cantante.

Los números que cantó gustaron, si bien los inteligentes echaron de menos un poco de *fuoco* en la real cantatriz.

Las revistas se apresuraron a sacar retratos de "La Tórtola del Ajusco". Era una mujer que llenaba hermosamente una plana. Su retrato, en los periódicos, hacía un lamentable contraste con las efigies de los "peladitos" de las crónicas de policía. Ella parecía mujer de otro país, de otra raza, de otra época.

Zavala había dirigido a Fémina en el modo de vestirse, en el modo de *presentarse,* en el modo de avanzar. Zavala también, "puso" a Fémina un monólogo que ella recitó en el "Salón Rojo" una noche, enloqueciendo al público.

No se podía pedir más suerte. Pero se podía pedir más dinero. Diez pesos por "tanda" era muy poco. Cuando "La tórtola" se presentaba, el cine estaba lleno. La gente iba *sólo por verla.* Eso valía algo. Habló Fémina al empresario, que no quiso pagarle más, no obstante que en el currículo de un mes "La tórtola" no había dejado de llenar el salón. Entonces, ella, aceptó las proposiciones de otro empresario, comprometiéndose a trabajar en el Teatro Principal, después de un mes de ensayo privado y de descanso.

En el Principal actuaba entonces una compañía de opereta y de zarzuela. Fémina se comprometió a trabajar en la opereta. La iban a pagar seiscientos pesos al mes. La iban a tratar bien (eso le prometían...) y... ¡qué diablo! a ella le *tiraban* las tablas.



XIX

EL FORO DEL PRINCIPAL

Se entra a él por un callejón en forma de bayoneta que parte de la derecha del pórtico. Pasado el límite del pórtico, hay un rincón en que está instalado un teléfono, del lado derecho. Sigue, del mismo lado, un mingitorio dividido en cúneos, todo él de mármol, con unas parrillas de hierro para poner los pies, parrillas que aparecen carcomidas por la orina. Este mingitorio es muy curioso, porque está cerca de una ventana que da para un restaurant. Es muy curioso este mingitorio, porque, estando en él, huele a cocina, a nuez moscada, a pimienta, a azafrán; en tanto que, estando en el café y fonda, huele raro... El restaurant desinfecta al mingitorio, y el mingitorio infecta al restaurant. Es muy frecuente en el centro de las ciudades este caso. En el café y en la entrada al foro del Principal, es particularísimo. Deteniéndose un poco en el callejón en forma de bayoneta, se ve salir por las ventanas del café el humo de los cigarros de los parroquianos, que viene como a desinfectar los mingitorios, mientras las emanaciones de éstos van a mezclarse en el café con las emanaciones de los platillos calientes.

Famoso aquel café y restaurant del Principal, donde se reúne gente joven y de buen humor, y se hacen chistes en torno de las mesas, entre cómicos y periodistas, entre noctívagos y jugadores, entre "fuereños" derrochadores y parásitos hábiles de la capital, a algunos de los cuales venimos viendo vivir sin trabajar desde hace veinte años...

Háblase de policía y de arte en aquel café; háblase de líos entre bastidores; háblase de España y México; escúchanse giros madrileños a la Antonio Casero; percíbese el grato olor de los guisos a la española; tómase los jueves magnífico arroz a la valenciana; cómese de vez en cuando cocido auténtico, rociado con buen Rioja; respírase un ambiente bien parecido al de Eslava, que es el tal café un rinconcito de España trasladado a México, rinconcito al que dan carácter con *toños* y otras gachupinerías los chicos españoles que por estas tierras andan errantes, buscando en vano quien pague un artículo...

En México, donde no se sabe comer, el café y restaurant del Principal es el único que huele, que huele a España. Por eso los buenos bebedores y los amantes del bacalao a la vizcaína y de las mujeres chulonas, van a solazarse en aquel café, de donde salen al amanecer seguidos de *Fra Diávolo,* que los va acompañando a todos a sus domicilios, hasta quedarse él solo, mudo, en la calle muda, en medio de la vida muda...

... ...

Pasadas las ventanas del pasillo, que comunican con el café, hay unos estorbos a los lados: escaleras, carritos, bastidores, pedazos de fermas, desperdicios o reservas de la utilería; y al fondo, una a la izquierda,

otra al frente, se ven dos puertas que dan acceso al foro del Teatro Principal. Significativas puertas, que muchos pugnan por franquear año tras año, queriendo ser de casa, queriendo tener confianza con los artistas, queriendo pellizcar libremente a las coristas enjutas de carnes —porque los treinta o cuarenta pesos de sueldo, no dan para engordar—. Pero las puertas del foro están bien guardadas. Detrás de la primera, que está del lado izquierdo, hay un guardián sentado en una silla vieja; el hombre ocupa solamente un metro de terreno; pero en aquel espacio es un hombre fuerte, severo, de pocas palabras, porque no tiene nada que decir: todo lo dice un letrerito que hay allí:

Sin distinción de personas, se prohibe terminantemente la entrada al foro

A la derecha del sitial del vigilante hay unos papeles fijos en el muro: en aquellos papeles están los nombres de los artistas que tienen que ensayar, las faltas anotadas, las multas, los *úkases* de los empresarios, las disposiciones del director de escena...

La otra puerta, la de enfrente, es más ancha. Tiene una cratícula o ventanilla muy pequeña para hablar a los importunos que llegan, sin darles espacio a mirar demasiado hacia adentro, hacia el foro pecador, por donde las tiples andan semidesnudas, celadas por sus amantes, que sólo ellos quieren verlas así...

Pasando la puerta ancha, que tiene dos escalones, se ve la parte derecha del foro, la más interesante, la que tiene más vida. Hállase a la izquierda una escalera que lleva al piso alto, donde el empresario tiene un lujoso cuarto amueblado al estilo árabe, para darse placeres al modo oriental. A la derecha hay un saloncito

para recibir, cercano a la puerta mayor, abajo. Conocido es de muchos este saloncito obscuro, hundido, decorado de color café. Al fondo del saloncito se ve un piano vertical, antiguo, deslustrado, cansado de las voces, de tanto hacer afinar a las tiples. Junto a las paredes hay asientos disímiles. En el centro, mesas y divanes viejos. En un rincón vese un aparato muy raro, semejante a un filtro. aquel saloncito es para descansar las tiples; para recibir a las visitas de poca confianza, para charlar, para devolver a los autores las obras no aceptadas. El piso del saloncito, como el de todo el foro, es negro, sucio, machacado: por todo aquel piso obscuro, se ve la huella de los taconazos trilladores: las duelas gastadas muestran las astillas que se levantan de los estómagos de la madera. Del saloncito siguen los cuartos o camerinos de las artistas, formando escuadra al fondo, donde se ve un camerino con puerta al frente. Estos cuartitos son como los agujeros de un palomar.

Parándose al entrar por la puerta grande, se ven, a la derecha, los palomares, en los que entran y salen las palomas (mujeres vestidas con brillantes oropeles, con alas, con plumas, en un constante ir y venir); a la izquierda se ven las *cajas* del escenario, escalonadas; al fondo se descubre el montón de cuerdas y palos y lienzos de la utilería; arriba, telares y bastidores, garruchas y cordeles de telones, bambalinas y ringleras de foquillos.

Feo todo aquello; estrujado; manoseado; de mal aspecto; y, por la falta de respiración, maloliente todo aquello; mezclados allí los perfumes de las artistas y los sudores de tanta gente que se mueve como una colmena humana.

Del lado izquierdo del foro hay un espacio más pequeño, en el que existen cuartos para hombres, adita-

mentos del *atrezzo,* pinturas, brochas, porquerías, trebejos...

¡Qué feo es un teatro por dentro! ¡Si lo vieran los espectadores, que se sienten tan felices en la sala primorosamente decorada, moviendo sus centenares de cabezas, palmoteando con manos enjoyadas, con manos rugosas, con manos blancas, con manos morenas!...

Esto pensaba "La tórtola del Ajusco" cuando entró allí; cuando, al retirarse de oir las ovaciones, veía al público alegre y abigarrado, al frente, y arriba veía aquel mundo de telarañas y cachivaches que subían y bajaban al son de un silbato que sonaba el "contramaestre" teatral.

"La tórtola" entró por la puerta grande, que se abrió toda para dar paso a su majeza. Entró francamente; pero le causó muy mala impresión aquel foro gris, lleno de enredos materiales y de telarañas, y pronto supo que allí, la vida, era como las cosas, una vida *liosa,* enmarañada como la utilería; llena de intrigas y de complicaciones; la vida, allí, era como las decoraciones: bonita, deslumbradora por delante: fea, sucia, por detrás.

Al principio no podía acostumbrarse Fémina Ponce a aquellos enredos y hetrías; no podía explicarse que la tiple Fulana, casada con Mengano, recibiera en su camerino al viejo Zutano y se dejara galantear de él, a cambio de regalos; no podía "pasar" que una partiquina viviera hoy con Pérez y mañana con López, mientras "ellos" seguían trabajando juntos, tan tranquilos, tan *hermanables;* no podía soportar el espectáculo que daban algunas al mariposear calatas o en paños menores de cuarto en cuarto; pero a todo hubo de acostumbrarse, que aquella vida, así era.

No sólo los ojos de Fémina extrañaron aquel me-

dio: también lo extrañaron sus oídos. ¡Qué cosas se escuchaban allí cuando dos tiples reñían; ¡Qué divertidas aquellas comedias interiores!

Fémina Ponce defendía su dignidad. No pronunciaba ella las palabras del *caló* teatral. No dejaba ver de su cuerpo tanto como le pedía la empresa. Era una señora. Quiso hasta hacerse pasar por una señorita, lo que la atrajo no pocas sátiras. Allí, al entrar, había que dejar la susceptibilidad en la puerta.

Se "aclimató", a la postre, por la necesidad de los seiscientos pesos que le pagaban. Y la empresa se vió obligada a mimarla un poco, que ella *daba entradas,* y las tiples de España no venían, por causa de las guerras y la depreciación de la moneda mexicana.

"La tórtola" no tenía más defecto que ser un poco fría en la escena y parca en los movimientos; en cambio, cantaba bien, y su figura, envuelta en sedas costosas, constelada de alhajas, recreaba al público, que la saludaba siempre con aprobación.

Una noche que se estrenó una obra en que Fémina salía vestida de tela de plata, representando la imaginaria figura de la luna, apareció la artista con tal majestad y con tan provocativa gracia de hembra sidérea, que un *pelado,* no pudiendo contener el entusiasmo, gritó de la galería:

—*¡Ujule... qué cuero!...*

El público hizo suya la exclamación, ratificando con aplausos el saludo lírico del entusiasta hombre del pueblo.

Dióse una corrida de toros a beneficio de los cómicos imposibilitados y fueron designadas reinas de la corrida las tiples del Principal. "La tórtola", con su mantilla blanca y sus claveles sevillanos en el tocado, era una reina auténtica; era la reina de las reinas que "pre-



LAS INTRIGAS

sidían" la corrida. Se le brindó un toro. La agasajó todo el mundo, y su gaditana epifanía ilustró una vez más las páginas de las revistas.

Si en el teatro no hubiera aquellas intrigas, ella sería feliz. Ibase acostumbrando, a pesar de todo, a aquel ambiente de golfería. Se familiarizaba poco a poco con el maquinista cubano; con el *atrezzista* italiano; con el director de escena madrileño; con el apuntador andaluz; con el empresario bonaerense; con el mozo negro; con el maestro baturro; con la característica peruana con el violín concertino vienés; con los pintores escenógrafos catalanes; con el electricista chileno; con la peinadora portorriqueña... con todos los demás mexicanos. ¡Qué familia aquella del teatro! ¡Qué foro aquel! Era una Babilonia.

Cada uno hablaba a su manera. Las madrileñas se aprendían las blasfemias de los catalanes. Los italianos pronunciaban graciosamente los "golpes" del país. Los mexicanos pronunciaban con afectación las *ces* declamatorias. Todos se asimilaban los unos lo de los otros. Todos se confundían y se abrazaban en aquella vida de desvelos; y todos, al fin, eran buenos compañeros. Se querían odiándose; felicitábanse con rencores de envidia; disputábanse unos a otros los aplausos; intrigaban todos contra todos; pero se querían, que el amor común y la compasión, entre la gente de la farándula, es un sentimiento positivo.

A Fémina le habían destinado el mejor cuarto del palomar. Se lo decían los compañeros: en ese cuarto han estado las tiples más famosas de antaño: la Rusquella, la Soler, la... Y contaban los cómicos a Fémina la añeja historia del foro del Principal, aquel foro al que tantos querían entrar, aquel nido incubador de glorias.

Las tiples, después de dar su espectáculo, tenían ellas también un espectáculo en el desfile de los visitantes por el foro:

Un viejecito rico y trasnochador, con sombrero fieltro de color verde, botón en el ojal, gran *solitario* en la mano izquierda, que llegaba a regalarlas bombones y violetas; un periodista *echador* que hablaba de Benavente y que las prometía hacerlas un "bombo", a cambio de lo consabido; un gobernador de Estado que se presentaba a ofrecer cotufas y champaña; un "bruja" que iba a ver qué pescaba; un torero sin mérito, que hablaba ronco; hijos de familia que mostraban billetes de Banco; pobres elegantes que ostentaban de vez en cuando un fistol de cien pesos, dando a comprender que, cuando no lo mostraban, era porque el alfiler estaba empeñado; intelectuales que presumían, viendo a las artistas con aire de protección; impertinentes que se asomaban a las bocas de los corsés a ver qué había adentro; maestros compositores que estaban musicando una zarzuela que no acababan nunca; hacendados predilectos de esta o aquella artista, que dejaban mil pesos al entrar allí; "espléndidos" que llevaban artísticos ramos de flores comprados con lo que hacía falta a sus familias para comer al día siguiente; presumidos, presumidos que iban allí a hacer un *tour de force* que se les conocía; mozos que entraban con presentes; infelices que pasaban porque imitaban con la boca la locomotora o el fonógrafo; mudos y lisiados; viejas madres de tiples que llegaban con grandes abrigos y paseaban por los pasillos ufanas de la gloria de sus hijas; sastres; modistas con cajas, gente rara, gente exótica, una gente muy especial...

Cada día llegaba allí una persona que tenía algo de particular. Aquellas personas eran los otros actores,

los verdaderos que representaban los otros sainetes, los sainetes de la vida.

La ejercitada caleza de Fémina, su comprensión disciplinada, así los percibía, y así los veía entrar y salir, divirtiéndose con aquel mundo de la farsa, un mundo de la farsa que se metía en otro mundo de la farsa: una comedia doble:

¡Qué curioso era ver llegar a un currutaco que se estrujaba el sombrero, se rompía la punta del bastón y se ponía la corbata de cierto modo, para no parecerse a nadie! Otro que llegaba de París y que *todo lo veía chiquito* en México. Otro que saludaba a una artista con una nalgada, para que vieran los demás que él las trataba así... Otro que, queriendo ser más original que todos sacaba la cartera y decía a una primerísima tiple: "para la noche que te vayas conmigo..." Los más interesantes eran los viejos, aquellos viejos raboverdes que se daban masaje, que se afeitaban todas las noches, y que llegaban con su florecita en el ojal, cantando un aire de la última zarzuela... terriblemente conquistadores... tomándose en serio a sí mismos...

¡Qué chistosos!

Algunos de aquellos señores iban allí *a hacer psicología* con las mujeres de teatro, y las mujeres de teatro hacían psicología con ellos.

Gracioso era ver entrar a un novato, a un "payo", a un neofito en asuntos teatrales, que miraba *pa* arriba, que miraba *pa* aquí, que mirabá *pa* allá, cohibido, asustado, sorprendido, aunque fuera Gobernador de un Estado, o Secretario de Gobierno, o comandante de las fuerzas rurales...

¿Y aquellos confianzudos que entraban a los cuartos de las tiples a cenar? ¡Oh, el verlos... Llegaban. Saludaban con una gracejada a la niña y a la madre,

Decían que estaba *infumable*. Bebían un vaso de cerveza. Reprendían a la artista por haberse movido demasiado en el dúo y se iban. ¡Tan frescos!

Generalmente, aquellos tunos iban al café a hacer lo mismo, a "mangar". En el café les esperaba algún actor, que les preguntaba: *¿Qué tomas?*

Eran *buena gente* aquellos chicos. Servían. Formaban parte de la *clacque*, y prestaban otros servicios. Había que quererlos. Los cómicos gustan mucho de estos afectos de ciertos trasnochadores fieles.

Sólo en el cuarto de Fémina estaban pocas personas, y formales. Los viejos mandrias no se atrevían a colarse en el nido de "La tórtola". Ella *se daba su lugar*.

Zavala era quien solía acompañar a Fémina a la salida del foro, para que no se le fueran encima aquellos lobos de carne de teatro.

En el cuarto de "La tórtola" se hablaba de cosas altas, de cosas serias, y no de alcahueterías. Muchos artistas se detenían a la puerta de aquel cuarto, para escuchar discusiones saludables que allí solía haber, cuando se reunían tres o cuatro intelectuales de fuste.

Y Fémina prefería esto a que su cuarto fuera invadido por las sandeces amatorias de los cómicos del amor.

No le hacía a ella poca falta el amor, un amor verdadero; pero ese no asomaba por allí, al parecer, aun, que—pensaba ella—ese amor quizá lo llevara en el alma algún visitante callado de los que iban por allí, o algún antiguo conocido...

—¿Por qué tienen los hombres tal afición a las mujeres de teatro, Zavala?

—Voy a explicártelo, joven vertebrada:

Porque el escenario es como un pedestal en que se exhiben, girando, las mujeres que cantan, las mujeres

que ríen. Los hombres las vemos en todas las posturas, las escuchamos en todos los tonos, y, en fuerza de verlas, sorprendemos en ellas, un día, el flanco soñado, el movimiento que nos tienta, el gesto que nos agrada.

—Pero si algunas no valen nada.

—No importa. Se mueven. El movimiento es la vida. Hay *feas* de teatro que poseen el ritmo, que tienen el carisma de la seducción, que agitan cuerpos signíferos. Esas mujeres las hay entre la multitud; pero entre la multitud no se nos muestran. El teatro es el escaparate humano; la exposición humana, donde siempre se descubre en una persona algún mérito que nos agrada. Ayuda nuestra ilusión la catóptrica, la cambiante refracción de las candilejas coruscas, que nos irisan a las mujeres de teatro, para que las gustemos en el color que más nos plazca. Es cuestión de ilusión, Fémina, y tú sabes lo que la ilusión significa, lo que es, en esta vida tan pobre de ilusiones, donde, tras de ser pocas las ilusiones nuestras, son más pocas todavía las que cristalizan.

Si todas las mujeres desfilaran por el teatro, las amaríamos más pronto.

¿Ves a ese hombre que persigue a esa segunda tiple? Pues tiene, quizá, una mujer más bella que la artista a quien persigue; pero aquella mujer no es artista; no tiene movimientos atractivos: sus movimientos son los movimientos ordinarios de la vida doméstica, y el pobre marido, que se aburre de la vulgaridad de su mujer, viene aquí a ver a la tiple moverse, y se vuelve loco cuando ella tiene un temblor picaresco en la comisura de los labios, cuando ella muestra una turgencia envuelta en encajes, cuando ella frunce la boca y mueve las cejas en actitud prometedora.

—Eres muy inteligente, Zavala.

Gracias, tórtola.

Fémina se vestía en su camerino, para irse. Los cómicos iban desfilando, a la una de la mañana, hacia el café y hacia sus casas, con sus fierecillas domadas del brazo; los cazadores de tiplecitas rondaban por entre bastidores; las ratas comenzaban *su función* en el foro del Principal...

Envuelta en pieles de nutria, perfumada con distinción, turífera, Fémina Ponce salió por el callejón en que olía a Café y a mingitorios. En el pórtico, los hombres *se abrieron* para que "La tórtola" pasara. Alguien soltó un suspiro socarronamente. Alguien *tronó* con disimulo un beso. Alguien dijo: ¡Olé las mujeres!

Por junto a los aparadores de la casa Mosler, Zavala y Fémina bajaban hablando todavía del misterio del teatro, en lo atañadero al amor.

Se oyó el silbato tristón de una locomotora del Mexicano. Una cucaracha, estrellándose en un foco voltáico, vino a caer en el sombrero de Zavala, Hacía frío. El viento arrastraba unos papeles por la desierta calle del Cinco de Mayo. En el quicio de un zaguán, dormía un *papelero* de diez años, tapado con la pasta de unos carteles llenos de engrudo arrancados de una esquina. Fémina se detuvo. Sacó de su bolsa una numisma de a veinte centavos y se agachó a metérsela en el pecho desabrochado al papelero, para que la sintiera al despertar

Siguieron por la calle de Bolívar, adonde había cambiado su domicilio temporalmente "La tórtola", por las necesidades del teatro, habiendo dejado en su quinta de Tlalpan algunos muebles y una persona encargada de la casa.

—¿Sabes, Fémina—la iba diciendo Zavala—, que necesitas un automovil para la salida del teatro?

—Sí; ciertamente; pero el automovil... *está verde*...

—¿Qué está verde, dices?

—Sí... verde...

... ...



XX

EL PACTOLO

Un día estaba Salvador Zavala muy quitado de la pena en la Biblioteca, cuando se presentó un gringo a hablar con él.

Zavala, que vió venir al yanqui, se dijo: ¡Vaya!, algún bibliógrafo de Washington que viene en busca de un elucidario...

El gringo habló:

—¿El señor *Sábalo?*

—Zavala, señor.

—*Yes, Saval...e.*

—Su servidor. ¿Qué mandaba usted?

—Yo vengo a comprarle su rancho de Tampico—dijo el míster en castellano e inglés, chapurrado.

—¡Ah!—contestó Zavala—, todavía no recibo las escrituras. Hace sólo quince días que murió mi padre... y... yo no quisiera vender tan pronto un terreno que mi padre amó tanto...

—Se lo pago bien—dijo el gringo levantando el índice de la diestra, como el anunciador de las drogas de Munyon.

—Bueno, señor; tenga la bondad de verme en mi domicilio dentro de tres días. Y... hablaremos.

Zavala dió una tarjeta al norteamericano, que se retiró, echando una ojeada a las estatuas de escayola de Humboldt, Descartes, Homero, Confucio, Colón y demás perínclitos varones representados en el gran salón de lectura de la Biblioteca Nacional de México, bajo los imponderables arcos del exconvento de San Agustín.

*
* *

La revolución de 1910, al triunfar, había hecho algunas cosas buenas. Una de ellas había sido hacer justicia a los que habían sido desposeídos de sus terrenos por los poderosos. La revolución prometiera a los oprimidos corregir las evicciones y restablecer la enocdicea, el pisoteado derecho de gentes, y, aunque no pudo la revolución cumplir fielmente su programa a este respecto, algo hizo en favor de los despojados, especialmente en los casos de notoria injusticia, cual era el de los Zavalas.

Y fué así que, viviendo aún el padre de Salvador, le fué devuelto al agobiado viejo su ranchito en la Huasteca.

Parece que fué la misma impresión grata, demasiado grata e inesperada, la que se llevó a la tumba al señor Zavala, que legó los terrenos a su hijo.

Andaban entosces por Tampico los *gambusinos* del petróleo. Habíanse perforado unos cuantos pozos con buen éxito, y a medida que en aquellos contornos iba surgiendo el rico aceite mineral, los terrenos subían de valor.

Por pruebas y estudios hechos por los ingenieros norteamericanos, estós sabían que en el terreno de los Zavalas había petróleo en abundancia.

A eso se debió que el gringo fuera a entrevistar a Salvador a la Biblioteca. Ya cuatro norteamericanos, representantes de poderosas compañías de Nueva York, habían formado una sociedad para explotar el petróleo en el rancho de Zavala, si el heredero accedía a venderlo.

Zavala sabía algo del Pactolo nacional, por lo que la prensa decía; pero no tomó muy en serio la riqueza de Tampico y sus alrededores, hasta que pidió informes y se cercioró de que, efectivamente, su terreno valía un potosí.

Cuando el gringo fué a ver a Zavala, ya éste estaba preparado.

—Nosotros damos a usted quinientos mil pesos por su rancho.

—Hay quien da un poco más, señor—le respondió Zavala al comprador, mostrándole una carta de cierto *trust* americano.

Así estuvieron el gringo y Zavala quince días, estira y afloja, subiendo el *míster,* en cada entrevista, el precio que ofrecía.

El comprador llegó a ofrecer hasta un millón de pesos. Zavala le dijo que aceptaba esa suma, pero en dólares.

Vinieron a México los ingenieros y los socios del gringo. Se cruzaron cartas con Zavala. Llegaron también otros compradores. Se estableció una competencia formidable. Se hacían a Zavala ofertas en que se aumentaban cien mil pesos por día, y él, sereno, seguía ganando sus sesenta pesos en la Biblioteca, más el veinticinco por ciento que le habían aumentado. El millonario en ciernes no se alteraba. Esto traía desesperado al gringo, que hacía cabeza de la compañía explotadora.

Un acontecimiento fausto para México, vino a fa-

vorecer a Zavala: en un terreno colindante al suyo, surgió un "jersey" de petróleo que asombró a los ingenieros, quienes, por estudios y cálculos acertadísimos confirmaron que la mayor riqueza estaba en el subsuelo del terreno de Salvador Zavala.

La Prensa de los Estados Unidos y la de México hablaban con calor de la sorprendente riqueza de las márgenes del río Pánuco, publicando planos de la zona petrolífera y vistas de Tampico.

Entonces, los gringos que asediaban a Zavala, ya no vacilaron: aflojaron el millón de dólares por el ranchito.

El día que se tiró la escritura de compraventa, Zavala amaneció pobre y anocheció millonario.

Era abogado de los americanos un señor que representaba al licenciado Pereda, y que se reunieron en el *Privado* del señor de Pereda. No fué poco lo que, a un mismo tiempo, sufrió y gozó Salvador Zavala en aquel despacho.

—Aquí—se decía viendo los sillones forrados de cuero de búfalo—, aquí fué donde aquel viejo captador empleó las premeditadas mónitas para seducir a la canéfora de Las Fuentes Brotantes; aquí la dió, quizá, el primer beso...

Y engolfado en estos eseíbles pensamientos, Zavala, el buen Zavala, paseaba los ojos por el despacho y veía el retrato de Fémina, que allí estaba todavía, y pensaba en una porción de cosas, ecuménicamente, mientras el notario público extendía la escritura.

—Ya tengo—se decía—algo que contarle a ella esta noche.

*

* *

Zavala se presentó frente al Teatro Principal en un flamante automóvil "Protos", de cuarenta caballos de fuerza, hermoso, potente, brillante de cristales y de barnices, reluciente de latones y de esmaltes. Era verde el auto. Verde aceituna. Cerrado. Pero con una combinación para abrirse. Por dentro estaba ricamente acoginado de pana gris perla. Tenía un florerito de cristal al frente; con unos geráneos que le había mandado poner Zavala. Tenía alumbrado eléctrico, servido por un acumulador. Tenía muchas comodidades; y tenía el aspecto de un tren real. Conducía el vehículo un *chauffeur* de la agencia, donde Zavala acababa de pagar treinta y cinco mil pesos por el coche, primer dinero que gastaba, para obsequiar a Fémina.

"La tórtola" trabajó aquella noche solamente en los dos primeros actos de una obra. Zavala fué a verla al camerino y la saludó como todos los días, sin decirle nada del petróleo ni del automóvil. Se ofreció a acompañarla, como siempre, y al salir del pórtico del Principal, entre un grupo de curiosos que examinaba la hermosa máquina, Zavala dijo a Fémina, tomándola del brazo:

—Ahí tienes el automóvil que te dije el mes pasado que necesitabas. *Está verde.*

"La tórtola" se sorprendió porque el *chauffeur* abría la portezuela, invitándola a entrar.

—Está bonito. ¿De quién será? Así quisiera yo el mío—contestó Fémina, retirándose.

—Es tuyo. Entra en él.

—¿Estás loco, Zavala? El mío está verde.

—Pues este verde es el tuyo. Sube.

Fémina, viendo al *chauffeur* que obedecía a Zavala, consintió en subir al auto, creyendo que sería alquilado.

Por la calle, en el trayecto del teatro a la casa de "La tórtola", empezó Salvador a explicar el caso a la artista, acabando la explicación en presencia de Josefita, mostrando Zavala documentos y *cheques,* cartas y billetes de Banco.

Hubo felicitaciones y abrazos; hubo lágrimas de alegría; hubo cantos epinicios para la revolución, y Josefita y Fémina, entusiasmadas, besaron como una madre y como una hermana la frente sabedora de Zavala, en aquel momento de grande empsícosis, de santa alegría de los humildes.

*
* *

Después de arreglar cachazudamente los negocios de su vida, Zavala fué a dar una vuelta a los Estados Unidos, donde le interesaba estudiar muchas fases de la vida de aquel pueblo, para *redondear* su "Cartilla del Mexicano".

Y al despedirse de Fémina, la dijo: Ya no te acompañaré yo en las noches: te acompañará el automóvil, Fémina, que *está verde.*

¡Cuán afectada se mostró Fémina por la partida de Zavala! ¡Ella que empezaba a quererlo!...



XXI

LA SEMANA DE AVIACION

¡Ella que empezaba a quererlo! Ella que estaba hastiada de las tonterías de los galanteadores que pululaban por el foro del Principal. Ella que llegaba a los diez y siete años sin conocer el amor...

¡Qué falta le hacía a Fémina un compañero ecléctico como Zavala; un hombre joven que la entretuviera, que la amara, que la hiciera sentir y pensar, que para eso estaba preparado su espíritu por la educación, por lo aprendido y por lo sentido.

Fémina pasaba horas de intensa depresión en su cuarto del teatro. Buscaba en las caras de los visitantes una que no reflejara vulgaridad y ludibrio, ¡y no la encontraba! Recordaba a su buen viejo que, después de todo, la quería, la había querido...

Y nada la consolaba. Cualquiera diría que aquella belleza era feliz. Y no era así. "La tórtola del Ajusco" vivía sin un afecto, sin un cariño. Sólo le quedaba el afecto del público, y aun éste se enfriaba y escatimaba los aplausos, a medida que Fémina, sin darse cuenta, se iba enfriando en la escena, restringiendo sus movimientos, emitiendo su voz sin calor, sin *color* cuando cantaba.

Las evocaciones de su pasado sin ventura la hacían llorar. Sólo tenía alma para las escenas tristes. Había cogido con calor la opereta "Los Bohemios", en que hacía a maravilla la protagonista, y después de la representación, se encerraba a llorar en su cuarto, en su nido, presa de la más lamentable epífora.

*

* *

Vinieron por aquel entonces a Méjico unos aviadores europeos, a dar una semana de aviación. Los había contratado un empresario ducho, que previamente consiguió una subvención del Gobierno mexicano.

La semana de aviación se presentaba animadísima. La gente de México, tan *novedosa,* llenaba las llanuras y las tribunas levantadas al Oriente de la ciudad, para presenciar las proezas de los hombres que volaban, que traían fama de hábiles e intrépidos.

Fémina, para sacudir un poco la murria que la abatía, fué a las tribunas del campo de aviación. La diva se divertía viendo las machincuepas de los aviadores. Los aplaudía sin reservas, y sentía, al verlos, un gran deseo de volar también.

Entre los aviadores venía un belga joven, de una temeridad asombrosa y de una práctica que pasmaba al público metropolitano. El aviador belga se llamaba Rolando Clerk. Fémina lo seguía en el espacio con sus ojos soñadores, teniendo en la mano el programa de la fiesta, en el que había señalado con el lápiz, subrayándolo, el nombre de Rolando Clerk .

Cuando el aviador descendía y cosechaba sudoroso los aplausos de la multitud, Fémina, adelantando el busto en la tribuna, batía palmas en loor del belga hasta cansarse, hasta que le dolían las manos.

Alguna vez se fijó Rolando Clerk en la dama que con tal frenesí lo aplaudía, saludándola reverente, para graciar los aplausos.

Los aviadores iban por las noches a los teatros y a todos los centros de diversión de la urbe mexicana. Fémina ya los había visto tres veces en un palco del Principal. Y había visto que el belga la aplaudía entusiásticamente, como devolviéndola los aplausos que ella derrochaba en Balbuena.

Una noche, el empresario introdujo a los aviadores al foro del Principal, y unos periodistas amigos de Fémina, presentaron a los aviadores con las artistas.

Fémina experimentó una grata y rara sensación cuando le presentaron a Rolando Clerk. Aquel hombre entraba francamente por las fronteras de su espíritu; aquel joven belga le hacía *tilín*. Así lo confesó ella a las demás artistas. ¡Qué simpático era el aviador belga! Tenía *ángel*. Llevaba un nimbo de seducción. Hablaba bien el castellano, y se complacía de que Fémina hablara el inglés y el francés.

Aquella noche, Rolando Clerk permaneció un buen rato en el cuarto de Fémina, colmándola de galanterías. Evidentemente ella también le había hecho *tilín* a él. Se comprendían. Ya lo decía ella: tenía que descender del espacio el hombre que a mí me agradara...

Rolando Clerk, hombre harto ejercitado es las finas galanterías con las mujeres sensitivas, princesas inclusive, tuvo la sutileza de hablar a Fémina de sus aplausos en el campo de aviación; agradeció a la delicada artista sus palmadas, y ella, a su vez, agradeció a Rolando las suyas.

—A mí me gusta mucho el género español — dijo el belga a "La tórtola"—. En Flandes cantamos los aires de España, porque sabrá usted que los belgas tenemos

mucho de españoles. Mi madre es algo así como tataranieta de un alférez español que perteneció a los famosos Tercios de Flandes, en los buenos tiempos de Felipe II. Yo me llamo Rolando Clerk y Villalba. Ya ve usted...

—Con razón habla usted tan bien el castellano—le dijo Fémina con zalamería.

"La tórtola" explicó al aviador su ascendencia española. Ambos intimaron pronto, como si se conocieran de tiempo atrás. Sin duda, operaba en su atracción recíproca la sangre, la sangre de España, por el mundo esparcida...

El hombre con alas visitaba a Fémina con asiduidad. Primero la aplaudía desde el palco, con las manos; luego la aplaudía en el camerino, con los ojos.

Ella correspondía al belga yendo a Balbuena, siguiéndolo con la vista en las peripecias del aeroplano, saludándolo con palmas al *aterrizar*. Se sentía ufana; participaba de sus triunfos; decía: ahí viene "mi amigo"... y lo veía descender triunfante, como un arcángel poderoso.

Rolando Clerk era un tipo de apostura davídica. Esbelto el cuerpo nervudo. Fuerte. Un poco moreno el color del rostro tostado por el sol y por el aire en la vertiginosidad de los vuelos. Vivísimos los ojos negros con cejas morunas. Bastante rojos los labios, que parecían de mujer sensual, labios siempre húmedos por el aliento, cuando no los atacaba el aire de la altura. Sonriente. Afable. Fino. Donairoso en sus movimientos de hombre-pájaro. Era lo que llaman las mujeres un hombre *flechador*. Vestía con pulcritud de elegante hijo de Amberes. Conversaba con viveza. Era oportuno y gracioso en las respuestas a *im promptu*. Tenía buena sombra. Su cultura universitaria se hacía notar en seguida.

Y, sobre todo, tenía *gancho* en la conversación. Mujer que hablaba con él, se prendaba; beldad ante quien él inclinaba su cabeza de efebo, quedaba subyugada por algo que aquel hombre tenía en los modales, en la sonrisa y en la mirada exploradora de misterios telúricos desde las regiones de los huracanes.

Bien se percataba de esto "La tórtola del Ajusco", que sentía cómo se reflejaba en los espejos de su alma la figura triunfal del intrépido aeronauta.

Tocaba a su fin la semana de aviación. Se hacían esfuerzos en México para que se repitiera, porque la gente *estaba encantada,* como vulgarmente se dice.

El viernes de la semana de aviación fué el beneficio de "La tórtola de Ajusco". Rolando Clerk no faltó al Principal.

Pasó un rato agradable aplaudiendo a Fémina y viéndola pisar flores y recibir regalos. El aviador fué al foro al acabar el segundo acto. Encontró a Fémina rodeada de amigos y abrumada de obsequios y agasajos. Ya que el cuarto de "La tórtola" se despejó de gomosos y de viejos verdes, Rolando la felicitó a solas.

—Su felicitación me congratula más que todas—dijo la substanciosa.

—¡Cuántos regalos ha recibido usted!—observó el aviador viendo las flores y los objetos—. Luego repuso: Y yo... que no traje nada que regalarle...

—No importa... Rolando.

—Sin embargo: yo puedo hacer a usted un obsequio valioso, Fémina.

—¿Qué?

—Un beso.

—Aceptado. Pero me lo da usted en el aire.

—¡Ah!... ¿quiere usted volar?

—Sí. Con usted.

—Se va usted a marear...

—No le hace

—Mire usted que yo vuelo mucho, y usted, conmigo, seguro que se marea en la altura.

—¡Qué importa! Al fin que yo, con usted ya me mareo aquí abajo...

—¡Vamos, Fémina!...

—Lo que oye usted, Rolando.

—Entonces le daré a usted el beso...

—No: ha de ser en la altura...

—Es que el beso de esta noche...

—¿Qué?

—Le sabría a usted muy bien, porque es su beneficio... Y ademàs, el que usted me daría *a cambio,* me sabría a gloria, porque usted, esta noche, está infusa en gloria, saturada de aire de ovaciones.

Y así diciendo, Rolando Clerk tomó a Fémina por los hombros ceríficos; la oprimió con sus brazos palpitadores y la dió un beso, un prolongado beso, un gran beso desmayador, que hizo rostir los labios de la perfecta mujer.

Rolando dió unas cuantas vueltas alrededor de Fémina, como un oso. Puso sus labios en los hombros encáusticos. Descubrió el broche que sujetaba los escotados omoplatos y dejó otro beso en aquel lunar de las escápulas.

Fémina sintió reaccionar su empsícosis; experimentó una ebullición en su sangre; sacudióse ante el enipnotismo del hombre volador, enamorado y fogoso.

—¿De veras quiere usted volar, Fémina?

—En serio. ¿Cuándo me lleva usted en su monoplano?

—Cuando usted quiera, no siendo en esta semana, que tenemos que acabar el contrato.

—Bueno: el lunes. El lunes próximo no tendré ensayo. Y quizá no tenga papel en la función.

—¿En la tarde?

—En la tarde y en la mañana, si usted quiere. Madrugaré un poco.

—Está bien. Tome usted un purgantito el domingo y procure subir a una torre y mirar bastante tiempo para abajo.

—Si no me mareo.

—¿No?

—No. Con usted no he de marearme más en el aire que en la tierra...

—Gracias, Fémina.

—Hay que ser franca alguna vez.

—¿Dónde quiere usted volar?

—¡Ah! Verá: Yo tengo una casa de campo en Tlalpan, al Sur de México. Lo esperaré a usted allí el lunes tempranito. Pondré una bandera blanca en la casa. Donde vea usted la bandera, allí es.

—¿Pero hacia qué punto queda la casa?

—Hacia el Poniente.

—Convenido.

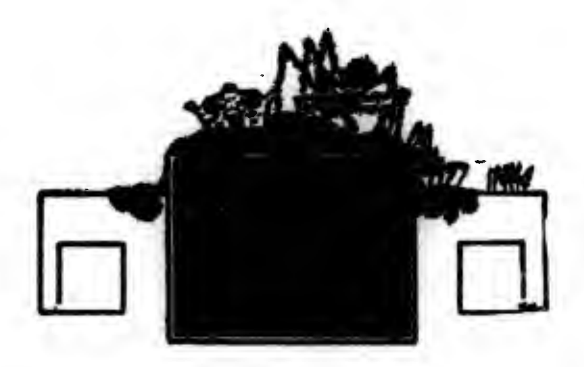
—Pero no vaya usted a dejar de venir por aquí estas noches...

—Vendré, Fémina amiga.

El aviador, al acabar la función teatral, dejó a Fémina en el automóvil. Ella no lo invitó a subir, por respeto al buen Zavala. Explicó esto a Rolando Clerk,

quien, lejos de enfadarse, encontró justificado y noble el proceder de "La tórtola".

—¡Zavala!...—iba ella pensando hacia casa—¡para qué se fué!... ¿Voy a vivir yo siempre sin un afecto? Este aviador, para mí, es un hombre bajado del cielo.



XXI

VUELOS HACIA EL SOL

Fémina, muy temprano, subió a la azotea de su casa de Tlalpan, la mañana del lunes convenido, y ayudada por el *chauffeur*, que la trajera en el automóvil desde México, enarboló una bandera blanca.

Después se puso a mirar para el espacio, a ver si veía el pájaro de hierro y lona; cansada de ver para arriba, y convencida de que no vería fácilmente al aviador, porque aún no amanecía, miró para el valle de México, envuelto en sombras, y acabó por fijar sus ávidos ojos en el punto donde apenas se leía la claridad anunciadora del alba.

Vestía "La tórtola" de terciopelo negro de pies a cabeza; botas con tubo de terciopelo; vestido ajustado de terciopelo; de terciopelo el gorrito que sujetaba sus castañas crenchas; un velo cubría el rostro esperanzado de la madrugadora.

Impaciente, "La tórtola" vió su reloj. Eran las cuatro de la mañana. Ordenó al *chauffeur* que levantara bien alto el mástil a que estaba atada la sábana bordada que hacía veces de bandera blanca, y que tenía, realzado, el calograma de Fémina.

Volvió a contemplar la artista el valle de México, donde las almas dormían apacibles. Sintió un escalofrío de grandeza ante la contemplación del valle a aquella hora. Dióse cuenta, haciendo girar la vista por el ciclorama, de los volcanes que en línea circular velaban por las almas que en el maravilloso valle dormían.

Otra vez escudriñó la altura con sus ojos muy abiertos, como si esperara del cielo el advenimiento de la Felicidad... Así se quedó, extática.

Los gallos rompieron a cantar la sinfonía wagneriana de salutación a la Aurora.

Los silbatos de los ferrocarriles, haciéndose oir broncos o agudos, dejaban en la húmeda atmósfera unidos copos de algodón blanco que formaba el vapor condensado.

Tosían por las calles y por los collados los trabajadores que madrugaban a amasar el pan.

Era un poco más clara, en Oriente, la luz de la vida.

La inmensa cuenca del valle de México iba dejando ver sus prominencias cuspídeas.

De los lagos se levantaban acolchonadas porciones de vapor, que daban idea de ser las emolientes envolturas de los tesoros de los reyes aztecas, ocultos a las estrellas y a los hombres.

Lejos, el santuario de nuestra señora de Guadalupe, enhiesto en el Tepeyac, descollante y firme, como inconmovible refugio de los mexicanos despiertos; como sagrado centinela de los mexicanos dormidos.

Señoriales, con serenidad de príncipes tudescos, los calófilos bosques de eucaliptos, junto a cuyos troncos rastreaba el armiño de la niebla.

Rectas las calzadas en que se alineaba la vegetación ulmácea; las calzadas en cruz; las calzadas transversales; rectas todas, todas rectilíneas, como trazadas por

el dedo del inexorable emperador Cuauhtémoc o por la vara de un inflexible virrey de la Nueva España.

Todo callado; todo en un silencio grande, el silencio de las cosas que duermen todavía entre los pliegues disolventes de la madre noche que se aleja...

Sólo un ruido: el de los ferrocarriles silbando.

Sólo un sonido: el canto de los gallos de Anáhuac, el gran concierto sinfónico de salutación a la aurora.

¡Oh Valle de México! ¡Oh nunca bien ponderado Valle de Anáhuac! Los que te hemos visto así, palpitando en oraciones y esperando la luz del sol; los que, como los soldados castellanos, te hemos descubierto desde las montañas, mostrándote pleno, exúbero, enviándonos las emanaciones de tus rosas y mostrándonos el rojo mareante de tus amapolas; los que te hemos contemplado religiosameste en una hora de luz; los que hemos visto en tus praderas verdeantes y en tus calzadas polvosas vibrar las ondas al vivificarte el calor; los que hemos visto esplender la luna al hacer resaltar el cielo tu poesía nunca bien cantada, ¡oh amante y fecundo Valle de México! los que hemos visto las estrellas reflejarse en tus lagunas, cual si tuvieran sed de tus aguas y bajaran a beberlas con permiso del Señor; los que en ti hemos buscado con ojos ansiosos una casa o un jacal donde tuvimos un amor y cultivamos una mata de lirios o un tiesto de geráneos y enseñamos un zenzontle a cantar; los que crecimos al arrullo de tus sones y aspiramos la tonificante y oxigenada brisa de tus arboledas, donde el viento ensaya sus cantares en los escíndafos de los ahuehuetes milenarios; los que presos en las cadenas de tus volcanes plateados y grises hemos gemido tantos años por las ilusiones que se desvanecieron como la nieve de tus cumbres; los que en tí creímos y rezamos, esperamos y maldecimos; los que en una auro-

ra o en un crepúsculo suspiramos a tu caserío y a tus jardines desde lejos, viéndote allá bajo como un gran nido de pecadores que aman y que sufren; los que te hayamos visto así, una sola vez, muchas veces, no te olvidamos, no te olvidaremos ni dejaremos de encomiarte, ¡oh Valle de México, incomparable y único Valle de México, que entre los trinos de tus ruiseñores eres panorama propicio a la expansión de las almas que cantan al amanecer!...

... ...
... ...

De pronto, Fémina lanzó un grito de mujer enamorada: ¡Ahí está!...

Había visto en el espacio de color de acero el pájaro blanco, que describía curvas sobre el Ajusco, buscando un sitio en que posarse.

Se oía cada vez más cerca el zumbido del motor en el aire.

Como una loca, la artista echó a correr hacia el collado. Precisamente cuando ella subía por un declive, el aviador agitaba un pañuelo saludándola, y mientras "La tórtola" contestaba el saludo, Rolando *aterrizaba* en la parte más llana del lomerío.

—Buenos días, Fémina.

—Felices, Rolando. ¡Mire usted qué mañana tan bonita!

—Sí, Espléndida.

El aviador la besó; la besó con labios fríos. Ella le dijo:

—Déjeme usted calentarle los labios.

Y lo besó con fuego. Ella tenía el fuego acumulado.

—Andando—dijo el piloto—; suba usted a ese asien-

to, y vámonos antes de que haya brisa, para que no se maree usted con los movimientos bruscos.

Fémina se acomodó en el aeroplano, a la izquierda del lugar del piloto, mientras él apretaba una tuerca.

El motor trepidaba. Diríase que estaba impaciente por llevar arriba a los actores de aquel singular idilio.

De un salto, Rolando Clerk se puso en su asiento. Empuñó la rueda del timón. Oprimió una palanca. El aeroplano arrancó perezoso, y a los diez segundos ya pasaba sobre las huertas de Tlalpan, con la serenidad de un corvídeo.

Rolando, atendiendo el timón con una mano, hechó el brazo libre a la cintura de "La tórtola".

—¿No se siente usted mal, Fémina?

—No. Siento *muy bonito.*

—¿Puedo acelerar la marcha?

—Sí, sí...

Clerk imprimió más velocidad a la máquina, llevándola en dirección casi recta, para evitar a la aviadora novicia la sensación de mareo de las curvas.

Los volcanes, blanquísimos, por la parte del valle estaban en penumbra. La luz recortaba con trazo seguro el perfil de los Padres de México, el Ixtaccíhuatl y el Popocatépetl.

Dió el aeroplano una vuelta por el valle, pasando por sobre la lozanía de Xochimilco, que parecía un cromo extendido; por sobre el espejo del lago de Texcoco, a esa hora opaco, semejante a una gran lámina de plata oxidada; por la Villa de Guadalupe, con aspecto de acuarela antigua; por Tlalnepantla, por Santa Fe, por San Angel y otra vez por Tlalpan.

Al pasar por este último punto, Rolando dijo a "La tórtola", enseñándole la bandera blanca:

—¿Se le ofrece algo de su casa?

—No. Muchas gracias.

—¿A dónde quiere que vayamos?

—Allí, al sol—dijo Fémina señalando al Ixtaccíhuatl, que empezaba a ser iluminado por el crepúsculo matutino.

Rolando Clerk viró un poco; cerrando el ojo derecho, como si apuntara, fijó la dirección al volcán de la mujer desnuda, y el trepidante pájaro artificial partió derecho como una saeta con alma.

Iban a la mitad del valle, cuando asomó un fulgor de rayos solares por el extremo Norte del volcán.

Rolando dijo a "La tórtola" voladora:

—Fémina: Va a salir el sol: un beso.

—Dos—contestó ella.

Así saludaron la aparición de la luz de la vida.

Luego, Rolando Clerk miró abajo, y dijo:

—¡Qué hermoso es este valle!

—Sí, muy bonito nuestro México, ¿verdad?

Y, embelesada, "La tórtola" veía el nido en que naciera, el valle policromo y apacible. Sus ojos de gacela se asombraban en la contemplación de aquel neorama.

—Quiero ver salir el sol desde aquí—dijo ella—. Estoy en ayunas, y la hostia del sol va a ser la comunión mía.

—Bonita idea, Fémina. Se ve que tiene usted imaginación de poeta. Pero si seguimos, vamos a asomar al volcán antes que el sol.

—Pues daremos otra vuelta.

—Otra media vuelta.

La máquina giró. Fémina, volviendo la cara, vió las puntas de los rayos solares que, como lenguas de fuego lamían temblorosas el cuerpo desnudo de la mujer de nieve que representa la cima alargada del volcán.

A los cinco minutos, el aeroplano estaba otra vez de frente.

—Vamos despacio—dijo él aminorando la velocidad—para encontrarnos con el sol. ¡Esto va a ser hermoso!

—¡Hermoso!—asintió ella.

La gran hostia luminosa dejó ver la décima parte de su redondez. Era blanca, blanca, y tenía los rayos de un Viril en el altar.

Cambiaban de colores las condensaciones del rosicler de la aurora, Subian de tono unos vellones rojizos y bajaban otros de color, transformándose en ráfagas de luz dorada.

El disco del sol salió otro poco, descubriendo la blancura de la mujer de nieve del Ixtaccíhuatl, donde la sombra se iba descorriendo, cayendo hacia el valle como una colcha azul que destapara a la diosa gigante.

En la dirección en que estaban los tripulantes del aparato, se veía que el sol salía precisamente por detrás de la cabeza de la giganta.

Emergió casi todo el disco, que temblaba cual si fuera de azogue; que tenía de azogue el color, y que había perdido los rayos instantáneamente.

Entonces, los ojos del icáreo hijo de Bélgica y los ojos de la soñadora mexicana, vieron algo cuya sublimidad los dejó pasmados:

El disco del sol, la gran hostia de luz, se detenía vibrando un instante, manteniendo tras del monte una pequeña parte, y la mujer desnuda, ya descubierta en su blancura, mordía la hostia, comulgaba con ella, que se veía el sol detenido en la boca de la figura colosal.

—¿Ve usted cómo parece que la mujer de nieve retiene el sol en su boca?

—Sí, Fémina; lo veo, y me asombra; nunca he visto ni creo ver cosa igual.

—Ya se va... ya sube...

En diez segundos, el sol salió todo; se desprendió de la montaña; arrancó de la boca de la mujer de nieve, iluminando la faz tristona de la giganta yacente que corona el volcán y, recobrando sus rayos al desvanecerse los vapores, se irguió sonriente, llenando de colores y de brillos el valle de México, que despertaba bullicioso bajo los destellos de los azulejos de las torres y entre la eterna música de la vida luchadora.

—¡Lo que vimos, Rolando!

—¡Lo que vimos, Fémina! No se me olvidará fácilmente esta mañana de su patria.

Rolando Clerk, oprimiendo a "La tórtola" arrulladora contra su corazón, *aterrizó* en una llanura del valle divinamente contemplado.

*

* *

Por la tarde reanudó los vuelos la romántica pareja. Eran las cinco, y empezaba el ocaso, cuando el aeroplano de Rolando Clerk ya andaba zumbando en el espacio, trazando asíntotas y almicantáradas.

Prometía ser opulento en cortinajes el véspero crepúsculo otoñal. El sol, el gran maestro del colorido, comenzaba a dar pinceladas a las nubes errantes, que se agrupaban obedientes como discípulos en torno del maestro eternamente luminoso y enseñador.

Cuando el sol se hundió, en el horizonte quedó una hoguera semejante a un ángaro en una playa.

Fémina vió con ojos dilatados la hornaza en la cum-

bre del monte, y al preguntarle el aviador, como en la mañana, a dónde iban, la embelesada beldad contestó:

—Allí, al crepúsculo.

—Espera un poco. Veámoslo bien, primero, desde el valle.

Y, vagando, los nautilos apreciaron segundo por segundo los cambiantes del crepúsculo deífico.

El cielo hacía suponer que había en él una fiesta y que Dios mandaba a los santos y a las vírgenes mostrar al mundo sus mantos recamados y las colgaduras litúrgicas usadas en las regiones divinas. Porque aquella ostentación de colores no era otra cosa que los tapices del cielo mostrados a los pecadores para que tuvieran idea de cómo se tiñe en los sitios elevados y secretos de la Naturaleza y en los supuestos ámbitos de residencia de la Divinidad.

Después de examinar bien el conjunto del diorama, Fémina y Rolando Clerk fijaron toda su atención en los caprichosos juegos de luces y de colores primarios y mixtos de las nubes y del sol.

¡Crepúsculos de otoño! ¡Singulares y fastuosos crepúsculos mexicanos, tan ricos en oro y plata como la tierra que iluminan; tan ostentosos en reflejos y en pulverizaciones auríferas, que parece que en ellos es diluído por los rencorosos dioses aztecas el Tesoro de Axayácatl; tan fuertes en las tonalidades rojizas, que hacen pensar que reverberan, con oro amalgamada, toda la sangre vertida en las contiendas fratricidas a través de las centurias, desde la peregrinación de los aborígenes de Aztlán hasta las luchas de hoy; crepúsculos de Anáhuac, que antaño se reflejaron en cien espejos lacustres y hoy proyectan sus luces mortecinas en el polvo de los lagos secos, los lagos, que los hombres taparon con flechas y cadáveres!...

¡Qué suntuosos, qué espléndidos estos crepúsculos de México, en los que alguna enamorada, reclinada en la ventana tupida de madreselvas, ve un pedazo de azul rayado por el vuelo de una golondrina, que es la bandera de su pasión; en los que algún patricio admira el verde de la bandera nacional, que es la pasión de los héroes; en los que algún anciano ve un simbólico jirón blanco que anuncia la paz anhelada; en los que la mano del que pinta busca el colorido modelo que huye, como negándose a ser fijado en el lienzo; crepúsculos arrancadores de suspiros, prometedores de bienandanzas, iluminadores de conciencias, a los que se van las almas en vuelo pío, en la melancolía de las tardes mexicanas!

¡Santos crepúsculos de Dios, suaves como la oración; benditos y nunca bien contemplados crepúsculos mexicanos, fuertes como las pasiones de la raza, y ricos en colores como los ónices de las cordilleras surianas!

¡Crepúsculos del Valle, que filtran su luz por las ventanas y llevan el reflejo celestial a los hogares y nimban de santidad las cabezas de las madres afligidas y besan con beso rosado las cabezas de los niños; crepúsculos que alumbran suavemente el camino de Damasco de los amantes que acuden a la cita y envuelven en resplandores amatorios las cabelleras de las novias que esperan asomadas a los balcones; crepúsculos mansos, que divinizan la soledad de las ermitas en los yermos, que doran las enarenadas callejas de los jardines, que rejuvenecen las fachadas de tezontle y que extienden cortinas impalpables en el agua temblorosa de las fuentes!

¡Crepúsculos, sempiternos crepúsculos de Anáhuac, duraderos o efímeros, tantas veces opulentos y recreadores de nuestras pupilas cansadas del gris de la vida; crepúsculos festejadores de nuestras alegrías y lamentado-

res de nuestras tristezas, que empiezan cuando las aves enmudecen y acaban cuando se extingue la última vibración de la campana de aldea, a la hora del *Angelus!*

... ...
... ...

Fémina y Rolando se sorprendieron de las fases del crepúsculo de aquel día, que en cinco minutos había derrochado toda la gama de colores que imaginarse pueda.

Quedaba en el cielo una raya gris con escamas, en figura de un pez-espada. Más abajo, una nube amarilla que afectaba la forma de un dirigible de seda. Más abajo aún, hasta tocar la cordillera, un precipitado de todos colores: nubes ambarinas; nubes de color de nácar; cármenes rasgados; pizarras entrecruzadas; figuras fantásticas que parecían acróbatas haciendo esfuerzos, acróbatas vestidos de oropeles; osos de todos colores que danzaban torpemente; conchas que brillaban; cortinas de brocados imposibles y de encajes inverosímiles, que alguien, al parecer, recogía desde el cielo...

Todo en un fondo resplandeciente de colores purísimos: aquí, un jirón de calaíta diluída: allí, una pincelada de carmín: más allá, un fleco de oro que se tornaba plateado y cobrizo; arriba, un inmenso manto de color violeta, que se distendía y se plegaba, y en el centro, abajo, entre dos picachos de la sierra, la hornaza roja, la boca del horno del sol, en que había puntos más rojizos todavía, cual si denunciaran hierros calentados al rojo blanco en el centro fundidor de la fragua fantástica.

Un capricho del sol, acabó de embair a los flotantes enamorados: el astro alargó unos haces de rayos por detrás de la hornaza: aquellos rayos, como pinceles encendidos, giraron lentamente, y al atravesar las nubes,

dieron un último e indescriptible aspecto de locura lumínica al horizonte en que se plegaban y se desplegaban los palios sagrados.

Fémina, con los ojos en la hornaza que la llamaba con su boca bermeja, volvió a decir al aviador, señalándole con el dedo el incendio:

—¡Allí, Rolando, allí!...

Voló el aeroplano a la hoguera devoradora de nubes que iban desapareciendo; y "La tórtola", con el brazo extendido sobre el abismo; con el dedo índice apuntando, seguía diciendo:

—¡Allí, Rolando, allí!...

El reflejo del crepúsculo enrojecía al pájaro de lona, de hierro y de bambú, y enrojecía las caras de los amantes romancescos que, ensimismados, tramontaban, tramontaban sin sentir, sin bajar la vista a la tierra, a la cuitada tierra sombría, donde las almas no dichosas oraban...

Así volaron muchos kilómetros, derechos al núcleo ardiente, ilusos, anonadados, ávidos de entrar en la casa del sol por aquella puerta roja...

Ya anochecía cuando Rolando dijo a Fémina:

—¿Oye usted?

—¿Qué?

—El toque de una campana, que sube de la tierra...

Fémina miró abajo. Con dificultad vió una capilla en las anfractuosidades de un monte. De allí subía a Dios, sin duda, el eco de la campana al toque de la queda, a la hora sagrada.

—Pero ¿a dónde iremos a dar, Fémina?

—¡Allí, Rolando, allí!... Hasta que lleguemos... Allí... a la casa del sol.

—¡Si allí no se llega, tonta!

—Ya lo sé... no soy tan ingenua... pero me gus-

ta la ilusión... me consuela pensar que vamos a llegar... me place ver el aeroplano que se va a clavar en el incendio...

—Allí está el fuego, Fémina.

—Sí... Allí está el amor... el amor rojo... el amor fuerte... el que yo necesito... el que yo esperaba...

Y la desquiciada abrió los ojos todavía encarnados por la reflexión de la hoguera, y en sus labios temblaba un beso por salir.

—¿Ama usted el fuego, Fémina?

—Sí; pero necesito quien me encienda...

—A ver...

Rolando acercó sus labios a la entusiasta; y viendo la rara expresión de sus ojos, en que se retrataba el mundo de la luz, los besó como se besan dos dijes ardiendo.

Rolando, en aquellos ojos de mujer, besó el cielo que se reproducía.

—¿Más, Fémina?

—Sí; más todavía; aún hay fuego en la casa del sol; siga...

—Ya es de noche.

—No importa.

—Nos vamos a perder.

—No importa.

—Es usted una mujer excepcional.

... ...

Ya no sabían dónde estaban. ¿En Morelos? ¿En Guerrero?

No lo sabían.

Habían cruzado montes y montes sin darse cuenta.

El aviador volvió la vista y dijo a Fémina:

—Hay luna. Ya salió.

Ella no hizo caso. Siguió mirando para el azul mez-

clado con violeta en que el telar del crepúsculo tejiera la gran maravilla; seguía deseosa de llegar a la casa del sol, que empezaba a retirar de la puerta la tentadora cortina encarnada.

Fémina estaba borracha de aire y ebria de luz y de besos. Las sensaciones del vuelo la habían embargado. Se sentía capaz de seguir volando, de tocar con las manos las estrellas. La entristecía la idea de volver a la Tierra

—Vamos a *aterrizar*—dijo el aviador viendo una planicie en un monte, del lado que daba la luna.

Fémina despertó. Exhaló un suspiro que recogió la noche en su manto estelar.

Con precaución, hábilmente, Rolando Clerk *aterrizó* en la ladera de la montaña plateada por la luna. Un ala del monoplano tocó ligeramente una peña blancuzca.

Bajaron del aparato. Estaban entumecidos. Fémina soltó la bandera de su velo, que ondeaba en la altura del monte.

El aviador revisó el aparato. No había sufrido nada en la media hora de vuelo.

¿Dónde estarían? Sin duda en zona tropical, porque la noche era allí calurosa, y el monte era aromático.

—¿Regresamos?

—¿De noche?

—¿Qué, no se puede?

—Sí, se puede, Fémina; pero con peligro de matarnos, porque yo no conozco el país.

—¿Entonces dormiremos aquí?

—O velaremos; como usted quiera, Fémina.

—Después de todo, también es una sensación grande pasar una noche en la montaña.

—¡Claro!

Vieron el panorama de aquel lunario. ¡Era gravemente bello!

La montaña, en su cima, parecía un campamento moro. Las peñas, aquí y allí, semejaban kábilas en cuclillas, beduínos sentados, moros que dormían abroquelados en sus albornoces.

Tomaron un trago del coñac que llevaba Rolando en la caja de herramientas del aeroplano. Dieron un paseo para estirar los miembros rigentes. Sentáronse cabe la peña que tocaba la máquina con su ala. Besáronse con arrebato. Tumbóse él en el lecho de tomillo que el monte les brindaba. Atrajo a Fémina, acariciando su cabecita trastornada por la emoción nueva, mientras que el gorrito de terciopelo le hacía a él sabrosas caricias en la barba afeitada.

Reclinó Fémina la cabeza desmayada en el pecho robusto del aviador, oyéndole latir con fuerza el corazón joven de argonauta del amor, el corazón que, como el motor de la máquina, zumbaba... ; y allí, a la luz de la luna, junto a la peña, en el lecho de tomillo, bajo el ala protectora del aeroplano, fueron felices aquella noche.

... ...



XXIII

EL HERBOLARIO

El martes, en la mañana, el aeroplano de Rolando Clerk apareció sobre Las Fuentes Brotantes, tripulado por los amantes elíseos. Dió el monoplano algunas vueltas alrededor de la casa de Fémina, como una ave alrededor de un nido; y después descendió a posarse en la colina propicia.

Almorzaron en "la casa de los espantos" los héroes del aire y del beso. Fémina, después del almuerzo, enseñó a Rolando la vieja casa colonial, que el aviador encontró admirable. De allí se trasladaron a Las Fuentes Brotantes, paraje que Fémina hizo conocer al icáreo peregrino de Bélgica, quien confesó que eran Las Fuentes Brotantes el sitio de más encanto natural que había conocido.

"La tórtola" explicó a su davídico galán cómo ella se había bañado en la fuente remota, y, al explicárselo, vió saltar en el fondo del manantial los sábulos retozantes que la besaran virgen, y volvió a ver los nenúfares que ungieran su espalda de Diana, su torso de Leda.

De Las Fuentes Brotantes, Fémina llevó al forastero a dar una vuelta por Tlalpan, que presentaba no

poca alegría, por ser aquel martes día de fiesta. En el mercado había mucha animación, viéndose la plaza muy concurrida por las chicas de Tlalpan, entre las que había algunas serranas con las mejillas rosadas como cerezas vicales.

En la plaza llamó la atención de Rolando un "puesto" extravagante que atendía un indio taciturno. Era aquél el "puesto" del herbolario, de *l'arbolario,* como decía la gente bisoña.

Fémina Ponce, notando que al aviador le detenía el exótico "puesto" del nativo venderache, se detuvo también a examinar la mercancía que, si a la simple vista, de pasada, no ofrecía nada de particular, poniéndose a ver tenía mucho de curioso:

El herbolario estaba sentado en un zoquetito lustroso de oyamel. Era tan bajo el asiento, que el indio, con su amplio calzón de manta, su cotón y sus huaraches, parecía puesto en cuclillas, del otro lado del "establecimiento". Tenía el herbolario misteriosos ojos de color de obsidiana, con los que miraba a la gente por debajo de su sombrero gacho, con mirada de fakir aborigen, receloso y silente.

El "puesto" se veía así: Frente al indio, en el suelo embaldosado de un rincón de la plaza, una sábana vieja y dos petates extendidos. Sobre la sábana y los petates, en un extremo, un ayate con hierbas. Esparcido por todo el puesto, el surtido del mistificador. Este surtido era cosa de verse. El indio no sólo era un herbolario; su puesto no era, propiamente hablando, solamente un herbario: era un muestrario general de la farmacopea popular de los aborígenes, porque allí se veían, clasificados en tres secciones, el *reino* animal, el mineral y el vegetal.

A preguntas que Rolando le hizo, comprándole algo

para que no se escamara, el indio fué contestando al aviador con explicaciones acerca de su surtido, que se veía así por encima:

Pieles de ardilla, de onza, de zorrillo, de cacomixtle, de armadillo, de iguana, de tlacuache, algunas de ellas con la cabeza del animal pegada. Conchas de armadillo. Cabezas de víboras y colas de serpientes de cascabel, con un cascabel como de celuloide por cada año. Camisas de culebras. Coprófagos. Cantáridas. Colmillos de jabalí. Plumas de cuervos y de aves fasiánidas. Nidos con huevecillos y con cascarones. Chupamirtos disecados... Arañas...

Esta es la sección animal. En la sección vegetal había un mundo de cosas imposibles de clasificar: Pulmonaria, cáscara de encino, hierba de la golondrina, pata de león, manzanilla, árnica, simonillo, contrayerba, flor de saúco, tabachín, ramas purgantes de coloquíntida, cedrón, ítamo, zoapatle, flores de ciclamor, araucaria, hierba del pollo, sámaras, hojas de erátomo, cádavas chamuscadas, manojos de tronquitos corticíferos, haces de hojas de labiérnagos, gálbulos, coyoles y nueces de toda especie, hierbas aromáticas y hierbas venenosas, granos, flores, pistilos...

El reino mineral era el menos interesante: unos cuantos guijos de todos colores y tamaños; piedra pómez, arenillas metálicas, tierras de color de sepia, lascas redondeadas para lavarse los pies, etc.

Tenía el inalterable farmacéutico un rinconcito misterioso en el establecimiento. En el rinconcito había una tarántula, alacranes secos y otros arácnidos; equinóforos, piedrecitas de color de ágata y flores de orquídeas, huesos de fraile, ojos de venado...

En el mismo rincón tenía el indio una serie de rosarios formados con bayas. Bajo los rosarios había una

imagen de la virgen de Guadalupe, al cromo. La estampa descansaba en un hueco formado por la sábana, hueco en que el indio echaba los *sentavitos* de lo que iba vendiendo.

Largo rato estuvo el aviador contemplando aquellas hierbas y aquellas rarezas, todo ello en saquitos de lienzo, en haces, en botes, en conchas, en tacitas de coco.

Rolando Clerk compró al indio un par de chupamirtos disecados, que, según el amo del "puesto", servían para hacerse amar.

Después compró Fémina al venderache un nido de tórtola. Dijo el indio a la artista que aquel nido traía la felicidad.

Pidió el aviador al mercader que le mostrara un frasquito en que había ciertos bicharrajos en alcohol. Dijo el indio que aquel líquido del frasco, untado en la frente, servía para adivinar.

—¿Y tú adivinas?—preguntó Fémina al farmacéutico.

—No—contestó él—. Mi mamá es la que adivina.

—¿Y dónde vive tu mamá?

—Allá arriba, en el Ajusco.

—¿Podemos ir a verla?

—Sí, niña.

—¿Quién nos encamina?

—Yo *mesmo,* si usté *quere.*

—¿Tú te vas de aquí?

—Sí, niña; a *l'áuna* levanto el puesto.

—¿Entonces nos llevas contigo?

—¡Cómo no, niña!

—¿Es muy lejos?

—Sí... es tantito lejecitos... poco...

—¿Pero se puede ir a pie?

—Sí, niña, y en burro.

—¿Tú nos consigues los burros?

—*Pos*... veré...

—Bueno: vamos contigo. ¿Nos esperas?

—Sí, niñita.

Rolando encontró buena la idea de visitar a la india adivina. A Rolando, lo que más le seducía, era ver la casa del herbolario, que debía ser curiosa.

Y el aviador ni quitaba los ojos del "puesto" lleno de hierbas y amuletos, no cesando de interrogar al raro vendedor de *brujerías*:

—¿Qué es eso?

—Hierba *p'al aigre*—contestaba el indio.

—¿Y esotro?

—Azufre del Popo.

—¿Para qué lo vendes?

—*Pa* la tiña.

—Y esa bola, ¿qué cosa es?

—Cuautecomate.

—¿Para qué es bueno?

—*Pa* la tos.

—¿Y esas semillas?

—Son contra el *espanto,* señor.

No se cansaba el extranjero de escudriñar el "puesto" pintoresco, que era típico, representativo, con el indio zorro al frente, aquel indio de ojos de color de obsidiana, ojos de águila herida o de halcón borracho.

Aquel "puesto" era sugestivo, misterioso, simbólico, poético, terrible, florido y sombrío a un tiempo, susceptible de alargar la vida o de causar la muerte, salvador y mortal, atractivo y atroz: aquel puesto era México.

Fémina dió un telefonazo al director de escena del Principal, avisándole que iría un poco tarde al ensayo; y, con la misma, al levantar el "puesto" el extraño indio, los enamorados se fueron con él, Ajusco arriba, por en-

tre los pinos, montados en maltrechos burros de un arriero que iba de paso.

Para Rolando Clerk era singularmente atractivo y nuevo cuanto se veía por el camino del monte. Las heredades de los indígenas, con sus eras llenas de perros y guajolotes, eran acuarelas solares que enamoraban al excursionista. Los jacales con techos de paja, de los que salía el humo filtrado a través del zacate, hacían detenerse al viajero, que escuchaba el yararí de los indios perezosos y las canciones montañesas de las mujeres que tortillaban, haciendo oir su continuo palmoteo, lánguido aplauso a aquellos cantares enervantes, desoladoramente quejumbrosos.

Casi todas las heredades indígenas tenían en la era una troj al aire libre, llena de mazorcas de maíz blanco. Eran las tales trojes una especie de huacales en forma de torres, formados por palos superpuestos, envirados por mimbres y tules en las esquinas. Las casas que tenían aquellos rústicos hórreos más altos, eran las más ricas de los poblados.

A la mitad del monte, los viajeros tuvieron sed. Compraron a un nativo un poco de pulque tlachique, sabroso y fresco, que bebieron a la sombra de un frondoso aguacate.

Aplacada la sed, prosiguieron la marcha con el indio impávido, que sudaba con su botica a cuestas.

Los trepadores se iban cansando. Rolando Clerk se quejó con Fémina:

—Es más lejos de lo que *este* decía...

—Los indios son así. Dicen: está cerca... *aquí no más... tras lomita*... Y camina uno leguas y leguas sin llegar a lo que está "cerquita".

—¿Nos falta mucho, tú?

—No, niña; *aquí no más... ya mero llegamos.*

En esta vez el ladino indio no mintió dobló por una vereda a la que salían los perros del vecindario, muchos perros famélicos y ladradores, y como a los doscientos pasos de vereda, donde ésta acababa, se veía la casa del herbolario.

¡Curiosa casa! Era, verdaderamente, una cueva druídica. La tal casuca se componía de un socavón practicado en un talud peñascoso lleno de breñales. Del talud partía un techo de hierba que aumentaba el tamaño de la "vivienda". La fachada era de varas, de carrizos y de hojas de lata mohosas, que aparecían desdobladas de botes y clavadas allí. Ramas, pedazos de corcho y de cáscaras de eucalipto y de pino, tapaban las rendijas en algunos sitios. Estaba la entrada de la casa a la derecha, por un callejoncito que había entre una hilera de carrizos secos y un cantil que formaba el monte. En unas como repisas o pequeños arriates que formaban las piedras del cantil, había sembradas algunas plantitas: perejil, cilantro, mastuerzos y geráneos corrientes; amáraco, hierba-buena, orégano y margaritas; las margaritas estaban tristes, polvosas, medio secas.

Junto a la puerta había una mata de chayote que trepaba por la casa, ocultando algo la puerta; de la mata pendían los chayotes ya maduros o creciendo apenas, que eran como las borlas de aquel *portier* natural.

Bordeando la pequeña era que había frente a la casita, se arrastraban unas correolas de calabaza y de chilacayote, en flor y con fruto. Unos pollos piaban por entre las matas de calabaza, y una gallina blanca, en familiaridad con un perrito, descansaba a la sombra del calabazal, hundiendo el buche en la húmeda tierra escarbada. Al lado de un cepo y sobre el tronco de un capulín seco, había trapos, calderos inútiles, pedazos de bateas rajadas, tepalcates y una bacinica azul de hierro

esmaltado, agujereada y descascarada de los golpes. Cantaba un cardenal en una jaula de otate, colgada de un durazno *achahuixtlado.* Correteaban los saurios por las piedras y por entre los órganos y otros cactos del vallado.

Cuando el herbolario y sus acompañantes llegaron a la misérrima casuca, había palmadas dentro de ella: La vieja madre del indio se entretenía en echar tortillas, como todas las mujeres del Ajusco, como todas las mexicanas humildes a aquella hora...

El herbolario entró a la guarida a avisar a la madre que *tenía visitas,* mientras Rolando y "La tórtola" *saboreaban* con los ojos aquella casa, que era algo así como el esfuerzo retrospectivo de la pequeñez.

La india salió a saludar a los visitantes, con las manos llenas de masa, dando a tocar las muñecas de escábrida piel, que también tenían masa de nixtamal, pero ya seca.

Era la india una vieja que tenía ciento tres años. Justificaban su edad las luengas cejas que tenía, de color de plata sucia. Era bajita, chaparrita, muy chaparrita, encojida por los lustros que viviera demás. Vestía muy pobremente, dejando ver a través de la camisa rasgada y sucia, con pelotones de masa adheridos, el exhausto seno, en el que colgaban los pellejos de las mamas agotadas, de color de tierra de camino.

Se llamaba Nana Tomasa; era parlachina; y por sus adivinanzas, sus curaciones y su edad, era respetada y temida por los vecinos; y también porque, según los díceres, embrujaba.

Nana Tomasa, que hablaba un lenguaje pintoresco, mezcla de otomí, mexica y castellano con declinaciones arbitrarias, recibió a los visitantes con locuacidad; veía

ella en los tórtolos una buena ocasión para ganarse un par de tostoncitos.

—Pasen lo niño y la niña a su pobre casita... pásenlo y siéntenselo se ratito... —dijo la india centenaria.

—Gracias, señora—contestóle el aviador, que no se cansaba de ver la acuarela primitiva, y que se había embobado en la contemplación de la mata de chayotes, que quedara temblando con sus frutos colgantes, al salir la vieja del jacal.

Una vez dentro de la casucha, a la que había que entrar agachado, Fémina y su afortunado galanteador sentáronse en unas piedras *ad hoc,* junto al "trastero", donde había algunos jarritos y cajetes antiguos, floreados de azul. Y desde sus asientos, los eróticos visitantes examinaban el interior de la choza, donde estaba el almacén del herbolario ambulante. Fémina y Rolando se ahogaban con el humo del ocote que atizaba la vieja al comal; pero se aguantaban, por no perder un detalle del *cuadrito.*

La bruja habló:

—¿Queren que lo adivine su suertecita? Yo les digo el poritita verdá por tostoncito. Yo lo adivino l'amor, los tlacos, el negocio, toditito lo que puede pasar a los sus presonitas...

—Sí, sí queremos—dijo el aviador.

—Pos déjamelo cchar no más esta tortía y oritita mesmo nos vamos por la juera... porque yo lo digo to purvinir asigún lo como vuelan los pajaritos.

Efectivamente, la vieja zahorí practicaba la heteromancia, esto es, la adivinación por medio del vuelo de los pájaros.

También sabía adivinar, según ella decía, por me-

dio de la sal, sistema conocido con el nombre de halomancia.

Salieron sortílega y cliéntulos para la pequeña terraza.

El herbolario, indiferente, echó un taco en la cocina, y después, trayendo unas correas, una hoja cortante, un pedazo de martillo y unas tachuelas, se sentó en un rincón de la era a componer sus huaraches.

La farsa iba a empezar:

—Míralo bien tos ojos pa los míos, niña; y tú tambien divísame pa los ojos, niño; míralo juerte pa Nana Tomasita.

Los clientes obedecieron; miraron fijamente a los ojos de la sibila.

A continuación, la india desató una mata de jaras que había arriba del cantil; se fijó bien en la dirección de las varitas al moverlas el suave viento que corría a las dos de la tarde. Luego, la vieja se untó en las manos una tierra color de ladrillo que tenía en un bote de hojalata, y después, adelantándose a un tormo que había a la vera de la terraza, se paró en aquella peña con los brazos levantados.

Rolando y Fémina miraban intrigados a la hechicera, que con ojos alcanzadores observaba el vuelo de los pájaros que revoloteaban en todas direcciones y se posaban aquí y allá.

La india hizo un gesto de lamentación; movió la cabeza; miró más tiempo, como para rectificar su adivinación, y, a poco, desconsolada, sin soltar la mano a sus clientes, la india les dijo:

A Rolando:

—Tú te lo matarán en la guerra; tú lo morirás pronto, niñito, en una guerra grandota; el pajaritos dicen que tú lo morirás en el aigre.



LA SIBILA

Ya te lo adiviné tu purvinir.

A Fémina:

—Tú, niñita bonito, ¡tan guapa que lo eres, probecita! también el pajaritos lo dice que te matarán por l'amor. Te cortarán tu gañotito blanco con un cochío.

¡Qué malo es tu suerte, niña chula! ¡Te salió un cardenal rojo que me lo habló de tu sangrecita!...

Fémina se entristeció algo; no tanto por ella, sino por Rolando Clerk, que había de morir más pronto.

¡Demonio de vieja! Ellos no creían en la horoscopia de la india; pero aquello de que Rolando moriría en el aire, quería decir que la vieja había adivinado que aquel hombre volaba.

Pagaron a la viejecita los dos tostones, y ella, entonces, les propuso adivinar con la sal.

Nana Tomasa trajo un puño de sal. Hizo tragar un granito a cada cliente. Tiró después la sal al viento, y recogiendo algunos granos, hizo una porción de muecas y ceremonias cabalísticas y acabó por decir a los enamorados que *salía el mesma cosa.*

Fémina se contrarió. Así que Rolando pagó los dos tostones, lo haló de allí.

—Vámonos—le dijo—porque esta vieja bruja me parece de mal agüero.

—No hagas caso de sus augurios. Si esto, para mí, es un entretenimiento, un paseo, un día *raro*...

—Es que me enoja que me pronostiquen tristezas. Vámonos.

La vieja, trepada en la peña, decía adios a la pareja:

—Adiós, marchantito güenos... quera Nuestro Padre Jesús que no los pase nadita... Hasta amoxtla...

yo tiahui pa mi casita y te lo echo mi bendición, niñitos... Hasta amoxtla...

Y, de pie en la altura, la india bendecía repetidamente a los felices besadores, trazando en el aire cruces y más cruces con su mano descarnada y gris...



XXIV

EL AMOR BREVE

Los que la conocían, conversaban la noche de aquel martes en el Teatro Principal.

—¿Qué la pasará a "La tórtola"? Has visto *qué bien está.*

—Sí. Ha estado muy bien esta noche. *Sintió* sus papeles.

¿Qué tenía? Que estaba enamorada. Que la había metamorfoseado el amor. Que la había sacudido y anonadado. Que había pasado a través de su temperamento una corriente de sensaciones emotivas. Que, como debe sucederle a todo artista, su corazón había vivido horas de sentimiento puro, como las había vivido antes de agestad y de tristeza, y aquella mezcla de sensaciones despertaba la ectimosis en su sangre, ponía sus nervios en necesaria tensión y llevaba a su cerebro irradiaciones de inspiración juvenil.

Eso tenía "La tórtola del Ajusco". Había tocado la dicha con su mano. Y una mano cálida y acariciadora, había puesto en sus hombros el tremor de la confianza alentadora que lleva al triunfo por el perfumado sendero del estímulo.

Para el que pinta un cuadro, para el que esculpe un mármol, para el que engarza burbujas de pensamiento en un soneto, para el que estudía, para el que canta, ningún aplauso tan estimulante como el del amor: ningún aliento tan animador como el de unos labios que se acercan a consumar nuestra obra con un beso.

Y él estaba allí. Interín "La tórtola" cantaba con dulzura y movía con majestad sus carnes de princesa frente al público, Rolando, el férvido amante, el hombre que volaba, estaba en el cuarto de la artista, tumbado en la *chaise-longue,* golpeándose la suela del zapato brillante con el bastón de enebro.

El estaba allí. Y a través de las decoraciones, la electricidad simpática, el fluido levantador de él, llegaba a ella. Ella lo sentía. Ella ya no trabajaba solamente con su medroso corazón: ella ya trabajaba con dos corazones. Y dos corazones juntos, oprimidos por el cinto de oro del amor, en la ciencia y en el arte, en la lucha por conquistar un laurel, pueden mucho. Ya lo sabemos.

¡Ay de los corazones solos que luchan solos, y que, en el afán de encontrar otro corazón para asociarse contra el miedo y la adversidad, encuentran ruindades y perfidias, egoísmos y rechazos; ay de esos corazones solos que, en vez de templarse para la lucha, desfallecen así más!

Siempre recibida por unos brazos abiertos que la esperaban en el camerino, "La tórtola" encontraba en ellos su apetecida gloria de artista y de mujer, y los besos del aviador, que seguían haciendo rostir sus labios de hembra deseosa, transformaban en un empíreo aquel cuarto del Teatro Principal, donde ella oyera tantas sandeces de galanteadores vulgares e inconstantes, que buscan en la macerada carne de teatro solamente la carne.

¡Si aquellos días se prolongaran!... ¡Si aquellos

besos pudieran ser retenidos por ella!... ¡Si pudiera quedarse para siempre con el círculo de aquellos brazos!... Pero ella misma veía la poca complacencia del Destino, que señalaba al aviador la semana de partida, la hora de volar quizá para siempre...

La segunda semana de aviación no se arreglaba; plazos y más plazos; palabras y más palabras; mórulas y más mórulas a la mexicana, para resolver, y, a la postre, nada: el contrato no se formalizaba.

El aviador decía a Fémina, a proposito de aquello; No parece sino que lo de *palabras, palabras*, lo dijo Hamlet refiriéndose a México.

Diez días llevaban perdidos los aviadores sin firmar el nuevo contrato, con perjuicio de los contratos que tenían para otros países.

La única que se aprovechó de aquellas moratorias, fué la impresionada Fémina, que en aquel decamerón para ella providencial, se sació de ósculos arrobadores y se cansó de volar, aprendiendo a dirigir el aeroplano, estudiando su mecanismo y aprendiendo hasta a hacer *virages* y *aterrizar*, dominando la máquina como si fuera experta aviadora.

Reíase la zalamera cuando excursionaba por el valle de México, trepaba en el "caballo del diablo", como ella solía llamar al zumbador monoplano de Rolando.

Aquello del caballo del diablo parecía una predestinación. ¡Cuántas veces había puesto el hado el caballo del diablo en el camino de la vida que recorría Fémina Ponce.

Cuando ella pensaba en esto, se acordaba de Pomar, de su cuento, de sus embriagueces, del caballo del diablo que se lo había llevado a él, del que se la llevara y se la seguía llevando a ella...

Pomar se embriagaba con alcohol: ella se embriaga-

ba con el viento y con el amor. Ella sentía el vértigo en la altura y en los brazos del que la hacía estremecerse, y, al mismo tiempo, ella sentía el orgullo de ser la crátera de mármol, la múcura destiladora en que un hombre venturoso bebía el vino de Lesbos...

*

* *

Un día fué "La tórtola" a darse un baño de vapor a los "Baños de Madrid". Fué a aquel establecimiento porque en los de más categoría no encontró agua.

El departamento de mujeres estaba lleno de ellas. Danzaban entre las duchas las Evas sudorosas que salían del vapor.

La imaginación de Fémina gustó la exposición del desnudo, porque había algunas mujeres bonitas bañándose.

Pero allí tal vez no se había desnudado jamás un cuerpo tan perfecto como el de "La tórtola del Ajusco". Buena prueba de ello fué que, cuando Fémina se desnudó, las mismas mujeres se admiraron y, gozándose. la vieron ondular ufana entre los chorros entrecruzados de las duchas, a través de la cinta de luz blanca que metía por una ventana de la calle de Soto el sol de medio día.

¡A las mujeres, con ser mujeres, les gustó en el baño aquella mujer!

Y hubo alguna que en el baño dijera: ¡Se explica que los hombres cometan tonterías!

... ...

Del baño se dirigió "La tórtola" al "Hotel Sánz", donde se alojaban los aviadores. Iba la jugosa en una carretela de bandera azul. Llevaba suelta la cabellera, de la

que destilaban gotas de agua que caían en la piel de cabra teñida de color de naranja que servía en la carretela para poner los pies.

¡Quién no las ha visto pasar así, del baño, ofreciendo la opima carne lavada a nuestros ojos buscadores!...

Cuando "La tórtola" llegó al "Hotel Sánz", Rolando Clerk acababa también de salir del baño, y un mozo le daba masaje.

Entró al cuarto del aviador con la confianza que se tenían, y, viendo el cuerpo apolíneo del rastreador de nubes, contemplándolo estuvo un largo rato, enamorada, enamorada...

Hizo el aviador un poco de ejercicio con unas pesas de hierro, y ella, enamorada, seguía contemplando con admiración y con súbito deseo el cuerpo de aquel Narciso.

—Me aseguran, Fémina—, dijo Rolando mientras se vestía el *juego de punto* de seda—que tienes un cuerpo ideal: ¿quieres tener la complacencia de mostrármelo plenamente? (Ya se tuteaban).

—¿Y quién te lo aseguró, si no se lo he enseñado a nadie?

—Mujer... lo habrá contado tu viejo...

—Ese no contó ni contará nada.

—Bueno: ¡enséñame tus líneas!... tú sabes que yo también soy artista.

—Sí, Rolando.

Ella se desnudó con recato. Ya que lo hubo hecho, paróse frente a la luna biselada del guardarropa que había en el cuarto, y en un arranque de vanidad y de coquetería, acercó las eréctiles puntas de los pechos a la luna.

¡Qué bien olía la cabellera húmeda y crespa, que él aprisionaba en los puños, soltándola después en liberta-

dos medios rizos que saltaban de la mano y caían en la colcha inmaculada!

Así que él se cansó—por decirlo así, que eso no cansa nunca—de palpar los encantos del ánfora amorosa, la arropó, y viendo la cara de Fémina, que envuelta estaba en las ondas de cabellos, descubrió a través de éstos los hermosos ojos que lloraban.

—¿Por qué lloras, tonta

—Lloro por el amor breve, Rolando.

—¡Vamos!... déjate de tonterías...

—Tonterías...—dijo ella apartándose los cabellos del rostro, suspirando y procediendo a ponerse sus ropas.

—¡Claro que son tonterías, Fémina!

—¿Nuestro amor es una tontería, Rolando?

—No: es una cosa excelsa.

—Bueno: pues nuestro amor excelso se va a acabar: por eso lloro.

—No se acabará, alma mía.

—Si me llevaras, no creo que se acabara.

—¿Pero cómo quieres que te lleve a Bélgica y que te pertenezca, si no me pertenezco a mí mismo? Este año, así que llegue a Amberes, tengo que entrar al servicio militar. Por consiguiente, tú no podrías estar a mi lado durante dos o tres años, y esto te haría sufrir más, ¿entiendes?

—Sí... entiendo... entiendo...

—No, Fémina: no me contestes así: tu reticencia denota que tú tomas mis explicaciones como un subterfugio mío para zafarme de tí. Y no hay nada de eso: yo soy, antes que nada, belga (no te ofendas): yo tengo que servir a mi patria: después... Dios dirá.

—¿Y me voy a conformar con amarte sólo unos días, menos de un mes?

—¡Tontuela! Me puedes amar cuanto quieras, como

yo te amaré desde lejos, esperando algún día acercarme a tí. Yo pasearé tu recuerdo por el espacio. Las nubes de mi país me recordarán las nubes del tuyo, por entre las que cruzamos tantas veces besándonos...

—No me basta el recuerdo, Rolando. Yo soy una mujer que nunca he querido a nadie: hoy que empezaba a querer con toda la fuerza con que querer se puede... te vas...

—Te escribiré. Nos escribiremos.

—Tú tienes *algo* en Bélgica, Rolando.

—¿Algo... qué?

—Alguna amante; alguna novia; alguna mujer... que te espera...

—Yo no tengo nadie que me espere en Bélgica, más que dos viejecitas: mi madre y la muerte.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro por el amor de mi madre.

—¡Qué suerte la mía!

—No llores más. Es una vulgaridad desear esos amores sempiternos de los burgueses de anhelos triviales. En el fondo de todo amor, para que el amor sea bueno, debe quedar siempre un poco de deseo.

—No me conforma tu filosofía.

—Hija... Eso de *hartarse* de amor hasta el hastío... no me parece de almas como la tuya... Deja que se abra el paréntesis...

—Es muy poco... es muy breve, Rolando, es muy corto el lapso de tus cariños...

—Pues mira: yo te juro, que quien te ame más tiempo que yo, no te ha de amar con más intensidad que yo. El amor breve tiene la ventaja de ser cualitativo: tú no creas en la felicidad del amor cuantitativo.

—Con qué frialdad hablas, como si se tratara de cultivos o de cantidades...

—Te hablo así, porque eres una mujer inteligente. Si no, te juraría amor eterno, como se lo juran los amantes adocenados.

—No tiene remedio—exclamó Fémina tristona, besando la frente del aviador, aquella frente que sólo besaban ella y los aquilones.

—Aún he de estar cuatro días en México, primor: y cuatro días de felicidad no son poca cosa.

—¿A dónde vas de aquí?

—Vamos a la Habana; de allí, a Buenos Aires, a cumplir un contrato, y en seguida, yo voy a Bélgica a ingresar a la escuadrilla de aeroplanos del ejercito.

—¿Me escribirás mucho?

—Mucho.

—¿Y me mandarás un aeroplano cuando tengas tres?

—Sí: te mandaré el "Número 2"; ese en que aprendiste a pilotear, y bajo cuyas alas fuimos tan venturosos aquella noche, ¿te acuerdas?

—¡No he de acordarme!

... ...

Cuando el aviador se fué, "La tórtola" empezó a *estar mal* en escena. El frío volvía. La pobrecita sentía un hondo desconsuelo al entrar a su camerino y encontrarlo lleno de mentecatos, sin ver allí al discobolo que la estimulaba con los brazos, con los labios y con los ojos.

¡Oh sabor agridulce del amor breve!

XXV

MARIO

Fémina recibió de los Estados Unidos una tarjeta postal que traía escritas estas palabras:

My dear Fémina: I am very happy in this country; and I remember much you.

Zavala.

—¡Vaya—se dijo la aburrida—, peor es nada!; Zavala se acuerda de mí.

¡Qué ocurrente! ¡Irse cuando yo empezaba a sentir afecto por él!...

Pero no: como el belga no hay un hombre en el mundo. Ese sí que *me resultaba.*

Voló... ¡Claro! Tenía que volar: si era un trasunto de ángel...

Así hablaba a solas "La tórtola", y al hacerlo, se humedecía los labios y se los chupaba, como si en ellos le quedara esencia de besos que saborear...

Lo del aviador lo sabían algunos concurrentes al foro del Principal, y el saberlo hacíalos creer que "La

tórtola" sería "fácil"... Era por eso que arreciaban los galanteos, que lejos de agradar a la vacante ánfora placentera, la irritaban extraordinariamente.

Nada tan desagradable para una mujer como un intruso que se siente *substituto* y capaz de consolar a una dama náufraga de una pasión trunca.

Entre los nuevos galanteadores de Fémina los había de todas raleas. El más pertinaz era Mario, el hijo del Gobernador del distrito. La tenía acosada, y la artista no sabía qué hacer con aquel obstinado pretendiente, que lloraba como un niño ante ella, que se le arrodillaba, que se ponía por ella las grandes borracheras, y que un día se iba a dar un plomazo.

Mario era un hijo de rico de la peor especie. Había pertenecido al ejército federal, del que su conducta hizo que lo dieran de baja; había sido oficial mayor en un ministerio, puesto que le venía grande; había sido ayudante del gobernador, secretario de Legación, comerciante en automóviles, dueño de molinos, empresario de *jacalones,* y en todo había comprometido a su padre, y en todo había perdido dinero, y ahora, cuando enamoraba a "La tórtola", era un perdido, un degenerado que vestía bien y seguía derrochando el dinero que la madre le proporcionaba a escondidas.

Su padre era gobernador, y Mario se aprovechaba de esta circunstancia para abofetear a los gendarmes, para que le abrieran las cantinas a deshora de la noche y para promover escándalos en todas partes, ya que estaba ebrio.

Bebía toda clase de menjurges, jugaba, acostumbraba el opio y la marihuana, tomaba morfina y se la sabía inyectar; conocía todos los paraísos artificiales. Era una bala perdida.

Sus mismos amigos, aun los que solían explotarlo,

apenas lo veían venir *en tono*, se decían unos a otros:
—*¡Vámonos, que ahí viene Mario!...*

¡Y este era el asiduo galanteador de Fémina Ponce! ¡Qué desesperación le daba a ella pensar en los asedios del perdulario tremebundo! Fémina consideraba como una verdadera desgracia para ella el que tal hombre hubiese puesto los ojos en su hermosura todavía honesta.

Y lo peor era que el Romeo alcohólico no cejaba. Estaba cada día más *pesado*, y ni siquiera se podía prohibirle la entrada al foro, porque... era el hijo del gobernador.

Si a ella no le faltasen cuatro meses de contratación, se iría del Principal; pero no podía hacerlo, porque la empresa no querría rescindir el contrato.

Quisiera que no, tenía que aguantar el asedio de aquel granuja, y esto, después de un amor tan ecuo como el que uniera a ella y a Rolando Clerk, era una tortura para la buena muchacha.

Ya eran famosas en la calle del Coliseo las tremolinas de Mario, que andaba a botellazos con los parroquianos del café, rompía los mármoles de las mesas, que no podían ser cobrados, y acababa por colarse al foro a abrumar a la pobre Fémina, cuyos amigos se veían negros para escudarla.

El idiota llegó una noche perfectamente ebrio al camerino de la artista; la requirió de amores con las palabras lascivas y triviales que solía emplear; la dijo que, si no le correspondía, la mataría y se mataría él allí mismo; la instó hasta el cansancio; y cuando ella, en un arrebato de cólera, le dijo que hiciera lo que quisiese, pero que no la molestara más, el energúmeno, tambaleándose, sacó la pistola y disparó sobre la artista, que se arreglaba el peinado para salir a escena, e inmediatamente el payaso trágico disparó contra sí.

Afortunadamente, el beodo no hizo puntería. La bala disparada a la tiple fué a dar al espejo del cuarto, haciéndolo trizas en su mitad, sin tocar siquiera el hombro de Fémina, sobre el cual pasó la bala encendida; y el proyectil que a sí se aplicó el pseudosuicida, sólo le chamuscó una de sus orejas de asno elegante.

Los que estaban con Fémina desarmaron al peligroso borracho y lo hicieron salir del foro a puntapiés y a empellones, sin que le valiera en aquella vez el ser hijo del gobernador.

De aquello no se supo nada en público, porque el señor gobernador procuró que se disimulara.

Encerrado en su casa por orden del padre, el desequilibrado dió en la manía de tragar morfina desproporcionalmente, sin que se supiera quién se la facilitaba; y cuando la marihuana llegaba a sus manos, Mario, en sus delirios de loco, clamaba por "La tórtola" con voz lastimera, y aquella situación era desesperada para la pudiente familia del gobernador, sobre todo para la madre de Mario, que lloraba por su *desgraciado hijito.*

Mario caía en profundo abatimiento después que pasaban en él los efectos de los tóxigos, y en sus melancolías de lunático, se negaba a comer; no dormía y se le escuchaba gritar de día y de noche.

—¡"La tórtola"!... ¡Quiero "La tórtola"!...

La criada de la casa, una vez, tuvo una cándida ocurrencia. Dijo a la madre de Mario, cuando la sirviente regresó del mercado de San Juan:

—Mire usted, niña: traje estas tortolitas de la plaza para guisárselas al niño Mario, a ver si así se le quita esa tentación de "La tórtola"... ¡La tórtola"...

—Anda de aquí, mujer... si "La tórtola" que quiere Mario no es de esas...—contestó la señora riendo.

Mario enfermaba. La carencia de tóxigos lo tenía

postrado. El médico dijo que había peligro de que aquel organismo minado desapareciera.

Entonces el gobernador y su esposa tuvieron una conferencia y tomaron una peregrina determinación: ir a ver a "La tórtola" y proponerle el matrimonio con Mario. Aquel era el único hijo varón que había en la familia. Mario heredaría medio millón de pesos. ¿Qué más quería la tiple, una tiple?—se decían los padres del gandul—. Quizá Mario se regenerara por medio del amor de Fémina. El así lo prometía, y el gobernador, a pesar de haber *calificado* a muchos borrachos y conocerlos bien, aún creía en las promesas de los borrachos, tal vez porque se trataba de un hijo suyo...

El gobernador, después de meditar un discurso, como si se tratara del 16 de Septiembre, fué a ver a "La tórtola" al Teatro Principal.

Fémina acogió al señor gobernador atenta y afablemente.

En el foro hubo sus caravanas para recibir a aquel personaje, no obstante el conocimiento que tiene la gente de lo transitorio de algunos elevados puestos.

Haciendo esfuerzos de *elocuencia,* y no omitiendo manifestaciones de autoridad y de hombre rico, el gobernador espetó su discurso a Fémina que, mujer lista, se dió cuenta de la esforzada epanórtosis del que hablaba.

"La tórtola" dijo al viejo gobernador, por toda contestación:

—Pues... mire usted, señor gobernador: sería más fácil que yo le correspondiera a usted, que a Mario.

La respuesta no dejó de halagar al estirado gobernador, que se tenía por gallardo, porque se lo habían hecho creer sus queridas compradas.

Sonrió el gobernador; disimuló cierto contento de

esperanzado y repitió sus proposiciones, haciendo la etopeya de su hijo, de quien, por cierto, era bien difícil poder hacer un recomendable retrato moral.

Francamente, Fémina tenía algún miedo al gobernador; por eso no lo despachó con cajas destempladas, sino que fué a despedirlo hasta la puerta del foro, sonriente, cortés, *agradecida,* pero declinando las ofertas del poderoso funcionario.

—¡Estaba lucida!—pensaba la pobre, ya que el viejo imbécil se había ido.

Lo curioso del caso fué que el gobernador tomó bastante en serio lo que Fémina le había contestado: que era más fácil que le correspondiera a él que a Mario.

Y hete ahí al señor gobernador, de vez en cuando, por el cuarto de "La tórtola".

—¡Ahora estoy más lucida todavía!—exclamaba Fémina ante sus amigos buenos.

Alguien contó a Mario lo que había pasado, lo que pasaba. Esto vino a crear una situación muy especial entre "La tórtola", Mario, el gobernador y su esposa, que tenía celos.

También el borracho tenía celos de su padre, celos atroces y atormentadores, que obligaron al vicioso a conseguir una poca de morfina, contando con la complicidad de la madre. También se había hecho el loco de una poca de marihuana, y cuando la fumaba, aquella casa era un manicomio infernal.

El goberndor había tenido que poner un gendarme de guardia dentro de su propia casa, para precaver a la familia contra los peligros del hijo descarriado.

Y, en verdad, el pobre padre sufría horriblemente. Lo que le pasaba era algo así como una página de novela truculenta.

¡Cualquiera se imaginaba lo que acontecía en aquella casa rica, donde reían las visitas y sonaba el piano; que lanzaba por los balcones abiertos sus notas anunciadoras de bienandanza!

El piano mentía.

¡Cómo engañan los pianos de las casas ricas a la gente que pasa!

*
* *

Mario dió un día con una botella de coñac, oculta en el comedor de su casa. Deseoso como estaba de alcohol, el vicioso recluido apuró en la tarde, en pocas horas, todo el contenido de la botella. Después fumó un cigarro de *hachich* que le facilitó el gendarme, a quien había sobornado.

En la noche hubo visitas de cumplimiento en casa del Gobernador, y Mario, ebrio, se presentó en la sala y puso en ridículo a la familia. El bébedo galanteó a las señoritas visitantes; cantó desentonado, sentándose al piano; hizo cuanto saben hacer los borrachos para quemarle la sangre a sus prójimos, y la madre, mortificada y sin poder quitárselo de encima, *tragó camote* abnegadamente.

Cuando llegó el Gobernador y se enteró de lo que pasaba, ideó una estratagema para llevarse a Mario de la sala, cosa que resultó exequible, yéndose ambos al comedor.

Allí el Gobernador acogotó al borracho y le preguntó:

—¿Qué te has propuesto tú?

—Nada, papá.

—¡Cómo que nada, y vas ebrio a la sala!

—No estoy ebrio, pa... pá...

—¡No estás ebrio!... ¡Idiota! ¿No sabes ya que no has de conseguir nada? ¿No te he dicho ya que esa mujer te rechaza? ¿A qué seguirte destruyendo, si nada has de lograr con eso?

—Pero tú sí lograrás algo, papá.

—¿Cómo? Explícate.

Sí... tú lograrás de "La tórtola" lo que yo no lograré, porque tú eres el Gobernador.

(Mario hablaba con torpeza, marcando la eféresis al omitir las primeras letras de las palabras.)

—¿Quién te ha dicho eso?—gritó el padre fingiendo, y contrariado porque su hijo descubriera su debilidad amorosa.

—No seas cómico, papá: no lo niegues: a tí te gusta esa cómica: no seas cómico papá...

—¿Pero quién te ha dicho a tí eso?

—Pa... pa... a... pá... no seas... ómico... Esa... ujer, tú me la has... itado...

—¿Que yo te la quité?

—Sí,... apá... tú me la has... itado... y eso... eso es muy feo...

—Mira bien lo que dices, Mario, porque te voy a dar una bofetada para que se te quite la borrachera.

—Lo... icho... apá... tú eres un... obernador inmoral y un... adre más inmoral... odavía... porque me has... itado el amor de esa... ujer ... y... or eso me tienes encerrado...

—¡Canalla!—rugió el Gobernador descubierto—, y la bofetada sonó en seguida, cayendo el borracho contra una vitrina de vidrios curvos, cortándose la cara y haciendo venir abajo el cristal de la vajilla en la vitrina guardada.

Al ruido, acudió la madre de Mario, dejando a las

visitas entretenidas con las señoritas de la casa. También acudió el gendarme puesto en la escalera para que no saliese Mario, el gendarme que, viendo sangre, y conociendo al autor de la occisión, nada podía hacer contra el señor Gobernador.

Cuando la madre se presentó en escena, Mario se levantaba ensangrentado, y viendo al Gobernador con ojos de chacal herido, le decía:

—¡Lástima que seas mi padre!

La señora se hincó a los pies del borracho y le dijo, suplicante:

—¡Mario, hijo mío, por Dios, cállate!

No me callo, mamá, no me callo...

—¡Mi hijito!... ¡Mario!... ¡por Dios!...

—A ver si lo callo yo rompiéndole más la boca— dijo el Gobernador.

—Aquí, el que debe callarse, es papá.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Acaso estoy borracho?

—No estás borracho, papá; y esa es tu agravante: que en tus cinco sentidos, has disputado a tu hijo el amor de una cómica, y has ofendido a mamá, que es toda una dama.

—¡Te voy a matar, bribón!

—¡Mátalo! ¡Y mátame a mí también, si tanto te estorbamos!—terció la madre cubriendo con su cuerpo al hijo y retando al Gobernador—. Si tuvieras juicio, no pasarían estas cosas.

El Gobernador, nervioso, se paseaba por el comedor a grandes zancadas. La señora limpiaba la sangre al borracho, que había recobrado algo sus sentidos con la sacudida, y el gendarme, cansado de ver *pleitos*, no sabía qué hacer en aquel caso ni a quién llevarse a la comisaría; y en la sala, entre las carcajadas de las visi-

tas, el piano sonaba alegre, lanzando sus octavas carnavalescas por los balcones abiertos...

*

* *

¿Llegaría a figura el Gobernador?—se preguntaban los concurrentes al foro, refiriéndose a si Fémina tendría algo que ver con el padre del chico.

—Yo creo—decía uno cierta noche, mientras Fémina estaba en el tablado—que *esta* ya cayó con el Gobernador.

—¿Por qué lo crees?—preguntaba otro.

—Porque ayer me dijo un empleado del Gobierno del Distrito, que "La tórtola" ha extendido algunas tarjetas de recomendación a favor de determinados individuos, y que el Gobernador las atendió inmediatamente. Sé de un mocetón de Tlalpan que se lo llevaron de leva: trajo la madre una tarjeta de Fémina al Gobernador, y el recomendado quedó libre.

—Eso no quiere decir...

—Además, a Fémina le gustan los viejos... ¡Es una acostumbrada!...

El que hablaba así, escupió, como asqueado.

Y Fémina no había correspondido al Gobernador. Lo que pasaba era que la maledicencia, que siempre quiere *que sean* las cosas que nos dañan antes que las cosas sean, la deturpaba.

Ella maldecía de su situación, y no tenía más consuelo que la esperanza de acabar pronto su contrato.

Una circunstancia inesperada vino a empeorar la situación de "La tórtola": la familia dejó salir a Mario de su casa, por consejo del médico, y una noche, acabándose de ir el padre del camerino, se presentó el hijo.

Mario iba flaco, amarillo, desencajado, con ojos de loco prófugo. Saludó a "La tórtola". Se la quedó viendo estúpidamente con aquellos ojos que daban miedo, y, humilde, reposado, la dijo, tendiéndole la mano:

—¿Me perdona usted, Fémina?

Cuando Mario se retiró, los amigos de la artista rieron a más no poder, y Fémina, rabiando, les decía:

—¡Ahora sí... *me salvé!*... ¡El padre y el hijo!

—¡Chóquela, "tórtola"!...—le decián los amigos bromeando, como si la felicitaran.

No era sólo aquella pesadilla doble la que atormentaba a "La tórtola"; tenía otra: el director de escena la había tomado con ella: las artistas tramaban intrigas para privarla de los "papeles" importantes: los periodistas que antes la adularan, desengañados de que no tendrían recompensa, ahora la daban puyazos en las crónicas teatrales. Decidamente ella estaba mal parada en el teatro.

Más aún: los males esporádicos de Josefita volvián a agravarse, habiendo obligado a Fémina a mudarse a "la casa de los espantos" desde hacía un mes; la salida del teatro era un peligro para la artista, que tenía que recorrer el camino de México a Tlalpan a la una de la mañana, en automóvil, con la escolta única del *chauffeur*, y sin que hubiera muchas seguridades en el camino, porque, en aquella época, se había cometido un crimen en un taxímetro, precisamente en la calzada de Tlalpan, y de noche.

Zavala escribía poco. Los *muchachos* amigos de antaño ya no visitaban "la casa de los espantos", dizque porque Fémina se había vuelto orgullosa, y porque la vieja se había vuelto mala con el dinero y, al parecer, la molestaban las visitas de los que la habían conocido pobre, en lo que había algo de cierto...

Sufría la buena Fémina por todas estas circunstan-

cias; ya no quería gloria ni dinero del teatro; prefería pasar hambres ocultas a pasar las desazones que pasaba.

... ...

Cuando expiró el plazo del contrato que tenía firmado con la empresa del Principal, "La tórtola del Ajusco" se quitó el mote con el pensamiento; despidióse presurosa de toda la compañía y, jurando no volver más a las tablas, se encerró en su casa de Tlalpan, entregándose a los cuidados que requerían los achaques de la señora Bustillos.

Y dijo que en aquella casa no recibiría a nadie: ¡tan cansada así estaba de la gente!



XXVI

VIENTOS DE MUERTE

El licenciado Pereda murió en el destierro. La noticia se la llevó a Fémina un notario que fué a notificar a "La tórtola" que era ella la heredera de "la casa de los espantos", que en una manda del testamento le había legado el extinto "científico".

El plazo de la hipoteca tenía un año de haber caducado, y la finca, al pasar a poder del licenciado Pereda, fué testada por él a favor de "La tórtola".

Fémina, en el silencio de su alcoba, consagró un recuerdo profundo y unas lágrimas a su amante paternal.

—¡Pobre licenciado!—pensaba ella—. ¡Con qué amargura moriría lejos de México, escarnecido, vilipendiado y quizá solo!

¡Puñal envenenado y agudo del destierro, que la mano del recuerdo agita en la herida, hasta que mata!

Fémina, al pensar en el licenciado, al llorar y rezar por él, recordaba una porción de cosas alegres y tristes. Recordaba su máquina "Underwood", su cuaderno de taquigrafía, el *Privado,* la güera... Recordaba toda su vida de púbera pobretona; recordaba sus viajes al em-

peño; recordaba "El Caballo del Diablo", de Pomar; recordaba la fanfarria del día de campo; recordaba su vieja casa del Cuadrante de Santa Catarina; recordaba a los muchachos, aquellos muchachos amigos, que eran malos... pero eran buenos.

Para don Pablo el de la casa de préstamos, tenía Fémina un recuerdo especial, cariñoso, grato.

—¡Los empeños!—se le ocurría a Fémina—. ¡Los empeñeros! No son tan malos. Es verdad que amarran las planchas con una cadena; pero *prestan*, dan de comer al hambriento. ¡Ay de los pobres de México el día que no haya empeños! ¿Qué sería de ellos si los gachupines se negaran a prestar?

No son tan malos los gachupines. No son tan malos. ¡De cuántos apuros sacan a los pobres! Rudos, eso sí: pero siempre *aflojan*. Y si son conocidos, prestan más. Altivos, francotes, los españoles del empeño, aunque sea a regañadientes, siempre remedian nuestra egestad, mientras que nuestros buenos amigos mexicanos, sonrientes y amables, urbanos y finos, no nos prestan nada. No son tan malos los empeñeros. Si llegaran a suprimirse los empeños, siquiera fuese por unos cuantos días, sabrían los necesitados de México lo que la caja de los empeñeros significa.

Fémina pensaba así. Hablaba así para sus adentros, viendo en su imaginación la cara del hosco don Pablo, que lloraba aquella vez al recibir la carta de España que le noticiaba la muerte de su *vieya*, acaecida en Asturias, y que, conmovido, le había prestado a Fémina los cinco pesos por el vestido, sin que los valiera.

Y al dar vueltas y vueltas a los recuerdos en su cabeza, Fémina acababa por acordarse fijamente del licenciado Pereda, su padre, su amante, su tutor, su amigo, que muriera en el destierro sin el calor de su Patria,

sin el calor de su pecho; él, que se quejaba de la frialdad de ella, aquella noche de luna que se compararon con los volcanes...

Y Fémina, llorosa, veía aún al licenciado en el sillón de la recámara, mirándose al espejo, calvo, triste, *acabado*...

En un arranque de ternura, Fémina puso una silla en la cama, subiose a la silla y, acercando los labios a una amplificación del licenciado Pereda, que estaba colgada del muro, besó el retrato del hombre ilustre con amor, con reverencia, con respeto. Y al bajarse de la silla puesta en la cama, viendo desde en medio de la pieza el retrato de su primer amante, dijo piadosa:

—¡Dios lo haya perdonado!...

... ...

Josefita manifestó cierta satisfacción al enterarse de la muerte del *sapo*. ¿De veras se había vuelto mala aquella vieja con el dinero, con la vanidad de la posición, como decían los muchachos?

No era precisamente eso. Era que ella, en la noticia fúnebre, y en los sucesos precedentes, veía el alcance de sus maldiciones. Sus anatemas se habían cumplido.

Por lo demás, ella misma había transigido con el licenciado Pereda, aunque para ella seguía siendo un viejo allárabe, pícaro. Lo que pasaba era que ella había recurrido a esa resignación, a esa conformidad forzosa que, si no existiera, las pobres madres tendrían que reventar.

Pero cuando Fémina la reprochaba el que se alegrara de la muerte de Pereda, Josefita, que se agravaba visiblemente, bajaba la cabeza y le contestaba:

—Tienes razón, hija: no sé para qué me alegro: ¡para lo que te he de durar yo!...

Sin embargo, la señora *no se reconciliaba* con el muerto, ni lo perdonaba. Allí estaba la prueba en la silla gestatoria que Josefita no había estrenado ni quería usar, no obstante la falta que le hacía para aliviar algo sus achaques con una postura cómoda.

—Perdona al licenciado, mamá—era la solicitud constante de Fémina, que amaba a su seductor más en muerte que en vida.

—¿Tienes mucha prisa?—respondía la señora—. Cuando yo muera, ya veremos. Te advierto que ese *batracio* y yo, nos veremos pronto en el otro mundo. Si quieres mandar algo para él...

—¡Oh, mamá... te pones terrible!

... ...

*

* *

En la agonía de Josefita Bustillos, su hija le preguntaba solícita y constante:

—¿Perdonas al licenciado, mamá?

La enferma, muy enferma, miraba a la altura y no respondía.

—¡Perdonas al licenciado, mamá!—clamó Fémina de rodillas, viendo los estertores de Josefita, que se iba.

—Sí, hija: lo perdono a él y te perdono a tí... Adiós, mi hijita...

La señora Bustillos, con mortal dificultad, rodeó con un brazo el divino cuello de Fémina, y mirándola con tristeza, fué cerrando los ojos... fué cerrando los ojos...

... ...

¡Cuánto lloró Fémina ese día! Cuánto lloró, de rodillas junto al lecho mortuorio, dentro del nudo que le

tendía al cuello el brazo de la muerte, aquel brazo que se fué enfriando, y a medida que se enfriaba y se contraía, iba apretando la cabeza de Fémina, iba atrayéndola hacia el pecho materno, iba atrayéndola...

¡Qué buena madre perdía "La tórtola"! ¡Qué frío iba a quedar el nido de "La tórtola" sin la madre reumática que arreglaba las pajas del nido y se acostaba temprano en él para calentarlo!...

¡Y qué frío iba a estar en la bodega de "la casa de los espantos" el viejo sofá tapizado de manta roja, sin que nadie se fuera a sentar en él!...

¡Cuitada Fémina! ¡Cuitada! Ella, que creía conocer la cara del Dolor, no la conoció hasta ese día. ¡Qué distintos son los besos que se dan a los vivos que se aman y los que se dan a los muertos queridos!

Ella, que se había negado a recibir visitas, no pudo evitar la visita de la muerte!...

Tenía un gran miedo. Sentía el pánico de los supersticiosos y de los adoloridos. ¿Quién más se le moriría? ¿Quién más se le estaría muriendo? Corrían vientos de muerte. ¡Dios mío!—exclamaba Fémina—es una gran desgracia tener madre, porque el dolor de verla morir, es mucho mayor que la ventura de poseerla y que el consuelo de sentirse acariciado por ella toda una vida...

... ...

Fueron muy pocos muchachos al entierro de Josefita. Fémina los extrañó mucho. Porque eran sus compañeros de dolor, del dolor y de la miseria de otros días.

Pero ella y la madre no habían invitado a los muchachos a las fiestas, a los triunfos y a las horas de los días alegres, y ahora, los muchachos se negaban a participar del dolor supremo.

Tenían razón.

¡Qué falta nos hacen los amigos viejos, los camaradas de tristeza, en la hora de los trances angustiosos!

¡Qué desolada estaba el álma de Fémina, aquella alma a la que, encima del daño que le hiciera la vida, todavía llegaba a alcanzarle el daño de la muerte!

En aquellos días, el único consuelo que experimentó Fémina, fué la llegada de Zavala, que regresaba de los Estados Unidos, después de cinco meses de ausencia.

Zavala le trajo un par de hermosos perros de Terranova; le trajo un barquito para navegar por la presa de Las Fuentes Brotantes, y con su amistad de hermano cariñoso, le trajo un lenitivo para reanimarla, para seguir viviendo.



XXVII

LAS VICTIMAS DE LOS VIEJOS

Estaba "La tórtola" enlutada *tristeando* en su casa, cuando oyó sonar la mano de bronce del aldabón.

¿Quién tocaría?

Fémina ordenó al *chauffeur* que se enterase de quien era, y que si se trataba del Gobernador o de su hijo, que la negara.

El *chauffeur* regresó pronto a la sala y dijo a "La tórtola":

—Es una señora o señorita rubia; dice que se llama Marta, y que desea mucho verla a usted.

—¡Marta!... ¡La güera!—habló Fémina—. ¡Qué raro!...

Dígale que pase.

La güera, también de luto, subió presurosa.

Fémina la esperó con nerviosidad, sin saber qué actitud tomar, porque no sabía a qué iría la famosa rubia. Secóse las pálpebras húmedas para que la güera no la encontrara llorando.

—Fémina, buenos días...

—Buenos días, Marta... ¿qué milagro?

—Ninguno... Fémina... Supe de la muerte de su

mamá, por el periódico, y vine a saludarla y a acompañarla un rato en su dolor, en sus dolores, que tienen mucha semejanza con los míos.

Los ojos de la rubia se humedecieron.

—¿Qué le pasa, Marta?

—Poco más o menos, lo mismo que a usted.

—¿Sí?

—Sí, Fémina. Empezaré por decirle que yo creo que no me guardará usted rencor por *aquello* de cuando éramos empleadas del licenciado Pereda... porque yo, Fémina, también *caí,* también caí con él...

—¡Cómo!... Explíquese...

—¿Puedo hablar con toda confianza, Fémina? ¿No se enojará usted?

—No, mujer, ¡no!...

—Pues, verá: Yo también caí con el licenciado: y caí por causa de usted.

—¡Ay, Marta, yo soy la que caí por causa de usted!...

—Entonces, caímos la una por causa de la otra. ¡Qué *águila* era el licenciado! ¡Cómo nos puso frente a frente!... ¿Se acuerda usted del collar de corales?

—¡Cómo no he de acordarme!

—Usted me tomó odio por aquello, ¿verdad, Fémina? Y yo no la podía ver a usted ni en pintura.

—Fuimos unas tontas... Pero... en fin... yo no me arrepiento...

Yo sí, porque el licenciado no me trató como la trató a usted: no me dejó nada de dinero, y yo, ¡figúrese! tengo un niñito de él...

—¡Un niñito!

—Sí, Fémina: un *sapito*: eso es lo único que me dejó.

—¡Ay, pobre de usted!...

La rubia lloró. Y balbutió, entre sollozos:

—Soy muy desdichada, Fémina!...

—¡Vamos!... No se aflija. Veremos que se hace por el niño y por usted.

—Gracias, Fémina. Yo ya sabía que usted tiene buen corazón. Pero dígame con toda franqueza: ¿Ya no me odia usted, Fémina?

—¡Calle, tonta! ¡Cómo la voy a odiar! ¿Por qué, si todo pasó ya?

—Pues deme un abrazo, Fémina.

Las dos víctimas se abrazaron. Lloraron juntas algunos minutos.

—Yo fuí a verla a usted algunas veces al teatro—dijo la güera—y quería hablarle: pero nunca me atreví a entrar al foro.

—¡Ay, hija: más vale que no haya entrado usted: aquello es el infierno!

—¿Sí?

—Sí, Marta. A mí, el teatro me desvaneció las ilusiones más tiernas.

—¡Yo que quería meterme a corista!

—No se lo aconsejo, Marta.

—¿Nunca me vió usted aplaudirla?

—No, nunca.

—Pues yo la aplaudía a usted mucho cuando la veía trabajar.

—Dios se lo pague, Marta.

—¿Y qué piensa usted hacer ahora, Fémina?

—¡Qué sé yo! Aburrirme, llorar...

—Usted es artista; puede todavía...

—Yo no soy nada, güera. Mi carrera artística no fué lo que yo pensaba. El público ya no se acuerda siquiera de mí... Y ahora, ni soy una burguesa, ni soy

una bohemia, ni soy recordada, ni soy amada, ni rica, ni pobre, ni... Nada: no soy más que una huérfana.

—A mí también se me murió mi madre hace poco.

—Por ese lado, la compadezco a usted más que por ningún otro.

—Vino mucha gente al entierro de su mamá, ¿no es cierto? Yo ví en las "Sociales" del periódico que vinieron muchos artistas, muchos periodistas... y el Gobernador del Distrito.

—No me hable usted de artistas ni de periodistas... ¡son una gente!... Si es el Gobernador, vino porque... ya se figurará usted por qué vendría...

—¡Ah!... ¿sí?... ¿Le hace a usted el oso?

—El y su hijo. Y aprovecharon la muerte de mamá para *encajarse*. Pero ya no les recibo más. Figúrese usted que el hijo está medio loco. Era morfinómano y marihuano, y ahora dejó eso y le dió por el ajenjo. Por ahí anda el pobre, perdido, infurto en absintio. El otro día que me asomé a la ecfora de la fachada, ahí andaba paseándose bajo los fresnos, en la calle, tambaleándose.

—¿Y no le tiene usted miedo?

—No, porque tengo ese par de perrazos que me trajo un amigo que llegó hace ocho días de los Estados Unidos. Y, además, tengo al amigo. Es un muchacho muy bueno que se apellida Zavala. Ya lo conocerá usted.

—Bueno, Fémina: yo ya me voy. Sabe que le doy sinceramente el pésame por lo que le pasó.

—¿Cuándo vuelve, Marta? ¡Venga un día de estos, y traiga al niño!...

—Sí; lo voy a traer. Y voy a traerle a presentar a una muchacha amiga mía que también fué víctima de un viejo.

—Yo también tengo una amiga en las mismas condiciones. Habemos muchas.

—¡Pobres de nosotras

—Entonces, ¿cuándo viene, güera?

—El día que usted quiera.

—Venga el domingo, que está aquí Zavala. Traiga a su amiga. Y traiga al niño para que corra por la huerta.

—¿Es de usted esa huerta?

—Sí: la huerta y la casa: es lo que me dejó el licenciado. Así es que, mientras esta quinta dé maíz y frijoles, usted no se apure, que habrá para todas...

—¡Ay, Fémina, qué buena alma tiene usted! ¡Gracias!

—Venga. Le voy a enseñar la huerta. Cortaremos una poca de fruta para que se la lleve a su chamaco.

—Si todavía mama.

—No le hace. Se comerá usted la fruta y él siempre participará de algo.

—¡Qué Fémina!

"La tórtola" enseñó su posesión a Marta, y al despedirse, quedaron ambas en traer el domingo a sus amigas, a las otras víctimas de los viejos.

*
* *

Salía Fémina de oir misa del próstilo de Tlalpan ruinoso templo que está frente al sócalo, cuando vió subir por la cuesta de la estación de los tranvías a Marta, con su niño de la mano y acompañada de otra mujer, una chaparrita morena, bonita, mal vestida la pobre, con las medias zurcidas y los choclos ladeados.

Fémina corrió al encuentro de las dos muchachas, y después de haberle sido presentada la morenita, que se llamaba Rosa, hizo este saludo al hijo de Marta, tomándolo en brazos:

—¡Hola, *licenciado!* ¡Ven acá, hombre! No puedes negar la pinta. ¡Mira qué prietito eres!...

—¡Muy feo mi pobre hijito, Fémina: qué quiere usted!

—¡Ah. Pero quién sabe si herede el talento de su padre! ¿Verdad? (acariciando el niño). ¿Verdad que tú vas a ser un *sapito* inteligente? ¿Un "científico"?

La morenita decía a Marta al oído:

—¡Qué buena es!—refiriéndose a "La tórtola".

—¡Para qué lo traen andando!—protestó Fémina con ternura.

—Si ya lo cargamos en la cuesta; pero pesa mucho... y yo me sofoco.

—Vamos a la casa—dijo Fémina.

Cuando llegaron, Zavala estaba jugando con los perros en el períbolo de "la casa de los espantos", por la parte del jardín.

Estaba Fémina presentando a Zavala con Marta y con Rosita, cuando llegó Emma, la otra víctima. Hízose la presentación en globo y subieron todos a la sala a descansar un poco. Fémina subió en su brazos por la escalera al hijo de Marta, y Zavala cargó a una hijita que traía consigo Emma, una niña que también era hija de un viejo calaverón.

—Oye—dijo Fémina a la criada, que acudió—: ¿Ves cuántos somos? Todos vamos a comer aquí.

—No se moleste, Fémina—dijo la rubia.

—Nada de molestias. Comeremos juntas. ¿Qué te parece, Zavala?

—Muy buena idea, joven vertebrada.

Mientras estaba la comida, se charló en la sala de Fémina:

—¡Qué raro se me hace!... ¡vernos reunidas cua-

tro mujeres jóvenes víctimas de tres viejos!—observó "La tórtola".

—Lo más raro es que usted y yo somos hermanas; hermanas de... ¡ay! no lo digo..

—Son ustedes las flores de los viejos—intervino Zavala.

—Flores estrujadas—agregó Marta.

—¿Por qué los viejos malditos harán tantos destrozos con las muchachas? — preguntó Rosa, la morenita.

—Porque tienen dinero—afirmó Emma.

—No siempre—dijo Rosita—. ¿El de usted tenía?

—Sí—contestó Emma—. Era el dueño de la casa en que vivíamos Fémina y yo en el Cuadrante de Santa Catarina. Yo caí por no poder pagar la renta. ¿Y usted?

—Yo—explicó la morena—, caí porque el viejo me perseguía tenazmente. Era mi sombra. Me seguía a todas partes. Y como era un viejo elegante... bien parecido...

—¡Ah! Pues el mío era feo como el diablo. Era dueño de una jabonería y de otros negocios; pero lo único que me dió... fué eximirme de pagar la renta mientras le *serví*.

—Entonces, las que tuvimos mejor *suerte* fuímos nosotras, Fémina.

—¡Valiente suerte!—exclamó "La tórtola".

—Si estuviera aquí Pedro Ramos—dijo Zavala—hablaría de los aparadores.

—¿Qué es eso?—interrogó Emma.

—Es un muchacho amigo nuestro que sostiene la *teoría* de que las muchachas se pierden por causa de los aparadores, que las tientan—explicó Fémina.

—Pues no anda tan desacertado...—afirmó Emma.

—¿Usted qué piensa, señor Zavala?

—Yo, Marta, pienso una cosa: Que los muchachos jóvenes, en su mayoría, no tienen dinero para sostener a las muchachas, porque el dinero se empieza a tener a medida que se envejece, y como las muchachas que *caen,* como dicen ustedes, casi siempre son pobres, pues, naturalmente, prefieren a los viejos, no ya para que las compren lo que hay en los aparadores, sino para que las mantengan, cuando menos. Porque, de muchacho, ni eso puede hacer uno: mantener a una mujer. Y, naturalmente, las enamoradas necesitan comer. Hay otra circunstancia: que los jóvenes, fiados en su juventud, no instan a las muchachas tanto como los viejos, ni las hacen tantas promesas.

—Pues a mí, mi viejo, ni siquiera me mantuvo. Y nunca me compró nada. Ni siquiera me alquiló un piano que me prometió, y que me hace tanta falta.

—Rosita—dijo Marta a Fémina—toca *muy bonito* el piano, y, además, compone. Acaba de hacer un vals precioso.

—Lo conoceremos—dijo Fémina.

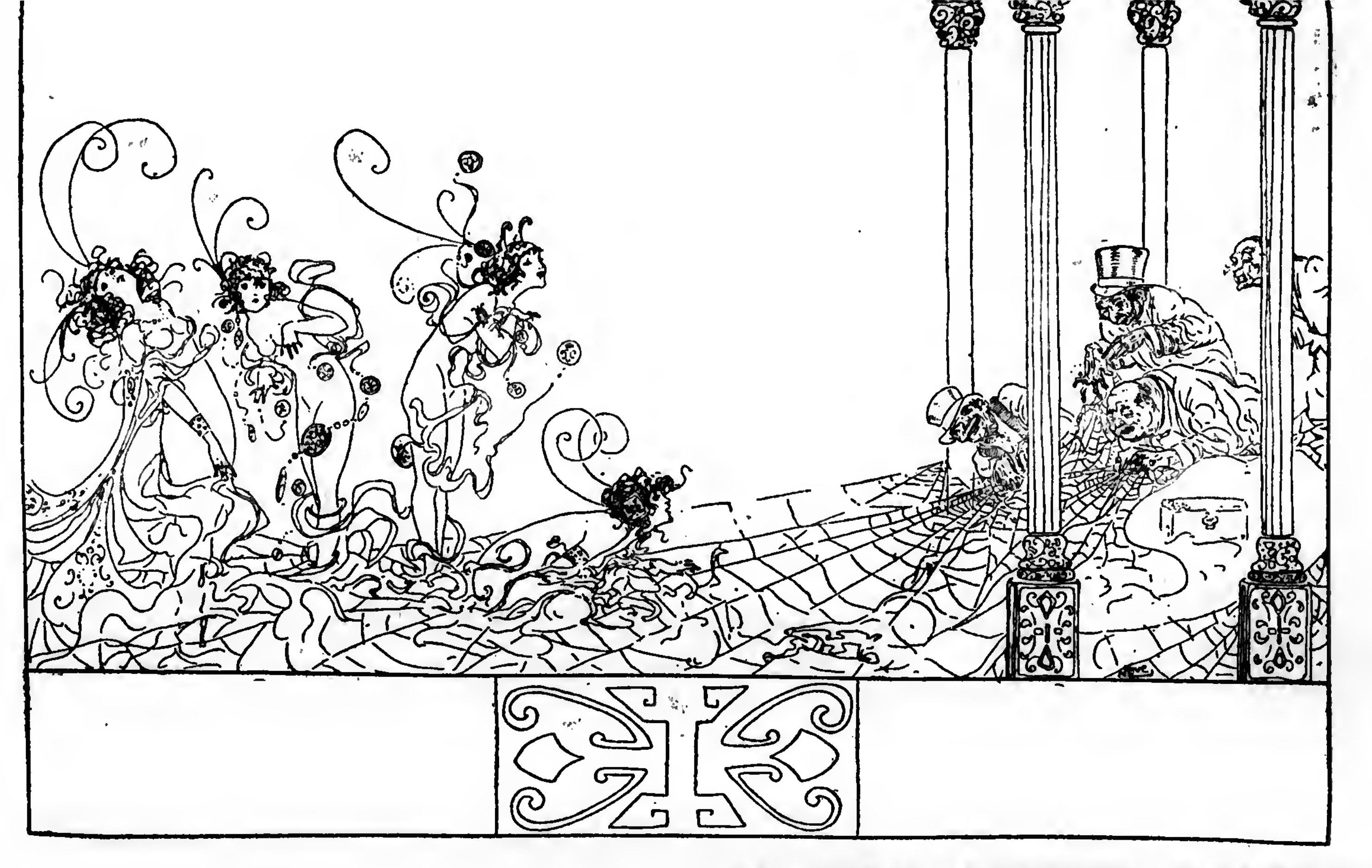
—Si no tuviera usted luto, se lo tocaría.

—No importa—habló Fémina inspirando confianza a Rosita—, yo estudié ayer; tratándose de estudiar, la música es compatible con el luto. Puede usted tocar su valse.

La morenita fué al piano, viéndole Fémina, por detrás, las medias rotas donde hacía fuerza el talón del choclo.

Tocó Rosita con gusto tres o cuatro piezas suyas, convenciéndose todos de que se trataba de una verdadera compositora.

—Tiene usted mucha, pero mucha disposición, Rosita—díjole Fémina—, y su música es muy original. ¿Por qué no sigue estudiando?



LAS VICTIMAS DE LOS VIEJOS.—(Simbolismo)

—No tengo piano.

—Venga usted a estudiar al mío, siempre que quiera. Y a ver si publicamos esas piezas.

—Antes quiero colocarme.

—Lo mismo quiere Emma. Y para eso, voy a darles a ustedes dos recomendaciones que no van a fallar, aunque me comprometan un poco: para el gobernador.

—¡Ay!—exclamó la güera—otra vez a la máquina de escribir. Lo mal que la tratan a una cuando ya no es señorita.

—Se aprieta una el corsé y pasa por señorita—repuso vivamente la morena.

—Eso usted; pero yo, con estos pechos...

La rubia, al decir esto, se desabrochó el pecho y sacó una ubérrima teta para dar de mamar al niño.

El *sapito,* feo como un castigo, *prieto,* panzoncito, con los pelos lacios y los pies y las manos de gorila, pegó los gruesos labios al pecho brotante de la rubia, clavando el muñeco de terracota sus garras en el seno blanco de Marta.

—Así las clavaba su padre—observó Fémina, sonriente y bonachona.

Ya que el chamaco se hartó, púsose a jugar con la hija de Emma. Los dos hijos de los viejos se entendían. Simpatizaban y sonreían inocentemente. Se abrazaban los angelitos, como llevados por el sentimiento afín de su orfandad...

El hijo de Marta soltó una gran meada en la alfombra, mortificando a la madre.

—No se preocupe por la alfombra. Déjelo ¡pobrecito!, al fin que la alfombra, su padre la pagó.

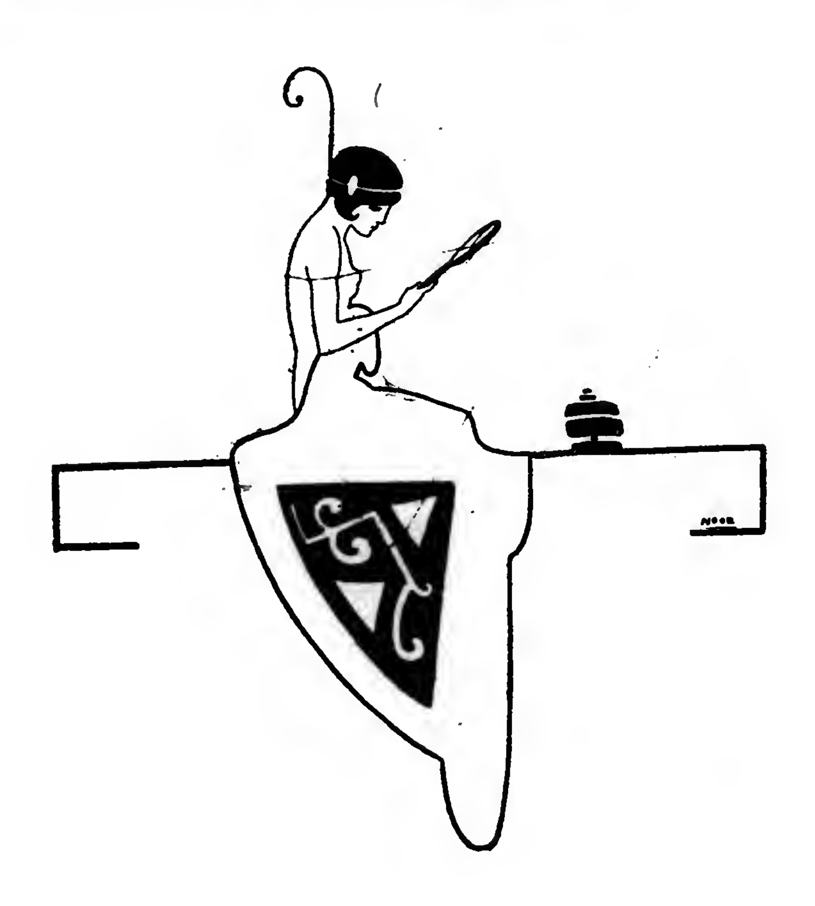
—Esta Fémina de veras tiene un corazón de tórtola—aseveró Marta.

—Vamos a comer—invitó Fémina.

En la mesa, Fémina se sentó al *licenciadito* en las piernas y le dió de comer, y Rosa hizo otro tanto con la hija de Emma. Aquella familia de desdichadas confraternizaba admirablemente.

Por la tarde recorrieron la huerta, obsequiando Fémina con fresas y otras frutas a sus amigas y a los nenes, y al irse las abandonadas, Fémina no se olvidó de darles las recomendaciones que, según supo después, dieron el resultado apetecido.

Quedaba Marta sin colocación; pero Fémina la ayudaba con una suma mensualmente, y Zavala, que había invertido en casas parte de su capital, dió a la rubia una vivienda para que la habitara de balde.



XXVIII

VIENTOS DE AMOR

Al cumplirse el primer mes de haber muerto Josefita Bustillos, Zavala acompañó a Fémina al cementerio del Tepeyac, a donde la hermosa huérfana iba, por cuarta vez, a llevar flores al sepulcro de la buena madre.

Hermoso camposanto el del Tepeyac; único tal vez en la tierra, por su situación topográfica y por sus bellezas en los detalles naturales y artificiales. A gusto deben estar los muertos en aquel montículo aislado y alto, cerca de la Virgen, que tiene su casa al pie del cerro, desde donde quizá abogue por las almas de los que allí cerca están enterrados.

Interin Fémina, postrada en la tierra todavía fresca del sepulcro materno al extremo de la gruesa lápida de mármol de Carrara, entre los macetones llenos de lirios y de rosas, oraba y gemía; Zavala, el esciente y próvido Zavala, paseaba por las encantadoras callejuelas del Tepeyac, con bóvedas de enramadas floridas, enramadas que abonan los labios de los niños y de las doncellas que yacen bajo tierra; enramadas que alimentan los corazones de las madres y que asaz por eso siempre tienen efluvios de terneza y están perennemente verdes y lozanas aquellas plantas pródigas en flores...

¡El Tepeyac! El único cementerio donde se sienten deseos de morir, porque es más bello, mucho más bello que la vida...

¡Cuántas manos curiosas y amantes van a sacudir el polvo de aquellos mármoles, de aquellas piedras, de aquellos bronces y de aquellos cristales, para que el olvido no borre los nombres de los muertos ni la fecha en que se fueron! ¡Cuántos ojos piadosos y bellos de las damas mexicanas, tan llenas de dolores y de angustias que se suceden interminablemente, irán a verter lágrimas en aquellas tumbas que, por la altura en que están, se acercan al cielo más que ningunas otras y están más próximas a la mano de Dios! ¡Cuántas Avemarías se desgranarán allí de las cuentas de los rosarios de nácar y de azabache, a la sombra cupresina, cuando el sol agonizante dora los mausoleos como no ha podido dorarlos el arte!

Y era esa la hora en que Zavala y Fémina, que habían subido de bracero por la cuesta de la Virgen, visitaban el cementerio del Tepeyac, enhiesto en su apacible poesía vespertina; poblado ya, en los rincones con enredaderas, de románticas sombras azules que proyectaban los arbustos dafnáceos y las alas de los ángeles esculpidos que velaban el sueño de los que descansaban en las tumbas!

¡Romanticismo! Eres eterno como el alma, pensaba Zavala, paseándose y deteniéndose por las sendas pobladas de flores a las márgenes y llenas de inscripciones cariñosas; aquellas sendas de suelo apisonado y liso, a las que, al salir la luna, salen los niños de sus cajitas blancas y se ponen a jugar...

¡Qué ideal había visto Zavala a Fémina en su oración! Aquella mujer arrodillada, tan particularmente

hermosa, tenía algo de ángel, y el contemplarla despertaba codicia de poseerla y anhelo de consolarla.

El amor que nace entre el dolor, es el mejor amor.

Descaecida, con el pañuelo con cenefa de luto limpiándose el rostro adorable, ella salió del Tepeyac del brazo sostenedor del amigo, y aquel brazo solícito y fuerte, la ayudó a bajar la cuesta de la derecha, más inclinada que la otra, y por cuya empedrada pendiente sentía "La tórtola" de cuello albo y de plumaje negro que sus piernas desfallecían, quebrándosele las rodillas al dar el paso.

*
* *

En aquellos días, la salud de Fémina decayó un poco. Estaba delicadamente nerviosa. Palideció bastante. Y tendía a adelgazarse.

Zavala le dijo una mañana.

—Fémina. Te veo muy mal. Y te voy a prescribir un régimen. ¿Entiendes?

—Sí, Zavalita.

—Bueno: pues es necesario que te distraigas; que reanudes tus baños de agua fría y que salgas temprano de tu casa: a Chapultepec, a las calzadas, al Desierto de los Leones, al monte, a fuera...

Yo te acompañaré, que también estoy un poco neurasténico.

—Está bien, Zavala.

—Entonces, mañana empezaremos.

Al otro día, bien temprano, tomaron el camino de Coyoacán, San Angel, Mixcoac y Tacubaya, y llegaron en el auto de "La tórtola" a Chapultepec.

Zavala obligó a Fémina a subir y bajar la escalinata de piedra que lleva al castillo por el lado Oriente del

cerro peñascoso y poblado de arbustos caprichosamente podados y matizado de geráneos que caen en ondas.

Luego pusiéronse a contemplar la fuente virreinal que al pie del cerro está, descifrando las inscripciones coloniales, echando monedas al fondo del manantial esméctico, donde saltaban los sábulos, y escuchando con arrobamiento el ruido del agua nueva que se iba por un tubo.

—¡Por qué me gustarán a mí tanto las fuentes!... decía "La tórtola" fijando sus ojos de niña en el abísico manantial.

—Vamos al bosque — propuso Zavala retirándola de la baranda de hierro—, que quiero enseñarte algunos rincones donde la soledad de la poesía incita y consuela.

—Dicen que es cursi venir a Chapultepec.

—No es cursi, Fémina. Eso depende de la hora en que se venga.

Los *snobs* han dado en llamar cursi a todo lo que es bello en nuestro país. No hagas caso.

Cuando así hablaban, entraban en la "Calzada del Rey", que los recibió con una bocanada de frescura eclógica.

De aquella calzada subieron al Molino del Rey, en cuyas ventanas sin maderas ni cristales leyeron la tristeza histórica del ruinoso edificio. Vieron con calma el tejado, en el que se posaban los pardales que canturreaban. Palparon los húmedos y macizos arcos del acueducto, y, pidiendo permiso, entraron a visitar el molino y la cercada huerta.

Saliendo, bajaron al bosque por el camino de Dolores, por el que iban subiendo perezosamente los tranvías funerarios, cual si los muertos no quisieran llegar a donde los llevaban...

En aquel camino vieron una quinta deshabitada, plantada de pinos cabeceadores y rumorosos; con un candado en la reja mohosa; con las calzadas invadidas por las hierbas de los prados, lo que hacía pensar que los pies que trillaban aquellas arenas habían huído, estaban lejos...

Más arriba, en la tapia de la quinta, había una puertecita tristona, bajo un cobertizo saliente formado por tejas y por madera que se pudría y caía en pedazos, y en la clave de la puerta, polvoso y triste, un moño de crespón negro...

—Vámonos—dijo Fémina—. ¡Esto me hace daño!

Bajaron por una rampa que conducía a una pista arenosa rodeada de pinitos podados en forma de valla circular. Allí olía porfiadamente a resina, y Fémina se sintió bien.

De aquel sitio partió Zavala con "La tórtola", enseñándole todo lo más curioso, todo lo más recóndito y menos frecuentado de Chapultepec, que es lo que más invita a meditar, a respirar y a creer.

A las diez de la mañana se desencadenó un viento Sur que hacía chocar las copas de los eucaliptos y les arrancaba plateados dedales que olían a alcanfor y hojas de caprichosas formas, que los paseantes recogieron seleccionándolas, para formar con ellas una panoplia.

—Esta es una cimitarra—decía él.

—Esta es un hocino—decía ella.

—Esta semeja perfectamente un puñal.

—Mira esta: ¡qué curiosa! parece un tranchete; y tiene la punta roja, como si estuviera ensangrentada.

—¿Sabes que con las bellotitas, ensartándolas en un alambre podemos formarles los mangos?

—Sí; y con trocitos de rama; de estos que tienen la cáscara pinta.

—Yo le encargaré al carpintero que nos haga una panoplia forrada de terciopelo rojo, y en ella colocaremos estas "armas" *sui géneris.*

—¿Pero no serán de mal agüero, Zavala?

—¡Cállate, tontuna!

—¡Ay... me preocupo!

—¡Vaya! Estás pensando en los vaticinios de la india bruja, que te sentenció a ti y al aviador, tu... aviador...

—¡No te metas con él!... ¡Pobre! ¡Quién sabe qué suerte haya corrido!

—Mira... Aquel es el quiosco de los enamorados... Vamos a verlo, ya que de tus amores nos hemos acordado... Ese quiosco tiene muchas leyendas... leyendas de amor.

El viento del Sur arreció, haciendo un "fortísimo" en la sinfonía de la arboleda.

—Me siento bien—dijo Fémina—. Aquí corren vientos de amor.

—Sí: el viento canta.

—Y promete.

Llegaron al *quiosco de los suicidas,* en el primer tramo Oriente de la "Calzada de los Poetas", precisamente en el tramo de bosque que hace esquina a la "Calzada del Rey", y allí se dedicaron a examinar, entre broma y veras, las tonterías escritas y grabadas en las maderas del exágono que forma el quiosco, techado con paja.

—Mira—dijo Zavala viendo al poste del pino del lado por que sale el sol—, esto no está mal. Oye: te voy a leer:

Y en un cuadro trazado con lápiz, leyó:

"Tu boca es ramo de flores
que suave fragancia brinda.
Tú, la página más linda
del libro de mis amores.
En ti mi ventura fundo,
pues eres ángel *gallardo,*
oasis que *anima* el fardo
del desierto de...

Está tachado lo que falta.

—Lo de *oasis* que *anima el fardo* está infumable, tú—protestó Fémina.

—Y lo *gallardo* del ángel, también.

—Seguramente, este poeta no era nada gallardo, Zavala.

—Vamos a ver otro.

Zavala leyó en el mismo poste, más a la derecha, dentro de un escudo:

María

"Estrella que alumbró con sus destellos *al* bosque en una mañana de gloria."

—Eso no estaría tan mal, si las estrellas alumbraran en las mañanas.

—Aquí abajo han puesto:

Bueyes

—Ve qué bien grabado está esto en letras góticas. Dice:

Recuerdo
María Luisa

—Y de este otro lado, grabado con navaja—dijo Fémina—, se lee:

Marta
y
A. Medina
V.—V.—S.

—Mira la última inscripción del poste, allá abajo:

AMOR

—En este poste de la izquierda hay un gorro frigio con rayos, tallado en relieve. ¿Quién tendría esta paciencia?

—Tal vez el mismo que la tuvo para tallar aquella herradura con la navaja: vela allí, en el poste siguiente.

—Y en el palo del techo, sobre ese mismo poste, mira lo que dice:

"Viva *Feliz días* (!) y el que no diga *es* fusilado."

—Y otro puso debajo:

"Y no muy bien."

—De este otro lado está:

Lupita M. M.—7—14—13

—Más abajo, hay escrito:

"Alga*v*eño." "Feliz." "Idiotas." "Bue*ll*es." "Borregos."

—Y otras picardías, fíjate.

—Mira la inscripción en la mesa central del quiosco:

Teófilo G. García

Teófilo

—¡Qué buena navaja se traía este Teófilo!

—Hasta arriba escribieron: Lee lo que dice en la clave del quiosco:

A. A. M.

A. A. M.

"Adalberto Miranda"

—Fíjate aquí, al Poniente. Un gusano que levantó la cáscara del palo, dejó grabada una Guadalupana.

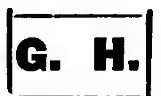
—De veras, ¡y qué perfecta!

—Y mira aquella inscripción de lápiz tinta en la tira del techo, al Noroeste: dicen las letrotas:

Recuerdo de Gonzalo Guzmán y Pedro Zúñiga. Dic. 13 *de* 1914. *Morelenses.*

—Tiene flechas y estrellas de adornos.

—En el poste central hay unas iniciales indelebles:



—Aquí, al Norte, veo:

"Es*h*ter"

—¡Dónde fué a poner la hache este bárbaro!

—Ven a ver: este escudo grabado en el asiento del lado Noroeste, está bonito. Tiene letras:



—¡Y qué hondo lo grabaron!

Así se entretuvieron Zavala y Fémina un buen rato, dando vueltas al quiosco de los suicidas, descifrando aquellas tonterías, como paleógrafos del amor.

—A mí, lo que más me hace pensar—dijo Zavala—son estas iniciales, porque son mudas, Fémina, y quizá digan más que las palabras completas.

—Sí. Son rastros de almas...

—¡Pobres gentes! Bien han gastado puntas de lápices y mellado navajas "del arbolito" en estas leyendas estultas!...

—Por eso se chotea a Chapultepec, Zavala.

—Bueno. Pero la ignorancia de estas gentes no nos puede hacer dudar de su sentimiento.

—Eso sí—dijo Fémina—. La gente no sabe leer, pero sabe sentir.

—Aquí se han matado algunas pobres desencantadas.

—Y quién sabe si algunas—objetó Fémina—hayan sido muchachas buenas, enamoradas de verdad.

—¿Crees tú que en estas palabras aquí escritas y grabadas, pueda haber *algo?*

—Puede que sí, Zavala. Sobre todo: creo que aquí habrá habido pensamientos amorosos buenos, quizá los que no han sido grabados...

—Como los míos, Fémina.

—¿Los tuyos?

—Sí, los míos.

—¿Hacia quién?

—¡Hacia tí, pobrecita!

Fémina bajó la vista. Zavala le ofreció el brazo y salieron por una calzada umbría.

Andando, la dijo Zavala:

—¿Qué has pensado de tu vida, Fémina?

—Nada, Zavala; nada...

—Pues yo sí he pensado. He pensado en que seas mi mujer.

—¿Cómo?

—Como tú quieras.

—¡Ay, Salvador!... con razón decía yo que aquí corrían vientos...

—De amor, Fémina. El viento lo decía...

Yo no quisiera hablarte de esto aquí, para que no me tildes de cursi; pero... de una vez: ¿Quieres ser mi mujer? Tu vida y la mía son unas vidas tales, que yo no sirvo más que para tu marido, y tú no sirves más que para mi mujer. ¿Comprendes?

—Sí, Zavala, lo comprendo.

—Quiero tomarte bajo mi egida, pobrecita mía, y

alejar de tu vida toda sombra y todo dolor que te acongoja.

Siéntate un rato en esta banca, para que hablemos: ¿Tú no crees, Fémina, que yo te quiero desde hace mucho tiempo y he dejado a todos que se saciaran de ti, con la esperanza de que fuera para mí el sobrante?

—Pero, Zavala: tú puedes casar con una muchacha núbil de tu posición: tú ya ves quién y cómo he sido y soy yo... mi vida...

—Tu vida... haz de cuenta que corremos sobre ella el telón de boca, que dirían en el teatro.

—Siendo así...

—Vuelvo a preguntarte: ¿Quieres ser mi mujer?

—Sí, Zavala.

—¿Me tienes afecto? Dilo mirándome a los ojos.

—Sí, te lo tengo, Salvador.

—Eso, llámame Salvador, tu Salvador...

—Sí: tú eres mi Salvador.

—Bien: si tú quieres, nos casamos: yo haré lo que tú desees.

—Con que me quieras, me basta. El casamiento sale sobrando.

—¡No he de quererte! Yo que vi a "La tórtola" crecer; que sufrí con ella; que la enseñé a cantar; que corregí las modulaciones de su voz; que fuí un guardián y un defensor de su felicidad: que la vi ahora cubrirse de lágrimas y de luto...

¡Ven acá, cuitada! Ya no estás sola en la brumosa playa de tus penas.

Así diciendo, el buen amigo atrajo a la desolada artista hacia su corazón, animándola con caricias muy delicadas, muy escogidas, muy suaves, muy tranquilizadoras.

—Ahora sí me parece que es bueno Chapultepec.

—¿Por qué, Fémina?—le preguntó Zavala tomándola del brazo y andando.

—Porque aquí el amor despierta.

—Voy a decirte lo que es Chapultepec:

Salvador Zavala, llevando de su brazo izquierdo a "La tórtola del Ajusco", accionando con la diestra, deteniéndose y avanzando por una calzada, rumbo al automóvil que aguardaba por ellos, recitó:

Tiene su abolengo, tiene su realeza,
tiene su alegría, tiene su tristeza
este nuestro bosque de Chapultepec;
algo que retiene, algo que convida,
algo que en nosotros renueva la vida
y las ilusiones al entrar en él.

Entre los efluvios de estas viejas frondas,
las penas parece que no son tan hondas,
y las esperanzas suelen renacer...
¡Sagrado refugio de los mexicanos!
¡Seamos conscientes; estemos ufanos
de este nuestro bosque de Chapultepec!

Estos ahuehuetes son los patriarcas
del bosque; descienden de altivos monarcas,
y el heno les puso barbas de virrey;
en estos floridos legendarios suelos,
estos ahuehuetes son nuestros abuelos
que nos cuentan muchas historias de ayer...

Estos ahuehuetes hablan con las rocas
por sus cicatrices, que semejan bocas,
de lo que es la vida... lo que el tiempo es...
Estos ahuehuetes son unos ancianos;

su aeroplano "Número 2", bajo cuyas alas fueron ustedes felices alguna vez.

Yo cumplo el encargo de mi hijo infortunado, consignándole a usted el monoplano, y al hacerlo y participarle a usted el trágico fin de mi Rolando, le ruego a usted que pida a Dios por él.

La saluda a usted, transida de dolor por este infausto suceso, su servidora

Elizabeth Villalba, viuda de Clerk

Fémina hizo todo lo que pudo por contener las lágrimas para no disgustar a Zavala allí presente, fresca como estaba su declaración amorosa; pero, por más que hizo, sus ojos se humedecieron, no sólo por la noticia en sí; también por la tribulación contagiosa que transmitía la sentida epístola maternal.

Fémina dió a Zavala aquella carta para que la leyera, y mientras él lo hacía, "La tórtola" se limpió furtivamente los ojos.

Zavala, después de leer, dijo a Fémina:

—Ahora, lo que hay que evitar es que ese aeroplano llegue aquí, porque eso vendría a afectarte más.

No acababa de decirlo, cuando llegó otra carta de un comisionista de Veracruz, avisándole a Fémina que, por ferrocarril, le facturaba las tres cajas en que venía el aeroplano, cargándole en cuenta los derechos y gastos de embarco.

—Ya ves, Zavala; no tiene remedio... Como la carta viene retrasada, el aeroplano ya llegó.

—Bueno: mira lo que haces: tú comprenderás que esto... no puede *caerme* bien... Te dejo sola para que llores con libertad, pero...

—¡No te vayas, Zavala!... ¡No seas así con los muertos, con los pobres muertos!...

—Fémina: Yo no puedo tolerar *cuernos* ni en la imaginación; por dentro de la cabeza me hacen más daño que por fuera.

—¡No seas así, Zavala!... ¡Compadéceme! Apiádate de estos dolores congénitos que me persiguen desde niña, que me abatieron desde mi pobre adolescencia y que me siguen toda mi vida, a través de las sedas y los encajes; entre el brillo de las alhajas; entre la espuma de los vinos... ¡Este dolor que nació conmigo!...

—Bueno: a ver qué haces; al fin que, por mi declaración, no hay nada perdido: todavía no eres mía.

—¡Zavala!

—Mañana vendré a verte. Eso sí: te digo que no quiero ver aquí ese aeroplano.

Zavala se fué.

También a él le contrariaba que el destino fuera así. ¿No podía haber venido la carta de Bélgica en otra ocasión?

*
* *

Como lo prometiera, "el vertebrado" se presentó en "la casa de los espantos" al día siguiente. Y encontró a Fémina llorando junto a las cajas en que venía empacado el aeroplano, que ya estaba allí.

—¿Llorando, eh?

—Sí; ¡pero ya no voy a llorar!

—¿Qué es eso que escondes en el seno?

—Es... es... un...

—¡Ajá: un retrato del aviador!...

—Sí; pero ya lo voy a guardar. ¿Quieres que lo rompa? No debo hacerlo; pero lo haré si tú quieres.

—Para qué, Fémina, ¡para qué! Tú querías mucho a ese hombre. ¿Para qué vamos a perder tiempo?

—¡Oye, Zavala, Zavala... ven acá!...

—Mira: si no dejas de llorar y si no se llevan de aquí esas cajas, no hablamos más.

—¡No seas egoísta!

—No es que sea egoísta; es que todo esto te hace daño, niña; si no lo hago solamente por mí: lo hago también por ti, por ti, que estás como estás...

Voy a buscar unos cargadores que se lleven ahora mismo ese "caballo del diablo".

—¡Escucha... oye... mira! El aeroplano nos puede servir: yo quiero volar con él; yo sé manejarlo...

—¡Ah! ¿Esa otra locura tenemos? Bien me decías antier: que yo podría casarme con una muchacha núbil: que tu vida... ya se interpuso el inconveniente de tu vida, tu pasado... Pero no hay nada perdido, te repito.

—Zavala... Vamos a hablar.

—No tenemos ya nada que hablar, niña caprichosa: tus caprichos te han perdido siempre y te seguirán perdiendo.

—Salvador... oye... ¡no te vayas!...

—Adiós, Fémina... ¡No me beses, no me beses... que me lleva la...!

—Mi Salvador... ¡no me dejes así!...

Zavala se fué. Ella salió a la calle tras él, llamándolo; pero Zavala, moviendo la cabeza negativamente, ni siquiera volvía el rostro. Iba bien enfadado.



XXX

BACANAL

Pensaba "el vertebrado" en su despacho, paseándose:

—He sido cruel. La pobre Fémina, después de todo, tiene razón. Llora por un hombre a quien quiso. Eso prueba su lealtad, la lealtad de su corazón. Así lloraría por mí el día de mañana.

Pero no; no debo transigir con que arme el aeroplano y lo pilotee; se mataría, ¡claro que se mataría!

Veremos. La visitaré uno de estos días con cualquier pretexto.

Pensaba Fémina en su casa, dando vueltas por el espacioso patio de la antigua "casa de los espantos":

—Zavala tiene razón. Yo debí reprimir el llanto. Y si el aeroplano disgusta a Zavala, que se lo lleven... que se lo lleven...

Sólo que esto es una traición a Rolando, al pobre Rolando, aquel que me quiso... ¿Me querrá Zavala tanto como el aviador?

¡Quién sabe!

Luego se puso a jugar con los perros de Terranova que le trajera Zavala de Nueva York. Jugaba con

ellos como si jugara con Zavala. Y les decía: ¿Se fué "el joven vertebrado"? ¿se fué? ¿y se enojó mucho?... pero volverá, ¿verdad que volverá?...

En ese momento llamaron al zaguán.

La misma Fémina fué a abrir.

—¿La *señorita* Fémina Ponce?

—Su servidora.

—Venimos en comisión a hablar con usted.

—Tengan la bondad de pasar...

Era un grupo de oficiales de una facción revolucionaria, uniformados todos a la usanza del ejército americano.

Los acompañaba el director de escena del Teatro Principal, que saludó afectuosamente a la artista retirada.

—Señorita—dijo el general Cataño, que hacía cabeza del grupo—, venimos a invitarla a usted a que se sirva tomar parte en una función de caridad que se dará esta semana en el Principal, a beneficio de la Cruz Roja y de los heridos.

—Señor... agradezco que se hayan acordado de mi... pero... está muy reciente la muerte de mi madre... y... yo no me siento con ánimo de cantar.

—Ya tuvimos en cuenta su luto, Fémina; al pensar en invitarla, ya pensamos en su tribulación; pero... a pesar de eso, resolvimos verla, porque la figura de usted *nos dará entrada*—díjola familiarmente el director de escena.

—No sé qué decirles... yo no podría cantar... estoy llena de amarguras... (Lloraba.)

—Mire usted, señorita—terció un coronel de la comisión—, cante una cosa chiquita... cualquier cosa... el caso es que el público la vea a usted...

—Eso—terció otro coronel—. Y se trata de una obra filantrópica, señorita...

Esto ablandó algo el corazón de Fémina, que dijo:

—En fin... veré... haré un esfuerzo.

—"La tórtola del Ajusco" podrá llenarnos el teatro—habló otro general.

El amor propio de Fémina, halagado, se inclinó favorablemente.

—Entonces, ¿cuándo la vemos a usted?—preguntó un mayor.

—¿Cuándo es la función?—interrogó, a su vez, Fémina.

—Pasado mañana—la dijo el general Cataño.

—Ya no hay tiempo...—pensó y habló Fémina.

—Por eso: ¡resuélvanos usted de una vez! Piense usted en que ahora no hay artistas en México...

—Bueno—dijo Fémina—, pues... iré.

—Tantas gracias, señorita—agradeció Cataño.

—Se lo agradecemos porque se trata del dolor de todos, señorita, y creemos que usted querrá estar bien con la revolución—se dejó decir un teniente coronel.

—Y sentimos lo que le ha pasado, Fémina—dijo despidiéndose el director de escena—. Allá, los muchachos y muchachas de la compañía tienen muchos deseos de saludarla a usted.

—Díganme ustedes—preguntó Fémina a los militares—: ¿qué ha sido de un muchacho Carlos Manzanares que se fué a la revolución de 1910 y que era capitán en tiempo de *aquello* de la Ciudadela?

—¡Ah!... Carlitos...—dijo Cataño—. Es ahora coronel de Estado Mayor. ¡Bravo muchacho! En esta revolución peleó mucho contra la dictadura.

—¿Ha hecho carrera?

—Sí, señorita, ¡cómo no!

—¿Aquí está en México?

—Sí.

—Vaya—dijo Fémina—, me alegro que le haya ido bien.

Con estas últimas palabras, despidió "La tórtola" en el zaguán a los comisionados.

*

* *

La función a beneficio de la Cruz Roja fué un éxito. Y un éxito también la aparición de "La tórtola del Ajusco", a la que el público había olvidado ya, pero que fué estruendosamente aplaudida por un público nuevo, compuesto en su mayor parte de revolucionarios triunfantes, pertenecientes a uno de los bandos disidentes.

Vestida de negro, con un ramo de violetas en el pecho escotado, luciendo la blancura de su cuello incomparable y la turgencia de su seno de diosa, "La tórtola" apareció en escena con toda la gallardía de sus diez y ocho años bien cumplidos; y cantó de tal manera, poniendo todo el sufrimiento de su corazón en las notas ternísimas que emitía, que el teatro se venía abajo.

La comisión la agasajó espléndidamente, sobre todo el general Cataño, hombre fogoso e impresionable, buen mozo, espadachín y decidor, al que le gustaba Fémina de una manera atroz.

Daban aquellos jefes y oficiales una fiesta aquella misma noche en una rica residencia de la Avenida Juárez, residencia de que se había incautado el general Cataño, y éste anduvo diligente en comisionar a otros artistas del Principal para que invitaran a Fémina a

aquella fiesta, aunque solamente estuviera en el banquete.

Fémina rechazó indignada la invitación. Eso sí no lo podía aceptar.

—¿Es usted capaz de desairarnos así, señorita?—decíala el general Cataño en el foro, mientras se tomaban unas copas de champaña en honor de los artistas.

—Señor: sería un cargo de conciencia que yo fuera a una fiesta cuando el cuerpo de mi madre todavía...

—Ya lo sabemos, señorita; pero vaya usted solamente al banquete, a la cena: eso es compatible con el luto—habló un coronel.

—No es posible, señores, dispénsenme... Tomo esta copa de champaña y me voy.

(Ya era la segunda que tomaba.)

—Un ratito *no más,* señorita—instó un capitán.

—Sí, Fémina: vaya usted un ratito; nosotras vamos a ir todas—insinuó una tiple.

—Quince minutos—insistió el general Cataño—. Un cuarto de hora. Toma usted algo con nosotros y se va.

—Bueno: iré un rato. Pero les ruego que no me entretengan... porque estoy muy delicada y no me puedo desvelar.

*
* *

La cena fué opípara. Los vinos importados por el millonario dueño de la casa que habitaba el general Cataño con su Estado Mayor, eran escanciados y sorbidos en abundancia. El comedor de la casa del prócer resplandecía de luz, y era desbordante la alegría en aquella convivialidad. Estaban en el banquete todos los artistas

que habían tomado parte en la función caritativa, artistas que pertenecían a los diferentes teatros de la capital. Esto tranquilizaba algo a Fémina, que estaba entre algunos compañeros y compañeras.

En la mesa del banquete, Fémina tenía de un lado al general Cataño, que no le caía mal, y del otro, a un actor, compañero de escena.

Estaban todos alegres, menos "La tórtola" enlutada.

—No esté triste, señorita: beba usted conmigo—le propuso el general Cataño.

—Es que se me está subiendo, general, y la champaña me hace un daño espantoso.

—¡Pero no queremos verla a usted así. ¡Salud!

—Salud, señor.

Y, por no dejar, Fémina bebió, aunque bien sabía que aquella copa era para ella como de cicuta.

Las tiples, las coristas, todos los cómicos, bebían sin tasa y brindaban por Fémina; pero a ella no la consolaba nada de aquello, y los primeros efectos del refinado licor de Francia comenzaban a producirle malestar.

—Tómese usted una por mí, señorita—dijo el general Cataño, insinuante.

—Ya no puedo, señor; ya me quiero ir... este no fué el trato...

—Esta por mí, señorita—. ¡Señores! — gritó Cataño—¡que viva "La tórtola del Ajusco"!

—¡Que viva!—aclamaron todos, alzando las copas.

Fémina empezaba a sentirse mal: el comedor ya le daba vueltas. Quiso pararse; pero Cataño se lo impidió, rogándole:

—Un momento, señorita. Ya nos vamos a ir todos de la mesa.

Ella accedió. Sentíase en una pendiente peligrosa,

y se asombraba de ver cómo bebían los demás, que la envolvían en el torbellino de la locura orgiástica.

En la mesa empezaba a notarse el desorden característico de las francachelas. Sólo Fémina, serena y gallarda, erguía su busto incitante frente a los cristales rotos y los manjares trinchados. Su belleza era la flor blanca de aquel banquete. La flor blanca y también la flor negra.

La orquesta tocó "La cucaracha", que fué saludada con aplausos. Después, un general pidió "La Valentina".

Aquellos revolucionarios tenían razón en estar contentos. Celebraban su triunfo, un gran triunfo histórico.

Fémina quería irse, porque sentía que el general Cataño *se encajaba,* arrimándole las rodillas por debajo de la mesa, sin que ella pudiera retirar su cuerpo y esquivarse al contacto. Y al darla unos palillos limpiadientes, Cataño cogió a Fémina los dedos...

¡Pobrecita! Quería retroceder y no podía. Estaba en un terreno clivoso. ¡Qué difícil es detenerse en la pendiente de la vida, aunque se sienta que se va al fondo del abismo!

Acabado el banquete, empezo el baile, siendo *parejas* de los militares todas las artistas.

Fémina no bailó, naturalmente. En eso la respetaron; pero aquellos hombres que venían de la campaña, y que estaban sedientos de divertirse, la cansaban a galanterías, y, sobre todo, el general Cataño no la dejaba respirar. Todavía en la sala, le hizo tomar otra media copa de champaña.

"La tórtola" ya se sentía medio borracha. Los demás, las demás, borrachos estaban todas y todos. La crápula ya no se disimulaba. Aquella toda era gente de-

cente, según decían todos, pero la gente decente, cuando se emborracha, es peor que la gente indecente.

Se bailaba con cierta libertad. Se cantaban "couplets" picarescos de zarzuelas. Había besos por los rincones de la sala. Aquella era una bacanal.

Un aplauso saludó a un joven coronel que llegaba a la fiesta y que tomaba *al hilo* cuatro copas con los generales: era Carlitos Manzanares. Fémina, así que lo vió, quiso huir por la escalera llena de soldados; pero el general Cataño la atajó.

Cuando ella explicó por qué se iba, él le propuso que se fueran al oratorio de la casa, donde no la vería el coronel Manzanares.

Accedió, porque fueron vanas las súplicas para que la dejaran ir.

En el oratorio, el general Cataño quiso besarla. Ella lo rechazó al principio; pero al cabo, Cataño la besó.

Fémina se puso a llorar. Cataño la abrazó con fuerza, revelando con sus movimientos ciertas pretensiones.

—¡No!—clamó ella—. ¡En el oratorio no!

El general Cataño la oprimía con sus brazos de atleta; la oprimía y la besaba, y ella, entre los *humos* de la champaña, levantaba los ojos al Corazón de Jesús que había en el oratorio y le decía con el pensamiento: ¡Señor... por qué me abandonas así!...

... ...

Eran las tres de la mañana cuando ella salió de allí en su automóvil, para Tlalpan.

El general Cataño mandó a un sargento y a tres soldados que la escoltaran en otro auto, hasta su casa.

Cuando ella salía del palacio de la Avenida Juárez, llorosa y desesperada, la orgía llegaba a su mayor desenfreno. La luna bañaba de luz la estatua ecuestre de Carlos IV. La orquesta de la bacanal volvía a tocar "La cucaracha", y luego "La Valentina"...



XXXI

LA PAZ DE LOS SEPULCROS

Cuando la mataron, Zavala estaba un poco delicado de salud, tanto por el disgusto que tuviera con Fémina, como por la contrariedad que le había causado verla cantar en la función a beneficio de la Cruz Roja, sin que le hubiese pedido a él su parecer. Por este motivo, y porque Sus Majestades los conductores de tranvías continuaban en huelga, y en Tlalpan había tiros, Zavala no fué a "la casa de los espantos" hasta pasados ocho días.

Cuando él llegó a Tlalpan, la plaza estaba convertida en ágora: había en ella un mitin para celebrar la toma de la ciudad por parte de las tropas del gobierno entonces recién establecido en México.

Zavala, sin detenerse a oír la detestable oratoria de los demagogos paniaguados, se abrió paso entre la multitud y fué derecho a la recidencia de "La tórtola", deseoso de ver a Fémina y ceder, ya que ella no cedía.

Y al llegar a "la casa de los espantos", se enteró el pobre de la terrible noticia. El recorrió la casa abandonada, guiado por los perros de Terranova, que le querían decir algo y no podían, y, desesperado, preocupa-

do, fué a hacer preguntas a un vecino, quien le contó cuanto había pasado, aconsejándole que fuera a buscar a Petra Morales para que lo informara detalladamente.

Fué mortal el mazazo que Zavala recibió cuando le relataron el suceso, que le parecía inverosímil.

En casa de Petrita Morales, la buena mujer le explicó todo, dándole el pedazo de camisa con el calograma, que la mestiza guardaba cuidadosamente.

Bajo el sauce llorón en que apareciera el cuerpo de Fémina, Zavala hizo toda clase de conjeturas, con la esperanza de encontrar el hilo del crimen damnable.

Petrita fué con Zavala al cementerio de Tlalpan, para hacerle conocer el sitio en que Fémina estaba enterrada. Y la ocasión no pudo ser más desventurada para Zavala: cuando él llegó al cementerio, el cuerpo de Fémina estaba precisamente fuera del sepulcro. Andaba practicando el gobierno en aquellos días algunas averiguaciones en las necrópolis, haciéndose exhumaciones para descubrir los délitos perpetrados por los gobernantes anteriores, y los exhumadores, que con frecuencia se equivocaban, sacando un muerto por otro, se habían equivocado ese día en el cementerio de Tlalpan, exhumando el cuerpo de "La tórtola del Ajusco" en vez del cuerpo de un político asesinado a quien buscaban.

Zavala, frente a aquel cuadro dacriopeo, no pudo menos de llorar abundantemente, arrodillado ante el cadáver séptico de aquella desdichada, que el Destino no había querido que fuera para él.

Allí estaba Fémina, abierto el edredón en que la envolviera Petrita Morales; abiertas las sábanas con el calograma en las esquinas; allí estaba Fémina, aquella beldad desgraciada desde la cuna al sepulcro, a través de su vida de precipitación incontenible; allí estaba, con las manos como si las fuera a juntar para balbutir un

rezo o para pedirle perdón a Zavala; allí estaba, hermosa todavía, en la actitud de una dea dormida, con el seno desabrochado y con los ojos cediendo ya al ecpiesmo de la muerte...

Acercándose mucho a ella, Zavala lloraba a mares, regando con sus lágrimas la faz descompuesta de su amada; de la que iba a ser su amada...

Los perros, que acompañaron a Zavala en la excursión de aquel día doloroso, acercábanse también al cuerpo de Fémina y gruñian al mirarla.

Sólo el sol, que no tiene lágrimas, pudo ver aquel cuadro sin llorar.

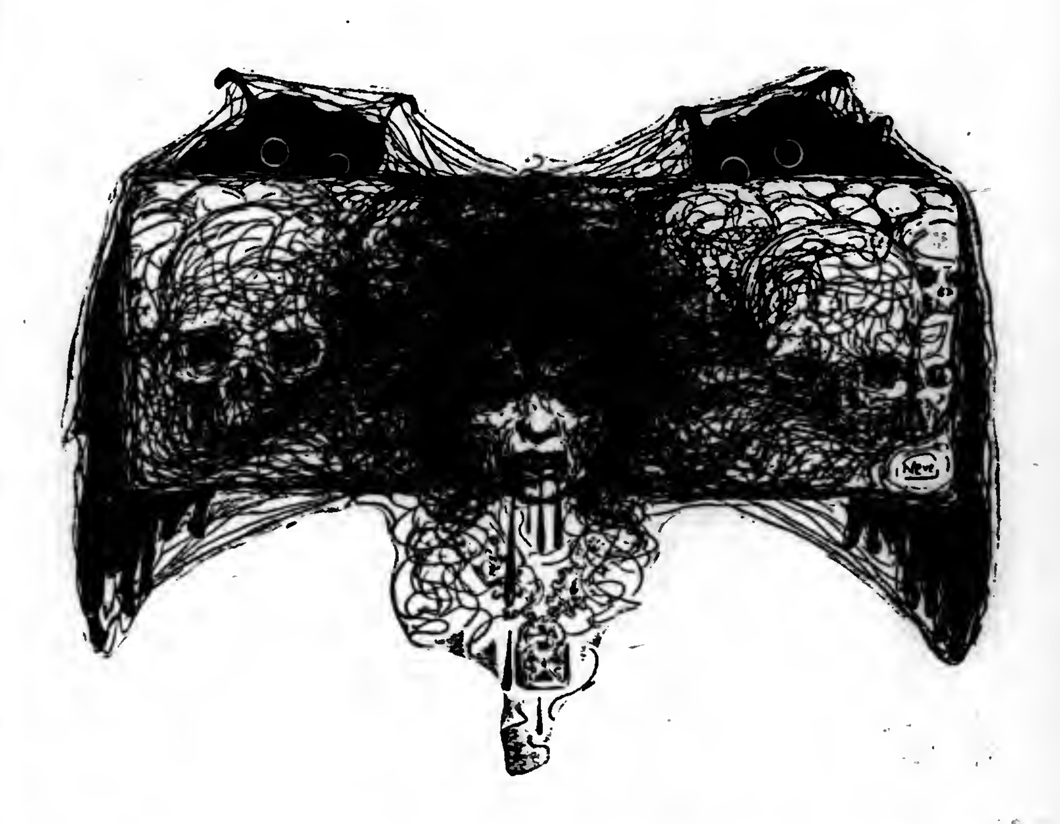
Zavala, envolviendo él mismo los despojos en la colchoneta abierta, ayudó a los enterradores a volver el cuerpo de Fémina al seno de la tierra. Y de allí se fué el pobre flaqueando, protestando de los exhumadores, que así profanaban la paz de los sepulcros, que, como a Espronceda, le parecía una ironía cruel.

•
• •

Recogió Zavala a los perros fieles, gratificando a Petrita Morales por haberlos mantenido y por sus otros servicios, y despues de dar parte formalmente a la autoridad, Zavala emprendió una serie de investigaciones alrededor del crimen, recurriendo a las fuentes más lógicas, pero sin averiguar nada positivo, porque los jueces todavía no eran repuestos y las actuaciones se dificultaban.

El, con su inteligencia clara, se hacía estas reflexiones, pero en forma interrogativa:

—¿Quién la mataría? ¿Sería Carlos Manzanares, por venganza de sus desdenes? ¿Serían los soldados que la escoltaron aquella noche, tentados por la belleza de Fémina?



¿Serían el *chauffeur* y su mujer? ¿Por qué no parecía el *chauffeur?*

¿Serían ladrones? ¿Pero por qué no se habían robado nada de "la casa de los espantos"?

¿No era aquella daga con que la habían degollado de las que traían algunos soldados en la bota?

Esta era la hipótesis más razonable. Pero, ¿dónde estaban el sargento y los soldados de la escolta, si ya habían salido a campaña?

¿No sería *golpe* denunciar a Manzanares y a Cataño? Pero, ¿los arrestarían? Además, Cataño diría que él había quedado en la fiesta.

El crimen fué por amor—cavilaba Zavala—, porque esa dentellada que tiene Fémina en el pecho, es la prueba de que hubo sátiros de por medio.

Lo que más intrigaba a Zavala era el lugar en que se había cometido el delito. El se preguntaba: ¿Qué diablos fué a hacer Fémina esa noche a Las Fuentes Brotantes? ¿La llevarían a la fuerza?

¿Quién será el autor de este delito, que me parece cada vez más imposible?

¡Ah!—reflexionaba—el autor soy yo: el verdadero culpable soy yo: si yo no hubiera reñido con Fémina, ella no habría salido esa noche... Si yo no hubiese sido quisquilloso...

Y un grande y molesto remordimiento lo martirizaba.

Se cansó de hacer pesquisas infructuosas y, resignado, aplazó el esclarecimiento del crimén para más adelante, si llegaba a ser posible.

Ahora, lo que más precisa—se decía—es ponerle siquiera una lápida a esa pobre; no sea que vuelvan a desenterrarla por equivocación.

Y Zavala, poniéndose de acuerdo con Pedro Ramos, a quien él había pensionado para que estudiara unos meses en Europa, fué a ver a un italiano que tenía una marmolería, para que le diera un proyecto de monumento sepulcral.

Pedro y el italiano presentaron a Zavala un proyecto que él aprobó: Era un túmulo de mármol en que se veían, en primer término, esculpidos en mármol negro, los dos perros de Terranova, con las cabezas bajas, hozando la tierra de la tumba; en el trozo de mármol blan-

co, que tenía detrás el pequeño sauce llorón cubriéndolo hasta la mitad, burilada en alto relieve, la Parca Atropos, con la tijera mitológica en la mano, cortando el hilo de la vida, que iba a dar al cuello de una tórtola que caía de un rosal, y abajo, en el ángulo de la derecha, dentro de un círculo, el calograma de Pedro: FEMINA.

FIN

Invierno de 1914 - 15.

Colonia Roma, México.

